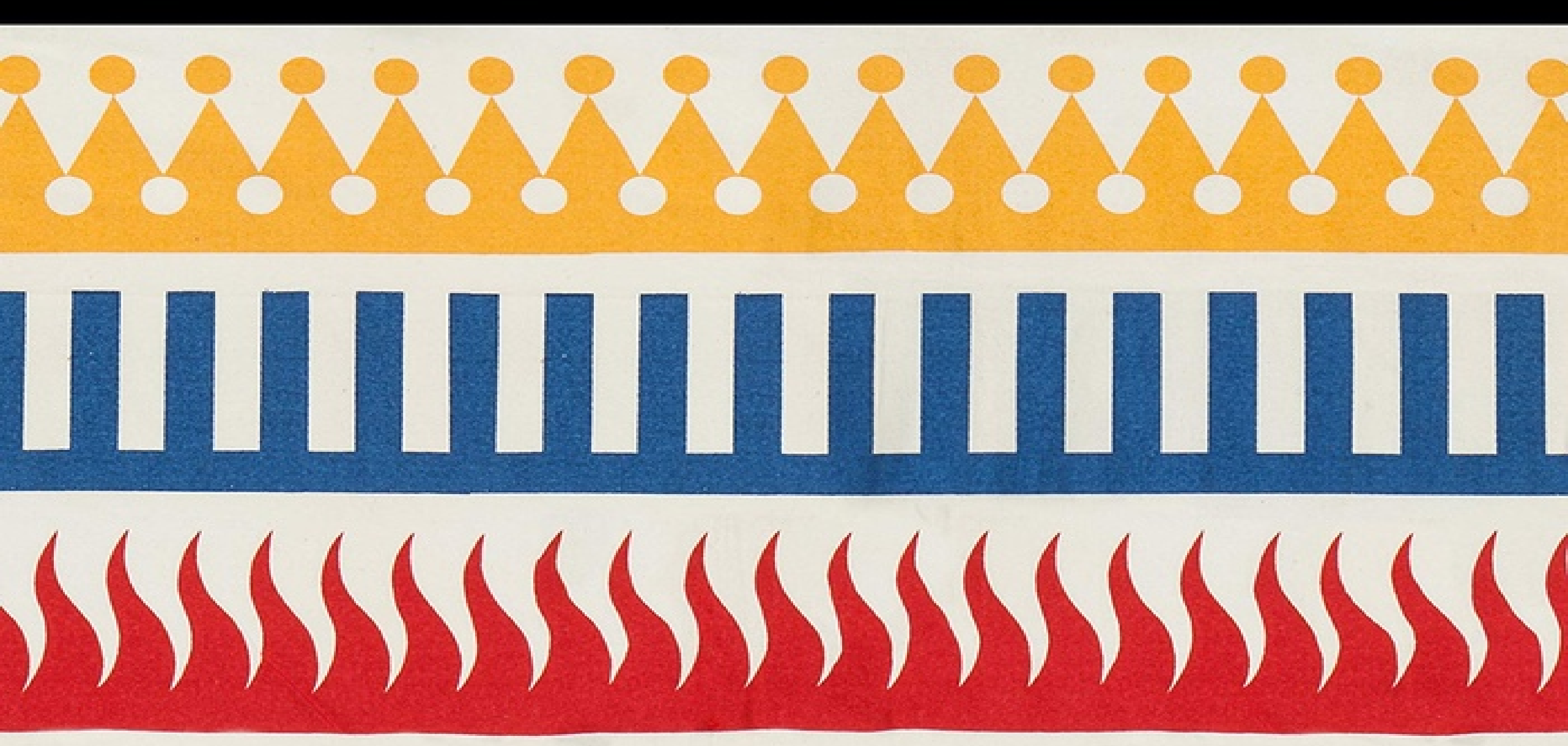
Muros

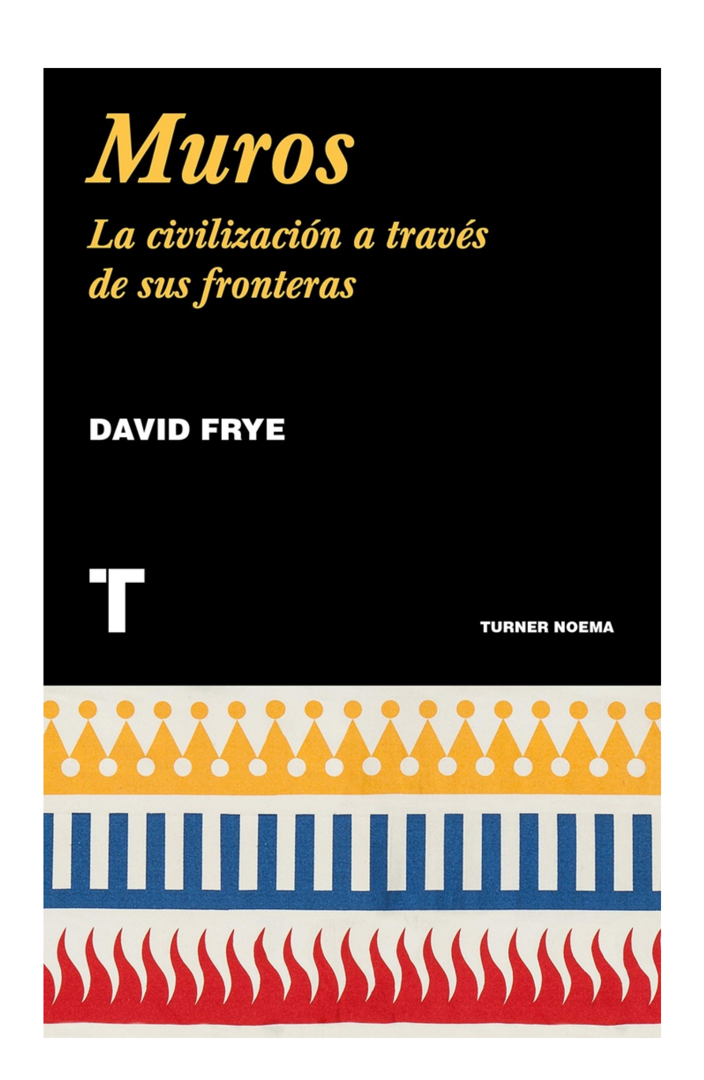
La civilización a través de sus fronteras

DAVID FRYE

T

TURNER NOEMA

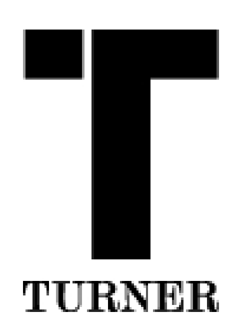



Muros
La civilización a través de sus fronteras
DAVID FRYE
T
TURNER NOEMA

Muros
La civilización a través de sus fronteras

DAVID FRYE

TRADUCCIÓN DE EDUARDO JORDÁ



Título:

Muros. La civilización a través de sus fronteras

© David Frye, 2019

Edición original en inglés: *Walls, A History of Civilization in Blood and Brick* , Scribner.

Copyright © 2018 by David Frye. Maps by David Lindroth Inc.

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2019

Diego de León, 30

28006 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: abril de 2019

De la traducción del inglés: © Eduardo Jordá, 2019

eISBN: 978-84-17866-92-1

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Palio, 1964 © 2018 Girard Studio, LLC. All rights reserved. Alexander Girard™

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

turner@turnerlibros.com

ÍNDICE

Para Noelle,
la musa de todo excepto la historia

BREVE CRONOLOGÍA

En vista de que muy pocas murallas de épocas históricas se pueden datar con precisión, y muchas de ningún modo, este esquema cronológico se limita a presentar una pequeña serie de gobernantes destacados y de sucesos relevantes que aparecen citados en el libro. Todas las fechas corresponden a nuestra era, salvo que se indique lo contrario. La abreviatura *ca* . significa 'circa'.

Cronología

	Oriente Próximo y Asia Central	**Europa**	**China**	**América**
ca. 2000 a. C.	Shulgi, rey de Ur, construye el Muro de París			
ca. 1900 a. C.	El faraón Amenemhat I levanta el Muro del Gobernante			
ca. 1600-1110 a. C.		Grecia micénica		
ca. 800 a. C.			Muro fronterizo de Nan Cheng	
ca. 500 a. C.	Nabuconodosor, rey de Babilonia, constructor de murallas	Reformas en Esparta, rechazo a la construcción de murallas		Murallas de El Mirador, Guatemala

ca. 450 a. C.		Muros Largos de Atenas		
214 a. C.			El Primer Emperador levanta el Muro Largo	
141-87 a. C.			Emperador Wu de Han, constructor de murallas	
ca. 78		Primera a las Puertas de Alejandro		
100		Emperador romano Adriano, constructor de murallas		
ca. 280-380	Sah Sapor II, constructor de murallas	Emperador romano Diocleciano, constructor de murallas	Murallas de la dinastía Jin occidental	
ca. 400	Murallas que protegen los oasis de Samarcanda y otras ciudades	Caída del Imperio romano de Occidente	Murallas de la dinastía Wei del norte	
ca. 500	Sah Cosroes I de Persia, constructor de murallas	Emperador bizantino Justiniano, constructor de murallas	Murallas de las dinastías Qi del norte y Sui	
ca. 600			Emperador Yang de Sui, constructor de murallas	
ca. 700	Varias murallas fronterizas en Asia Central			
ca. 900-1200		Murallas de las Serpientes, Ucrania	Murallas de las dinastías Liao y Jin	
ca. 1200	Invasiones de los mongoles	Invasiones de los mongoles	Invasiones de los mongoles	Gran extensión de empalizadas en Cahokia, Illinois
ca. 1400		Caída de Constantinopla y	La dinastía Ming inicia la	Gran Muralla de los incas,

	construcción de la Empalizada Irlandesa	construcción de la Gran Muralla	Bolivia
1989	Caída del Muro de Berlín		

INTRODUCCIÓN
UNA MURALLA QUE PROTEGE DE LO YERMO

Una vieja muralla, de al menos cuatro mil años de antigüedad, yace abandonada en una inhóspita región de Siria. Hacia el oeste hay ciudades, algunas antiguas y otras modernas, muchas de ellas destruidas por guerras, algunas también antiguas y otras modernas. Por el este solo se ve terreno yermo, la vasta estepa árida que se va volviendo cada vez más seca a medida que se interna en la región oriental, hasta que al final se convierte en puro desierto. La muralla se extiende a lo largo de unos 160 kilómetros, y en su extremo meridional vira abruptamente hacia el este, como si quisiera alejarse de las montañas que se alzan por el sur. Después, a lo largo de unos pocos kilómetros, se encarama sobre la cordillera del Antilíbano, donde termina bruscamente en una loma.

La muralla siria es una ruina tan decrépita y tan poco visible que ha pasado desapercibida durante miles de años. De todos modos, la muralla no habría sido muy vistosa ni siquiera en su momento de máximo esplendor. Las paredes de piedra seca desparramadas por el suelo recocido por el sol nunca pudieron rebasar el metro de altura, o incluso mucho menos. Es posible que una hilera de tierra apelmazada llegara a recubrir alguna vez la parte superior de la estructura, pero aun suponiendo que fuera así, no podría medir mucho más de unos treinta centímetros.

Los historiadores, desconcertados por la falta de inscripciones en las piedras, consideran que ese monumento es una especie de enigma. Estudian un mapa cuyo diseño ha cambiado muy poco en cuatro mil años: a un lado, la civilización; en el otro, un yermo deshabitado. Parece como si un rey de la Antigüedad hubiera ordenado levantar una muralla que lo protegiera de un yermo. Pero ¿quién quiere construir una muralla que lo proteja de la nada?



Mucho más al norte de Siria se extiende un páramo que se desparrama a lo largo de dos continentes y en el que se unen las praderas y los desiertos que forman las características físicas predominantes en la masa terrestre de Eurasia. La inmensa Estepa Euroasiática –que muchos simplemente denominan la Gran Estepa– se extiende a lo largo de 7.500 kilómetros desde su extremo occidental, situado en la cordillera de los Cárpatos, hasta su extremo oriental en Manchuria. Es un lugar extremadamente inhóspito. En muchas regiones, el vasto océano de pastos solo aparece en determinadas épocas del año, antes de que el sol del verano calcine los

correosos yerbajos y casi aniquile todo rastro de vida vegetal. Además, los vientos abrasadores se abaten sobre el paisaje polvoriento como el aire caliente que sale de un horno abierto. La llegada del invierno no trae alivio alguno, sino otra clase distinta de infierno. El frío insoportable se abate sobre el paisaje, dejando una capa de nieve tan endurecida que hace sangrar el hocico de los animales que intentan agujerear el hielo en busca de algo que comer.

La estepa solo revela su historia a regañadientes. Hay grandes monumentos que atestiguan su pasado milenario, pero son muy difíciles de encontrar. La naturaleza se ha encargado de ocultarlos. Los ciclos interminables del frío y del calor han dejado al descubierto las estructuras construidas por el hombre, que empezaron a recubrirse de vegetación mucho después de que hubieran perdido casi toda su grandeza original. Para empeorar las cosas, estos monumentos sobreviven en lugares que muy pocos occidentales sabrían situar en un mapa: Uzbekistán, Turkmenistán, Azerbaiyán, Ucrania, Bulgaria, Crimea, la provincia iraní del Golestán, Mongolia Interior. En conjunto, forman las ruinas de una línea defensiva orientada hacia la estepa por el lado sur: una muralla de más de 15.000 kilómetros, sin defensas, sin protección y por completo olvidada.

Las murallas que se levantan al sur de la estepa euroasiática son un poco menos antiguas que sus primas de Siria, ya que la mayoría “tan solo” tiene unos mil quinientos años de antigüedad, pero eso no las hace menos misteriosas. En su mayor parte, esas murallas ocupan las zonas limítrofes que dividían el mundo entre la civilización y las áridas tierras despobladas. En algunos casos las segundas han sobrevivido. Los lugareños que viven cerca de las murallas han inventado toda clase de leyendas para explicar su existencia. Perplejos por la existencia de esos montículos artificiales, han atribuido su existencia a los dioses, a los monstruos o a los conquistadores famosos. Cuentan historias fantásticas sobre ellas y les dan unos nombres extraños y llenos de colorido.

En su mayor parte, los nombres inventados por los lugareños contribuyen a aumentar el misterio de las murallas y nos ofrecen unas claves tentadoras –pero erróneas– para identificar sus orígenes. En el sudeste de Europa hay varios “Muros de Trajano” que toman el nombre de un emperador romano del siglo II de nuestra era que probablemente no tuvo nada que ver con su construcción. Hacia el oeste se hallan los restos de las llamadas “Zanjas del Diablo”, y hacia el norte se extienden las Murallas de

las Serpientes, que tienen un nombre igual de fantasioso. En Asia Central, los lugareños acostumbran a denominar a las grandes murallas Kam Pirak –"la vieja"–, en referencia a una reina legendaria que levantó grandes fortificaciones para proteger a su pueblo. Los parapetos más pequeños que se levantan a ambos lados del mar Caspio llevan siempre el nombre de Derbent –que en persa significa "la puerta cerrada"–, y casi todos los pasos que hay en las montañas del Cáucaso tienen unas ruinas a las que se da el nombre de Puertas del Cáucaso. Casi todas estas ruinas han sido atribuidas en algún momento a Alejandro Magno, quien casi con toda seguridad nunca se detuvo en ningún sitio el tiempo suficiente para levantar una muralla.

Hay ruinas de murallas a lo largo de todo el mundo. Los materiales de construcción –a veces ladrillo, a veces piedra, a veces tan solo barro– varían dependiendo del lugar, pero en todas partes siguen el mismo patrón: se trata de barreras remotas, sin más adornos que sus nombres fantasiosos, que casi siempre miran hacia un páramo deshabitado. En Irak, cuna de la primera civilización humana, las antiguas murallas defendían el país de la estepa siria, por un lado, y de las aún más desoladas tierras de Arabia. Los aldeanos iraquíes casi no son conscientes de que existan estos monumentos cuando hablan de la Hilera de Piedras, del Dique de Nimrod y del Foso de Sapor. En Jordania hay otro parapeto –denominado Khatt Shebib, erróneamente atribuido a un gobernante medieval árabe– que antiguamente separaba la civilización del desierto de Arabia.

La larga muralla siria tiene el orgullo de ser la más antigua. Tal vez esto explique que no tenga un nombre llamativo. Ningún lugareño recuerda su historia, así que la tarea de darle nombre recayó en los arqueólogos franceses que la descubrieron. Asombrados por la longitud de la construcción, se limitaron a llamarla Très Long Mur ("muro muy largo"). Ese nombre moderno delata mucho más pragmatismo que poesía –los arqueólogos tuvieron muy claro que no querían equivocarse al atribuir el muro a un rey que no fuera el correcto–, así que no resulta extraño que muchos autores lo denominen con una abreviatura: TLM .

Las ruinas del TLM revelan muy pocas pistas sobre sus orígenes ni, en realidad, sobre ninguna otra cosa. Los arqueólogos se quedan desconcertados ante las características del muro. Se preguntan qué clase de defensa ofrecía una fortificación que medía poco más de un metro de altura. Discuten sobre quién pudo construirlo. ¿Fue la antigua ciudad-estado de Ebla, fundada en la Edad del Bronce y famosa por el enorme depósito de

tablillas cuneiformes? ¿O acaso fue la menos conocida ciudad-estado de Hama? En lo único que se ponen de acuerdo es que el TLM funcionaba como una clase de construcción que, dependiendo del punto de vista de cada uno, es ahora muy habitual en el mundo moderno o no lo es lo suficiente. Porque han llegado a la conclusión de que se trataba de un muro fronterizo, el más antiguo que se haya descubierto y el primero de una larga serie de predecesores de nuestras actuales defensas fronterizas.

El Muro de Adriano, o más bien lo que queda de él, se levanta a 3.000 kilómetros de Siria, en el paisaje mucho más verde del norte de Gran Bretaña. Se construyó unos dos mil años más tarde que el TLM y tuvieron que pasar otros dos mil años para que los arqueólogos empezaran a estudiarlo en profundidad. Por entonces, la idea de una gigantesca barrera defensiva que se extendiera a lo largo de la frontera parecía una cosa obsoleta y por completo pasada de moda.

En 2002, cuando participé en mi primera excavación arqueológica en un yacimiento muy próximo al muro, los telediarios apenas hablaban de muros fronterizos. Faltaba mucho para que Gran Bretaña planease construir una gran muralla defensiva en la boca del túnel de Calais, que cruza el canal de la Mancha. Arabia Saudí todavía no había empezado a rodear sus fronteras con vallas de seguridad de alta tecnología. Israel no había empezado aún a reforzar con hormigón la barrera que rodea Gaza. Kenia no había pedido ayuda a Israel para levantar una valla fronteriza de unos 700 kilómetros de longitud que la protegiera de Somalia. Y la idea de que la India empezara algún día a construir muros fronterizos en el Himalaya, a la misma altura de las nubes, parecía tan absurda como la idea de que Ecuador empezara a levantar un muro de hormigón de 1.500 kilómetros para proteger su frontera con Perú.

Nadie hablaba de muros cuando excavábamos en la turba para desenterrar los restos de una antigua fortaleza en el norte de Gran Bretaña. Y dudo mucho que nadie hablara de muros en ningún sitio. La antigua fortaleza, por lo demás, tenía fama de ser la joya de la corona de la arqueología británica. Durante un periodo de más de treinta años, los minuciosos investigadores del fuerte romano de Vindolanda habían descubierto tablillas de escritura, unas delgadas planchas de madera en las que los soldados romanos habían escrito cartas, listados con los turnos del servicio, inventarios de objetos y otros apuntes por el estilo. Al principio las tablillas nos planteaban un desafío técnico, ya que la escritura espectral se

desvanecía nada más entrar en contacto con el aire, como si la hubieran escrito con tinta invisible. Pero cuando se pudo descodificar la escritura por medio de fotografías infrarrojas, nos entró una gran alegría al saber que los soldados romanos se quejaban por la falta de cerveza al mismo tiempo que las mujeres de sus centuriones preparaban una fiesta de cumpleaños. Resultó que los romanos se parecían muchísimo a nosotros.

La arqueología es un trabajo agotador incluso en un lugar tan atractivo, pero aun así me gustaba salir a recorrer el muro después del trabajo. El paisaje era muy hermoso, y más aún cuando lo iluminaba el sol crepuscular que se ponía muy tarde durante los veranos de Northumbria. Mientras paseaba por las lomas recubiertas de hierba, a veces acompañado por las ovejas, imaginaba que era un solitario soldado romano destinado en el fin del mundo y obligado a vigilar la llegada de los bárbaros mientras esperaba el siguiente cargamento de cerveza. Me avergüenza decir que no tomé notas del Muro propiamente dicho. Sí que le hice hermosas fotos en las que se veía cómo se iba extendiendo lánguidamente por las colinas, pero lo que me interesaba eran otras cosas muy distintas: los soldados romanos, los bárbaros, las cartas. Me parecía evidente que, si iba a encontrar en Gran Bretaña algo que pudiera serme útil para mis investigaciones, sería en la arcilla húmeda de Vindolanda. Pero lo único que buscaba eran pequeñas claves que me permitieran iluminar un periodo concreto de la historia romana: así de modestos son los objetivos de los profesores universitarios. De modo que, mientras estuve trabajando en la excavación, mi objetivo primordial fue únicamente la arcilla. Y durante todo ese tiempo tuve a mi lado un objeto que representaba un hecho histórico mucho más importante: un fragmento del pasado que estaba a punto de levantarse de su antiguo letargo para dominar la política actual de dos continentes. Cada día me apoyaba en él, dejaba descansar las manos en él y posaba frente a él para hacerme una foto. Pero no era capaz de verlo.

Fue mi interés en los bárbaros lo que al final me abrió los ojos ante la importancia histórica de las murallas. Los bárbaros eran, por lo general, los habitantes de todas las tierras yermas que ocupaban el Norte de África y de Eurasia: las estepas, los desiertos, las montañas. Los pueblos civilizados habían levantado barreras para protegerse de ellos en un número asombroso de países: en Irak, Siria, Egipto, Irán, Grecia, Turquía, Bulgaria, Rumanía, Ucrania, Rusia, Gran Bretaña, Argelia, Libia, Azerbaiyán, Uzbekistán,

Afganistán, Perú, China y Corea (y esto es tan solo una lista incompleta). Pero por alguna razón, este hecho había pasado desapercibido para la mayoría de los historiadores. Ni un solo manual de historia señalaba la correlación que hay en casi todo el mundo entre la civilización y las murallas. Incluso entre especialistas era un lugar común que las murallas, aunque no fuesen una característica exclusiva de la cultura china, sí eran una particularidad distintiva de la historia china: un estereotipo que no puede ser más falso.

La reaparición de los muros fronterizos en los debates políticos actuales supuso una revelación mucho más sorprendente aún. Como muchas personas de mi edad, presencié la caída del Muro de Berlín con una emoción inusitada. Para muchos de nosotros parecía anunciar el comienzo de una nueva era, sobre todo cuando una figura tan universal como David Hasselhoff dio un concierto que sumió a las dos mitades de Berlín en un entusiasmo para mí inexplicable. Desde entonces ha pasado más de un cuarto de siglo, pero si entonces nos parecía que los muros eran cosa del pasado, todos estábamos muy equivocados.

En el siglo XXI los muros fronterizos han vivido un notable resurgimiento. A lo largo del mundo hay ahora unos setenta muros de varios tipos que vigilan las fronteras. Algunos se han construido para evitar ataques terroristas, otros como obstáculos contra las llegadas masivas de inmigrantes o el contrabando de drogas ilegales. Casi todos marcan las fronteras nacionales, pero ninguno mira hacia la enorme estepa euroasiática. Por una ironía cruel, la idea misma del muro divide ahora a la gente de una forma mucho más rotunda que cualquier otra construcción de ladrillo o de piedra: por cada persona que ve en los muros una forma de opresión, hay otra que exige la construcción de una barrera más alta, más nueva y más larga. Unos y otros apenas se dirigen la palabra.

Tal como han evolucionado los hechos, no han sido ni la cerveza ni las fiestas de cumpleaños las que han conectado el pasado y el presente en el norte de Gran Bretaña. Ha sido el Muro. Y ahora casi podemos imaginarlo como una gran secuencia temporal de piedra, en uno de cuyos extremos viven los antiguos y en otro los modernos, pero unos y otros residiendo en el mismo lado del muro que los protege de un enemigo invisible. Si yo no pude darme cuenta de eso en 2002, fue porque vivíamos aún en un periodo anómalo de la historia y de algún modo habíamos perdido la costumbre de

convivir con un objeto que casi siempre ha formado parte de nuestro mundo.

¿Qué importancia han tenido los muros en la historia de la civilización? Muy pocos pueblos civilizados han vivido sin la protección de una muralla. En una fecha tan temprana como el décimo milenio a. C., los constructores de Jericó –la primera ciudad del mundo– la rodearon con una muralla. Más adelante, las ciudades y la agricultura se fueron extendiendo desde Jericó y el Levante hacia nuevos territorios: Anatolia, Egipto, Mesopotamia, los Balcanes e incluso más allá. Y donde hubo ciudades hubo murallas: allí donde se asentaran, los agricultores fortificaban sus poblados. Lo más habitual era elegir emplazamientos en las elevaciones del terreno y excavar canales para proteger los hogares. Toda la comunidad tenía que trabajar en la fortificación de los poblados. Una excavación arqueológica que estudió unos asentamientos agrícolas prehistóricos de Transilvania comprobó que por lo general había que excavar entre 1.400 y 1.500 metros cúbicos de tierra para crear el foso que rodeaba el poblado: una tarea que requería el trabajo ininterrumpido de sesenta hombres durante cuarenta días. Después, esas zanjas se protegían con piedras y se apuntalaban con empalizadas. Si una comunidad lograba sobrevivir el tiempo suficiente, solía levantar torretas a ambos lados del poblado. Eran los primeros pasos que llevaban a la construcción de un muro.

Los creadores de las primeras civilizaciones descendían de varias generaciones de constructores de murallas: usaron los conocimientos recién adquiridos en organización urbana y en cálculo numérico para levantar murallas más grandes. Algunas de esas murallas todavía están en pie. En las páginas que siguen, voy a describirlas con toda la meticulosidad posible: la altura, el espesor, en ocasiones el volumen y casi siempre la longitud. Al cabo de un tiempo es posible que estas cifras vayan dejando de sorprendernos. Al fin y al cabo, son solo cifras. Por eso aprenderemos mucho más si nos fijamos en los pueblos que levantaron esas murallas o en los temores que les empujaron a construirlas.

¿Y qué sabemos de esos temores? Las civilizaciones –y las consiguientes murallas–, ¿fueron la obra exclusiva de unos pueblos inusualmente asustadizos? ¿O fue más bien que construir una civilización hizo que esos pueblos se volvieran asustadizos? Estas preguntas son mucho más importantes de lo que nunca nos hemos imaginado.

Desde 2002 he tenido mucho tiempo para reflexionar sobre los soldados romanos que vigilaban el Muro de Adriano. Nunca se me ha pasado por la cabeza que esos soldados tuvieran miedo de algo en concreto, pero es que no eran exactamente romanos. Provenían de tierras extranjeras, sobre todo de Bélgica y Holanda, que en aquellos días eran territorios tan poco civilizados como las regiones que se extendían al norte del Muro. Lo poco que sabían de edificaciones y de escritura lo habían aprendido durante su servicio a Roma.

Por su parte, los romanos preferían dejar a los demás la tarea de combatir en sus batallas. Se habían convertido en los típicos representantes de la civilización, y como tales, tenían fama de haber perdido todo su empuje. Acostumbrados a vivir cómodamente, protegidos por los muros de sus ciudades y por sus guardias llegados de países extranjeros, se habían vuelto muy blandos. Eran políticos y filósofos, panaderos y herreros, cualquier cosa menos soldados.

El poeta romano Ovidio era muy aficionado a la vida acomodada, pero también vivió la experiencia muy poco frecuente de conocer de primera mano cómo era la vida de las tropas romanas que vigilaban las fronteras. Su desgracia llegó como consecuencia de haber ofendido al emperador Augusto. La ofensa debió de ser algún desliz sin demasiada importancia –Ovidio nunca contó los detalles–, que se agravó por haber escrito un libro escandaloso sobre el arte de la seducción. “¿Cuál es el tema de mi canto? –se preguntaba maliciosamente en uno de sus versos–. Nada que sea en verdad inadecuado”. [1] Augusto no era de la misma opinión. Al leer el manual amoroso de Ovidio, el puritano emperador vio demasiadas cosas que le parecieron inadecuadas. Probablemente ni siquiera llegó a leer la parte del libro en la que Ovidio lo ensalzaba por ser un gran gobernante. Augusto desterró al poeta de Roma y lo confinó en el exilio de Tomis, una remota ciudad en las riberas del mar Negro, a unos 100 kilómetros al sur de la desembocadura del Danubio. Tomis era un lugar miserable, una antigua colonia griega que ya tenía seiscientos años de antigüedad cuando se produjo el exilio de Ovidio, en el siglo I de nuestra era, y que llevaba muchos años de decadencia. Solo tenía dos características notables. La primera, que era la ciudad más alejada de Roma a la que se podía exiliar a alguien; la segunda, que estaba muy cerca de los enemigos más peligrosos de Roma, aunque en esa comarca no había ningún muro fronterizo todavía. Más adelante, igual que ocurrió en el norte de Gran Bretaña, la región de

Tomis iba a contar con un muro fronterizo, pero en tiempos de Ovidio las únicas defensas contra una invasión eran las fortificaciones que rodeaban la ciudad.

Ovidio sufrió mucho en su nuevo hogar. Una cosa era vivir protegido en una ciudad amurallada, y otra muy distinta vivir confinado dentro de los límites de unas murallas. En sus cartas a sus amigos de Roma, Ovidio se quejaba de que ni siquiera los granjeros de Tomis podían aventurarse a salir al campo. En las raras ocasiones en que los campesinos se atrevían a visitar su huerto, tenían que guiar el arado con una mano y blandir una espada en la otra. Hasta los pastores tenían que llevar casco.

La vida diaria de Tomis estaba dominada por el miedo. Incluso en tiempos de paz, según decía Ovidio, la gente temía la amenaza de la guerra. En términos prácticos, la ciudad se hallaba bajo asedio constante. Ovidio comparaba a los habitantes de la ciudad con un cervatillo atrapado por los osos o con un cordero rodeado de lobos.

De vez en cuando, Ovidio recordaba su antigua vida en la capital, donde podía vivir libre de todo temor. Nostálgico, recordaba las diversiones de Roma: los foros, los templos, los teatros de mármol, los pórticos, los jardines, los estanques y canales y, sobre todo, la abundancia de buena literatura. El contraste con sus nuevas circunstancias era aterrador. En Tomis no se oía nada más que el estrépito de las armas. Ovidio decía que podría distraerse un poco si pudiera cultivar un huerto, pero que le daba miedo salir de la ciudad. El enemigo se hallaba literalmente a las puertas, y la única protección que había era el grosor de los muros de la ciudad. Los jinetes bárbaros rodeaban Tomis. Sus flechas mortales, que como Ovidio recordaba continuamente estaban impregnadas de veneno de serpiente, se clavaban en los techos de la ciudad como si estos fueran alfileteros.

Ovidio tuvo que sufrir una indignidad aún más ultrajante: al poeta débil y ya mayor lo obligaron a enrolarse en las fuerzas de defensa de Tomis. Lamentándose, el poeta describió aquella dudosa distinción como “ser a la vez exiliado y soldado”. Si ya tenía que soportar las estrecheces materiales y el temor constante a una invasión, ¿cómo no iba a aumentar su desdicha cuando le pidieron que vigilara la muralla de la ciudad? Cuando era joven, Ovidio se había escaqueado del servicio militar. En Roma, una ciudad donde abundaban los pacifistas y la gente que hacía vida civil, no era ninguna vergüenza hacerlo. Pero cuando ya era un hombre mayor, a Ovidio lo obligaron a llevar una espada, un escudo y un casco. Cuando el vigía de

la garita gritaba que se acercaba una incursión enemiga, el poeta se colocaba la armadura con pulso tembloroso. Era un verdadero romano: le daba miedo salir de los recintos fortificados, y al mismo tiempo le abrumaba la insoportable responsabilidad de tener que defenderlos.

De vez en cuando, un poeta chino se hallaba en la misma situación que Ovidio. Destacados en un remoto puesto fronterizo en los confines del imperio, los poetas chinos también soñaban con volver a casa mientras temían la llegada de los bárbaros. "En las ciudades fronterizas tendrás unos sueños muy tristes –escribió uno–. ¿Quién quiere oír la flauta de los bárbaros tañendo bajo la luna?". [2] A veces se acordaban de la historia de la princesa que prefirió ahogarse en un río antes que salir de la ciudad amurallada. Hasta los generales del ejército chino lamentaban tener que vivir en la frontera.

Pero lo curioso es que estos sentimientos no asoman en las cartas que los soldados romanos escribían desde el campamento de Vindolanda. Obligados a vivir en un país lluvioso que estaba muy lejos de sus casas, se quejaban de la falta de cerveza, pero no contaban nada del pulso tembloroso ni de los sueños tristes que les asaltaban por las noches. Se diría que esos bárbaros que se habían convertido en fuerzas auxiliares romanas vinieran de otro mundo en el que se hubieran prohibido la añoranza y el miedo. Quizá así fuera.

Casi todas las veces que estudiamos el pasado y buscamos a la gente más parecida a nosotros –esas personas como Ovidio o como los poetas chinos que habían construido las ciudades, sabían leer y escribir y desempeñaban una tarea en la sociedad civil–, siempre acabamos descubriendo que vivían protegidos por las murallas que ellos mismos habían levantado. La civilización y las murallas van siempre de la mano. Al otro lado de los muros hay muy pocas cosas con las que podamos identificarnos: casi únicamente guerreros como los que podríamos contratar para vigilar las murallas. Los extraños que viven más allá de los muros suelen ser completos desconocidos, salvo cuando se hacen famosos.

La construcción de murallas hizo que las sociedades humanas emprendieran rumbos muy distintos: uno que llevaba a los lamentos de la poesía autocompasiva, y el otro que llevaba al más lúgubre de los militarismos. Sin embargo, la primera senda también conducía hacia la ciencia, las matemáticas, el teatro y el arte, en tanto que la otra solo

conducía a un callejón sin salida, en el que un hombre no tenía más opción que convertirse en guerrero y dejar el resto de las labores en manos de las mujeres.

Este libro no pretende ser una historia de las murallas. Como indica el subtítulo, es una historia de la civilización, pero emprendida no de forma exhaustiva, sino dentro de los límites del estudio de la influencia –muy poco conocida y a menudo sorprendente– que han tenido las murallas. Me refiero en especial a las murallas defensivas. No ha habido ningún otro invento en la historia de la humanidad que haya desempeñado un papel más importante en la creación y en la configuración de las civilizaciones. Sin murallas nunca podría haber surgido un Ovidio, ni los sabios chinos, ni los matemáticos de Babilonia ni los filósofos griegos. Por lo demás, el impacto de las murallas no solo se sintió en las primeras fases de la civilización. La construcción de muros continuó a lo largo de la historia, y alcanzó su apogeo durante un periodo de mil años en el que tres vastos imperios erigieron barreras defensivas que trazaron de forma permanente las divisiones geopolíticas del Viejo Mundo. La caída de esos muros tuvo una influencia tan profunda en la historia del mundo como la había tenido su propia creación, ya que provocó el eclipse de una región, el lento declive de otra y el ascenso de la tercera. Cuando todas esas murallas defensivas se habían venido abajo y apenas habían dejado rastro en el paisaje, seguían proyectando unos límites muy claros en los mapas, y esos límites siguen existiendo hoy en las guerras contemporáneas o en la lucha por la posesión de los recursos naturales. Hoy un nuevo conjunto de muros, que se levantan en los cuatro continentes, que pueden alterar por completo el mundo tal como lo conocemos.

Las murallas que han configurado la historia de la humanidad presentan un sinfín de misterios. Resolverlos, aunque solo haya sido de forma parcial, ha sido una tarea muy difícil. Para ello ha sido necesario el trabajo incesante de cientos de detectives que han estudiado unas lenguas que llevan mucho tiempo muertas y que han analizado la tierra polvorienta bajo un sol de justicia. Estos investigadores, casi siempre arqueólogos e historiadores, llevan trabajando durante generaciones. Han seguido trabajando durante las guerras mundiales y las revoluciones, descifrando lenguajes que ya no se hablan, descubriendo nuevos muros y explorando territorios que no han dejado ningún rastro histórico. Poco a poco, ladrillo a

ladrillo y tablilla a tablilla, han podido dar con la clave de las historias que se ocultaban detrás de las murallas.

Debo una gratitud impagable hacia todos esos arqueólogos e historiadores que me han precedido. Sin ellos no hubiera sido posible nada de lo que he hecho. De todos modos, al ir escribiendo esta vasta historia, me he dado cuenta de que a veces he tenido que apartarme de las opiniones de los especialistas. Espero que mis divergencias de criterio tengan algún valor. En defensa propia, solo puedo decir que se deben a la perspectiva tan poco habitual con la que he emprendido este proyecto. Aunque, la verdad sea dicha, esta es la única perspectiva que puede adoptar un historiador que se asome al pasado lejano: la de un bárbaro que no pertenece a ese mundo, que alza la vista y examina desde muy lejos un sinfín de murallas defensivas muy bien pertrechadas, con el propósito de observar a fondo un mundo extraño y muy poco conocido.

PRIMERA PARTE

CONSTRUCTORES Y BÁRBAROS

I

EL NACIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN: LOS CONSTRUCTORES DE MURALLAS EN LOS INICIOS DE LA HISTORIA

El antiguo Oriente Próximo, 2500-500 a. C .

El gran muro de Shulgi no ha sobrevivido, pero, claro está, ¿cómo podría haber sobrevivido? El tiempo ha hecho estragos en el paisaje de Mesopotamia. Como un gran peso que se abatía incansable contra el suelo, el tiempo iba aplastando todas las edificaciones que alguna vez se habían erigido en las llanuras aluviales de Irak. Los efectos que causaba en el paisaje dejaban su huella de forma asombrosamente rápida, como si estuviera impaciente por destruirlo: el tiempo destrozaba las cosas antes incluso de haber podido erosionarlas. En una fecha tan temprana como el tercer milenio a. C., los habitantes de Mesopotamia ya tenían una palabra – *dul* – que nombraba las ruinas informes de las ciudades desaparecidas que incluso entonces se hacían visibles en el horizonte y que mucho tiempo atrás ya se habían derretido como si fueran cera bajo el sol. Con el paso del tiempo, la palabra *dul* dio origen a la palabra árabe *tell* , que designaba la oscuridad cada vez más vasta que envolvía el pasado de la región. Para los beduinos, cuyos animales vagaban por entre los feos montículos de ruinas, los *tells* no eran más que insignificantes cúmulos de tierra y polvo. Tuvieron que pasar muchos años para que los arqueólogos se dieran cuenta de que esos extraños hitos eran las ruinas de un mundo perdido.

En la época de Shulgi, hace ahora unos cuatro mil años, los habitantes de Mesopotamia luchaban sin cesar contra los efectos del tiempo. Como si vivieran en castillos de arena, tenían que construir y reconstruir continuamente un mundo que inevitablemente se venía abajo. Nada duraba el tiempo suficiente. Las grandes llanuras fértiles que alimentaban a las ciudades eran un espejismo. Si los obreros desatendían las labores de limpieza y reparación de sus vastos sistemas de irrigación, aunque solo fuera por una o dos estaciones, las acequias se llenaban de cieno y los

campos se convertían de nuevo en un desierto. Los edificios no eran más duraderos. Como material de construcción, los habitantes de Mesopotamia no tenían nada más que la tierra que había bajo sus pies. En un terreno muy caluroso, creado a partir los sedimentos de cieno depositados por los ríos Tigris y Éufrates; no había piedras ni mucho menos árboles. A falta de combustible para cocer los ladrillos de barro, los habitantes de Mesopotamia tenían que contentarse con secarlos al sol, lo que les proporcionaba unos ladrillos de adobe de tan poca calidad que a veces ni siquiera podían resistir el impacto de la escasa lluvia. Para proteger los muros de ladrillo, los mesopotámicos los tenían que recubrir con una capa de barro, y cuando esa capa desaparecía, volvían a cubrirlos con otra capa de barro. Si los mesopotámicos cuidaban bien los muros de sus ciudades, los revoques de barro que se habían desprendido acababan enterrando las calles, lo que los obligaba a derruir los edificios y levantarlos de nuevo. Si descuidaban su mantenimiento, las consecuencias eran las mismas que en los campos agrícolas que dejaban de recibir el agua de las acequias: los templos, los palacios y hasta las murallas de la ciudad se venían abajo. Y otra ciudad más se convertía en un *tell* .

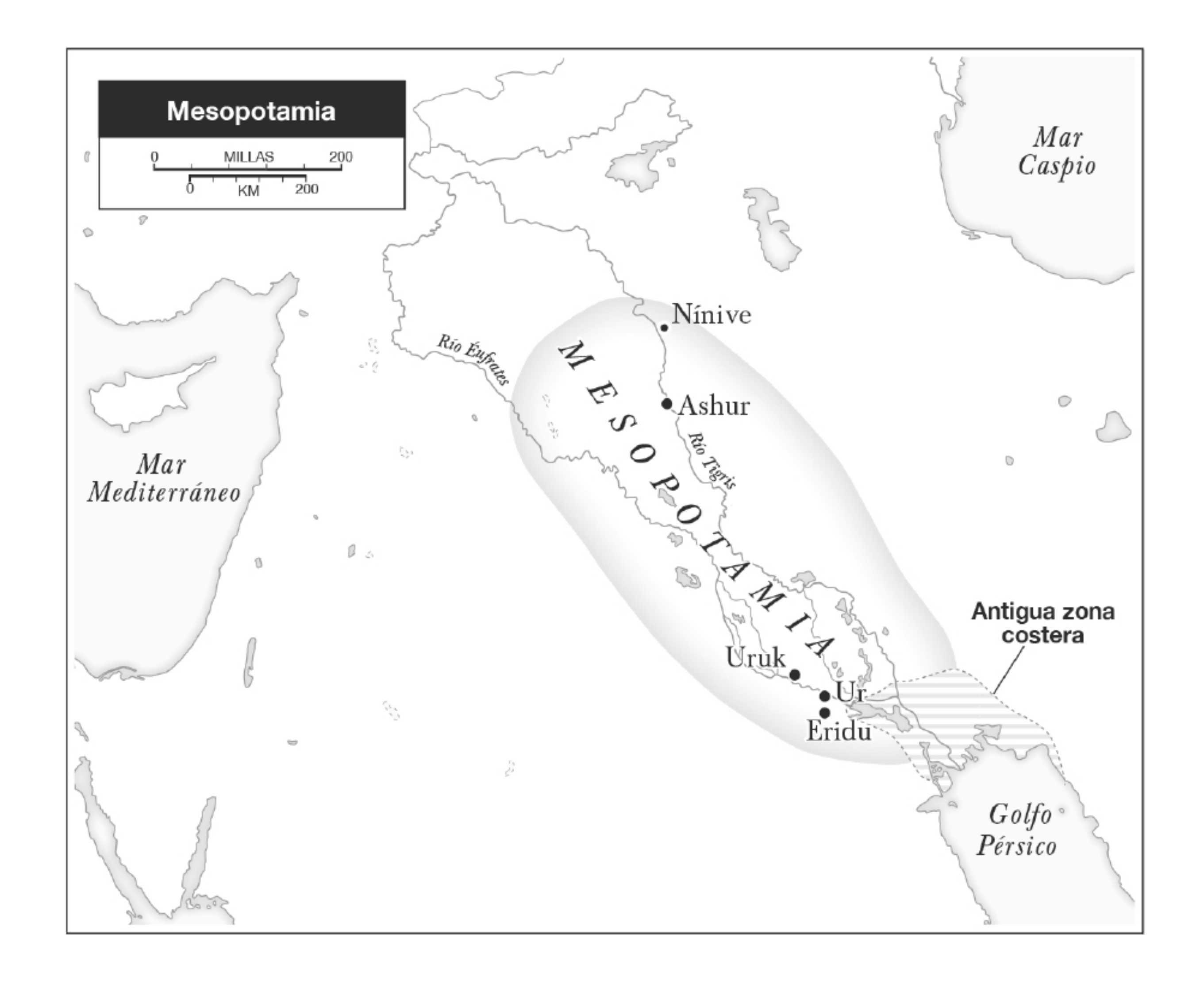
A los mesopotámicos les preocupaba la falta de perdurabilidad de su mundo edificado con barro. Una leyenda muy popular –probablemente la más popular de todas, ya que ha sobrevivido en una multitud de tablillas– cuenta la historia de un rey que no quiso aceptar que él, igual que todos los mortales, iba a morir un día y volvería a convertirse en polvo. El mítico Gilgamesh viajó hasta muy lejos en busca de una fórmula para esquivar la muerte, pero sus esfuerzos no tuvieron recompensa alguna. Los narradores de historias de Mesopotamia no lograron encontrar un final para su héroe que no fuera devolverlo al barro originario del que había salido.

Al final, los mesopotámicos solo consiguieron derrotar al tiempo con una de las actividades que emprendieron: las tablillas de arcilla en las que grababan la escritura cuneiforme han sobrevivido indemnes durante todos estos siglos. Si el planeta sobrevive un millón de años más, esas tabletas también sobrevivirán en las mismas condiciones en que las crearon.

De esta forma, los mesopotámicos, habiendo logrado vencer al tiempo solo mediante el registro de sus actividades en tablillas de arcilla, desarrollaron de forma natural el impulso burocrático de asignar una fecha a los acontecimientos que narraban, y esto a su vez impulsó a los reyes a dar su nombre a los años. Aunque no era un sistema cronológico tan sofisticado

como el nuestro, cumplía con un segundo objetivo que se ha revelado muy útil para los historiadores: permitía a los reyes conmemorar los mayores logros de su reinado, sobre todo cuando se trataba de la construcción de edificios que sin duda sabían que no iban a durar mucho tiempo.

Shulgi –quien, como rey de Ur en torno al año 2000 a. C., ejerció su poder sobre casi toda Mesopotamia– fue un constructor de muchas cosas que no han perdurado, pero también fue otras muchas cosas. Será mejor que dejemos que sus propias palabras hablen por él, ya que este monarca, que tuvo un largo reinado, compuso varios himnos en alabanza de sí mismo. Esos himnos nos dicen muchas cosas sobre su persona, aunque para ello tendremos que desechar la acuciante sospecha de que el monarca ha embellecido en gran medida su currículo. Shulgi no se sentía cómodo dentro de los límites de la modestia. En un himno se describía a sí mismo como “un hombre poderoso que disfruta haciendo uso de sus muslos”. Es probable que esta clase de bravatas no se hubieran registrado jamás en una tablilla si hubiese existido la sospecha de que esta iba a sobrevivir cuatro mil años. Por otra parte, Shulgi se refería a sí mismo como el “dios de la virilidad”, lo que parece demostrar que no se avergonzaba fácilmente. Nos asegura que, de joven, superó al resto de los estudiantes. Cuando se hizo hombre, mató a todos los leones de Mesopotamia y derrotó a todos los enemigos que se interpusieron en su camino. Dominaba todas las armas y sabía tocar todos los instrumentos musicales, y en una asombrosa proeza atlética, corrió 300 kilómetros en un solo día, siempre entre las aclamaciones de sus súbditos. Al menos eso era lo que Shulgi decía de sí mismo, con independencia de que le creamos o no. Siendo una persona tan aficionada a alardear de sus gestas, no es raro que los nombres que iba dando a los años de su reinado incluyeran una previsible lista de triunfos.



En el vigésimo año de su reinado –“El año en que los habitantes de Ur tuvieron que enrolarse en el ejército como lanceros”–, parece que Shulgi ordenó una movilización general que produjo una asombrosa serie de triunfos militares. A partir de aquel momento, el bombástico monarca hizo huir en desbandada a todos los enemigos de Ur. La región estaba viviendo su máximo momento de esplendor, del que quedaba constancia en los nombres de los años. Todo parecía indicar que la marcha triunfal del monarca iba a continuar sin interrupciones.

Sin embargo, la lista de Shulgi revela una notoria ausencia de victorias militares a partir de su derrota en Anshan, en el trigésimo cuarto año de su reinado. Tres años después, cuando creíamos que se había producido una breve pausa en el listado interminable de triunfos, nos damos cuenta de que ha pasado algo muy grave. En el año trigesimoséptimo de su reinado, Shulgi tampoco puede consignar una sola victoria. Y cuando tiene que

buscar un logro sobresaliente, solo es capaz de señalar una empresa muy distinta y que parece muy poco adecuada para alguien con unos muslos tan espléndidos y atareados. Y aquel logro, además, pertenecía a esa clase de monumentos que se desmoronaban al poco tiempo y se iban erosionando poco a poco hasta que volvían a convertirse en polvo y desaparecían arrastrados por el tiempo. El año trigesimoséptimo del reinado de Shulgi recibió el nombre de “El año en que se construyó el Muro del País”. [1]

Si miramos las cosas con perspectiva, cuando Shulgi decidió construir un muro no estaba haciendo nada nuevo. Los mesopotámicos eran un pueblo acostumbrado a las tareas de construir y reconstruir permanentemente, así que la primera solución que se les ocurría para cualquier problema era construir algo nuevo. Si querían protegerse de la ira de los dioses, levantaban templos. Si querían protegerse de sus enemigos, levantaban una muralla. Y para poder vivir, construían acequias, presas y canales de irrigación.

Igual que todas las primeras comunidades agrícolas del resto del mundo, las ciudades de Mesopotamia centraban sus mayores esfuerzos en rodearse de fortificaciones. Unos gigantescos baluartes resguardaban a los habitantes, a las reservas de comida, a sus riquezas y a sus animales. Las murallas flanqueaban todas las edificaciones levantadas por el hombre, engullendo con la misma voracidad zigurats y ciudades. Uruk, la ciudad del rey Gilgamesh, era famosa por su “muro que lo rodea todo”, el cual, según se decía, había construido el propio rey en persona. Podría ser un ejemplo de la realidad imitando al arte. Casi todos los reyes de Mesopotamia se empeñaron en anunciar que habían construido al menos una muralla, y muchos de ellos incluso varias. Todos sabían que sus monumentos no iban a durar mucho, pero la perspectiva de tener que repetir las mismas tareas agotadoras que sus antepasados no los disuadía de la idea de levantar los muros. Al menos cinco reyes distintos levantaron murallas en Babilonia, y al menos cuatro levantaron murallas en Ur. Un individuo nacido en esa época en la ciudad de Isin podría haber visto cómo tres recintos distintos de murallas rodeaban sucesivamente su ciudad, aunque al final todos fueran castillos de arena. [2]

Para los habitantes de Mesopotamia, construir algo era un deber sagrado. El día que se empezaba a levantar un nuevo proyecto arquitectónico, el rey bendecía el molde para fabricar ladrillos y luego lo llenaba de barro. En ese

momento se entonaban cánticos y se hacían retumbar timbales. El rey embadurnaba un sello real con miel, mantequilla y nata, y luego dejaba su marca sobre la arcilla fresca. Cuando el ladrillo se secaba, el rey mismo lo sacaba ceremoniosamente del molde. Era frecuente recordar ese momento dándole el nombre a un año o registrándolo en una obra de arte. La mayoría de los grandes reyes de Mesopotamia –incluyendo a Shulgi– aparecían representados en la propaganda oficial portando en la cabeza cestos llenos de ladrillos. [3]

El arduo trabajo físico que se empleó en estas obras debió de ser horroroso, pero los habitantes de Mesopotamia lo aceptaban como si fuera su destino natural. El antiguo mito mesopotámico de la inundación –del diluvio, para nosotros– contaba que los dioses se pusieron a excavar los primeros pozos y los primeros canales de irrigación, pero el trabajo no les gustaba. Primero se quejaron, luego quemaron todas sus herramientas y útiles de trabajo. Al final decidieron crear a la humanidad para que alguien se hiciera cargo de sus obligaciones. Bien mirado, alguien tenía lidiar con todo aquel barro.

Sin embargo, ciertos habitantes de Mesopotamia no eran muy partidarios de la construcción de muros. Nos han llegado las palabras de un pastor de la Edad de Bronce que contaba sus sentimientos por estar obligado a vivir dentro de las murallas de su ciudad. Los pastores eran los miembros más libres de las sociedades de Oriente Próximo. En Mesopotamia eran muy numerosos, pero a diferencia de los agricultores, tenían que pasar largos periodos viviendo lejos de sus casas porque debían acompañar a sus rebaños en busca de pastos. [4] Durante una gran parte del año, especialmente cuando crecían las cosechas, los pastores tenían que alejarse de todas las tierras cultivadas, así que ni siquiera los burócratas que administraban con celo obsesivo los palacios reales y los templos –y que eran los jefes para quienes trabajaban sin descanso los pastores– sabían dónde estaban. [5] Para estos mesopotámicos, el horizonte limitado de una ciudad amurallada era peor que una jaula. "Si me quedo un día más dentro de la ciudad –decía nuestro pastor de la Edad del Bronce–, mi vigor se debilita. Para recuperarlo tengo que dejar atrás las murallas". [6]

Vale la pena detenerse un poco en estos habitantes de Mesopotamia que no tenían ningún aprecio por las murallas. Por descontado que no eran los

habitantes más sofisticados de la llanura fluvial. Los pastores solían ser analfabetos, y si sabemos algo de ellos, es porque aparecían en las inscripciones de los habitantes de las ciudades. Los dos grupos humanos estaban relacionados únicamente por el parentesco; en los demás aspectos no tenían nada que ver. A ojos de los habitantes urbanos, los pastores constituían un grupo social muy distinto, formado por gente tosca e intrépida que sabía usar la honda, arrojar piedras y manejar cayados, y que estaba acostumbrada a soportar la soledad, la oscuridad y los peligros de la vida al aire libre. La vida cotidiana del pastor era muy distinta de la vida del campesino o de la vida del trabajador en una factoría real. Los pastores tenían que luchar con los fieros animales carnívoros que atacaban al ganado, en tanto que los agricultores solo tenían que enfrentarse a los asustadizos y débiles herbívoros. [7] Como el David bíblico que aparece en el primer libro de Samuel (17:34-36), los pastores tenían que convivir con las armas, con los asesinatos y con los peligros letales de la estepa:

> Tu siervo era pastor de las ovejas de su padre; y cuando venía un león, o un oso, y tomaba algún cordero de la manada, salía yo tras él, y lo hería, y lo libraba de su boca; y si se levantaba contra mí, yo le echaba mano de la quijada, y lo hería y lo mataba. Fuese león, fuese oso, tu siervo lo mataba; y este filisteo incircunciso será como uno de ellos.

A diferencia de la gente que vivía protegida por los muros de las ciudades, los pastores no se sometían con docilidad a las normas de gobierno. Incluso los pastores que trabajaban al servicio de los templos o del palacio real solo tenían que rendir cuentas ante sus supervisores dos veces al año. Es fácil imaginar que la tentación de huir debía ser muy fuerte. [8] Los autores del Génesis, que escribieron su obra en el primer milenio a. C., no veían nada raro en la idea de que los pastores salieran huyendo con sus rebaños y no volvieran jamás a su lugar de origen. Según la tradición bíblica, Abraham, dueño de muchos rebaños, mucho ganado y muchas tiendas, abandonó su hogar en la ciudad mesopotámica de Ur y partió con sus animales y sus esposas y unos trescientos guerreros. La banda de Abraham estuvo vagando sin rumbo, estableciéndose en el primer lugar donde levantaban el campamento y obligando a los reyes urbanos de Canaán y del Valle del Jordán a aceptar su presencia dentro de sus respectivos territorios. Si necesitaban agua, iban a buscarla a los pozos de las ciudades, aunque

también, con menos frecuencia, excavaban ellos mismos unos pozos nuevos, que enseguida se convertían en lugares que atraían tanta violencia que llevaban nombres como Enemistad o Resistencia. También negociaban para conseguir mujeres y en ocasiones llegaron a pasar a cuchillo ciudades enteras para apoderarse de ellas. La siguiente generación de pastores, tras la muerte de Abraham, será recordada sobre todo por su propensión a encolerizarse. En su lecho de muerte, Jacob recuerda con cariño a sus hijos: Simeón y Leví son chacales furiosos y sus espadas son instrumentos de violencia. Las manos de Judá suelen posarse con facilidad en el cuello de sus enemigos. Gad es un cuatrero, Benjamín es un lobo feroz, etcétera.

En un antiguo mito mesopotámico, la diosa Inanna tiene que elegir entre un pastor o un agricultor porque los dos quieren casarse con ella. Mientras cavila, la diosa se muestra muy crítica con el pastor. Es un tipo descarado que va vestido con ropa muy basta. Si no fuera por los dioses de la civilización, el pastor viviría a la intemperie en mitad de la estepa y sería un simple nómada. Es una opinión muy negativa, pero al final la diosa se casa con el pastor. Por lo visto, prefiere al chico malo. [9]

La decisión de Inanna –muy parecida a otras que han dejado con un palmo de narices a incontables generaciones de "buenos chicos" los viernes por la noche– no habría sorprendido a nadie en los tiempos de Shulgi. En aquella época, a los pastores se los admiraba mucho en las tierras de Oriente Próximo. En el imaginario colectivo ocupaban un lugar muy parecido al de los *cowboys* del Viejo Oeste. Al rey Shulgi le gustaba alardear de sí mismo con estas palabras: "¡Soy un héroe! ¡Soy un pastor!". [10] Por supuesto que Shulgi nunca fue tal cosa, igual no lo eran todos los reyes de Sumeria que se hacían representar con un cesto de ladrillos encima de la cabeza. Los pastores, que odiaban las murallas, eran gente desarraigada, tosca, impredecible y casi siempre violenta. Eran la clase de personas que podían defender una ciudad, eso sí –y a menudo se les pedía que lo hicieran–, pero no construir una. Por lo demás, ninguno de los rasgos de los pastores podía aplicarse a sus parientes que levantaron una civilización a base de barro. Los habitantes de las ciudades de Mesopotamia eran personas tan monótonas como rutinarias. Si uno quería sobrevivir en las ciudades, tenía que aceptar sin pestañear las agotadoras tareas que le tocaba realizar, bien fuera excavar pozos o limpiar las acequias de cieno, o construir y reconstruir sin cesar las murallas de la ciudad. Los urbanitas

mesopotámicos aliviaban el tedio de estas tareas extenuantes con la música y los festivales y la prostitución, pero estas diversiones no podían poner en peligro en ningún momento ni su dedicación ni su laboriosidad. [11]

La docilidad con que los habitantes de las ciudades mesopotámicas aceptaban vivir condenados al trabajo agotador –y siempre bajo la vigilancia de gobernadores, supervisores, normas y registros– tuvo un sinfín de consecuencias en la vida social. La más evidente es que los hombres fueron perdiendo eficacia como guerreros. Si los trabajadores tenían que dedicarse en cuerpo y alma a sus labores diarias, no podían participar en las expediciones de caza que les habrían permitido adiestrarse para el combate. Obligados a vivir bajo la protección de las murallas, empezaron a acostumbrarse a una vida segura y de relativo confort. En vez de reservar el vigor físico para los arrebatos de violencia, tenían que concentrarlo en sus arduas labores. Los pocos ciudadanos a los que les tocó luchar en una batalla demostraron ser personas muy poco acostumbradas a la guerra. Quizá fueron ellos los primeros guerreros de la historia que empezaron a protegerse con una armadura rudimentaria que fortalecía su espíritu mucho más que su cuerpo. En vista de que eran aficionados y más bien cobardes, empezaron a combatir agrupados en compactas unidades de infantería. Estas falanges todavía precarias ponían de manifiesto una tendencia natural a protegerse detrás de la mayor cantidad posible de guerreros y a que los más débiles se apretujaran detrás de los más fuertes. En Mesopotamia muy pocos hombres se atrevían a realizar el servicio militar. Los hombres que tenían que transportar cestos no estaban preparados para las batallas y no tenían ningún espíritu guerrero. Preferían contribuir a la defensa de sus ciudades haciendo lo que sabían hacer mejor: construir edificaciones de barro. En un mundo de campesinos, sacerdotes, escultores, supervisores, tamborileros, prostitutas, maestros de obras, gerentes de depósitos de comida, porteadores de tronos, contables, albañiles, fabricantes de instrumentos musicales, trabajadores manuales y escribas, la profesión de las armas estaba casi olvidada. Un general llegó a quejarse de este modo: “Ya tengo suficientes porteadores de cestos. Lo que necesito ahora son soldados”. [12]

Los habitantes de Mesopotamia llegaron a la conclusión de que habían hecho un buen negocio con la civilización: los porteadores de cestos habían sacrificado la fuerza física en beneficio del confort. Esta idea es tan antigua

al menos como la epopeya de Gilgamesh. El poderoso Gilgamesh no podía encontrar a nadie como él entre los debiluchos que vivían protegidos por las murallas de Uruk. Un bruto como Enkidu, que vivía rodeado de los animales de su rebaño y que podía competir con la enorme fortaleza física del rey, solo podía surgir de las tierras baldías que se extendían más allá de las murallas. Pero ¿qué habían ganado los habitantes de la ciudad de Uruk a cambio de su debilidad física? La prostituta que sedujo a Enkidu le describió así la vida de sus conciudadanos: se vestían con ropas magníficas, se entregaban cada día a fiestas y a celebraciones e incluso olían bien. Se trata de una perspectiva muy sensual. Si la prostituta hubiera cavilado más sobre lo que decía, también habría podido añadir que muchos de sus conciudadanos eran personas capaces de leer y escribir, y que tenían además conocimientos de matemáticas y de música.

La idea de que la vida civilizada entre las murallas de la ciudad había debilitado a los hombres y los había incapacitado para luchar en la guerra estaba muy extendida entre los habitantes de Oriente Próximo. De vez en cuando, un profeta del Antiguo Testamento expresaba la misma idea cuando exhortaba a sus compatriotas a abandonar las murallas de Jerusalén y a volver a vivir en sus tiendas en medio del campo. Era la forma de recuperar los favores de un dios que, al igual que Innana, prefería que sus siervos fueran más bien toscos. Algunas tribus del antiguo Israel se tomaron muy a pecho estas recomendaciones y decidieron prescindir por completo de todas las comodidades que ofrecía la vida urbana, empezando por el alcohol, pasando por la agricultura y terminando por los cortes de pelo. Su representante más famoso, Sansón, tenía una fortaleza física incomparable, pero solo en la medida en que siguiera siendo una persona peluda y muy poco civilizada.

Los creadores de la primera civilización humana, que vivían encerrados tras los muros imponentes de sus fortificaciones, resultaron ser unas personas más bien tímidas que siempre sentían la necesidad de entregarse a sus festivales y a sus celebraciones, y que además vivían atemorizados por la idea de que unos extraños irrumpieran en su mundo y lo destruyeran para siempre. No sentían ninguna confianza en el mundo exterior, y tenían buenas razones para ello: al fin y al cabo, ellos no sabían que su grandioso experimento de crear ciudades, huertos, sacerdotes, escribas y murallas iba tener éxito algún día. El mundo que existía al otro lado de las murallas no

era un mundo inhabitado, pero a ojos de los porteadores de cestos era un mundo muy peligroso. Después de todo, ellos estaban viviendo el comienzo de la civilización: cada ciudad era su propia frontera y siempre se hallaba muy cerca de unos vecinos hostiles que vivían en las montañas, en la estepa o en el desierto. Si los mesopotámicos se atrevían a salir de sus ciudades amuralladas, enseguida se encontraban rodeados de extraños que no veían en ellos nada más que una oportunidad para hacerse con un botín en forma de riquezas, tierras, animales o mujeres. De modo que vivían, según dijo la frase memorable de un rey de la Edad del Bronce, “como pájaros encerrados en una jaula”. [13]

Vistas a distancia, las naciones civilizadas del antiguo Oriente Próximo –Sumeria, Egipto, Israel, Asiria y algunas otras– eran amasijos de jaulas. Y hasta sus dioses y sus héroes se mostraban muy recelosos ante todo lo que acechaba más allá de sus fronteras. Según un antiguo mito mesopotámico, el Guardián de las Cosechas vigilaba la zona limítrofe de los campos de cultivo, en torno a los cuales había levantado una barrera protectora. Dumuzi, el pastor y protector, murió asesinado por nómadas del altiplano cuando se aventuró demasiado lejos de su hogar. El legendario rey Lugalbanda logró salir vivo de una expedición a territorios igual de remotos, pero a cambio se dejó vencer por la cobardía. “Un hombre perdido es algo terrible –se lamentaba–. Por la senda desconocida, al borde de las montañas… ¡no dejéis que una muerte violenta haga que me derrame como el agua! ¡No dejéis que me tiren al desierto que no conozco como si fuera un garrote!”. [14]

Un cronista egipcio relató un viaje que le llevó muy lejos del territorio de las ciudades amuralladas. Sabía que tenía que cruzar una comarca en la que abundaban los ladrones. Cuando tuvo que atravesar un angosto desfiladero, entró en pánico. Se le erizaron los pelos de la cabeza. Empezó a temblar. Tenía –así lo contó– el alma entre las manos. Cuando logró abrirse paso entre los peñascos y las piedras, vio que el camino serpenteaba entre un barranco y una montaña. Asediado por el temor, con la imaginación desbocada, convencido de que los ladrones iban a atraparlo enseguida, empezó a correr. Eso era lo que les pasaba a los pájaros que se atrevían a salir de la jaula. [15]

A finales del tercer milenio a. C., todas las jaulas de barro se vinieron abajo. Los bárbaros que vivían en el altiplano descendieron de las montañas

y arrasaron con asombrosa celeridad el primer imperio de la historia, el acadio, que abarcaba todo el territorio de Mesopotamia. Las crónicas reales contaban que los atacantes "actuaron con extrema violencia contra los dioses […] si alguien tenía esposa, se la llevaron […] si alguien tenía un hijo, se lo llevaron". [16] No quedó piedra sobre piedra. Nadie ha logrado encontrar las ruinas de Agadé, la capital del imperio, ni siquiera en forma de *tell* . El caos se apoderó de las estructuras políticas de Mesopotamia, como se narra en la famosa lista real sumeria: "¿Quién fue rey? –se pregunta el autor–. ¿Quién no fue rey?".

Una crónica antigua revela el terror que estas invasiones infundieron en el corazón de los porteadores de cestos. Los emisarios no se atrevían a salir a los caminos. Los barqueros se negaban a navegar por el río. Incluso los pastores tenían miedo de salir en busca de las ovejas perdidas y los ganaderos de ir a buscar a las reses extraviadas. Nadie vigilaba los campos de cultivo, los huertos ni los estanques donde se criaban peces. Los campesinos tenían que trasladar los huertos al interior de las ciudades, y los precios de los artículos de primera necesidad –aceite, grano, lana, pescado– estaban por las nubes. Había vigías apostados por todas partes, en los árboles y en las orillas de los ríos, y las muchedumbres atemorizadas se ocultaban tras los muros de las ciudades, temerosas de salir incluso para enterrar a los muertos.

Otro texto, la llamada *Leyenda cutea* , se propuso representar la sabiduría –adquirida a fuerza de adversidades– de Naram-Sin, el rey cuya desastrosa campaña militar en las montañas precipitó la ruina del imperio. Los atacantes recibían el nombre de Umman Manda, "una lúgubre raza de fugitivos" que habían alcanzado la edad de la hombría en las montañas. [17] Los Umman Manda parecían tan monstruosos (se decía que tenían el aspecto de "aves que moran en las grutas") que Naram-Sin tuvo que enviar a uno de sus generales a que averiguase si sangraban como los seres humanos o bien eran "espíritus malignos, espectros, fantasmas y demonios". [18] Se trataba del estereotipo habitual para describir a todos los que vivían más allá de los muros, ya fuese en las montañas, en los desiertos o en las estepas. Pero el avance inexorable de los Umman Manda desde el noroeste arrasó todos los asentamientos que encontraban a su paso. Naram-Sim tuvo que enviar en tres ocasiones diferentes a tres enormes ejércitos que fueron aniquilados. "Soy un rey –se lamentaba–, que no puede traer

prosperidad a su país, soy un pastor que no puede traer prosperidad a su pueblo”. El rey acadio también se quejaba de lo inútil que era enviar ejércitos contra los montañeses: “¿Cómo fui tan insensato como para adentrarme en su territorio? Ahora el miedo, la noche, la muerte, las plagas, los temblores, el terror, los escalofríos, las pérdidas económicas, el hambre, las hambrunas, el insomnio… todos los males del mundo se abaten sobre mi pueblo”. [19]

Naram-Sin hablaba en nombre de todos los habitantes de las ciudades cuando daba su consejo a los futuros reyes: fortificad los muros; mantened los fosos llenos de agua; aseguraos de que tenéis bien guardadas las provisiones. Y cuando vengan los bárbaros, no los provoquéis. Aun cuando pisoteen vuestra tierra y maten a vuestro ganado, no os atreváis a salir a su encuentro con las armas en la mano. Es mucho mejor que permanezcáis encerrados tras las murallas y que respondáis a su maldad con gestos de simpatía. Tratadlos como señores.

“Fortificad los muros”. “Encerraos tras las murallas”. He aquí dos consejos que hasta una aterrorizada población de porteadores de cestos podía seguir.

La civilización casi desapareció por completo durante las grandes invasiones del tercer milenio a. C.. El grado de destrucción que dejaron es asombroso. Egipto, Siria, Canaán, Acadia, Sumeria, Troya, Elam, el valle del Indo y Anatolia sufrieron por igual. Los imperios se desplomaron. Los reinos se vinieron abajo. Las ciudades ardieron. Las economías quedaron tan destruidas que la inmensa población superviviente tuvo que acostumbrarse a vivir en un mundo inseguro en el que los dioses ya no proporcionaban ninguna protección. Fue en ese fértil terreno abonado, en el que se mezclaban la laboriosidad, el tesón y los temores más primarios, donde surgió el primer sueño fantasioso de crear un reino por completo rodeado de murallas.

En la época de Shulgi ya había precedentes de la idea de levantar un muro que protegiera un reino entero. El enigmático muro sirio TLM se adelantó al muro de Shulgi en varios siglos, y es probable que su fama llegara en algún momento a Ur. Los mesopotámicos, aunque solo fuera en sus mitos, ya habían contemplado la idea de construir un muro así. Un poema del siglo XXII a. C. contaba la guerra entre el dios Ninurta y el demonio Azag, “un

asesino de las tierras altas” que había saqueado varias ciudades con sus guerreros. Al final del poema, Ninurta conseguía ganar la guerra, pero en los días siguientes a la victoria el dios se aseguraba de que Sumeria no volviera a recibir un ataque de los montañeses: llevó la agricultura y la civilización a las montañas, y luego levantó “una hilera de piedras orientadas al altiplano… como si formaran un gran muro”. [20]

A finales del reinado de Shulgi, unos belicosos invasores llegados de las tierras altas de Siria aterrorizaron Mesopotamia. Los recién llegados representaban todo lo que más temían los porteadores de cestos: eran montañeses que vagaban sin cesar de un sitio a otro y que siempre dejaban un rastro de destrucción. Los amorreos de Siria no tenían otro hogar que sus tiendas. Ni construían ciudades de adobe ni vivían en jaulas. Y cuando empezaron a avanzar hacia el sur, rumbo a las grandes ciudades, la más negra desmoralización se apoderó de la Tierra entre los dos Ríos.

Según la leyenda, uno de los primeros reyes de Mesopotamia había levantado un gran muro que atravesaba el desierto “como una red” que cerrara el paso a los amorreos de Siria. [21] Shulgi pudo reconstruir el viejo muro del rey Lugalbanda [22] o tal vez inició la construcción de una nueva muralla. Fiel a su estilo pomposo, Shulgi se jactaba de que sus fortificaciones habían conseguido traer por fin la paz a su reino en apuros. El pueblo, decía, podía al fin vivir en praderas repletas de vegetación y en pacíficas moradas. [23] “El año en que se construyó el Muro del País” llegó mil quinientos años antes de que se alzaran los primeros cimientos de la Gran Muralla china, así que podemos considerarlo el primer momento de la historia en que se ponía en práctica la idea de un reino amurallado en el que los civiles pudieran vivir sin temor a las incursiones de los extraños.

La idea demostró ser mucho más duradera que el mismo muro. Como no podía ser de otro modo, tratándose de efímeras construcciones de adobe, el efecto que tuvieron las fortificaciones de Shulgi fue irrelevante y duró muy poco tiempo. La correspondencia de Shulgi que ha sobrevivido se centra en la necesidad urgente de restaurar una fortaleza clave que al parecer ya no estaba en condiciones de detener una invasión. El rey le ordenaba a su maestro de obras que trabajara día y noche, y castigaba a sus generales por no haber sabido reparar los muros con la debida rapidez. Mientras tanto seguían llegando las noticias a palacio: las grandes huestes del enemigo se han levantado en armas; los generales ya no pueden defender las ciudades;

se han destruido los canales; el enemigo está al acecho aquí al lado, en las colinas. [24]

Los sucesores de Shulgi tampoco pudieron detener la llegada de los nómadas sirios. Igual que Shulgi, Shu-Sin intentó construir y reparar un nuevo muro fronterizo, un conjunto de ladrillos de adobe y de trincheras que ostentaba el estúpido nombre de “Lo que mantiene a distancia a los amorreos”. Sus tropas intentaron por todos los medios extender las barreras defensivas hasta las montañas, pero sus esfuerzos no sirvieron de nada. Las cartas de Shu-Sin delatan que la ansiedad lo iba carcomiendo. Un general le informaba de que los amorreos habían invadido el país. Al toparse con las primeras líneas de defensa, los montañeses habían acampado a muy corta distancia y se dedicaban a hostigar a los trabajadores. El ejército empezaba a andar escaso de efectivos. Y después llegó otro mensaje desde las regiones fronterizas: ya no había forma de defender las ciudades. [25]

En la literatura, quienes destruyeron el reino amurallado de Shulgi no fueron los amorreos, sino otros pueblos bárbaros de las tierras altas: los guti y los elamitas. Se cuenta que un dios había ordenado a los guti emprender la invasión del reino. Los montañeses aplastaron la cabeza de sus enemigos y llenaron el Éufrates de cadáveres que flotaban en el agua. En Adab azuzaron a sus perros contra los refugiados y los hicieron huir en estampida como si fueran un rebaño de cabras. “Los guti, los vándalos –gritaba la gente–, nos están exterminando”. Una hambruna terrible dejó sin comida ni cerveza incluso al rey. Al mismo tiempo, otros bárbaros atacaron la ciudad de Ur, y la hambruna que se desató dentro de las murallas mató a tantos habitantes de la ciudad como los montañeses que la sitiaban: “Dentro de Urim [Ur] hay muerte, fuera también hay muerte”. Cuando los bárbaros lograron abrir una brecha en las murallas, aplastaron la cabeza de los defensores como si fueran cazuelas de arcilla. [26]

Más hacia el oeste, los faraones también intentaron proteger su reino. Hace poco, los arqueólogos han desmentido la idea tradicional que prevalecía sobre la sociedad egipcia. Resulta que las ciudades egipcias no eran ciudades abiertas, como se pensaba antes, sino que estaban protegidas por muros de adobe. [27] A lo largo del Nilo, las ciudades y sus guardianes, los faraones, vigilaban con atención cualquier movimiento que se produjera en los desiertos de Libia, Nubia y el Levante. [28] Las invasiones foráneas son un tópico de la literatura egipcia. Un texto del segundo milenio a. C.,

Las admoniciones de Ipuwer , se lamenta de que han entrado tantos extranjeros en el país que ya no queda ningún egipcio auténtico. Otro texto, *La profecía de Neferti* , narra el pánico que se extendió entre los egipcios cuando las invasiones de los nómadas "llenaron de terror los corazones de todos los que participaban en la cosecha […] robándoles los arados incluso cuando estaban arando". En el relato, los bárbaros conseguían introducirse en las fortificaciones del reino y sorprendían mientras dormían a los soldados del faraón, que no se habían atrevido a salir a su encuentro. Los animales de los nómadas abrevaban en las aguas del Nilo. Los egipcios, poco acostumbrados a las armas, tenían que armarse y empezaban a fabricar flechas de metal. El terror y la desesperanza invadían el pensamiento de los egipcios: "Me voy a descansar mientras me digo: 'No puedo quedarme dormido'". [29]

La reacción de los egipcios ante las amenazas de invasión fue la habitual en un pueblo que, como los mesopotámicos, levantaba ciudades amuralladas con ladrillos de adobe: fortificar las fronteras. Los textos de las pirámides hablan de las defensas contra los pueblos del desierto tanto al oeste como al este del país. [30] El faraón Amenemhat I levantó una fortificación que llamó el Muro del Gobernante. [31] No ha quedado rastro de ese muro, ya que sin duda alguna los ladrillos de adobe se deshicieron hace mucho tiempo y acabaron mezclándose con la arena. Sin embargo, las fortificaciones egipcias erigidas en los terrenos mucho más áridos del sur sobrevivieron durante unos cuatro mil años, hasta que las arrasaron las inundaciones causadas por la presa de Asuán. Allí, las fortalezas de adobe del faraón se extendían a lo largo de unos 400 kilómetros, vigilando la frontera desde las islas, desde la cima de los cerros y desde la cresta de las colinas. Otra clase de fortificaciones, como una muralla de 6 kilómetros que flanqueaba el Nilo, servían de apoyo a los fuertes, y las patrullas del ejército recorrían los bordes del desierto en busca de nómadas. Si encontraban a alguien, le obligaban a darse la vuelta; solo dejaban pasar a los mercaderes.

Casi mil quinientos años más tarde, los reyes de Oriente Próximo no habían renunciado aún a la idea de construir una gran muralla fronteriza que pudiera impedir las incursiones de los nómadas. A mediados del primer milenio a. C., Nabucodonosor II (r. 605-562 a. C.) fue el primer gobernante que creó un recinto defensivo que rodeaba todo el país. [32]

Nabucodonosor es un personaje mucho mejor conocido que Shulgi y ha inspirado toda clase de leyendas. Algunos autores antiguos decían que construyó los maravillosos Jardines Colgantes de Babilonia para su esposa meda, una hermosa montañesa que echaba de menos su hogar. Y en la Biblia se dice que hizo matar a sus adivinos, a sus magos, a sus hechiceros y a sus brujos porque no fueron capaces de adivinar las cosas que había soñado.

Nabucodonosor estuvo trece años sitiando la ciudad de Tiro, y si la experiencia le enseñó algo, fue el valor de las fortificaciones bien construidas. Durante el sitio, obligó a sus hombres a cargar con unos materiales tan pesados que muchos soldados se quedaron calvos y se quedaron con los hombros despellejados por completo. Pero los muros resistieron. Cuando volvió a su tierra, en torno al año 573 a. C., Nabucodonosor rodeó su capital de fortificaciones mucho más grandes incluso que las de Tiro. Miles de esclavos tuvieron que trabajar hasta el agotamiento para Nabucodonosor, fabricando ladrillos, cociéndolos –un procedimiento caro y poco habitual– e insertándolos en unos muros tan anchos que se podían hacer carreras de carros en los adarves. Cuando se terminaron las obras, tres murallas gigantescas rodeaban Babilonia, con su millar de templos, sus acueductos, sus canales y sus jardines.

Las murallas de Babilonia fueron solo el principio. Usando los ríos como defensa para los flancos oriental y occidental, Nabucodonosor solo tenía que construir extensas murallas por el lado norte y por el lado sur para circundar por completo el corazón de su reino. [33] La muralla septentrional, cuyas ruinas se conocen hoy con el nombre de Habl as-Sahr ("hilera de piedras"), se extendía a lo largo de unos 50 kilómetros. Para su construcción hubo que usar la asombrosa cantidad de 164 millones de ladrillos. El muro meridional conectaba las ciudades de Babilonia, que daba al Éufrates, y Kar-Nergal, que daba al Tigris.

Nabucodonosor creía que sus murallas garantizaban que ningún invasor podría entrar en el Imperio babilonio. Hizo estampar su nombre en todos los ladrillos. Inscripciones que aparecieron en lugares tan lejanos como el Líbano anunciaban al mundo los enormes logros del rey:

> Para que ningún enemigo destructor pueda tomar Babilonia […] amontoné grandes cantidades de tierra y rodeé la ciudad con grandiosas aguas. Para que ninguna corriente la anegara, la reforcé con

> ladrillos cocidos y betún […]. Amontoné grandes cantidades de tierra, y rodeé mis tierras con grandes cantidades de agua, como si se alzaran las aguas del océano […]. Reforcé las defensas de Esagil e hice de Babilonia una montaña de vida para mi pueblo. [34]

El profeta Jeremías se mostraba escéptico. Profetizó que los muros de Babilonia serían arrasados y quemados. "En vano se fatigarán los pueblos y las naciones –escribió–, pues su trabajo será consumido por el fuego". [35]

Durante unos mil años después del reinado de Nabucodonosor, los gobernantes de Mesopotamia siguieron fatigándose para convertir el trabajo de los pueblos y las naciones en una buena línea defensiva. El denominado muro de Umm Rus, por ejemplo, protegía la llanura mesopotámica de la amenaza del desierto que se extendía hacia el norte. [36] Y por el otro lado, el gigantesco muro de ladrillo conocido como El Muttabaq, o el Dique de Nimrod, defendía la vega del Tigris de los beduinos. [37] Los porteadores de cestos tuvieron que trabajar duro, pero al menos lograron mantener a raya a los bárbaros durante un tiempo.

La historia demostró que los porteadores de cestos tenían sus buenas razones para sentirse amenazados. Desde mediados del tercer milenio a. C. hasta mediados del primero, los asentamientos humanos en Mesopotamia disminuyeron de tal manera que solo ocupaban una decimosexta parte del terreno que alguna vez habían llegado a ocupar, y las cosas siguieron empeorando. Antes de que las grandes ciudades y los canales fueran destruidos por completo, el corazón de la civilización sufrió otros dos mil años de invasiones protagonizadas por pueblos extraños llegados de las tierras áridas. Y a medida que el mundo de los civilizados mesopotámicos se iba volviendo más pequeño y más inseguro, las enormes expectativas que había despertado la civilización mesopotámica quedaban más lejos de realizarse. Temerosos de aventurarse más allá de sus propias defensas, los mesopotámicos se conformaban con recordar sus viejas glorias perdidas, de modo que sus escribas no paraban de consignar todos los datos posibles sobre las generaciones que les habían precedido, mientras que los artistas se dedicaban a reproducir las mismas imágenes estereotipadas que habían heredado de sus antepasados. En su mayor parte se limitaban a repetir los

rituales con que confiaban en aplacar a los dioses que regularmente enviaban a los bárbaros a invadir su territorio. [38]

Tal vez lo que acabara condenando a los porteadores de cestas fue su obstinado desinterés en buscar otra estrategia defensiva que no estuviera inextricablemente ligada a su forma de vida. Con muy pocas excepciones, eran una población civil resignada a defenderse sin otra cosa que los muros de ladrillo y un pequeño ejército de soldados y mercenarios. Los mesopotámicos se empeñaron en seguir manteniendo esa forma de vida aun cuando los estuviera llevando a la extinción. Una generación detrás de otra prefería levantar muros en vez de empuñar las armas. La cabezonería con que se aferraban a esta visión del mundo podría considerarse admirable o patética, según sea el punto de vista de cada uno. No obstante, esta no fue la única forma de actuar de los pueblos de la Antigüedad. En Grecia, el corazón de otra civilización arcaica, hubo una ciudad que se negó a asumir la lógica de los porteadores de cestos y que se propuso recrear la vida urbana de forma totalmente innovadora, sin muros y –cosa más increíble aún– sin población civil. La historia de la ciudad sin muros –una circunstancia casi insólita en la historia antigua– ocupará ahora nuestra atención.

II

¿AMURALLAR O NO AMURALLAR?

Grecia, 600-338 a. C .

Cuando el hombre de negocios germano-estadounidense Heinrich Schliemann inició unas excavaciones cerca de la aldea turca de Hisarlik, en 1871, actuaba con la paciencia propia de los visionarios, es decir, con ninguna en absoluto. Refractario a las exigencias del método arqueológico, Schliemann contrató a unos ochenta operarios –que más tarde serían ciento cincuenta– y de inmediato los puso a trabajar en busca del tesoro que había soñado encontrar desde que era niño: Troya, la ciudad de la *Ilíada* , la gran urbe –según decía Homero– rodeada de murallas. Los operarios, siguiendo las temerarias instrucciones de Schliemann, se desentendieron de las antigüedades que les parecían poco importantes mientras iban desenterrando capas y más capas de historia. Así, destruyeron edificaciones antiguas y echaron a un lado restos muy valiosos. Mientras seguían trabajando, en las paletadas de tierra que arrojaban al vacío iban siglos y más siglos de historia. En solo tres años, Schliemann excavó unos trescientos mil metros cúbicos de terreno saturado de valiosos vestigios del pasado. Fue una excavación primitiva llevada a cabo de la peor manera posible: de forma improvisada, sin un método científico y guiándose únicamente por los prejuicios y por el sesgo de confirmación. Pero los resultados podrían servir para una película de Hollywood. Por mucho que su método atentara contra la forma de trabajar de los arqueólogos meticulosos que han seguido sus pasos, Schliemann y su equipo de mercenarios encontraron exactamente lo que buscaban: bajo las ruinas de la ciudad romana que llevaba el nombre de Nueva Troya apareció un recinto de murallas de dos metros de espesor.

Las murallas desenterradas eran muy grandes, pero Schliemann pensó que no tenían la grandeza homérica que buscaba, de modo que el millonario hecho a sí mismo cometió un nuevo crimen metodológico y continuó con las excavaciones. Una vez más, reemprendió las obras con las prisas y la

falta de método de todos los fanáticos. Los ochenta operarios siguieron excavando en la ladera de la colina con picos y azadones, destrozándolo todo, hasta que descubrieron otra hilera de murallas, que esta vez tenían dos metros y medio de grosor. Con ese descubrimiento, Schliemann podría haber detenido las excavaciones. No lo hizo. Se quedó dos años más en Hisarlik excavando muros y más muros y más muros. Un siglo más tarde, otro arqueólogo alemán aventuró una hipótesis que jamás se le pasó por la cabeza a Schliemann: los antiguos contrafuertes de Hisarlik no eran más que los restos de la ciudadela real de Troya, que a su vez estaba rodeada por un perímetro fortificado mucho más amplio destinado a la defensa de la ciudad más antigua.

Schliemann abandonó Troya sin haber explorado las llanuras que la rodeaban. Cuando lo expulsaron de Hisarlik por haber sacado de contrabando las joyas de oro que había descubierto –y que se habían visto por última vez en el cuello de su joven esposa griega–, el pionero de la arqueología centró su atención en otro objetivo homérico: Micenas, la antigua ciudad enemiga de Troya. Allí su trabajo fue mucho más fácil. Las enormes murallas de Micenas estaban todavía a la vista. Con eso le bastó para emprender sus excavaciones. Schliemann no sabía casi nada del complejo oficio de las excavaciones arqueológicas, pero poseía la intuición suficiente para darse cuenta de que, si quería encontrar una ciudad olvidada, lo primero que tenía que hacer era buscar sus murallas.

Los griegos del periodo clásico (479-338 a. C.) vivían, igual que Schliemann, a varios siglos de distancia de la época de máximo esplendor de Micenas. Pero, a diferencia de Schliemann, no sentían una gran admiración por las ruinas de la ciudad de Agamenón. De hecho, creían que las enormes fortificaciones de piedra caliza eran obra de monstruos, ya que sus ciudades eran mucho más sofisticadas. En Atenas y en las demás ciudades griegas, los habitantes de la ciudad disfrutaban de unas instituciones que no se podían encontrar ni siquiera en las grandes urbes de Oriente Próximo: mercados, gimnasios, estadios deportivos, teatros, talleres de artistas y escuelas. Por aquel entonces, los cimientos que iban a constituir la sociedad occidental habían hecho ya su notoria aparición en Grecia, aunque en su caso siguieran acompañados por las inevitables carabinas de más edad que vigilaban su conducta: los templos y, cómo no, las murallas.

Los griegos llevaban construyendo murallas al menos desde la Edad del Bronce, cuando sus antepasados fundaron la civilización que los historiadores han llamado micénica (que floreció en torno a los años 1600-1100 a. C.). Sin embargo, sigue habiendo malentendidos con respecto a este periodo. Los poetas griegos evocaban a sus antepasados de la Edad del Bronce como héroes intrépidos –esos guerreros como Aquiles o Ulises que conducían sus cuadrigas y saqueaban los países enemigos–, pero que por muy bravucones que fueran cuando navegaban en sus naves rumbo a Troya o a Egipto, también sentían cierta inquietud cuando pensaban en las tierras de los bárbaros que se extendían más allá de Grecia. A finales del siglo XIII a. C., los micénicos de la península del Peloponeso levantaron un muro fortificado que los separara del resto de los Balcanes. [1] Más al norte del Peloponeso también cundía el pánico. Allí, los antepasados de los griegos levantaron el primer muro de las Termópilas unos siete siglos antes de que apareciera la primera amenaza persa. Los ingeniosos defensores de la ciudad construyeron canales que hacían derramar agua por encima del paso para que se fuera erosionando el terreno y se creara una red de zanjas infranqueables. A lo largo de toda Grecia, las ciudades prevenían los ataques encerrándose tras una hilera de muros y asegurándose el suministro de agua. [2]

Como era inevitable, los problemas lograron sortear los muros fronterizos y se introdujeron en las zonas urbanas de la Grecia de la Edad del Bronce. Durante el siglo XII , la civilización micénica sufrió un final violento. En menos de unas pocas décadas, prácticamente todas las ciudades del sur de Grecia fueron abandonadas o destruidas. Micenas cayó alrededor del año 1150 a. C., arrasada por un incendio que derritió hasta las mismas piedras.

Tuvieron que pasar varios siglos para que la civilización pudiera revivir en Grecia. Cuando por fin se levantaron nuevas ciudades, construidas sobre las cenizas de las antiguas, también se rodearon de muros. Las nuevas fortificaciones se levantaron sobre cimientos de piedra caliza, pero en los demás aspectos se diferenciaban muy poco de sus antecesoras mesopotámicas, troyanas o micénicas. Casi nada había cambiado desde los tiempos de Jericó. Una ciudad era una cosa rodeada de murallas, como siempre había sido. Salvo por una excepción: el extraordinario caso de Esparta.

Los espartanos dieron la espalda a casi diez mil años de planificación urbanística al oponerse a los muros. Pero esa reacción era para ellos una cuestión de principios. Los espartanos, a diferencia de sus rivales atenienses –y, dicho sea de paso, de cualquier otra ciudad del mundo–, creían que la costumbre de vivir protegido por una muralla era una muestra de cobardía. Y no veían nada digno de admiración en una población pacífica y civil, formada por porteadores de cestos que se negaran a salir de sus muros para luchar contra el enemigo. Por el contrario, en más de una ocasión los espartanos se refirieron con desprecio a las ciudades amuralladas llamándolas "barrios de mujeres".

¿Barrios de mujeres? He aquí una frase cargada de intención. No en vano, los espartanos se hicieron famosos por la economía del lenguaje. Según sus costumbres, la perfeccionaban desde la infancia con un entrenamiento riguroso. Los ancianos de Esparta les hacían preguntas difíciles a los jóvenes para comprobar si eran capaces de contestar de forma lacónica, es decir, con la brevedad que se consideraba propia de la región espartana de Laconia. Las mujeres espartanas aprendían también a refrenar cualquier tentación de caer en la palabrería. Su tendencia a hablar a base de chispeantes fogonazos ingeniosos llegó incluso a eclipsar la fama que tenían sus maridos, hasta el punto de que muchos guionistas de Hollywood han plagiado las réplicas que Plutarco recopiló en sus *Máximas de las mujeres espartanas* . En cualquier caso, sorprende oír que una idea tan venerable como la de construir ciudades amuralladas se denigrara de forma tan expeditiva. Tres palabras –"barrios de mujeres"– bastan para derribar y hacer sangrar a una institución inmemorial como si la hubiera herido una lanza espartana.

La actitud de los espartanos se oponía a la forma de ver el mundo que había prevalecido entre los primeros constructores de ciudades. Los mesopotámicos creían que las murallas eran características sagradas de su entorno geográfico. Se enorgullecían de las fortificaciones que "brillan como el cobre" o que "son tan altas como las montañas". Es decir, que un entramado gigantesco de fortificaciones era motivo de orgullo y no de vergüenza. Las barreras defensivas –y en especial los altos muros que rodeaban las ciudades– se consideraban un hecho inseparable e insustituible de la vida civilizada. Homero decía que las murallas de Troya las habían levantado por Poseidón y Apolo. E incluso los israelitas, que se proclamaban descendientes de tribus dispersas de pastores, establecieron el

principio de que las casas construidas dentro de los muros de una ciudad pertenecían a perpetuidad a sus moradores, en tanto que las casas de los poblados sin amurallar pertenecían al primero que llegara. No es de extrañar, por lo tanto, que el jeroglífico egipcio que designaba la ciudad representase dos encrucijadas de caminos que se cruzaban en medio de un recinto amurallado. En tiempos de paz, esos muros permitían que un populacho nada belicoso se dedicara con relativa seguridad a sus ocupaciones, ya fuese la de hacer zapatos o decorar el menaje doméstico; y si alguien quería llegar algún día a escribir dramas y poemas y relatos, para ello también era imprescindible que viviera protegido por la mayor seguridad posible. Entonces, ¿cómo y por qué llegaron los espartanos a idear el disparate de vivir en una ciudad sin murallas?

Como es natural, los espartanos despreciaban la idea de que pudieran descender de los constructores de murallas de la Edad del Bronce que vivieron en Micenas. Para ellos, los micénicos eran un pueblo de cobardes que se habían dejado invadir y derrotar por los antepasados de los propios espartanos. Y esos conquistadores del pasado solo podían ser los hijos de Hércules, una tribu poderosa de guerreros invasores. Los espartanos, por lo tanto, se consideraban una nación de guerreros invencibles. Sus antepasados no podían ser civiles que vivieran protegidos en los momentos de peligro. Si los espartanos le tenían miedo a algo, era a la idea misma de que algún día pudieran llegar a sentir miedo. Y los elementos más conservadores de la sociedad se resistían por todos los medios a que se introdujeran medidas sociales que pudieran debilitar a los hombres de Esparta. Inspirándose en el vigor primitivo de sus antepasados, emprendieron uno de los experimentos sociales más extraordinarios de la historia de la civilización: el rechazo absoluto a las murallas, y con él, a cualquier clase de indicio de vida civilizada.

La economía espartana, en sus comienzos, podría haber financiado cualquier clase de ambición intelectual propia de la vida civilizada. Los ciudadanos de Esparta tenían tierras, pero no estaban obligados a la onerosa carga de trabajar en ellas. Por lo tanto, disponían de tanto tiempo libre que podrían haberse dedicado sin problemas a la literatura, las matemáticas, el arte, la filosofía o el teatro. De hecho, es muy posible que los primeros espartanos se dedicaran a estas actividades. Han sobrevivido algunos vestigios de literatura espartana, sobre todo dedicados a la poesía bélica que

animó a generaciones de griegos a defender sus posiciones en la batalla sin desfallecer. Pero un día los espartanos abandonaron toda aspiración a alcanzar la excelencia en la literatura o en el arte. En vez de a la alta cultura, prefirieron entregarse a la barbarie artificial y obligatoria. Tal como habían hecho muchos pensadores radicales antes que ellos y como harían después muchos otros más, llegaron a la conclusión de que los frutos de la civilización los habían debilitado y de que solo podrían recuperar el vigor inicial de su cultura si renunciaban por completo a esos mismos frutos. Fue esta idea la que les impulsó a abandonar la construcción de murallas.

La arqueología de Esparta es muy significativa a este respecto. En algún momento del siglo VI a. C., los espartanos se pusieron a mirar su hermosa cerámica de Laconia, sus objetos importados de ámbar y de marfil, sus estatuas de bronce y de madera y sus miles y miles de objetos artísticos, y decidieron deshacerse de todo eso. A partir de aquel momento, Esparta no iba a seguir el mismo rumbo que los demás estados griegos. La ciudad renunció a los grandes monumentos, a las murallas e incluso a una planificación urbanística y se limitó a ser un insulso amasijo de aldeas. [3] Hubo un autor griego, el historiador Tucídides, que escribió que, si algún día las futuras generaciones de griegos examinaban las ruinas de Esparta, les costaría mucho entender que aquella ciudad hubiera llegado a ser la más poderosa de toda Grecia. Quizá hasta tuvieran problemas para creer que hubiera llegado a ser una ciudad. [4]

Las fuerzas políticas que rehicieron Esparta en el siglo VI , interrumpiendo su desarrollo cultural y renunciando a la construcción de murallas, lo hicieron en nombre de Licurgo, el mítico legislador de la ciudad. Por desgracia, su vida es una incógnita. Lo que ha llegado hasta nosotros no es más que un conjunto de informaciones –confusas y contradictorias– que lo pintan como una especie de Moisés espartano, un legislador semi-histórico que supuestamente había recibido la ayuda divina para llevar a cabo su obra. Incluso para los propios reformadores del siglo VI , Licurgo no era más que una figura mitológica.

Un día le preguntaron a un rey de Esparta cuáles eran los beneficios que las leyes de Licurgo habían proporcionado a la ciudad. "El desdén por los placeres", fue su respuesta. También podría haber contestado: "El desdén por la civilización". Las reformas inspiradas en la figura de Licurgo afectaron a todos los aspectos de la existencia. Todo lo que pudiera delatar

un simple rastro de civilización, todo lo que pudiera seducir a la vista o halagar el oído, se desterró de la ciudad. De un día para otro, los espartanos quisieron desprenderse de todos los objetos que les parecían superfluos porque solo servían para proporcionar placer. A partir de aquel momento, los espartanos ya no estaban autorizados a poseer objetos de oro ni tampoco joyas. Se les obligaba a vivir en viviendas muy sencillas, hasta el punto de que para desbastar las vigas de madera solo podían usar hachas en vez de las sofisticadas herramientas de carpintería. Los reformadores se propusieron que todos los interiores habitados fueran muy sencillos: las camas con pies de plata o cubiertas con extravagantes colchas de púrpura estaban fuera de lugar.

La vestimenta de los espartanos llegó a hacerse famosa. Los dramaturgos atenienses, que por mandato existencial estaban incapacitados para dejar escapar un buen insulto, se burlaban de los visitantes espartanos por sus ropas sucias y andrajosas. Tucídides, que era un observador algo más imparcial, fue más considerado con los espartanos y reconoció que eran el primer pueblo del mundo en vestir con sencillez: ricos y pobres por igual. También contó que eran los primeros que se desnudaban para practicar deportes y que se atrevían a quitarse la ropa en público. Quizá eso les ayudara a soportar el olor.

Desde luego, los espartanos no olían a flores. Los licurguianos (si podemos inventar un adjetivo que dé nombre a estos reformadores) habían prohibido los perfumes, que se consideraban un despilfarro, y también los tintes porque se creía que debilitaban los sentidos. El trato que se dispensaba al oído era muy parecido al que se dispensaba a la vista y al olfato. Un gobernante espartano se hizo famoso cuando cogió una azuela y cortó dos de las nueve cuerdas de una lira. ¿Quién necesita toda la escala?

El rechazo a las murallas no hizo a los espartanos ni más abiertos ni más cosmopolitas; más bien al contrario, lo que hizo fue intensificar su xenofobia. Los reformadores se aseguraron por todos los medios de que ninguno de los productos de la civilización volviera a colarse en su paraíso primitivista libre de muros. Denegaron a los ciudadanos el derecho a viajar, por miedo a que se les contagiara la afición al lujo. Prohibieron el uso de monedas de oro y plata para impedir la importación de objetos de consumo foráneos. Ningún mercader oriental se atrevía a vender su mercancía en Esparta, ya que sabía que el único beneficio que iba a obtener eran las pesadas monedas de hierro que usaban los espartanos.

Pero no bastaba con obligar a los espartanos a abandonar todos los lujos que pudieran reblandecer su carácter. Desde la cuna hasta la sepultura se les obligaba a llevar una vida que les proporcionara los beneficios de una existencia lo más bárbara y primitiva posible. ¿Se vestían los pueblos primitivos con prendas hermosas o solían bañarse a menudo? ¿No? Pues los espartanos tampoco. A los bebés espartanos no se les podía fajar el cuerpo y se les obligaba a pasar la noche a solas, para que tuvieran que acostumbrarse al frío y a la oscuridad. Más tarde se instruía a los niños en los rudimentos de la lectura y la escritura, pero su educación se interrumpía ahí. Se consideraba mucho más importante que los niños se acostumbraran a caminar desnudos y con los pies descalzos porque los zapatos hacían que los pies se volvieran demasiado delicados, y cambiarse de ropa de acuerdo con las inclemencias del clima hacía que se volvieran débiles.

Este gran experimento incluía a hombres y también a mujeres. Un buen espartano se escandalizaba si oía decir que las mujeres deberían tener una educación mucho más liviana o desarrollar inclinaciones femeninas. Los reformadores ordenaron que las mujeres jóvenes desfilasen desnudas en las procesiones, para que pudieran exhibir el cuerpo que habían esculpido al hacer ejercicio, al correr, al practicar la lucha o al lanzar el disco y la jabalina. Las mujeres no tenían pelos en la lengua. El famoso dicho espartano, “vuelve a casa con tu escudo o sobre él” –una advertencia dirigida a los que pudieran caer en la tentación de arrojar las armas para huir más deprisa– surgió como una fórmula de despedida de las madres a sus hijos. Una madre asesinó a su hijo al oír que había cometido un acto de cobardía. En su defensa, arguyó que lo había criado para que algún día muriera por Esparta, y ahora ya lo había hecho.

En materia de comida, los espartanos establecieron unas cantinas comunales donde los ciudadanos tenían que comer todos juntos. La razón era que no se consideraba positivo para la ciudad que los hombres volvieran a su casa por la noche y pudieran tenderse en un cómodo diván y engullir toda clase de comida, destruyendo en un instante todo el entrenamiento físico y moral que habían llevado a cabo durante el día. Comer a solas se consideraba la antesala de una conducta mucho más pecaminosa: dormitar, darse un baño caliente, echarse una siesta. Los espartanos debían tomar comidas muy sencillas, siempre sin vino. La conversación en la mesa debía versar sobre temas livianos, limitándose a hablar de cosas jocosas, y siempre de forma lacónica, por supuesto. A los ciudadanos se les enseñaba

a ser taciturnos: si se les hacía una pregunta, debían contestarla de la forma más breve posible. La enseñanza de la retórica, por supuesto, estaba prohibida. Eso de hablar era cosa de atenienses.

Para saber cuáles eran las intenciones de los reformadores basta ver su obsesión por eliminar todos los oficios relacionados con la vida civil. La lista de las profesiones prohibidas en Esparta es muy larga: profesores de retórica, adivinos, alcahuetes, prostitutas, mimos, magos, bailarinas, arpistas y toda clase de artesanos. Se dice que hubo un rey de Esparta que estaba dando una alocución a un ejército formado por espartanos y sus aliados. En un momento dado, el rey ordenó que se pusieran en pie los alfareros, luego los herreros, los carpinteros, los albañiles y los demás artesanos. Al final, casi todos los soldados de las tropas aliadas se habían puesto en pie, pero entre ellos no había ningún espartano. Esparta se había convertido en una sociedad militarizada.

Los cronistas griegos cuentan que Esparta fue aflojando la estricta disciplina de los reformadores. Después de la guerra del Peloponeso, a finales del siglo V a. C., la afluencia de grandes cantidades de oro y plata resucitó todos los males que los licurguianos habían intentado evitar. Los nuevos ricos empezaron a aficionarse de nuevo a la vida civilizada, en tanto que la masa de la población siguió ocupando la ciudad, aunque ahora estaba más interesada en las revueltas que en hacer la guerra. Los reyes tenían que exhortar a su pueblo, como hacían los profetas de Israel, pidiéndole que regresara a los hábitos de la vida sencilla para que así Esparta pudiera recuperar el vigor de la experiencia primitivista. A finales del año 240 a. C., el rey espartano Agis IV convenció a los jóvenes de la ciudad para que apoyaran su propuesta de restaurar el sistema de Licurgo. El rey y sus partidarios se despojaron de todas sus ropas para demostrar que iban a sacrificarlo todo en aras de que Esparta volviera a ser lo que una vez había sido. La derrota de las reformas de Agis fue solo temporal. Una década más tarde, otro joven rey espartano se propuso revitalizar el experimento de la antigua Esparta. Cleómenes III empezó su reinado con una purga sangrienta de la oposición. Luego volvió a introducir el sistema basado en el entrenamiento físico y en la mesa comunal.

La constitución licurgiana de Esparta tuvo sus ciclos de altibajos, pero el fundamento esencial de la sociedad de Esparta se mantuvo a lo largo de cientos de años. Los espartanos tenían una idea muy clara de lo que significaba ser un hombre, y dormir en los “barrios de mujeres” no formaba

parte de ella. Si Esparta no necesitaba fortificaciones construidas con bloques de piedra caliza, era porque podían defenderla con “murallas de hombres”. Había tres ideas –murallas, civilización y afeminamiento– que estaban irremisiblemente unidas en la mente de los espartanos, ya que para ellos constituían la sacrílega trinidad de las debilidades humanas, pero ¿por qué tuvo que ser así? ¿Qué fue lo que llevó a los espartanos a creer que esta triada aparentemente inconexa de conceptos formaba una sola unidad?

El historiador griego Tucídides solía tener intuiciones muy lúcidas, y una de ellas quedó consignada cuando dividió las sociedades griegas en dos tipos: aquellas en las que los hombres iban armados a todas partes, y aquellas otras en que los hombres habían renunciado a las armas y se dedicaban a actividades muy distintas. A ojos de Tucídides, las sociedades de la primera clase no habían logrado evolucionar mucho. En realidad, imitaban a los griegos arcaicos que consideraban los robos y los saqueos como actividades aceptables, incluso honorables. De todos modos, las sociedades de la otra clase tampoco estaban libres de crítica. Al abandonar las costumbres de los guerreros, los hombres de estas sociedades civilizadas se habían convertido en dandis que llevaban ropa interior de lino y se recogían el pelo con broches de oro. [5]

Si hemos de creer a Tucídides, los atenienses fueron los primeros griegos que dieron el paso inicial que los llevó a abandonar las armas en el transcurso de su vida diaria. No sabemos hasta qué punto pueda ser cierta esta afirmación, pero lo que es seguro es que los atenienses desempeñaron un papel fundamental al difundir una forma mucho más civilizada de concebir la vida. Los atenienses fueron también los mayores constructores de murallas de toda Grecia: no solo construyeron fortificaciones para sí mismos, sino que a veces las levantaron para sus aliados y para sus colonias.

Los atenienses no eran débiles, pero tampoco lo eran los espartanos. En Atenas, el servicio militar solo era obligatorio en determinadas ocasiones, y no tenía un ejército profesional. Los hombres atenienses no tenían instrucción militar y se burlaban de los pueblos que sí la tenían. [6] Los niños atenienses no tenían ninguna relación con la guerra, y hasta el siglo IV los adolescentes de la ciudad no recibieron ninguna clase de adiestramiento para la batalla… un periodo corto de ejercicio obligatorio que les preparaba

para tomar las armas. [7] Pero incluso este experimento duró muy poco, ya que se oponía al espíritu de una época en la que los filósofos proponían que los civiles no tuvieran ningún contacto con la vida militar, y que debería ser una clase independiente de soldados la que se encargase de todas las tareas del combate. [8] El entrenamiento de los jóvenes de dieciocho años se convirtió rápidamente en un sistema de educación intelectual, moral y educación física general. [9]

En la Atenas clásica, era un sentimiento unánime que los grandes líderes eran los constructores de murallas. Y esta apreciación se puede aplicar incluso a ese temible héroe de la segunda guerra médica que fue Temístocles. Es cierto que Temístocles fue mucho más estadista que soldado. De hecho, sus habilidades políticas eran formidables. Como todos los políticos de todas las épocas, Temístocles creía en la democracia solo en la medida en que pudiera convencer a la gente para que aceptara su liderazgo, y nunca se preocupó demasiado de los métodos que le permitieran lograrlo. Cuando necesitaba, por ejemplo, que el populacho de Atenas aprobara su estrategia naval, recurría a predicciones y profecías falsas e incluso llegó a utilizar la tramoya de un teatro para engañar a la gente con la idea de que los dioses le apoyaban. En un momento dado, tuvo que esparcir el rumor de que la diosa Atenea había huido por mar de la ciudad, cosa que resultó muy útil a la hora de convencer a los fundadores de la civilización occidental para que apoyaran sus planes.

Temístocles tomó la iniciativa de fortificar Atenas en el siglo v a. C. Para obtener fondos con que pagar las obras, navegó por el mar Egeo recolectando tributos de todos los aliados de Atenas. Temístocles les decía que traía con él dos diosas: la diosa Persuasión y la diosa Fuerza. Los habitantes de una isla le contestaron que ellos también tenían dos diosas, y que ellas –la diosa Pobreza y la diosa Imposibilidad– les impedían pagar los tributos. Al final, Temístocles se salió con la suya y pudo construir sus murallas.

El gran proyecto de la fortificación de Atenas culminó a mediados del siglo v con la construcción de los Muros Largos. Diseñados para proteger la cuerda salvavidas que unía la ciudad con el mundo exterior, los Muros Largos se extendían a lo largo de varios kilómetros desde el centro de Atenas hasta los puertos del Egeo. Cimón, el impulsor de la construcción de los Muros Largos, continuó con orgullo la tradición iniciada por

Temístocles de engañar al populacho. Un día anunció que había encontrado los huesos del héroe mitológico Teseo, cosa que los atenienses celebraron erigiendo tres estatuas formadas por un busto y un pene, las llamadas hermas, que creían portadoras de buena suerte.

Al adoptar el plan de Cimón y llevar las murallas de la ciudad hasta el mar, Atenas podía mantener a salvo su cordón umbilical incluso estando bajo asedio. Pericles –otro político que se las sabía todas para mantenerse en el poder, aunque él prefería usar directamente los sobornos en vez de los trucos de magia– llegó a convencer a sus conciudadanos de que muy pronto podrían dejar de cultivar la tierra y vivir únicamente de los productos del mar. [10] De este modo, los atenienses se pusieron a salvo de los ejércitos enemigos sin tener que aislarse por completo del mundo

A mediados del siglo V , Atenas era una ciudad mucho más segura de lo que lo había sido nunca. Tras los muros de Atenas se inició una nueva edad de oro. Los atenienses que vivían tras las murallas se mostraban tan abiertos al mundo exterior como recelosos se mostraban los espartanos que vivían sin muros de ningún tipo. Los filósofos llenaban la ciudad. También floreció el teatro, lo mismo que la escultura, las matemáticas, la arquitectura y la pintura. Protegidos por unas murallas que impedían los ataques contra la ciudad al mismo tiempo que mantenían abierto el acceso a los puertos, los atenienses empezaron a experimentar la guerra de una forma muy distinta. Año tras año, incluso cuando la ciudad estaba sitiada por el enemigo, los dramaturgos componían una nueva obra, la presentaban a los concursos y la estrenaban en los teatros. Los filósofos deleitaban a sus discípulos e irritaban a sus rivales. Y los artistas se entregaban a su labor con exquisita destreza.

La mejor representación de la sociedad ateniense resguardada por las murallas se puede encontrar en las obras de Aristófanes, que se pasó casi toda su carrera atrapado en la ciudad por culpa de un conflicto que consideraba innecesario. Aristófanes, si hemos de juzgar por su obra, tuvo que ser todo un personaje, a la altura de una ciudad que había dado a Temístocles, a Cimón y a Pericles. A Aristófanes le gustaba el humor grosero. Sabía apreciar el valor de un buen pedo soltado justo a tiempo. Y si hubo un autor que supiera colocar una sarta de equívocos en el lugar adecuado, hasta que todo su público estallaba en carcajadas, ese autor fue él. En su obra más famosa, las mujeres de Atenas –que siguen vistiéndose con sus túnicas más hermosas y siguen usando sus perfumes, sus

cosméticos y sus pantuflas, aunque estén viviendo en mitad de la guerra– se quejan de que sus maridos se pasan casi todo el tiempo lejos de casa y el suministro de dildos de importación se ha cortado. En otro pasaje, Aristófanes se burla del populacho de una ciudad sitiada que no hace nada más que hablar de política, apostar a los caballos y enredarse en estériles discusiones filosóficas. Lo más increíble de todo es que Aristófanes podía burlarse sin ningún problema de los líderes políticos de la ciudad. Las cosas seguían al ritmo de siempre detrás de los Muros Largos.

Estas diferencias ponen de manifiesto una ironía evidente: los espartanos, que vivían abiertamente, sin murallas, no disfrutaban ni de una pizca de libertad. Los mayores les decían lo que tenían que hacer y cómo tenían que hacerlo; les enseñaban a hablar; les decían cómo, dónde y qué tenían que comer; les instruían sobre cómo debían relacionarse con sus hijos, con sus mujeres, con sus maridos y con sus hijas, y también les ordenaban qué podían poseer y qué no. En cambio, los atenienses, que vivían encerrados detrás de los muros, eran el pueblo más libre de la tierra. Protegidos por su ciudad rodeada de fortificaciones, discutían de política, se enzarzaban en disputas filosóficas, iban al teatro y desarrollaban los más novedosos conocimientos científicos y matemáticos. En cuanto a la idea de que el arte debilitaba a los hombres, la rechazaban por completo. "Nuestro amor por la belleza no nos conduce a la extravagancia –declaró Pericles–. Y nuestro amor por las cosas del intelecto no nos hace más blandos". [11]

Estas diferencias se manifestaban a todos los niveles. Los espartanos que vivían en un país de fronteras abiertas dependían por completo de los esclavos. Al no tener otra estrategia defensiva, los espartanos tenían que dedicarse constantemente al adiestramiento militar y dejar todo el trabajo productivo en sus manos. En la Atenas amurallada, en cambio, la esclavitud ya había empezado a decaer. La ciudad creó el primer sentimiento abolicionista de la historia de la humanidad.

Para el profesor que enseña historia antigua es una tentación irresistible, cuando llega el tema de Grecia, preguntar a sus alumnos a quién admiran más, si a los espartanos o a los atenienses. Invariablemente, un número considerable de entusiastas levanta el brazo a favor de los espartanos. Las tímidas manos que se levantan a favor de los atenienses son muy pocas, y además se expresan sin convicción, como si sospecharan que el profesor les ha hecho una pregunta con trampa. Sospecho que la "espartafilia" es un

sentimiento muy extendido, aunque no demuestre mucha reflexión. ¿Cuántos estudiantes, si tuvieran que elegir, se presentarían voluntarios para vivir un año en un lugar en el que no podrían bañarse ni cambiarse de ropa, y además tendrían que comer un caldo de vísceras día sí y día también, sin que les estuviera permitido poseer nada y en la su seguridad dependiera únicamente de su fortaleza física?

Al final, la solución que los espartanos dieron al problema de la seguridad –aunque hoy tenga un cierto prestigio romántico– no logró solucionar nada. Sencillamente no resultaba posible defender a un pueblo civilizado exigiéndole que se endureciera hasta convertirse en bárbaro. El atractivo del dinero y del confort material lograron imponerse a menudo a las duras exigencias de la constitución de Esparta, y a largo plazo, también lograron imponerse sus enemigos.

No obstante, por meritorio que fuera el modelo ateniense, sus ciudadanos nunca llegaron a admirarlo. Si algo sabían hacer atenienses era debatir y durante más de medio siglo los políticos y los filósofos debatieron sobre la conveniencia de fortificarse. Platón adoptó el punto de vista de los espartanos. En su opinión, los muros derruidos de Atenas, que los espartanos echaron abajo con gran júbilo, al son de las flautas, al final de la guerra del Peloponeso, debían dejarse en el suelo para siempre. Platón creía que los muros volvían blandos a los hombres, ya que les hacían caer en una falsa sensación de seguridad y les impulsaban a buscar refugio en vez de luchar contra el enemigo. Aristóteles no estaba de acuerdo. Para él, creer que una ciudad, como creían los espartanos, no podía tener al mismo tiempo muros y coraje era una idea "de otra época".

Pronto surgió un punto de vista intermedio. El Estado perfecto, argumentó Platón, debía defender todas sus fronteras y no únicamente su perímetro urbano. En el caso de Atenas propuso que se enviasen guardias a construir fosos y a levantar muros que cerraran los pasos de montaña en toda la región del Ática. Atenas quedaría defendida por muros fronterizos, que protegerían los accesos del territorio ateniense. Pero el filósofo sabía que estas medidas necesitaban cambios fundamentales en la sociedad. Las murallas de una ciudad, como las que levantaron Temístocles y Cimón, eran de muy fácil acceso para la población que tuviera que aprestarse a defenderlas. Pero los muros fronterizos estaban demasiado lejos de los centros urbanos para que los defendieran con éxito las huestes improvisadas

de ciudadanos. Exigían la creación de unas tropas profesionales que pudieran quedarse estacionadas en la misma frontera.

Durante un tiempo se impusieron las ideas de Platón. Los atenienses fortificaron las fronteras exteriores de su país en vez de fortificar su ciudad. Por desgracia, al menos para los historiadores, el experimento ateniense de construcción de murallas fronterizas no duró el tiempo suficiente para demostrar si esa estrategia defensiva había sido acertada. En el año 338 a. C., después de que los invasores macedonios derrotaran a los defensores de Grecia, resucitó de repente en Atenas el viejo entusiasmo por las murallas urbanas. Como observó un ateniense de aquella época, “algunos hombres se pusieron a levantar murallas y otros empezaron a construir zanjas y empalizadas. No había ni un solo hombre ocioso en toda la ciudad”. [12]

La pereza no parece haber sido nunca un problema para los constructores de murallas, aunque algunas se construyeron voluntariamente y otras a golpe de látigo. En el próximo capítulo veremos unos trabajos forzados que se impusieron a tal escala que los griegos jamás podrían haberla imaginado. Se decía que un emperador con un látigo mágico había supervisado la construcción del primer muro fronterizo de China. Las historias sobre el Primer Emperador abundan en esa clase de relatos fantasiosos; pero nos ayudan a entender a los mayores constructores de muros de la historia igual que lo hacían los meticulosos registros de los escribas de Mesopotamia, o incluso mucho más aún.

III

‘GRITOS DE DOLOR Y DE PENA’

China, 214 a. C .

La más antigua de las grandes murallas de China ha desaparecido casi por completo tras ser arrasada por las lágrimas de una viuda. Así es, al menos, como recordaban los campesinos chinos el final de la muralla. Y ellos conocían bastante bien el Muro Largo del Primer Emperador. Cómo no iba a ser así, si lo habían construido ellos.

En la primera versión del relato, la viuda no tenía nombre. Era una mujer que “lloraba mucho”: eso era lo único que se decía de ella. A su marido lo habían reclutado para ir a trabajar al Muro Largo. Pero al parecer el hombre no era “bueno para trabajar”, así que se escapó de la obra porque no podía soportar las pésimas condiciones de trabajo que sufría en su condición de mano de obra militarizada. Cuando lo encontraron, capataz lo mató a golpes y enterró en el muro. Su mujer recorrió grandes distancias la muralla en busca de su marido. Al enterarse de lo que había pasado, lloró durante diez días seguidos, hasta que el muro se deshizo y dejó a la vista los huesos de todos los trabajadores que habían muerto durante su construcción. [1]

Muchos años después, un monje chino escribió acerca del Muro Largo: “A lo largo de leguas y más leguas, lo levantaron con hombres y barro”. [2] La receta para la construcción de la muralla solo tenía dos ingredientes, y el más importante era la mano de obra. Los chinos nunca olvidaron cuánto esfuerzo supuso la construcción de las murallas. El recuerdo de los obreros, reclutados a la fuerza y reubicados, la separación de sus familias, y la crueldad de los capataces recorre la memoria colectiva de la nación como una cicatriz. Según la leyenda, el Primer Emperador multiplicó el número de soles para que nunca se hiciera de noche y así sus obreros pudieran seguir trabajando sin descanso. Se decía que había dado la orden de que se

enterrara bajo los cimientos a todo aquel a quien se sorprendiera durmiendo durante la construcción del muro. "El muro se construyó con gritos de dolor y de pena", decía una canción china. [3] Los poetas se compadecían no solo del triste destino de los obreros que habían tenido que construir el muro, sino también de la población civil que había tenido que fabricar sin parar la ropa de los obreros y los soldados del muro.

Un consejero imperial del siglo V de nuestra era, un hombre muy versado en historia, pero muy poco familiarizado con los entresijos de la mente del obrero chino de a pie, escribió un largo informe a favor de la construcción de nuevas murallas. Lo terminaba con esta frase: "Y como es evidente que los hombres apreciarán las ventajas a largo plazo que tienen las murallas, trabajarán en ellas sin queja alguna". [4] Era puro pensamiento mágico. En todos los testimonios de la cultura popular que han llegado hasta nosotros, los obreros veían las grandes murallas como un simple delirio de los emperadores. ¿Para qué sufrir construyendo algo que al final se caerá solo? Los obreros chinos, igual que los mesopotámicos, sabían muy bien que todas las grandes obras eran efímeras. Cuando se empezaron a construir las primeras grandes murallas de China, los obreros ya habían participado en la construcción de un sinfín de murallas más pequeñas que se habían desmoronado o las habían arrasado, o las dos cosas a la vez. Los chinos tenían sus propias técnicas de construcción, pero los resultados eran apenas más duraderos que las edificaciones de adobe de Mesopotamia. Los constructores de muros chinos metían con una pala los sedimentos arcillosos de origen eólico, el así llamado *loess* , en un marco de madera y luego lo iban apisonando, capa por capa, hasta que se volvía tan duro como una roca. Las murallas de barro constituían unos obstáculos formidables –al menos para los enemigos que no supieran llorar lo suficiente–, pero nunca llegaron a alcanzar la dureza permanente de la roca.

Doscientos años después de la construcción del Muro Largo, el mito de la viuda que lo había arrasado a base de lágrimas seguía siendo una leyenda muy difundida. Es evidente, claro está, que el muro había empezado a desmoronarse mucho tiempo atrás. A lo largo de los siguientes mil quinientos años, los chinos pudieron ver infinidad de veces cómo los muros de barro desaparecían por sí mismos hasta que los engullía el paisaje. A un funcionario de la dinastía Jin (1115-1234 d. C.) lo frustraba tanto la inutilidad de las obras que pidió a la corte que desistiera de levantar el muro

antes incluso de que estuviera terminado. “Lo que ya está construido empieza a desmoronarse por las tormentas de arena –escribió–, y obligar a la gente a seguir trabajando, todo ese esfuerzo solo servirá para dejarla exhausta en vano”. [5] En el siglo XVI , un consejero de la dinastía Ming, cuyos súbditos estaban construyendo la última de una larga serie de murallas, manifestó el mismo pesimismo sobre las obras: “Las murallas construidas con tierra arenosa se deshacen fácilmente”, advirtió. En menos de un siglo, las murallas de la dinastía Ming no llegaban ni a la altura del hombro de una persona. La tierra arrastrada por el viento había rellenado los fosos, además.

El Muro Largo, y su famosa sucesora, la Gran Muralla, tuvieron muchos predecesores. Las murallas fueron las parteras de la civilización china, de la misma manera que lo habían sido en Mesopotamia, Grecia y Egipto. La amenaza, como siempre, procedía de los lugares habituales: las montañas desde donde fluían los ríos de China. Allí vivían los bárbaros de las tierras altas que amenazaban continuamente a los campesinos que se habían establecido en las vegas y, andando el tiempo, esos bárbaros de las estepas se volvieron mucho más peligrosos. Los campesinos chinos, igual que sus homólogos de Egipto y Mesopotamia, tuvieron que dedicar su fuerza de trabajo a levantar fortificaciones defensivas que les permitieran vivir sin necesidad de estar permanentemente dispuestos a ir a la guerra. Incluso los pobladores de los asentamientos chinos del Neolítico excavaban zanjas y levantaban muros para proteger sus poblados. A medida que los asentamientos se extendían, las defensas crecían hasta alcanzar un tamaño descomunal. Algunas murallas del tercer milenio a. C. llegaron a tener diez metros de espesor. [6]

Para construir las murallas chinas, incluso las más antiguas, hizo falta una terrorífica cantidad de trabajo humano. Pueblos enteros tuvieron que trabajar en asentamientos provisionales, amasando ladrillos para ir levantando hileras y más hileras de muros. Cuando se terminaba la construcción del muro, ya había surgido a su lado el embrión de una ciudad, un vínculo entre muralla y comunidad humana que duró a lo largo de toda la historia china. Muchos siglos después, cuando los chinos ya habían desarrollado la escritura, usaban el mismo símbolo para la muralla y la ciudad. Algunos siglos más tarde, desarrollaron la creencia de que cada

ciudad poseía una divinidad protectora, el *Cheng huang shen* . El nombre significa, literalmente, "dios de la muralla y el foso".

No hay pruebas de que los primeros chinos se opusieran a la construcción de murallas, del mismo modo que tampoco hay pruebas de que se opusieran los mesopotámicos, los egipcios o los griegos. En lo que sí se diferenciaron, sin embargo, fue en que la construcción de las imponentes murallas *fronterizas* –las grandes murallas– originó una animadversión en el pueblo llano tan formidable como las propias murallas. Esas murallas significaban, si se nos permite usar un lugar común, esa clase de grandeza que los chinos no buscaban por sí mismos, sino que les fue impuesta por otros. La imposición, en este caso, procedía de la estepa euroasiática, donde había surgido una nueva forma de vida en el primer milenio a. C.

Los pueblos de la estepa únicamente se diferenciaban de otros pueblos bárbaros anteriores por su forma de guerrear y por su forma de vida itinerante, pero estas innovaciones tuvieron tal impacto que cambiaron por completo el mapa de la civilización euroasiática. Desde las primeras invasiones de los escitas en el siglo VII a. C. hasta las invasiones de los mongoles en el siglo XIII de nuestra era pasaron cerca de dos mil años. Y durante este periodo, el nivel de destrucción que lograron causar los pueblos de la estepa en las civilizaciones del Viejo Mundo alcanzó proporciones apocalípticas. Muchos imperios tuvieron que dedicar sus recursos y sus energías a amurallarse frente a esta amenaza, pero los primeros en hacerlo fueron los chinos.

Los chinos no tenían ningún interés en conquistar la estepa. Para ellos era una empresa tan poco atractiva como imposible. Las tierras del norte eran lugares áridos e inhabitables cubiertos de montañas de nieve y hielo. [7] Los poetas que tuvieron que vivir en la frontera hablaban de los aullidos del viento nocturno, que les cortaba la cara "como si fuera un cuchillo". Por otra parte, las tierras yermas que se extendían hacia el oeste eran incluso peores. Los viajeros las describían como un abismo fragoroso de desiertos en los que no crecía nada y en los que la arena arrastrada por el viento devoraba a los animales, a los vehículos y a los hombres. Los geógrafos confirmaron estas historias con sus vistosas descripciones del Monte Calcinado y del Río Fríocaliente. Describieron lagos tan calientes que el agua parecía hervir en su interior, y de arenas tan abrasadoras que los

pájaros no se atrevían a sobrevolarlas. Lo peor de estas descripciones es que contenían una gran parte de verdad. Cada cierto tiempo, las tormentas de arena arrastran una gran cantidad de polvo al norte de China. Incluso periodistas contemporáneos han visto cómo las mulas se asfixiaban en medio de una tormenta. En 1920, un terremoto aniquiló al 90% de la población de Gansu. Se decía que el suelo blando ondulaba como las olas en el mar.

Los tórridos veranos y los inviernos gélidos de las tierras que se extendían más allá de las fronteras de China no tenían ningún atractivo para los constructores las ciudades amuralladas. Sin embargo, el estilo de vida de los pastores podía adaptarse a esas condiciones. Los rebaños de los pastores podían alimentarse con pastos autóctonos que eran incomibles para los seres humanos, y transformarlos después en carne y en leche que proporcionaban buenas grasas, carbohidratos y proteínas, así como también agua. Los pastores podían sobrevivir en los territorios donde los campesinos no podían, pero eso sí, a condición de que no pararan de moverse.

Los pueblos ganaderos de la estepa se desplazaban de un lugar a otro en busca de pastos intactos y de climas más templados. No reconocían las fronteras. Aunque su estilo de vida tenía muchas limitaciones, estaba claro que les resultaba satisfactorio, ya que los nómadas de la estepa se negaron tercamente durante miles de años a establecerse en un sitio fijo, incluso en los lugares donde los ríos atravesaban la estepa y facilitaban la creación de un asentamiento urbano. Su sistema de vida resultaba muy práctico. El pastoreo nómada les facilitaba todos los recursos necesarios para la subsistencia, y además les permitía organizarse en los ejércitos más poderosos de la tierra.

El avance imparable de los ejércitos de nómadas de la estepa se debió a dos inventos tecnológicos de la prehistoria que todavía no se sabe muy bien cómo ocurrieron: la rueda, que permitió alcanzar una movilidad inaudita a los pueblos que podían meter todas sus pertenencias en un carromato, y el carro de guerra, que facilitó el gran salto adelante en la movilidad bélica. Del primer invento, que data del cuarto milenio a. C., sabemos muy poco. Del otro, sin embargo, se puede escribir una prehistoria muy interesante. El uso de los carros de combate empezó a extenderse hacia el sur, desde las estepas del norte, a comienzos del segundo milenio a. C., cuando el pastoreo nómada aún no había transformado por completo la estepa y cuando esta había alcanzado quizá el mayor número de asentamientos

humanos que jamás llegaría a tener. En aquellos tiempos, la tierra de los conductores de carros estaba llena de poblados que se dedicaban a fabricar grandes cantidades de armas y de carros de combate. En casi todos los hogares había un horno metalúrgico. Cuando los conductores de carros empezaron a emigrar hacia el sur, destruyeron las ciudades del Asia Central al igual que la misteriosa civilización del valle del Indo.

Los centros manufactureros que surgieron en la estepa durante la Edad del Bronce nunca acabaron transformándose en ciudades. Lo que ocurrió, en cambio, fue que se produjo una revolución en la tecnología bélica que causó el declive de los carros de combate y de los centros que los fabricaban, que de repente se volvieron vulnerables y obsoletos. En algún momento en torno al año 1000 a. C., los antiguos aurigas empezaron a luchar a lomo de caballo. Los historiadores todavía no se explican cómo se produjo este cambio, tal vez a causa de ciertas innovaciones en los arreos que facilitaron la monta a caballo, o bien como consecuencia del invento de arcos más consistentes que se podían usar a lomos de un caballo. Fuera como fuese, las consecuencias fueron revolucionarias. La caballería presentaba toda clase de ventajas sobre la guerra de carros de combate. A diferencia del carro, que siempre se desplazaba con dificultad, el jinete a caballo disponía de una plataforma de ataque mucho más rápida y manejable, y que además podía recorrer largas distancias y atravesar terrenos mucho más escarpados. De este modo, la caballería logró superar todas las limitaciones de los carros de guerra: la rotura de ruedas y de ejes, la dependencia de los centros manufactureros, la carestía de metales muy valiosos y la necesidad de contar con equipos de dos hombres porque uno manejaba el carro mientras el otro luchaba. Los guerreros de la estepa que irrumpieron en la historia durante el primer milenio a. C. fueron, casi sin excepción, jinetes a caballo.

El auge de la caballería interrumpió el desarrollo embrionario de las ciudades en la estepa prehistórica. Enseguida se impuso un único estilo de vida a lo largo de las vastas praderas: una existencia móvil, agresiva y fundada en el uso del caballo. Los jinetes nómadas vivían en grandes tiendas de campaña que podían plegar y trasladar en cuanto empeoraba el tiempo o se agotaban los pastos. En algunas zonas, de forma provisional, se dedicaban a plantar cultivos a una modesta escala, pero en general eran mucho más eficientes a la hora de convivir con los animales. Usaban el estiércol como combustible, la carne como alimento, el pelaje para hacerse

ropa, los huesos para fabricar herramientas y la leche para elaborar yogur, queso y esa horrible bebida fermentada que recibe el nombre de *kumis* . Cazaban y vigilaban el ganado a lomos de caballo, y cuando participaban en una guerra, todos llevaban varios caballos para usarlos como repuesto, y formaban tremendas fuerzas de combate capaces de autoabastecerse y de emprender campañas cubriendo grandes distancias.

De vez en cuando, un personaje carismático unía a los hombres de varias tribus esteparias y formaba con ellos una horda, que fue lo más parecido a una bomba atómica que pudieron inventar los pueblos premodernos. Estos vastos ejércitos necesitaban llevar a cabo campañas rápidas de saqueo. La formación de hordas trastocó el orden natural de la cultura pastoril, en el que los rebaños se dispersaban para evitar que los animales tuvieran que competir por los mismos pastos. La horda, por el contrario, reunía cientos de miles o incluso millones de animales en una sola entidad gigantesca de consumidores de pastos que debía desplazarse continuamente en busca de nuevos alimentos. A diferencia de las tropas de los pueblos civilizados, que estaban inseparablemente unidos a sus patrias por la existencia de unas líneas de aprovisionamiento que limitaban por completo sus movimientos, las hordas no tenían otra alternativa que alejarse lo máximo posible de su tierra natal. Además, la horda tenía que avanzar a un ritmo mucho más rápido que el habitual en tiempos de paz. Matar también era una necesidad ineludible: cuanto más duraban las campañas ecuestres, más caballos morían, lo que provocaba la necesidad de sustituirlos por los animales saqueados a los grupos sedentarios.

A mediados del primer milenio a. C., en las estepas al norte de China habían surgido los Hsiung-un, una nación de guerreros nómadas que luchaban a caballo. El término occidental más corriente para nombrar a los Hsiung-un es ‘huno’.

Debía de haber cincuenta veces más chinos que hunos, pero los números no proporcionaban a los chinos ni seguridad ni alivio. Los guerreros hunos aterrorizaban a los chinos. Los jefes de los hunos basaban su estatus en la explotación económica de los mandatarios chinos, que les pagaban toda clase de tributos y rescates con tal de que los dejaran en paz. Mientras tanto, los chinos inventaron toda clase de palabras para describir las nuevas incursiones que sufrían por parte de los nómadas. El otoño era una estación especialmente peligrosa para los chinos: era la temporada de los saqueos,

cuando los nómadas aparecían de la nada y atacaban a los campesinos que trabajaban en el campo.

Una hermosa canción popular evocaba una de las primeras campañas militares contra los bárbaros de la estepa. Como quien no quiere la cosa, se refería a una nueva particularidad del paisaje:

> El rey le había ordenado a Nan-Chung:
> ‘Ve al norte a hacer un muro y fortifícalo’.
> Así que traquetearon nuestros carros
> y nuestras banderolas tremolaron.
> Teníamos las órdenes del rey
> de hacer un muro al norte y vigilarlo.
> Y miedo daba ver al gran Nan-Chung
> muy fiero por los Hîn-Yuns avanzando.
> Al emprender el camino
> el mijo estaba brotando;
> pero ahora, al regresar,
> nieva fuerte y todo es barro.
> Fue duro servir al rey
> sin tener ni un descanso.
> Queríamos volver a nuestro hogar,
> pero miedo nos daba el real mandato. [8]

Aquí ha quedado consignada la primera orden de erigir un muro fronterizo. Y en esta canción ya están presentes todos los temas que a estas alturas ya conocemos muy bien: la actitud defensiva, el agotamiento físico, la añoranza del hogar y el temor al monarca que había reclutado a los hombres para realizar una tarea ingrata. La campaña y quizá también la canción datan aproximadamente del año 800 a. C. A lo largo de los siguientes quinientos años no haría falta cambiar ni una sola palabra de la letra.

No se sabe nada más de la muralla de Nan-Chung. Tal vez consiguiera mantener a raya a los bárbaros durante un tiempo. En cualquier caso, sirvió para crear un precedente. En el periodo de los Reinos Combatientes (471-221 a. C.) proliferaron los muros fronterizos. Los muros separaban a los

chinos entre sí al tiempo que los separaban de los hunos y de los demás bárbaros. Algunos reinos construyeron murallas que llegaron a medir 500 kilómetros. Eran fortificaciones que alcanzaban dimensiones nunca vistas en el mundo, y que incluso empequeñecían las defensas que Nabucodonosor había levantado en Babilonia. Aun así, no eran más que un preludio de las gigantescas construcciones del Primer Emperador.

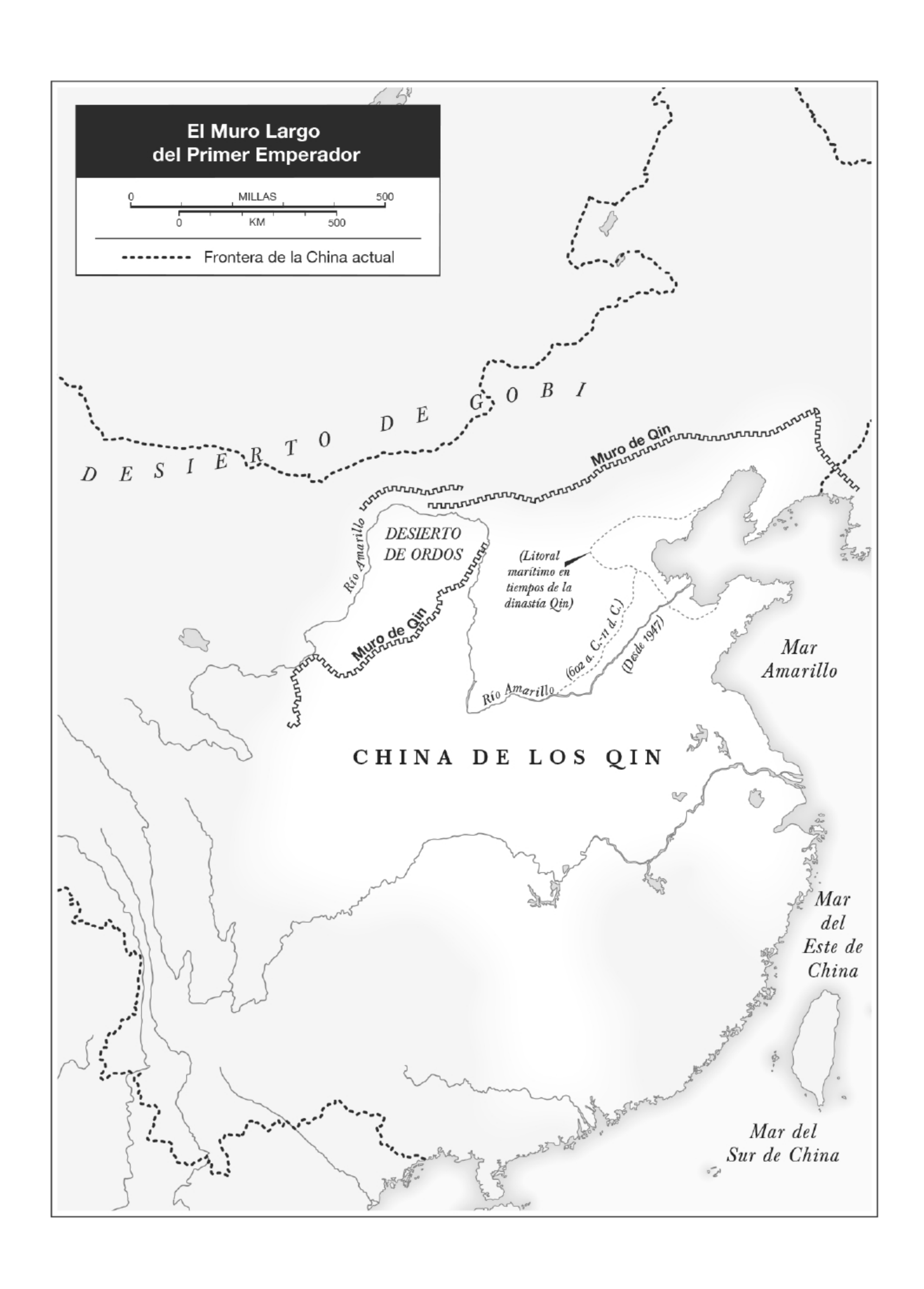
El Primer Emperador, tal como se le conocía, dejó una huella notable en la historia. Robert Ripley, que escribió más de dos mil años más tarde sin ninguna preocupación especial por la veracidad de lo que decía, afirmaba que se podía ver esa huella desde la Luna. No era verdad. Ni siquiera se puede ver bien esa huella desde la Tierra. El Muro Largo del Primer Emperador solo ha sobrevivido en fragmentos, que a su vez han sufrido el desgaste de la erosión y de la maleza. Y ese muro no era, como decía Ripley, la Gran Muralla, que por cierto tampoco se puede ver desde la luna.

Una breve descripción del Muro Largo podría decir más o menos así: "Después de eliminar cruelmente a todos sus rivales, el Primer Emperador (220-210 a. C.) volvió la vista hacia los bárbaros de la estepa. Contrató un ejército de mercenarios bárbaros y lanzó una campaña contra las tierras que se extendían justo al norte de las preexistentes murallas de los Reinos Combatientes. Allí, en aquellas regiones yermas que nunca habían despertado el interés de los chinos, pero que podían ser un emplazamiento perfecto para una muralla fronteriza, levantó un muro fortificado para defender las fronteras del reino de China".

A primera vista, no hay nada en esta descripción que suene improbable. Demostraría que el Primer Emperador, al frente de un ejército que tenía más obreros que soldados, decidió derrotar por medio de la productividad a lo que no podía derrotar por medio de las armas. En este sentido, este relato sería una descripción razonable de una estrategia razonable, y seguramente sería verdad… siempre que el Primer Emperador, claro está, hubiera sido una persona razonable.

Los historiadores –y sobre todo el modesto subgrupo que de vez en cuando se dedica a opinar sobre las murallas– son muy aficionados a aplicar al pasado una singular variante del principio de la navaja de Ockham. Si algo carece de sentido para ellos, entonces lo niegan. Tomemos, por ejemplo, el caso del Muro de Adriano. Si las pruebas demuestran que estaba muy mal diseñado para un propósito defensivo, entonces estos historiadores

llegan a la conclusión, desafiando las propias declaraciones de todas las fuentes de la época, de que no pudo haberse destinado a un propósito defensivo. Por la misma razón, si una política defensiva les parece incompatible con la visión que tienen de un imperio, entonces definen todos los muros imperiales como actos de agresión, a pesar de que los imperios de los constructores de muros habían dejado cientos de testimonios que demostraban que estaban aterrorizados frente al mundo que se extendía al otro lado de sus murallas. En cuanto a la posibilidad de que la superstición, la religión o el estado mental de un déspota pudieran haber desempeñado algún papel en la toma de decisiones, también la rechazan por completo. Se trata de este último error el que afecta al Muro Largo. No aprenderemos nada al intentar racionalizar un pasado que no tuvo nada de racional. Lo irracional tuvo una influencia esencial en todas las naciones del mundo antiguo. Con frecuencia influyó en las decisiones de esa selecta fraternidad de reyes que emprendieron la construcción de murallas.


El Muro Largo
del Primer Emperador
0
MILLAS
500
0
KM
500
Frontera de la China actual
DESIERTO DE GOBI
Muro de Qin
DESIERTO
DE ORDOS
Río Amarillo
Muro de Qin
(Litoral
marítimo en
tiempos de la
dinastía Qin)
(602 a. C.-11 d. C.)
(Desde 1947)
Río Amarillo
Mar
Amarillo
CHINA DE LOS QIN
Mar
del
Este de
China
Mar del
Sur de China

Un relato antiguo nos ofrece una explicación mucho menos razonable que la anterior sobre las causas que impulsaron al Primer Emperador a construir el muro. Se dice que ordenó construirlo tras oír una profecía que aseguraba que su reino lo destruirían los bárbaros del norte. Esta clase de hechos desagradan a los historiadores y solo se suelen citar de pasada, ya que no son más que historias pintorescas que entorpecen el análisis. ¿Quién podría creerse una cosa así? ¿La mayor empresa del mundo antiguo se debió a la profecía de un adivino? ¿Un proyecto que costó incontables vidas humanas tan solo lo inspiró la superstición? Llegados a este punto, parece superfluo añadir que el emperador entendió mal al oráculo, ya que este en realidad se refería a su hijo Hu, cuyo nombre era el mismo que el término chino para *bárbaro* .

Casi todo lo que sabemos sobre el Primer Emperador hace muy verosímil la hipótesis de que obligara a trabajar a una nación entera a trabajar como mano de obra esclava por un simple capricho irracional. Tan fastuoso constructor como Nabucodonosor, el Primer Emperador tenía ambiciones fabulosas y sentía un desprecio inagotable por los obreros que le permitían llevarlas a cabo. En su Babilonia china, tenía campanas y estatuas fabricadas con las armas fundidas de los ejércitos enemigos que había derrotado. En el exterior de su palacio levantó una especie de Disneylandia de los Condenados, donde sus legiones de obreros construían una réplica de los palacios de los reyes ya desaparecidos. En cada palacio había atracciones y entretenimientos facilitados por una tropa de músicos y bailarines cautivos.

La megalomanía le llevó a interesarse de forma maniática por todo lo sobrenatural. El Gran Emperador se rodeó de magos y adivinos. Cuando un mago de la corte le sugirió que se apartara por completo de sus súbditos, decidió que ninguno de ellos iba a verlo nunca más, y más aún, que ni siquiera podrían saber dónde estaba durmiendo. Así, ordenó construir 270 palacios cerca de la capital, todos conectados por pasadizos amurallados, que le permitían desplazarse en secreto de un palacio a otro para evitar las conjuras de los asesinos. La inmortalidad se convirtió en una obsesión para él.

El Primer Emperador desencadenó una guerra particular contra la transitoriedad que los constructores de sus palacios y murallas sabían inevitable. Consultó a profetas y alquimistas y patrocinó expediciones al otro lado del mar en busca del elixir de la inmortalidad. Para alargar su vida

bebía pócimas venenosas a base de vino, miel y mercurio. Al final encontró consuelo en la idea de la vida más allá de la muerte. Entonces ordenó la construcción de una tumba gigantesca, repleta de trampas para esquivar a los salteadores, que llenó con un ejército de guerreros de terracota y concubinas. Luego rodeó la tumba con ríos de mercurio que han impregnado el suelo, hasta hoy, en grandes cantidades. El fundador de China no era una persona racional.

El Primer Emperador soñaba también con la inmortalidad de su reino, y con ese objetivo, ya fuera por un impulso racional o irracional, levantó el Muro Largo. Estas fortificaciones, las primeras que intentaban defender toda China, acabaron definiendo a toda la nación. Construido por soldados, prisioneros, vagabundos y cualquier otra persona a la que se pudiera reclutar para realizar el trabajo, el Muro Largo se extendía a lo largo de 1.775 kilómetros, según un cálculo muy conservador, o bien hasta los 3.100 kilómetros, o incluso los 10.000, según cálculos más generosos. El Primer Emperador tenía fama de ser una persona infatigable, y exigía las mismas cualidades a sus obreros: los trabajadores tenían que amasar y acarrear inmensas cantidades de tierra a través de montañas y llanuras. En algunas zonas tuvieron que empujar toneladas de *loess* amarillo montaña arriba; en otras, tuvieron que colocar las piedras en su sitio a fuerza de golpes o fabricar ladrillos sin parar. Cuando se encontraban con un lecho de roca, excavaban una zanja y ponían los cimientos. Mientras tanto, tenían mucha suerte si recibían suministros. Según un informe, de 182 remesas de arroz que se enviaba a los obreros, solo una llegaba a su destino; así de peligrosa era su posición de vanguardia.

Meng Tian, el general que supervisaba las obras del Muro Largo, lamentó muchos años después que, al llevar a cabo el proyecto, había “cortado las venas de la tierra”. Esa idea le hizo engendrar negras tendencias suicidas. Por lo que respecta a los obreros que habían seguido sus órdenes hasta la extenuación, se les obligó a instalarse en alguna de las cuarenta y una ciudades amuralladas recién construidas, donde se les obligaba a vigilar la frontera, una tarea que equivalía, en palabras del Gran Historiador de China, a una sentencia a cadena perpetua. A otros muchos obreros se les obligó a trabajar en el desierto de Ordos, un árido remanso del río Amarillo en el que el Primer Emperador mandó erigir ciudades que acabaron inevitablemente enterradas bajo las dunas de arena. En la construcción del Muro Largo intervinieron un millón de manos, y otro

millón de colonos tuvo que defenderlo y abastecer a los soldados allí estacionados. Así empezó la obligación, que duró más de dos mil años, de mantener las gigantescas fortificaciones de China contra los bárbaros.

Cuando la obra estuvo acabada, el Primer Emperador conmemoró su epopeya con un monumento inscrito de una forma muy similar al de la conmemoración del Muro del País que Shulgi mandó construir en Mesopotamia. "El pueblo de China –escribió– disfruta de la calma y del reposo; ya no se hace necesario el uso de las armas y todo el mundo está muy tranquilo en su morada. El Soberano Emperador ha pacificado por turnos los cuatro rincones de la tierra". [9] Por entonces, el muro de Shulgi tenía ya casi dos mil años de antigüedad, y la tranquilidad se había posado permanentemente sobre las deshabitadas ruinas de Ur.

Después de su muerte, la cultura tradicional china se volvió muy crítica con el Primer Emperador. Cada nueva generación adornó su leyenda con nuevos mitos que pudieran resaltar su carácter tiránico. Los historiadores se burlaban de su aspecto y de su nacimiento. Lo describían como una persona tacaña, rastrera y sin gracia alguna. Quizá estos ataques se debían a una venganza retrospectiva contra el Primer Emperador por haber mandado quemar todos los libros de historia y por haber enterrado vivos a todos los eruditos que se empeñasen en hablar de ellos. Y por si esto fuera poco, los historiadores creían además que el Muro Largo no había servido de nada.

En verdad, el Muro Largo no solucionó el problema de los hunos. Tal vez no fuera lo suficientemente largo, pero el caso es que, si provocó algún cambio, fue que los ataques empeoraran. Mientras luchaban por mantener a su modo de vida en medio de las crueles incursiones de los hunos, los chinos cayeron en poder del pesimismo y llegaron a la conclusión de que cualquier intento de atacar a los pueblos de la estepa iba a ser inútil. Un mandarín del siglo II a. C. criticó al emperador por haber atacado a los hunos. Una nación demasiado aficionada a la guerra –insistía– perecerá, pues todos los esfuerzos militares se acaban lamentado. Y le recordaba al emperador las campañas anteriores en que un número incalculable de soldados tuvieron que luchar en los páramos y en las tierras salvajes, mientras el resto de los habitantes de China se mataban a trabajar para abastecer de ropa y de comida a los soldados. Los moribundos se amontonaban en los caminos.

Los consejeros imperiales insistían en que era totalmente inútil tomar represalias contra los jinetes de la estepa. “Si enviamos partidas mal pertrechadas de soldados al corazón del territorio enemigo –escribió un consejero–, nuestros hombres se quedarán enseguida sin comida, y si intentamos enviarles provisiones, el convoy de suministros nunca llegará a tiempo a su destino”. [10] Como otros pueblos civilizados, los chinos llegaron a la lúgubre conclusión de que los bárbaros eran muy superiores a sus propios soldados. “Soportan el viento y la lluvia, la fatiga, el hambre y la sed –escribió un funcionario de la corte imperial en el año 169 a. C.–, pero los soldados chinos no son tan buenos”. Y los hunos, añadía, eran capaces de disparar flechas mientras cabalgaban sobre terreno áspero y peligroso. [11] Otro consejero escribió que los hunos se movían en manada como las bestias y se dispersaban como una bandada de pájaros. “Intentar atraparlos es como querer atrapar una sombra”. [12]

De vez en cuando, un emperador intentaba luchar contra los invasores, pero estos intentos solían confirmar las predicciones más pesimistas de las Casandras de la corte. En general, las campañas acababan de forma desastrosa. En el año 200 a. C., las tropas del emperador cometieron la estupidez de adentrarse en la estepa en pleno invierno, y una cuarta parte de los soldados perdieron los dedos a causa de la congelación… una pérdida irreparable para un ejército de arqueros. De forma similar, otra campaña de finales del siglo II a. C. provocó el contraataque de los hunos, que lanzaron incursiones tan violentas que el coste de enviar ejércitos imperiales a detenerlos y devolverlos a sus tierras casi agotó los recursos del imperio.

Al final, los emperadores decidieron seguir dos estrategias para defender a sus súbditos dentro de las fronteras del país. Ninguna de las dos resultó barata, pero así eran los costes de intentar establecer la civilización en los límites mismos de la estepa. La primera consistía en comprar a los bárbaros a base de sobornos. Esta política se conocía como la de “paz y amistad” y consistía en aplacar a los hunos con la entrega de un cargamento anual de sedas, vino, grano y comida. De vez en cuando, los chinos cambiaban el nombre de esta argucia para mantener la ilusión del dominio imperial. Insistían en que sus vecinos bárbaros eran naciones vecinas tributarias, una forma muy extraña de describir una situación en la que eran los propios chinos los que tenían que pagar los tributos. [13]

Hay un rostro humano asociado a la política china de apaciguamiento de los hunos. Además de las grandes cantidades de dinero y de bienes de consumo, varias princesas chinas se añadían a los sobornos y eran empaquetadas y enviadas a los reyezuelos bárbaros, viendo así sacrificada su libertad a cambio de la seguridad de su país. Ellas se convirtieron en las figuras más trágicas de la poesía china, cuyos versos las mostraban dejando su país para no volver jamás:

La arena del desierto le da en la cara.
El viento, en el pelo.
Sus cejas perfiladas han perdido el color negro,
el colorete ha desaparecido de sus mejillas. [14]

La princesa Wang Zhaojun, entregada los hunos en el año 33 a. C., se convirtió en un personaje muy querido por el folclore chino. En las canciones del siglo II simbolizaba la civilización china, hasta el punto de que se suicidaba cuando su hijo le decía que prefería ser huno antes que chino. Y con el paso del tiempo, cientos de poemas y de dramas se centraron en su apócrifa resistencia contra la barbarie.

Los emperadores nunca abandonaron la estrategia del apaciguamiento. Múltiples generaciones de tejedores de seda, de granjeros, de sastres y de orfebres trabajaron sin descanso solo para que los frutos de su trabajo se entregaran a los matones. El dinero que podría haber servido para fomentar el arte, la literatura, el teatro o la arquitectura acababa drenado y fundido para fabricar la ostentosa joyería hortera de los bárbaros.

La otra estrategia alternativa a los sobornos –los muros fronterizos– era igual de cara. Y al igual que ocurría con el apaciguamiento, era la estrategia de un pueblo que prefería trabajar a pelear, impuesta continuamente por otro pueblo que prefería pelear a trabajar. Desde aproximadamente el año 10000 a. C., el mundo se había ido dividiendo en dos mitades: la de los que vivían protegidos por muros y la de los que vagaban sin rumbo fuera de las murallas. Los constructores y los bárbaros eran adversarios encarnizados, ya que representaban no solo las dos vidas distintas a cada lado del muro, sino las dos versiones de una revolución en las sociedades humanas. Fue, en muchos aspectos, el momento trascendental que fundó la historia de la civilización, pero solo podemos entenderla si examinamos las vidas de los

pueblos a los que no afectó. De modo que ahora vamos a volver la vista hacia el mundo de los que nunca llegaron a construir murallas.

IV

CONSTRUCTORES Y GUERREROS. LA VIDA FUERA DE LAS MURALLAS

Eurasia, 2000 a. C.-1800 d. C .

Los grandes muros fronterizos habían puesto de relieve con gran detalle la existencia de un mundo inarmónico, dividiéndolo en dos regiones, una de luz y otra de oscuridad, como un dramático claroscuro pintado por Caravaggio. A un lado de los muros estaban los constructores, que contaban con una historia iluminada por toda clase de géneros literarios. Al otro lado estaban los pueblos que no tenían historia de ninguna clase. Estos pueblos no fortificaban su frontera ni sus asentamientos y aparecían de repente, como llegados de la nada, para aterrorizar a los constructores de muros.

A comienzos del siglo VI a. C., un general chino expresó sus pensamientos acerca de las murallas. Al vivir en una época en la que todas las fronteras se protegían con fortificaciones, estaba convencido de la necesidad de las murallas. Los muros, en su opinión, eran la única forma de "separar a los que comen grano, viven en ciudades y en casas, se visten con prendas de seda y caminan como sabios de quienes tienen una apariencia salvaje, llevan ropa de lana, beben sangre y viven en compañía de las aves y las bestias". [1] Esta segregación venía muy bien salvo en el caso de que los chinos necesitasen reclutar tropas de refresco. Porque entonces contrataban al mayor número posible de bárbaros de aspecto salvaje y ropajes de lana.

La actitud de los romanos hacia los pueblos que vivían al otro lado de sus fronteras también resultaba ambivalente. La mayoría de los autores romanos –gente que vivía bien protegida en el corazón de una ciudad amurallada en el centro de la civilización– admiraba a los extraños que vivían sin muros. Veían a los pueblos de los escitas y de los germanos como los casos más virtuosos de vida natural: eran gente casta, nada inmoral y generalmente incontaminada por los vicios de la civilización. Solo en casos aislados, como el de Ovidio –que tuvo que vivir en contacto real con estos

extraños–, se llegó a dar una versión diferente de esta visión del mundo. En cualquier caso, los romanos estaban de acuerdo con los chinos: lo mejor era mantener alejados a los bárbaros de las fronteras, a menos, eso sí, que hubiera que reclutarlos para el ejército.

Los chinos y los romanos no fueron los primeros pueblos que dividieron el mundo entre los constructores de murallas y los que vivían fuera de ellas. Los primeros escribas de la Edad del Bronce ya habían convertido estas diferencias en símbolos gráficos. Para representar las comunidades urbanas, trazaban una cruz dentro de un círculo, lo que significaba una encrucijada de calles dentro de una muralla. Para representar a los que vivían fuera de los muros usaban una fórmula mucho más despectiva, por lo general imágenes de las armas que llevaban o de las montañas de donde procedían. A su debido tiempo, casi todas las lenguas que se hablaban en Oriente Próximo desarrollaron un vocabulario específico para nombrar a los extraños que vivían fuera de las murallas. Todas las lenguas presentaban un mismo y extraño patrón: a saber, si el significado original de una palabra se refería al nomadismo –una forma de vida evidentemente opuesta a la vida entre las murallas–, entonces el término acababa inexorablemente asociado a los robos, saqueos y demás actividades criminales. Si el significado original designaba algún aspecto relacionado con la criminalidad, rápidamente empezaba a asociarse con los pueblos nómadas.

A lo largo de Europa, Asia y el Norte de África, las crónicas describían a los pueblos que vivían fuera de las murallas con los mismos términos: toscos, vulgares, resistentes, belicosos y agresivos, muy útiles como aliados pero terribles como enemigos. Hasta los espartanos, que pensaban de modo diferente, cuando reflexionaban sobre las murallas, llegaban a una conclusión no muy distinta de la del general chino, esto es, que las murallas criaban sabios acostumbrados a vestir ropas delicadas y a vivir en edificios confortables. Los espartanos, como es sabido, prefirieron elegir la otra cara de la moneda, ya que veían a los habitantes cultos de las ciudades como personas débiles en tanto que mitificaban el estilo de vida primitivo de sus antepasados nómadas. En todos los demás aspectos, sin embargo, prevalecía el consenso.

Puede parecer increíble que la presencia o ausencia de muros hiciera que unos hombres se volvieran más belicosos que otros, pero no faltan las pruebas que demuestren que esta visión de la vida, omnipresente en la

Antigüedad, no iba mal encaminada. Basta observar lo que ocurría cuando un pueblo que no tenía murallas empezaba a amurallarse. Examinemos, por ejemplo, el curioso caso de los galos.

Cuando los romanos vieron por primera vez a los galos, en el siglo IV a. C., esos belicosos guerreros del norte les parecieron más bestias que humanos. Polibio escribió que los galos dormían sobre un lecho de hojas y vivían en poblados sin protección, en los que no aprendían nada que tuviera que ver con las artes ni las ciencias, aunque sí mucho sobre la guerra. Famosos por su brutalidad y por sus proezas en la lucha –y por disponer de un gran número de hombres que no sabían hacer nada más que luchar–, los galos se convirtieron en mercenarios muy buscados, cosa que los atrajo cada vez más cerca de Italia, pero esta situación creaba más problemas de los que resolvía, ya que los guerreros galos siempre miraban con desprecio a sus patronos, que vivían encerrados detrás de las murallas y se negaban a luchar sus propias batallas. En cierta ocasión, cuando los legados romanos preguntaron a los galos qué derecho tenían a quedarse las tierras de los pueblos de Italia, los galos respondieron que llevaban ese derecho en la punta de la espada.

A comienzos del siglo IV a. C., los galos avanzaron sobre Roma. Los campesinos huían a su paso y los pueblos de los alrededores se replegaban tras sus murallas, pero los galos ignoraron todas las oportunidades de pillaje que les salían al paso en su avance hacia la ciudad. Los gobernantes romanos tuvieron que improvisar un ejército y salieron de la ciudad para enfrentarse a los galos en el río Alia, a 15 kilómetros de distancia de la capital. Allí sufrieron una de las peores derrotas de la historia de Roma. En cuanto los galos empezaron a atacar, el grueso del ejército romano huyó en desbandada. Cientos de soldados romanos se refugiaron tras las murallas de la vecina ciudad de Veyes. Otros fueron capturados cuando huían, o se ahogaron al intentar cruzar a nado el Tíber.

Las noticias de la derrota de Alia desencadenaron la histeria en Roma. Muchos miembros de la plebe huyeron de la ciudad. Los demás hombres en edad militar se refugiaron con sus familias en la ciudadela. Solo los varones más viejos, muchos de ellos vestidos con las túnicas ancestrales que habían pertenecido a sus antepasados, permanecieron en sus casas esperando con dignidad una muerte segura. Los galos entraron en la ciudad sin hallar resistencia y enseguida empezaron a buscar el botín, un tanto asustados al ver a los ancianos de la ciudad luciendo sus mejores ropas, hasta que un

anciano romano deshizo el hechizo al golpear a un galo con una maza. En ese instante, el saqueo silencioso de la ciudad degeneró en una auténtica masacre. Durante varios días, los galos saquearon e incendiaron Roma. Fue en esos días cuando el caudillo galo Breno lanzó su famosa frase: "¡Ay, de los vencidos!".

La derrota de Alia y el saqueo de Roma traumatizaron a los romanos. Los galos se convirtieron en un lugar común, que quedó inscrito en el lenguaje por medio de una frase latina que expresaba el pánico provocado por la invasión de los bárbaros: el *metus Gallicus* , "el miedo a los galos". Los supervivientes de la horrible experiencia reaccionaron como solía ser habitual entre los habitantes del mundo civilizado cuando tenían que recuperarse de una invasión bárbara: construyeron murallas. Las nuevas fortificaciones de Roma aprovecharon el terreno ondulante y ocuparon un perímetro de unos doce kilómetros en torno a la ciudad, llegando en algunos casos a medir más de diez metros de altura. Además de erigir los muros, los romanos tomaron otras medidas que les evitaran sufrir un ataque por parte de los bárbaros del norte y, sobre todo, para que nunca más volvieran a caer en la autocomplacencia. Para ello instituyeron un recuerdo anual de la derrota de Alia, una lúgubre celebración en la que estaba prohibido realizar sacrificios. Cualquier reaparición posterior de los galos acarreaba la inmediata proclamación por decreto del *tumultus Gallicus* , que paralizaba todas las actividades económicas y ordenaba la movilización general de todos los ciudadanos capaces de empuñar las armas.

Trescientos años más tarde, los galos y los romanos volvieron a encontrarse, pero esta vez en circunstancias muy distintas. En la época de la campaña de César en las Galias, a mediados del siglo I a. C., los galos ya no eran los pastores y guerreros nómadas que habían humillado a Roma. Los galos de este siglo vivían en ciudades amuralladas, llamadas *oppida* , y hasta habían inventado una técnica propia para erigir los muros. En todos los aspectos se habían convertido en un pueblo muy parecido a los romanos: vivían en asentamientos permanentes, cultivaban la tierra y eran urbanitas. Tenían sus propios estados que acuñaban moneda, redactaban documentos escritos, llevaban a cabo censos de población, cobraban tributos, organizaban elecciones y celebraban juicios. Construían puentes y carreteras. La mayor prueba de su transformación era la actitud que tenían con respecto a los extraños: a la manera de los constructores de muros del resto del mundo, los galos del siglo I a. C. temían a sus vecinos germanos,

mucho más primitivos que ellos. Los galos, por supuesto, también empleaban a mercenarios germanos que se jactaban de no dormir jamás bajo techo. Por lo tanto, no resulta sorprendente que leamos en las crónicas que los galos, antes de ir a la guerra, formaban una falange civilizada en el foro de su ciudad, ni mucho menos que los romanos lograran derrotar a esta clase de enemigos. César derrotó a los galos sitiando una ciudad tras otra, la táctica habitual de un ejército mediterráneo. ¿Quién puede temer a unos galos con murallas?

La transformación de los galos no fue la única que se produjo. En realidad, todas las culturas antiguas que se fueron civilizando siguieron el mismo patrón. Los espartanos, claro está, creían que la gente se volvía menos belicosa si se acostumbraba a vivir rodeada de fortificaciones. Prácticamente todo el ingenio espartano estaba relacionado con el tipo de broma en el que uno señala a la ciudad y pregunta: "¿Qué clase de mujeres vive ahí?". Ha sido hace poco cuando los historiadores han empezado a entender el chiste.

En los últimos veinte años, nuestro conocimiento de los pueblos prehistóricos y primitivos ha sufrido una revolución. Se ha desterrado un dogma muy arraigado entre los historiadores, ciertas venerables reputaciones se han venido abajo, se han tocado puntos sensibles y se han señalado los errores de muchos años de investigaciones sesgadas. La revolución empezó en la década de 1990, cuando antropólogos como Lawrence Keeley se atrevieron a atacar por primera vez la creencia aparentemente inocua, y aceptada por casi todo el mundo, que atribuía el origen de la actividad bélica a las ciudades amuralladas de los primeros estadios de la civilización. Keeley demostró que los estudiosos, durante décadas, habían ignorado, desmentido o incluso suprimido todas las evidencias que demostraban la existencia de episodios bélicos antes o fuera de la civilización. La creencia en el pacifismo innato de los pueblos primitivos, como todas las ortodoxias académicas, se había convertido en un dogma de fe que era vigorosamente defendido por los sumos sacerdotes que controlaban las políticas de contratación y publicación. El cambio de paradigma no se produjo fácilmente –durante un congreso, se llegó a agredir físicamente al investigador Napoleon Chagnon por presentar observaciones de primera mano de la actividad bélica de las tribus primitivas–, pero a la larga todos los profesores e investigadores que defendía el antiguo dogma, salvo algunos recalcitrantes, tuvieron que

reconocer las numerosas pruebas que se habían presentado contra ellos. Por lo visto, los arqueólogos habían encontrado, desde hacía mucho tiempo y en todo el mundo, montones de puntas de flecha, puntas de lanza, cabezas de maza, cráneos aplastados, poblados calcinados y esqueletos mutilados: Solo faltaba compilar toda esta información. Así y todo, Keeley, Chagnon, LeBlanc y los demás historiadores revolucionarios se centraban más en los datos antropológicos que en los hechos históricos, de modo que es posible que incluso sus estudios hayan subestimado la importancia de la guerra en un mundo sin amurallar.

La voz de los pueblos sin muros se puede oír directamente, por primera vez, en unos poemas irlandeses de transmisión oral compuestos en la época del nacimiento de Cristo y que fueron transcritos al cabo de varios siglos por los monjes cristianos. En estas composiciones podemos hacernos una idea de cómo era el mundo de los bárbaros que tanto asustaba a los pueblos civilizados, obligándoles a vivir "como pájaros enjaulados" bajo la protección de unas murallas casi siempre vigiladas por otros bárbaros. Los poetas irlandeses, por ejemplo, no pedían disculpas por los asesinatos ni por los robos de ganado, sino que los celebraban. Y en sus poemas aparecía un mundo caótico de ejércitos y rebaños en el que los reyes y las reinas se jactaban de sus cuantiosas riquezas en materia de soldados, ganado y carros de combate, y en el que las incursiones para robar ganado eran la causa más habitual de las guerras. Los bardos describían toda clase de mutilaciones y asesinatos con un detallismo que a veces llegaba a ser puramente escatológico. En contraste con las crónicas bélicas incruentas de los griegos, los romanos y los chinos, los versos espeluznantes de los antiguos irlandeses hablaban continuamente de tendones sanguinolentos, cráneos destrozados, huesos astillados y montañas de excrementos.

Para los antiguos irlandeses, que no tenían ciudades ni muros, la guerra era una forma de vida. Los niños irlandeses, igual que los jóvenes espartanos, dejaban de vivir con sus familias y se iban a aprender a luchar. Antes de llegar a la pubertad ya estaban organizados en tropas. El héroe irlandés Cúchulainn estudió el arte de guerrear cuando era niño y aprendió una larga lista de "gestas de guerrero", todas ellas con nombres cómicamente descriptivos: la gesta del trueno, las gestas del filo de la espada y del escudo inclinado, el acelerón de la velocidad, el golpe de

precisión, el heroico salto de salmón, etcétera. Estas eran las únicas cosas que un joven irlandés necesitaba saber.

Acostumbrados a considerarse únicamente guerreros, los jóvenes irlandeses ansiaban entrar en combate. Sus reyezuelos –hombres y mujeres– no paraban de ofrecerles oportunidades de cumplir con sus sueños. Para iniciar una guerra bastaba un insulto menor contra un jefe local, un estallido de lujuria o la simple codicia por una vaca que pertenecía a la manada de otro hombre. Los irlandeses ni se planteaban buscar un acuerdo de paz; para ellos, el concepto ni siquiera existía. Solo concebían la vida como una serie interminable de ataques y contrataques, y si un joven guerrero resultaba ser una persona afortunada, cuando volvía a su casa había conseguido enriquecerse con algo más de ganado, con algo de oro o, mucho mejor aún, con un cráneo o cualquier otro trofeo que pudiera demostrar que había combatido bien.

La poesía en inglés antiguo de la Alta Edad Media describía un mundo muy parecido al de los antiguos irlandeses. ¿Quién puede olvidar la muerte de Beowulf? El único deseo de ese avariento hijo de su madre, cuando se estaba muriendo, no era otro que ver por última vez el tesoro que había conseguido matando al dragón. Con su muerte, sus leales guerreros gautas iban a quedar expuestos a un gran peligro, pues tenían muy pocas fuerzas, pero poseían aún un botín fabuloso que iba a atraer a enjambres de enemigos, pero nada de eso le importaba a Beowulf. Solo pensaba en la plata y las piedras preciosas.

Los valores de Beowulf son los mismos valores de todos los pueblos nómadas de Eurasia. Todos se regían por una indulgencia amoral que aprobaba los saqueos y la guerra, y en su visión del mundo no cabían ni la paz ni la no violencia. "Si naces en una tienda, mueres en combate", decía una máxima de los nómadas kashgai. [2] Y los beduinos del desierto de Arabia –otro pueblo que vivía sin murallas y que obligaba a sus vecinos a construirlas– se expresaban con el mismo descaro: "Los saqueos son nuestra agricultura". [3] Como es natural, la poesía de los beduinos se centraba en alardear de sus saqueos:

> Por la mañana temprano nos abalanzamos sobre la horda, y fue como si un rebaño de ovejas cayera en poder de un lobo hambriento…
>
> Nos abalanzamos sobre todos ellos con el blanco acero afilado.

> Los cortamos en trocitos hasta destruirlos por completo.
>
> Y nos llevamos a sus mujeres sentadas a la grupa, con las mejillas sangrando, desgarradas por sus propias uñas a causa del espanto. [4]

En un mundo sin muros, la guerra no era una simple circunstancia más: lo definía todo. La preocupación fundamental de esas sociedades era preparar a los jóvenes para la guerra, con una planificación que nunca se llegó a ver en Mesopotamia, Grecia o China. Entre los antiguos germanos, por ejemplo, los jóvenes desnudos aprendían a bailar mientras se les arrojaban espadas y lanzas. Cuando un niño alcanzaba la edad viril, se le regalaban sus propias armas; a partir de ese momento, tenía que ir siempre armado a todas partes. Los varones germanos realizaban sus transacciones comerciales con las armas en la mano, y hasta llegaban a usar sus armas para mostrar su aprobación a las propuestas que se discutían en las asambleas públicas.

La presión que se ejercía sobre los jóvenes para que demostraran su valor en la batalla era enorme. Si un joven germano consideraba que su tribu llevaba demasiado tiempo en paz con sus vecinos, podía irse a combatir con otras tribus. O bien podía irse en busca de fortuna como mercenario al servicio de un Estado civilizado. En una tribu germana, los varones se dejaban crecer el pelo y la barba hasta que mataban a un hombre en combate. Al afeitarse delante del enemigo abatido, el joven guerrero le revelaba su verdadero rostro, ya que solo en aquel momento había demostrado ser digno de haber nacido. Algunos jóvenes de las tribus germanas llevaban la costumbre aún más lejos, ya que se ponían una señal que los identificaba como siervos hasta que no habían matado a su primer enemigo en combate. [5]

Los varones de las sociedades sin muros solo aprendían a guerrear. “Un germano –escribió un historiador romano– no quiere arar la tierra y esperar pacientemente la hora de la cosecha, sino desafiar a un enemigo y hacerse con un botín, aunque eso le cueste varias heridas. Para él, acumular posesiones poco a poco, a costa del sudor de su frente, es una muestra de cobardía y debilidad, porque es mucho mejor apropiarse de ellas a costa de un poco de sangre”. [6] En consecuencia, todos los trabajos físicos se dejaban para las mujeres y los ancianos.

Los germanos no eran los únicos que obligaban a sus varones a convertirse en guerreros. Se decía que los hunos hacían un corte en la cara de los recién nacidos, para que así se acostumbraran a soportar el dolor antes incluso de que hubieran tenido tiempo de comer por primera vez. Los escitas celebraban su primera muerte en combate bebiéndose la sangre de su víctima. Y los jóvenes de la Lusitania, si no tenían nada mejor que hacer, tomaban sus armas y formaban una gran banda de saqueadores.

Un historiador chino vivió un tiempo con los hunos y se quedó asombrado cuando descubrió que la guerra era la única ocupación que tenían. [7] Constató, horrorizado, que la mejor comida y las mejores bebidas se reservaban para los hombres que eran lo suficientemente jóvenes y vigorosos como para guerrear, y que los hunos se adiestraban regularmente para mejorar su pericia como jinetes y arqueros. Otras descripciones chinas de los hunos podían llegar a ser hasta insultantes: los hunos no tenían otra ocupación que las batallas y el coraje, escribió un historiador. No viven del arado, sino de las matanzas, escribió otro. Su única actividad es robar y saquear, escribió un tercero. No hay razón para dudar de la veracidad de estas afirmaciones. En las dos naciones que sucedieron a los hunos en la estepa –los turcos y los mongoles– nunca hubo una palabra específica para "soldado". Con la palabra "hombre" era suficiente. [8]

En el mundo de la estepa había muy pocas posesiones materiales y las armas eran los objetos más valiosos. Los escitas hacían sus juramentos de fidelidad mojando las armas en un cuenco lleno de vino y sangre. Otras posesiones mostraban los triunfos en combate. Los galos, por ejemplo, coleccionaban cabezas. Cuando volvían a sus tierras después de la batalla, colgaban del cuello de los caballos el cráneo de sus enemigos, y luego colgaban esos trofeos en la puerta de sus casas. En el caso de una víctima particularmente importante, el guerrero galo solía embalsamar la cabeza con aceite de cedro para que pudiera sacarla de vez en cuando y enseñársela a sus invitados. Los irlandeses compartían la costumbre de coleccionar cabezas. Y lo mismo pasaba con los escitas, que le enseñaban al rey las cabezas de los hombres que habían matado para que este, después de comprobarlas, les otorgara una parte del botín. Algunos guerreros guardaban los cráneos, los limpiaban y los usaban como copas para beber. A veces, los que poseían cubrían los cráneos con una fina capa. Y en este

sentido, los relatos que los chinos hicieron de los hunos son casi idénticos a los que los griegos hicieron de los escitas. [9]

El deseo de levantar murallas no es un sentimiento innato en la especie humana; el deseo de vivir protegido sí que lo es. Al leer las crónicas que los antiguos mesopotámicos, griegos, chinos y romanos escribieron sobre todos esos extraños a los que consideraban bárbaros, es evidente que una extraordinaria revolución había dividido a la humanidad en dos mitades. Esa escisión empezó a hacerse evidente al final de la prehistoria, poco antes de la aparición de la escritura, cuando un pequeño número de pueblos reaccionó frente a la inseguridad construyendo zanjas, empalizadas y parapetos de contención, actividades que más tarde desembocaron en la construcción de murallas. Pero si solamente nos fijamos en su historia y hablamos del "nacimiento de la civilización", nos olvidamos del resto del planeta, que en su mayor parte permanecía al margen. Lejos de los pequeños núcleos de ciudades amuralladas –y en sentido más amplio, lejos de las grandes murallas fronterizas que rodeaban esos núcleos urbanos–, otros muchos pueblos vivían en asentamientos sin ninguna clase de protección, si es que llegaban a asentarse. Esos extraños vivían en un mundo muy expuesto y peligroso. Para esos pueblos, la supervivencia dependía de la destreza, la preparación física y el valor de sus "murallas de hombres".

A diferencia de los constructores de muros, esos extraños no podían permitirse el lujo de diferenciar a los civiles de los soldados. Cada varón nacía para ser guerrero y la única medida que valoraba la valía de un hombre era su habilidad en el campo de batalla. La relativa pobreza de las sociedades formadas por guerreros –esa falta de producción cultural que las sociedades civilizadas consideraban "primitiva"– se debía a las limitaciones que se imponían a las funciones reservadas a los varones. El desdén del guerrero por lo que consideraba "el trabajo de las mujeres" acentuaba el empobrecimiento cultural, al obligar a las mujeres a dedicarse únicamente a las tareas domésticas y a la agricultura.

Los constructores de muros eran muy diferentes. Si levantar muros convertía a los hombres en mujeres, como creían los espartanos, eso se debía únicamente a que las mujeres habían tenido que hacer todo el trabajo previo y ahora los hombres también tenían que colaborar. Cuanto más trabajaban los hombres en tareas físicas, menos ganas tenían de combatir.

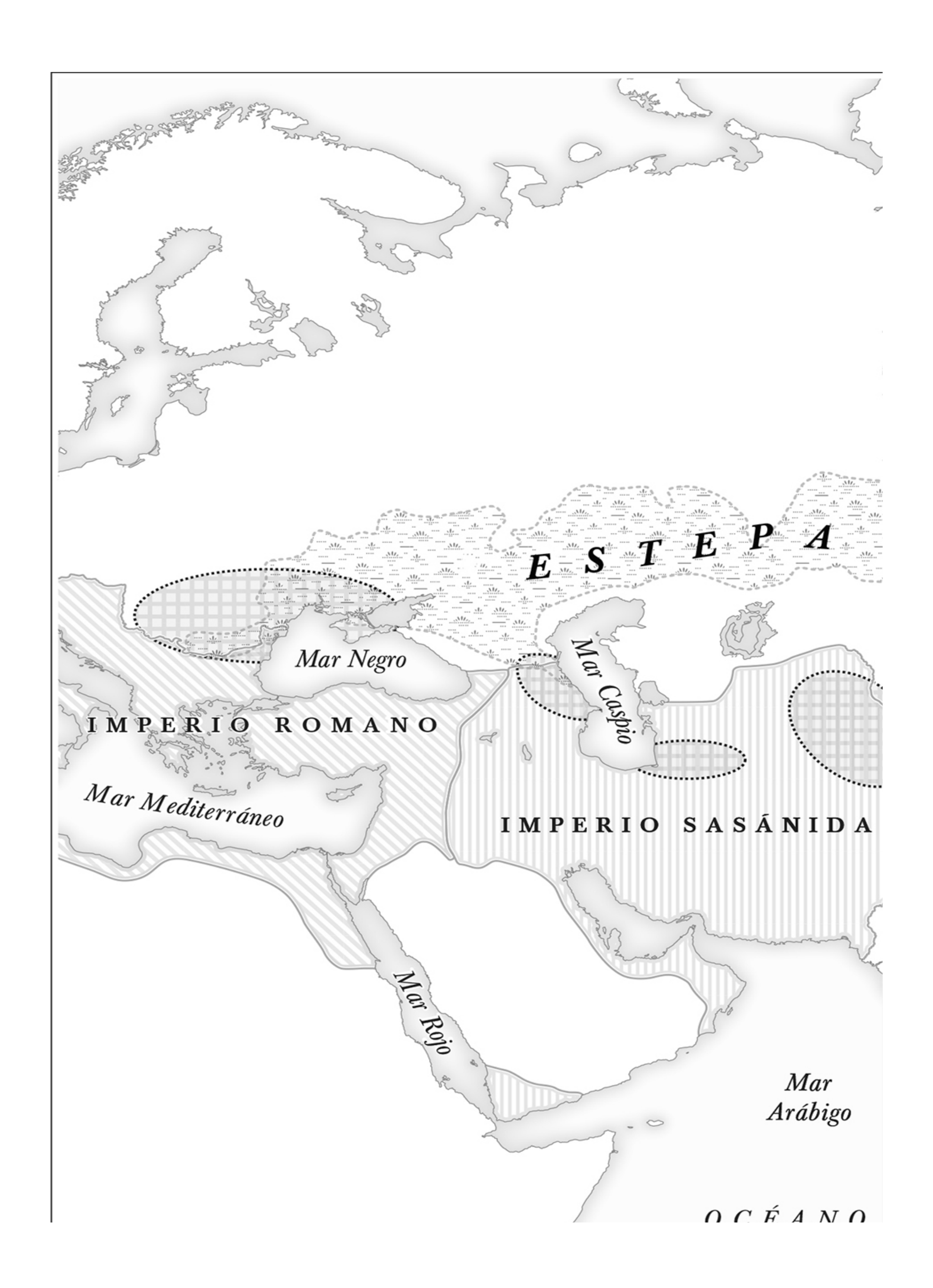
Se resignaban a pasar largas jornadas de trabajo encajando ladrillos en un muro o amasando adobe porque así mantenían alejada la guerra. Se convertían en ciudadanos muy parecidos a los chinos, cuya filosofía práctica los llevaba a preferir las virtudes de la vida civil y literaria (*wen*) antes que las virtudes de la vida militar (*wu*).

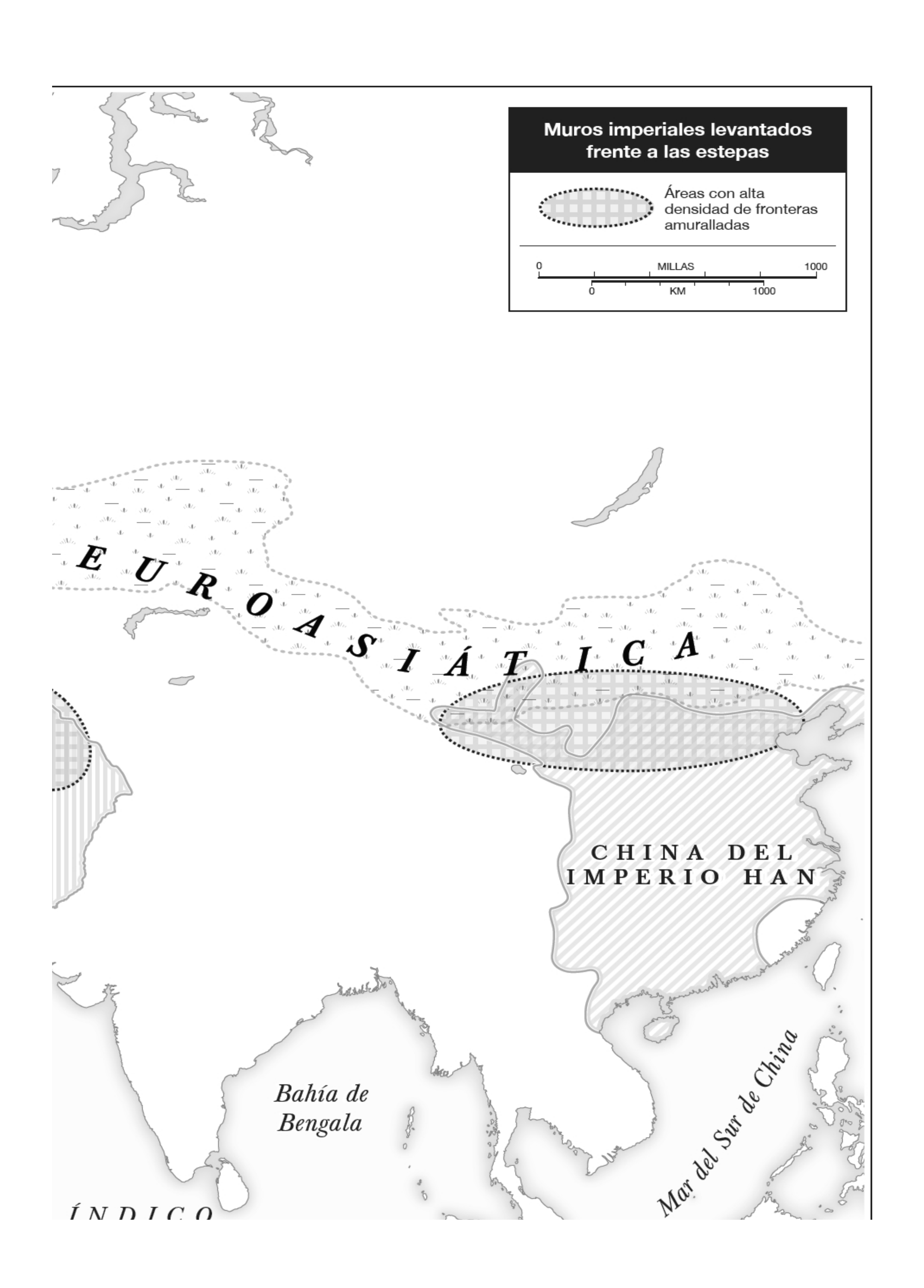
Si los bárbaros pudieran haber leído los libros de los constructores de murallas, se habrían dado cuenta de que hasta las mejores mentes militares, como la del famoso general chino Sun Tzu, valoraban más la estrategia inteligente que el heroísmo, ya que no atribuían una gran importancia a las cualidades del valor o de la pericia en el combate. Si las culturas guerreras celebraban las gestas de los combatientes, las crónicas de los constructores de muros, por el contrario, se negaban a consignar las descripciones detalladas de los enfrentamientos bélicos, que envolvían en ese estudiado silencio, o "elipsis de combate", que ahora desespera a los historiadores modernos. Del antiguo honor del combate quedaba muy poco. Los chinos obligaban a combatir a los vagabundos y a los criminales, reclutando a los soldados entre los estratos más despreciables de la sociedad, es decir, entre aquellos que no poseían una auténtica vocación por la vida civil. Tal como decía un proverbio chino: "No hace falta el mejor metal para fabricar un clavo, ni los mejores hombres para hacer soldados". [10] Otras comunidades de constructores de murallas se defendían con ciudadanos-soldados, como Sócrates o Esquilo, que lucharon en defensa de Atenas, pero en realidad no se trataba de guerreros propiamente dichos. Más que cualquier otra cosa, Sócrates era filósofo y Esquilo era dramaturgo. Cuando tuvieron que combatir como soldados solo lo hicieron a tiempo parcial, ya que para ellos la guerra era una actividad provisional que los apartaba de su verdadera vocación. Que su vocación tuviera muy poco que ver con la guerra o con la agricultura demuestra hasta qué punto se habían diversificado los oficios de los constructores de muros. Al liberarse de las obligaciones de una vida entera dedicada al servicio de las armas, los varones que vivían en las ciudades amuralladas habían aprendido a dedicarse a otras disciplinas: se habían convertido en escribas, cronistas, arquitectos, matemáticos, dramaturgos, poetas, filósofos, actores, atletas y archiveros. Y en la medida en que se ocupaban de tareas imprescindibles para la vida diaria, también iban liberando potencialmente a las mujeres para que poco a poco pudieran dedicarse a otras ocupaciones.

Las sociedades de los constructores de murallas surgieron independientemente en todo el mundo y fueron dejando a su paso un rastro de símbolos materiales que reflejaban la revolución que habían llevado a cabo. Pero esas murallas eran una vergüenza para los guerreros de otras sociedades, que las veían como una prueba de la falta de coraje y virilidad de quienes habían preferido vivir como aves enjauladas. Con el paso del tiempo, se fue ampliando la brecha entre los pueblos que vivían rodeados de murallas y los que vagaban libres por un mundo sin fronteras. La coexistencia entre obreros y guerreros nunca fue pacífica. Y al poco tiempo, el conflicto se expandió más allá de los muros fronterizos que iban a dar forma al mundo moderno.

SEGUNDA PARTE

LA GRAN ERA DE LAS MURALLAS


ESTEPA
Mar Negro
Mar Caspio
IMPERIO ROMANO
Mar Mediterráneo
IMPERIO SASÁNIDA
Mar Rojo
Mar
Arábigo


Muros imperiales levantados frente a las estepas
Áreas con alta densidad de fronteras amuralladas
0
MILLAS
1000
0
KM
1000
E U R O A S I Á T I C A
CHINA DEL IMPERIO HAN
Bahía de Bengala
Mar del Sur de China
Í N D I C O

V

PRÓLOGO A LA GRAN ERA DE LAS MURALLAS: LAS PUERTAS DE ALEJANDRO

Folclore inmemorial

Cuando el autor del Génesis incluyó a un tal "Magog" entre los descendientes de Noé, no perdió el tiempo dando explicaciones sobre ese nombre. Magog no era más que un nombre en una lista, sin nada particular que lo diferenciara de los demás oscuros individuos que pueblan las genealogías bíblicas, tentándonos a saltárnoslas para llegar a las partes más más interesantes. ¿Fue culpa de Noé que uno de sus nietos no tuviera ninguna importancia? De todos modos, las escrituras aborrecen el vacío, y cuando el profeta Ezequiel introdujo el tema de "Gog contra Magog", a comienzos del siglo VI a. C., la reputación de Magog había crecido muchísimo, hasta el punto de que ahora había engendrado a un guerrero que estaba destinado a destruir Israel y a batallar contra Dios. Según el profeta Ezequiel, Gog llegaría algún día desde el norte con un gran ejército de caballos y jinetes, como una nube que cubriría la tierra. Entonces se abalanzaría "contra una tierra indefensa" y "contra gentes tranquilas que habitan confiadamente; todas ellas habitan sin muros, y no tienen cerrojos ni puertas", para arrebatar botín y "tomar grandes despojos". [1]

Estaba claro que el Apocalipsis no era el momento adecuado para vivir en una ciudad sin murallas.

Por lo que respecta a los jinetes del norte, ya habían llegado, aunque no lo hicieron con un gran ejército que era como "una nube". Pocas décadas antes del nacimiento de Ezequiel, los invasores procedentes de la estepa habían arrasado el Imperio asirio mientras avanzaban hacia Egipto. El profeta era aún un niño cuando culminó la aventura de los jinetes con el saqueo de la capital asiria de Nínive, en el año 612 a. C. Años después, la conmoción histórica causada por aquel hecho todavía resonaba en su texto. Ezequiel convirtió los sucesos de su infancia en visiones alucinatorias que

iban a influir poderosamente en muchos autores posteriores. Además, inexplicablemente, la lucha de Gog *contra* Magog se convirtió en la lucha conjunta de Gog *y* Magog, y esa pareja ominosa empezó a aparecer, en la literatura rabínica o en las obras apócrifas de los judíos, encarnada en la figura de dos individuos, pero también en forma de tierras lejanas o incluso de pueblos extraños. El momento decisivo para el surgimiento de esta leyenda tuvo lugar durante el siglo I a. C., cuando el historiador judío Josefo equiparó a los *magogitas* con los *escitas* , el término griego que nombraba a los jinetes de la estepa. Josefo hizo después unas afirmaciones que han resonado desde entonces en el mundo de la literatura: los escitas, dijo, habían saqueado y sometido a pillaje el reino de los medos después de que el rey de un territorio cercano al mar Caspio los dejara pasar, abriéndoles las puertas de hierro que había construido Alejandro Magno. [2]

Las leyendas de Alejandro, por un lado, y de la Biblia, por el otro, llevaban mucho tiempo disputándose el mismo terreno. Es probable que las dos tradiciones se hubieran unido ya, ensambladas en esa idea de que Alejandro había construido una barrera de hierro para impedir el paso de los magogitas pseudobíblicos, mucho antes de que Josefo la pusiera por escrito. Los pueblos civilizados habían descubierto que necesitaban un héroe, y Alejandro, en una versión muy distinta del hombre que realmente había sido, cumplía ese papel. Pero ¿cómo es posible que el mortal Alejandro hubiera llegado a concebir esperanzas de defender para siempre la civilización? Construyendo un muro, al parecer.

El mito del muro de Alejandro se difundió con rapidez tras su primera tímida aparición en los escritos de Josefo. Hacia el año 390 d. C., los hunos cruzaron las montañas del Cáucaso y lanzaron varias incursiones que devastaron Mesopotamia y Siria. Como consecuencia de esta catástrofe –y de la igualmente catastrófica aparición de los hunos en las fronteras del Imperio romano–, los biógrafos de Alejandro se pusieron en serio a urdir sus relatos. Al poco tiempo un aura mesiánica rodeaba al defensor putativo de la civilización. En una variante cristiana anónima del popular *Libro de Alexandre* , Alejandro lucía unos cuernos de naturaleza divina. Gog y Magog, entretanto, se habían convertido en reyes de los hunos, dotados con todos los rasgos estereotipados de los jinetes de las estepas. Como muchos de los bárbaros de la Antigüedad, Gog y Magog tenían los ojos azules y el pelo rojo. Sus tropas llegaban a caballo, flanqueadas por un ejército de

amazonas, cerniéndose sobre los pueblos civilizados. Sus costumbres eran repulsivas. Eran muy sucios y solo se vestían con pieles. Se alimentaban de cadáveres y de sangre. No obstante, al recibir noticias de este dúo diabólico, Alejandro ordenó construir un gran portón de hierro en las montañas del Cáucaso. Tres mil herreros y tres mil artesanos del bronce tuvieron que trabajar sin parar en la fabricación de la puerta. Cuando estuvo terminada, Alejandro había logrado cerrar el paso al viento del norte y también a los hunos. Alejandro mandó grabar una profecía sobre la puerta: dentro de 826 años, el muro se desmoronará y los hunos conquistarán Persia y Roma. Pero 940 años más tarde, las fuerzas de Dios, la civilización y Alejandro lograrán derrotar por fin a los hunos tras una guerra apocalíptica.

La historia del combate apocalíptico de Alejandro contra los jinetes bárbaros que querían apoderarse de la civilización se difundió hasta llegar a todos los confines del Viejo Mundo, y acabó convirtiéndose en una de las historias más famosas de la literatura mundial. En el Corán, Alejandro aparecía como Dhul-Qarnayn, "el de los dos cuernos", que construía una barrera de hierro contra Yajuj y Majuj (Gog y Magog) en el paso entre dos montañas. Los artistas persas pintaron genios ayudando a Alejandro en la construcción de la barrera. Tal era la fascinación con las Puertas de Alejandro, que un califa del siglo IX envió un sabio al norte de China en busca de la mítica barrera. Sallam el Intérprete viajó 5.000 kilómetros hasta llegar a las murallas de China, y cuando las vio, creyó que la obra de Alejandro seguía intacta. El mito de las Puertas de Alejandro dejó huella en la literatura medieval europea. Los geógrafos europeos, guiándose por la imaginación y los rumores, intentaron encontrarla. Hacia el año 1300, el mapamundi de Hereford se permitía describir las tierras que quedaban al otro lado de las Puertas como lugares donde "todo es mucho más horrible de lo que se pueda imaginar", y cuyos habitantes, que iban a poder escapar de su encierro cuando llegase el día del Anticristo, eran los caníbales hijos de Caín. Hoy, un creciente interés por Dhul-Qarnayn, Gog y Magog y las Puertas de Alejandro anima muchos portales de internet.

El mito de las Puertas de Alejandro surgió durante un largo periodo en la historia de la civilización en que los jinetes de la estepa parecían representar la encarnación del Apocalipsis. Ni una sola ciudad, por imponentes que fueran sus murallas, estaba a salvo de su amenaza. Hasta los grandes imperios temblaban: el mundo que quedaba al otro lado de la frontera se

había convertido, para ellos, en una zona de máximo riesgo. Desde más o menos los tiempos del Primer Emperador chino hasta los del príncipe Vladimir I de Kiev (r. 980-1015) –es decir, un periodo de unos mil años–, los grandes Estados de Eurasia, desde China a Roma, se dedicaron exclusivamente a defenderse. Prefirieron refrenar sus ambiciones y vivir resguardados por las murallas de sus fronteras.

¿Hasta dónde llegó el miedo a los jinetes nómadas de la estepa euroasiática? Aquí convendría citar un dato impresionante: la extensión total de todos los muros construidos como defensa contra los pueblos de la estepa. Pero no sabemos cuál fue esa extensión. Muy pocas murallas antiguas han sobrevivido dejando los vestigios suficientes. Y las que han sobrevivido no se pueden identificar o bien son ruinas a las que solo tienen acceso unos lugareños que no saben nada de su pasado. Las excavaciones arqueológicas han sido esporádicas y a menudo los arrebatos de orgullo local han distorsionado la interpretación de los hallazgos. Sin embargo, los datos que poseemos nos permiten hacer una afirmación asombrosa sobre la escala de las defensas fronterizas: casi todos los espacios abiertos que había a lo largo de los 8.000 kilómetros de frontera que separaban la estepa euroasiática, por el norte, de la zona de civilización urbana que se extendía hacia el sur estuvieron, en un momento u otro, protegidos por muros. Y en ese cálculo no se incluyen los vericuetos geográficos que obligaron a esos muros a extenderse mucho más a lo largo de esos 8.000 kilómetros. Por supuesto, hay que hacer excepciones. Las riberas del mar Negro y del mar Caspio sirven de frontera natural con la estepa, de modo que no hubo necesidad de construir muros. Por la misma razón, los desolados páramos de Tibet y algunas regiones desérticas no necesitaron fortificaciones. Pero en todos los demás lugares, sin embargo, el jinete nómada encontraba bloqueado el paso hacia el sur por culpa de las altas murallas vigiladas por soldados imperiales. “El de los dos cuernos” había hecho muy bien su trabajo: Gog y Magog tenían prohibido el paso.

Las defensas de la gran era de las murallas figuran entre las fortificaciones más importantes jamás construidas. Gracias a ellas se pudieron desarrollar las tres vastas regiones que un día se convirtieron en China, el mundo islámico y Occidente. Esas murallas moldearon las relaciones con los pueblos de la estepa de un modo que iba a afectar a la trayectoria histórica de estas tres regiones. Sin embargo, estos muros *no* dividieron las civilizaciones de Eurasia, que nunca levantaron muros para

protegerse las unas de las otras. De hecho, la historia de este periodo se inicia, de forma sorprendente, con la construcción de murallas que se diseñaron para estimular la salida hacia el exterior en lugar del repliegue hacia dentro.

VI

LAS MURALLAS CONECTAN EURASIA

China y Asia Central , ca. *100 a. C* .

Las murallas más grandes de Asia Central se construyeron y se abandonaron hace mucho tiempo; el viento y la arena las fueron desmoronando hasta que no quedó de ellas casi nada en pie. En su día protegían una región tan desolada y peligrosa que al final los constructores de murallas se marcharon de allí sin siquiera echar la vista atrás; solo dejaron basura, casas abandonadas y los vestigios resecos de las granjas y de los huertos que se habían quedado sin vida desde que las acequias se habían llenado de arena. En estas tierras inhóspitas, en las que los asentamientos no eran más que lugares de paso para los viajeros que las cruzaban a toda prisa, no había casi nada que defender aparte del camino que atravesaba el infierno. Pero un camino siempre es algo que vale la pena defender, o al menos este camino lo era, de modo que se erigió una muralla en el mismo infierno para garantizar un corredor seguro entre pueblos que vivían muy lejos unos de otros, uniéndolos en vez de manteniéndolos separados.

Los chinos, que en el siglo II a. C. construyeron un muro occidental en las fronteras de Asia Central, estaban creando un club exclusivo. Las nuevas fortificaciones conectaban China con otros grupos de ciudades amuralladas que a su vez estaban conectadas con otros grupos de ciudades amuralladas que también estaban conectadas con otros grupos de ciudades. Las murallas permitían llevar a cabo el comercio y la comunicación con lugares que estaban a distancias nunca vistas, pero a condición de excluir a los nómadas de la estepa. Muchos años después, la retirada de los defensores y vigías de las murallas significaría el primer paso hacia atrás que terminaría haciendo de China un país remoto e inaccesible para los occidentales. En la época de Cristóbal Colón, el corredor terrestre que había surgido al amparo de las murallas se había olvidado hacía mucho tiempo, lo

que hizo necesario buscar una ruta marítima hacia China. De mismas murallas solo quedaban las ruinas, esperando a que las descubriera un nuevo tipo de explorador cuyo objetivo era buscar una China que ya no existía.

Aurel Stein, el arqueólogo británico de origen húngaro, emprendió sus viajes unos cuatrocientos años después de Colón. Stein era el producto de una época optimista y vigorosa que creó una intrépida generación de exploradores que a finales del siglo XIX y comienzos del XX recorrieron los desiertos, las montañas y las regiones polares en busca de aventuras y nuevos conocimientos. Entre los miembros de esta generación se encuentran Livingstone, Burton, Peary y Shackleton, junto a muchos otros nombres célebres, aunque también los hubo que no llegaron a ser tan conocidos, como lady Richmond Brown, que se internó en las junglas de Panamá; P. T. Etherton, que llegó en bicicleta hasta "el techo del mundo", o Rosita Forbes, que llegó antes que Lawrence de Arabia al desierto del Sáhara cuando resultaba mortal para los foráneos. Todos ellos fueron fundadores, miembros entusiastas o héroes de la Royal Geographic Society, de la Sociedad Geográfica Rusa o de la más democrática National Geographic Society, y todos ellos se contagiaron de la manía por lo extraño e inexplorado. En su mayoría eran –incluso los mejores– personas inexpertas, sin la preparación suficiente para llevar a cabo sus misiones, estaban más interesados en la aventura que en la ciencia y poseían mucho más valor que formación. Stein, en cambio, era una excepción: un brillante políglota que demostró estar capacitado para llevar a cabo investigaciones históricas de primer nivel en condiciones extremas.

Stein dedicó unos cuarenta y cinco años de su vida a explorar Asia, y cuando murió, a la edad de ochenta y un años, aún estaba abierto a nuevas campañas. Tal vez no haya habido en la historia otro explorador que haya descubierto tanto territorio virgen: tantas tierras no cartografiadas, tantas ruinas nunca vistas ni tantos idiomas desconocidos. Las expediciones de Stein lo llevaron por toda Asia Central y Occidental: subió y bajó montañas y se internó por toda clase de territorios inhóspitos. Obsesionado por la idea de descubrir el pasado de Asia Central, se aventuró más allá del mundo conocido de las ciudades amuralladas, se internó en las tierras despobladas, y en medio de esos páramos descubrió la más grande de las murallas, que se extendía a lo largo de leguas y más leguas por un yermo mucho más

amenazador que las ásperas estepas del norte. El hecho de que nadie hubiera sabido fijar una ruta a través de esa región demuestra hasta dónde llegaba el coraje y la determinación de aquella generación de exploradores.

Stein descubrió su muralla en una región abandonada de la antigua Ruta de la Seda, en la que serpenteaba por los confines del desierto de Taklamakán. Llegar allí exigía mucho más que una simple obsesión. El desierto de Taklamakán es, incluso hoy, un lugar tan intimidatorio y agreste como lo era hace un siglo. Si hay un yermo que supere a todos los yermos, es este gigantesco mar de dunas y de desolación, de forma ovalada, que los hindúes llamaban el Gran Mar de Arena y los chinos conocían como el Mar de la Muerte. Taklamakán, el topónimo turco, es tal vez el más fiel a la realidad, ya que significa algo así como "si vas, no volverás". Casi todos nosotros acataríamos gustosos el consejo, pero Stein no lo veía así: para él, más que una amenaza, era un desafío.

En sus memorias –Stein era igual de infatigable como escritor que como explorador– el arqueólogo solo dedicaba unas breves palabras a explicar que la dificultad de atravesar el desierto de Taklamakán era mayor que en los desiertos, más conocidos, de Arabia, América del Sur o Tierra Santa. Estos eran simples impostores, nada más que desiertos "dóciles", según Stein, en oposición al "verdadero" desierto. Incluso las montañas que rodeaban el Taklamakán eran hostiles a toda forma de vida, con la excepción de unos pocos meses al año en los que en las cotas más altas aparecían unos pocos atisbos de vegetación.

En 1906, Stein atravesó el país que en aquel entonces recibía el nombre de Turquestán Chino con un equipo heterogéneo formado por hombres, mulas y, finalmente, camellos. Describió a su equipo de la siguiente manera: Rai Ram Singh, hindú, experto en grietas; Naik Ram Singh, soldado y hombre para todo; Jasvant Singh ("tan digno de confianza y tan caballeresco"), que cocinaba para los demás pero que al pertenecer a una casta superior no podía cocinar para Stein; y el propio cocinero de Stein, sin nombre conocido, "un musulmán de la India sobre cuyas cualidades, tanto personales como profesionales, lo mejor será no decir nada". [1] No era un grupo numeroso. En realidad, era solo Stein, que valía por una sociedad geográfica entera, quien hablaba todos los idiomas modernos, conocía todos los idiomas antiguos, dibujaba todos los mapas, estudiaba todas las ruinas y documentaba todos los hallazgos.

Cruzar el Taklamakán fue una empresa muy difícil. Stein prefería emprender sus campañas en pleno invierno porque le parecía más fácil transportar el agua en bloques de hielo. El desierto helado no proporcionaba alimento de ninguna clase y las raciones de comida eran muy preciadas. Incluso los camellos recibían solo medio litro de apestoso aceite de colza cada dos días.

La expedición viajaba de día. Por la noche, Stein se acurrucaba junto a una lámpara y se ponía a escribir los hallazgos de la jornada. Tenía que suspender la escritura si la tinta se congelaba, cuando la temperatura descendía a seis grados por debajo del punto de congelación, algo que ocurría inevitablemente a medida que avanzaban hacia alturas más frías. Sobre este frío brutal, Stein anotó que "no había motivo para quejarse", y más tarde escribió que aquellas expediciones "habían sido las experiencias más felices de mi vida". [2] Al menos aquella expedición debió de ser un poco mejor que otra en la que perdió varios dedos de la mano por el frío, aunque solo fuera por comparación.

En época de Stein nadie viajaba ya por la Ruta de la Seda. Hacía mucho que la gente civilizada (y, a decir verdad, también los bárbaros) había abandonado el Turquestán Chino. Pero las ruinas de los antiguos asentamientos seguían estando allí, encaramadas sobre lo que parecían pequeñas mesetas, el producto de vientos furiosos que se habían llevado toda la tierra excepto la arena que había debajo de las edificaciones. En torno a estas extrañas formaciones, Stein descubrió los restos congelados de un mundo perdido. Donde antes había habido avenidas flanqueadas de árboles, que los antiguos habitantes de la región habían logrado mantener con vida gracias a los canales de irrigación, ahora solo quedaban troncos resecos de álamos y de árboles frutales. En las viviendas espectrales, Stein encontró antiguas tablillas de madera desordenadas por los buscadores de tesoros que habían llegado antes que él. Alguna que otra vez llegó a encontrar documentos escondidos entre montones de basura que seguían apestando después de dos mil años. Stein se pasó varios días examinando el vertedero con dedos insensibles por el frío. Todas las noches se quedaba despierto hasta tarde, envuelto en pieles descifrando los textos antiguos mientras el termómetro descendía muy por debajo de cero.

Los primeros hallazgos de Stein revelaron una estrecha conexión con la India, pero a medida que el viaje avanzaba hacia el norte, la presencia china se hacía mucho más abundante. En un campamento chino abandonado, el

viento había creado un efecto pavoroso, dejando intactas las murallas, pero ahuecando todo lo que había dentro hasta una profundidad de siete metros. Allí Stein descubrió las primeras de muchas momias que el frío había conservado para la eternidad. Poco después vio una hilera de torres de vigilancia chinas que se levantaban cada 5 kilómetros. Entre ellas sobrevivían los débiles rastros de una larga muralla.

Al ver la muralla, a Stein se le puso la carne de gallina, y no precisamente por el frío. ¿Cómo era posible que se hubiera perdido todo rastro de algo que medía 1.500 kilómetros de longitud? Muy fácil, poniéndolo en el Taklamakán. Stein había descubierto un muro tan remoto y antiguo que incluso los chinos se habían olvidado de su existencia. Pero hasta allí, en medio de una tierra hostil y extraña, se había trasladado a un gran contingente de trabajadores forzados chinos, y allí, en el corazón mismo del Mar de la Muerte, a un mundo de distancia de los ríos de su madre patria, se les había obligado a trabajar, como en otros muchos lugares, hasta quedarse en los huesos. Los chinos fundaron fuertes y ciudades fronterizas, pero no fueron capaces de soportar vivir en ellas, y las abandonaron.

Erigida en los confines del desierto de Taklamakán, la más occidental de las murallas chinas es también la más rara. Los chinos la edificaron usando enormes manojos de juncos, que iban colocando horizontalmente entre capas alternas de barro. Cuando Stein la descubrió, los manojos de juncos sobrevivían en el mismo estado de deshidratación que los álamos y las momias. Los depósitos de sales y de minerales arrastrados por el viento casi habían petrificado todos aquellos restos. En algunos lugares la muralla alcanzaba varios metros de altura, aunque en otros Stein casi no podía distinguirla del suelo que tenía bajo los pies. Las torres de vigilancia le sirvieron de referencia. En algún momento las habían recubierto con varias capas de escayola blanca, que debían aplicar una y otra vez, en una batalla perdida contra el impacto de la arena arrastrada por el viento.

Stein se dio cuenta enseguida de que había hecho un descubrimiento demasiado importante para su diminuta expedición. Por primera vez se vio obligado a desviarse de la ruta prevista y se dirigió al único asentamiento urbano que había en la región, la denominada Ciudad de Arena (que era, por supuesto, una ciudad amurallada incluso en pleno siglo XX). Allí contrató a un pequeño destacamento de indolentes adictos al opio, y

después de incorporarlo a su variopinto grupo, volvió a internarse en el corazón del helado Taklamakán.

Los días que dedicó a reconstruir el trazado de la muralla de juncos en mitad de aquel paisaje deshabitado resultaron particularmente atractivos para Stein. “Ninguna manifestación de la vida presente podía distraerme de pensar en el pasado”, recordó en sus escritos. Mientras iba recorriendo el desierto, daba rienda suelta a su imaginación, evocando a los soldados chinos muertos hacía muchísimo tiempo y a sus astutos enemigos, los hunos. Al atardecer, cuando el sol poniente estaba más bajo en el horizonte, Stein podía distinguir mucho mejor el trazado de la muralla gracias a las sombras, que le revelaban edificaciones que casi habían sido aplastadas y destruidas por el viento. También era al atardecer cuando veía con más nitidez la desgastada pista que corría paralela a la muralla, abierta por las pisadas de infinitas patrullas de soldados que vigilaban la frontera. De vez en cuando, Stein se encontraba con fardos de juncos que se habían apilado cuidadosamente para hacer señales de humo. También desenterró los vertederos excavados bajo la grava, y en su interior halló documentos escritos sobre láminas de madera o de bambú. Estos registraban actividades mundanas: partes de actividades, órdenes, cartas personales, ejercicios escolares y cosas por el estilo. Pero eran la demostración palpable de lo que Stein había sospechado desde el primer momento: a saber, que la gran muralla de juncos había sido construida en tiempos de la dinastía Han.

Los descubrimientos de Stein conmocionaron a los estudiosos de la geografía y la historia, pero Stein no fue el primer explorador en atreverse a cruzar el Taklamakán. Otro viajero se le había anticipado mucho tiempo atrás, aunque desde otra ruta y con un objetivo muy distinto. Ese explorador mucho más antiguo también había hecho grandes descubrimientos, aunque sus hallazgos, en su caso, tuvieron mucha más trascendencia que el simple hecho de emocionar a los académicos, a los *boy scouts* y a los lectores del *National Geographic* .

Los patrocinadores de esta antigua expedición, los emperadores de la dinastía Han, fueron en muchos aspectos los fundadores de la China actual. Tras llegar al poder en el año 206 a. C., después de haber destronado a la dinastía establecida por el Primer Emperador, los Han aportaron estabilidad a un país todavía joven y dividido. Los emperadores Han centralizaron el gobierno y pusieron confucianismo en el centro de la educación y de la

cultura chinas. Desde los desmoronados muros del Primer Emperador, impulsaron la primera oleada de grandes innovaciones técnicas y científicas en la historia de China.

El Muro Largo del Primer Emperador no había logrado frenar las incursiones de los hunos. Había logrado, sin embargo, crear una región fronteriza que podía soportar los saqueos de los bárbaros mientras las regiones del sur podían dedicarse a estudiar historia, matemáticas o confucianismo con una relativa seguridad. Entonces, ¿había sido un éxito construir el Muro Largo? Depende de donde se viviera, o de a quién se le preguntara. En las crónicas históricas escritas bajo los Han, al Primer Emperador se le atacó sin piedad. Los historiadores de los Han lo despreciaron por sus maneras tiránicas, por su supuesta barbarie, por su odio a los intelectuales y por sus murallas. Pero los emperadores Han no estaban exactamente libres de esas críticas. El fundador de la nueva dinastía, Liu Bang, llegó a orinar una vez sobre el gorro de un erudito. Solo se opuso a las tradiciones del Primer Emperador después de ser incapaz de impedir la huida de los presidiarios reclutados a la fuerza para construir la tumba del Primer Emperador. Pero la nueva dinastía, a su debido tiempo, adoptó la estrategia del Primer Emperador y se convirtió en una constructora de muros.

El programa de edificación de fortificaciones de la nueva dinastía empezó en las ciudades. Los Han reconstruyeron las murallas de las ciudades a lo largo de todo el imperio e instauraron un modelo de diseño urbano que se mantuvo durante los dos mil años siguientes. En el año 169 a. C., empezaron a colonizar en serio la región del Muro Largo, para lo que trasladaron grandes cantidades de esclavos y de criminales a las ciudades amuralladas de la nueva frontera. A estos antiguos chinos sus nuevos hogares les parecían infinitamente lejanos, parte de una región que siempre les había parecido un yermo inhóspito. Los campesinos obligados a vigilar las murallas, desdichados ellos, cantaban canciones sobre su desgracia:

> Si tienes un hijo, procura no criarlo.
> Si tienes una hija, procura darle de comer carne reseca.
> ¿No ves bajo el Muro Largo cómo los esqueletos
> de todos los muertos se sostienen los unos a los otros? [3]

Más de dos siglos después de su construcción, un cronista observó que las canciones del Muro Largo aún se seguían cantando. Para entonces los Han ya le habían dado a la gente nuevos muros sobre los que cantar. [4]

En gran medida, las nuevas murallas fueron ideadas por el emperador Wu, un monarca enérgico que reinó durante mucho tiempo (desde el año 141 al 87 a. C.) y que en muchos aspectos era muy parecido al Primer Emperador. Igual que su predecesor, se convirtió en un tirano y, al final, se obsesionó con la inmortalidad. Consultaba continuamente a los magos y emprendía peregrinaciones extravagantes con la esperanza de encontrar un remedio para escapar de la muerte. Él, también, se preocupaba por la inmortalidad de su reino, cosa que le llevó a reconstruir el Muro Largo. Además, Wu ordenó que se construyeran nuevos lienzos de muralla para unir y aumentar los fragmentos que quedaban en pie. A comienzos de su reinado, envió la expedición que iba a cambiar sin proponérselo el curso de la historia y que desencadenó la edificación del muro que muchos siglos después iba a descubrir Stein.

El enviado de Wu fue el diplomático y explorador Zhang Qian, un personaje que no habría desentonado entre los valerosos aventureros que formaban parte de la expedición de Stein. Enviado por el emperador Wu a las regiones desérticas de la frontera para establecer una alianza con una tribu de bárbaros que el emperador quería usar para luchar contra los hunos, Zhang emprendió la misión con la determinación que le confería ser buen conocedor del destino que esperaba a aquellos que fallaban en las tareas asignadas por el emperador. Zhang dejó atrás las ruinas del Muro Largo y se aventuró en las tierras de los hunos, donde lo capturaron y mantuvieron como prisionero durante diez años, hasta que logró escapar y reemprendió su misión, esta vez con una novia huna a cuestas. Cuando Zhang logró regresar a China, después de haber perdido a todos menos uno de los noventa y nueve integrantes de su partida, el emperador Wu ya debía dar por perdida su expedición. Al embajador lo habían capturado dos veces y entre ambas había vagabundeado un poco para satisfacer su curiosidad por las culturas foráneas. En cualquier caso, cuando volvió no había firmado ninguna alianza defensiva; pero las noticias que traía eran mucho más valiosas.

Los viajes de Zhang ocupan un lugar destacado en la historia de Asia, comparable a los viajes de Colón en los anales de Occidente. Igual que

Colón, acabó realizando tres viajes de exploración, y en cada uno de ellos fue ampliando exponencialmente los descubrimientos sobre lo que hasta entonces se consideraba el mundo conocido, pero el descubrimiento más importante fue el primero. Había descubierto que los chinos no estaban, después de todo, solos en un mundo de bárbaros hostiles. Zhang había encontrado civilización al otro lado del desierto.

Los pueblos recién descubiertos no habían leído las obras de Confucio. Tampoco subsistían gracias a una agricultura basada en el cultivo del arroz. Su aspecto y su idioma no tenían nada que ver con el de los chinos. Las momias conservadas por el frío que siglos después descubrirían Stein y otros exploradores en la cuenca del Tarim revelaron que los habitantes de Asia Central con que se encontró el explorador Zhang eran una raza de personas muy altas y con el pelo rubio, más parecida a la odiada raza de los bárbaros de la estepa que a los chinos de la dinastía Han. Pero eso no importaba. Tampoco importaban la raza, ni el idioma, ni siquiera las costumbres. Lo esencial, era que los habitantes de Asia Central eran gente muy parecida a los chinos: eran trabajadores, no guerreros. Levantaban murallas.

Zhang había descubierto una civilización tan antigua como la china, cuyas murallas y testimonios escritos se remontaban hasta dos mil años atrás. En Asia Central, como flores en el desierto, habían brotado unas avanzadillas aisladas de la civilización. Los grandes ríos que descendían de las montañas y atravesaban las áridas estepas, habían hecho posibles los asentamientos. Esos ríos permitieron el surgimiento de ciudades-oasis, del mismo modo que el Tigris, el Éufrates y el Nilo habían permitido germinar las civilizaciones de Mesopotamia y Egipto.

Con el paso del tiempo, esas ciudades-oasis se convertirían en escalas de la famosa Ruta de la Seda: Tashkent, Bujará, Samarcanda, nombres mágicos que evocan el esplendor perdido, y es muy fácil caer seducido por la imagen de los minaretes espléndidos, las cúpulas deslumbrantes y los bazares coloridos, pero tras el resplandor exótico de la civilización de Asia Central se oculta otra realidad muy distinta: la penosa existencia sometida a los saqueos, la destrucción, las ciudades que tenían que levantarse sobre las ruinas de otras ciudades, y las murallas que tenían que reconstruirse sobre las ruinas de otras murallas.

Situadas directamente al sur de la estepa, las ciudades-oasis de Asia Central ocupaban una de las zonas edificables más peligrosas del mundo. Su supervivencia se debe a las murallas. Muchas tenían varios recintos fortificados, con ciudadelas en la parte superior y ciudades amuralladas más abajo. No lo tenían nada fácil para expandirse. En vez de ampliar los perímetros defensivos, que ya eran muy largos y difíciles de defender, se prefería explotar el espacio vertical. Las casas de un piso se convirtieron en casas de dos pisos y luego de tres pisos. Cuando ya no pudieron subir más, los pisos superiores empezaron a ampliarse, cubriendo las calles. Los habitantes de las legendarias ciudades-oasis de la Ruta de la Seda, que estaban situadas al borde de una extensión ilimitada de tierras diáfanas, no podían ver el cielo, y mucho menos el horizonte.

Fortificar las ciudades-oasis exigió un esfuerzo sobrehumano. En Ghardman, los habitantes de la ciudad excavaron un foso tan ancho que una flecha disparada desde la orilla no podía sobrepasar las murallas. En la ciudad medieval de Sauran había un mínimo de siete círculos de murallas. Otras fortificaciones muy parecidas datan de los tiempos en que apareció la civilización de Asia Central, tal como puede verse en las impresionantes murallas, que datan de la Edad del Bronce, de Gonur Depe Norte, construidas cuando los invasores de la estepa todavía se movían en carros.

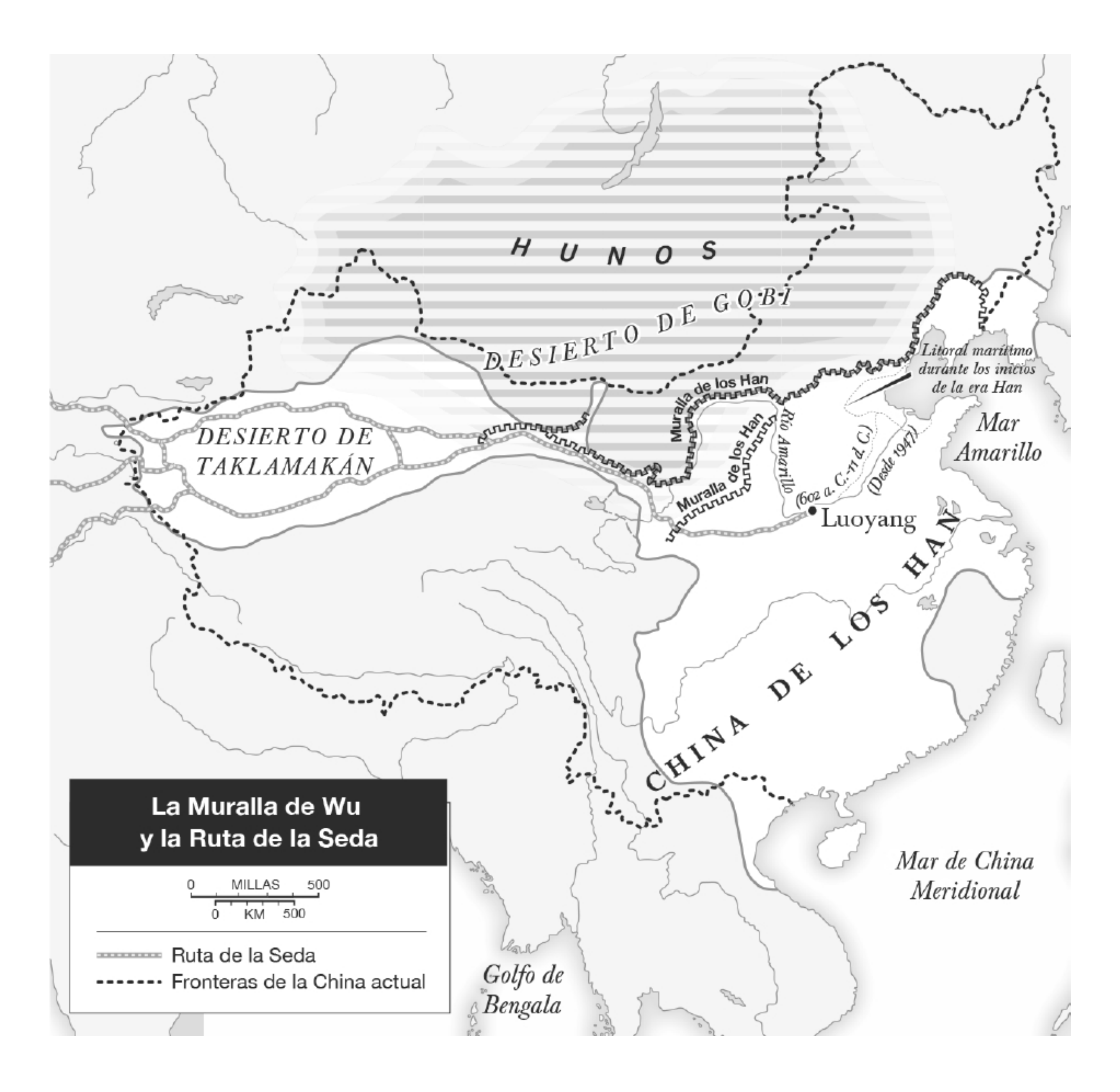
Fuera de las murallas de la ciudad nadie estaba a salvo. En Bayhaq, los bárbaros de la estepa impidieron durante siete años consecutivos que los campesinos salieran a cultivar sus tierras. Los suburbios, tal como eran, solo podían albergar castillos y casas solariegas fortificadas. Incluso los poblados estaban amurallados. En la antigua región de Bactria, alrededor del oasis de Balj, surgió una de las mayores ciudades del mundo antiguo en la llanura situada entre el río Amu Darya y las montañas del Hindú Kush. Bactria fue destruida por los invasores de la estepa a comienzos del segundo milenio a. C., y a partir de ese momento, las tribus nómadas que acampaban en las riberas del río arrasaron veintitrés veces la ciudad de Balj. ¡Destruida veintitrés veces! Ese era el ritmo en la civilización de Asia Central. A veces, los nómadas acampaban en lo que quedaba de las ciudades. [5]

Alejandro Magno llevó sus campañas hasta el corazón de Asia Central. ¿Proporcionó a las ciudades una muralla de hierro contra Gog y Magog? No lo parece: el hiperactivo y joven monarca rara vez pasaba en un mismo sitio el tiempo suficiente para construir nada. De todos modos, los sucesores de

Alejandro levantaron, después de su muerte, la primera gran muralla en Asia Central para defenderse de la estepa. El Muro Griego fue un obstáculo imponente, ya que estaba muy bien apuntalado por un complejo sistema de fortines, torreones y baluartes. Tan antiguo como el Muro Largo del Primer Emperador –o incluso un poco más–, atravesaba valles y cordilleras y abarcaba las denominadas Puertas de Hierro (hay docenas de pasos que llevan ese nombre) de Darband (otro nombre muy común), en el actual Uzbekistán. [6]

Zhang llegó a ver todas estas cosas: Samarcanda, Bujará, Balj, es decir, todo el mundo amurallado de Asia Central. Sus informes suscitaron una gran excitación en la China de los Han. El emperador escuchó con atención los relatos de Zhang, que hablaban de plantas y de animales exóticos, incluso de caballos que sudaban sangre. Lo más intrigante de todo fueron los informes sobre las ciudades amuralladas. Zhang describió a sus habitantes como partidarios del comercio, aunque "torpes en el uso de las armas y muy temerosos de las batallas", cualidades típicas, por lo demás, de todos los habitantes de las ciudades fortificadas. Zhang habló también de "grandes países, llenos de cosas muy extrañas, con gentes que viven en moradas fijas, entregadas a actividades muy similares a las de las gentes de China". [7]

¿Gentes que vivían como los chinos? Eso sí que eran buenas noticias. En un instante, el supuesto aislamiento de China dejó de existir. Los chinos se habían parapetado tras sus murallas porque sabían que el mundo era bárbaro y hostil. Pero ahora sabían que no era así. Wu envió una fuerza expedicionaria que tendiera una mano amiga a los recién descubiertos compañeros de la fraternidad de los constructores de murallas. En aquel momento solo los grandes ejércitos se atrevían a cruzar las tierras de los hunos, así que Wu se propuso pacificar la ruta para que pudiera ser usada por todos los viajeros. Ordenó levantar un nuevo muro –la muralla de juncos y barro descubierta por Stein– que defendiera la débil conexión que ahora unía a China con las civilizaciones de Asia Central y más lejos aún.



Nunca había existido nada parecido al muro de Wu. Prolongó el viejo Muro Largo hasta una región desolada, muy alejada de China, en la que no vivía nadie. Pero Wu se dio cuenta de que el borde del desierto de Taklamakán era una zona muy peligrosa. Si podía aislar aquella región e impedir el paso de los hunos llegados del norte, podría abrir una ruta segura hasta las ciudades recién descubiertas de Asia Central, esas compañeras en la fraternidad de los constructores de murallas. Acababa de nacer la Ruta de la Seda.

La Muralla de Wu fue el primer intento a gran escala de resolver un problema tan antiguo como la misma civilización: cómo superar los

espacios vacíos que se extendían entre los conglomerados de ciudades amuralladas. A lo largo de más de dos mil años, esos espacios en blanco supusieron un peligro terrorífico que provocó innumerables huidas en desbandada, como la que contó el asustadizo egipcio citado en el primer capítulo de este libro. Pero ahora los viajeros podían atravesar a salvo los confines del territorio de los hunos siguiendo una ruta que por primera vez conectaba a los constructores de murallas del mundo antiguo. El impacto de la nueva muralla se dejó sentir de inmediato. Mercaderes y embajadores llegados de lugares tan lejanos como Roma podían viajar ahora hasta la corte del emperador de China, con el propósito de intercambiar drogas, tinturas, joyas, monedas, perfumes y cristalerías a cambio de las codiciadas sedas chinas. Y, además, a lo largo de la ruta, los mercaderes iban conociendo religiones –el cristianismo, el budismo, el zoroastrismo– que luego difundían por otros territorios junto con nuevas tecnologías y, por supuesto, gérmenes, el peor de los cuales introdujo la peste bubónica en el interior de las ciudades amuralladas y casi estuvo a punto de despoblarlas por completo.

En términos diplomáticos, la Muralla de Wu sirvió para conectar China con otro Estado que acababa de formarse en aquel periodo de la historia antigua. En el remoto Imperio occidental, gobernado desde Italia, los gobernantes no habían construido aún nada comparable al viejo Muro Largo. Tal vez les hiciera falta oír los relatos de los viajeros sobre las maravillas del Lejano Oriente. Pero esos relatos no tardaron mucho en llegar.

VII

LOS MUROS DE ADRIANO

Imperio romano, 117-138 d. C .

El Imperio romano fue el primer Estado occidental en imitar el modelo de la antigua China y rodearse con defensas amuralladas, a pesar de que, curiosamente, las murallas fronterizas no se conocían en la Roma anterior al siglo II de nuestra era. ¿Pudo influir China en la decisión que se tomó en Roma de fortificar las fronteras? La idea no es tan descabellada como pudiera parecer a simple vista. La Muralla de Wu había logrado crear una ruta segura entre China y Occidente, y de inmediato hubo cronistas romanos que empezaron a hablar de un país de Extremo Oriente donde se fabricaba la seda y al que dieron el nombre de Serica. Los romanos se habían convertido en consumidores insaciables de sedas. El poeta satírico Juvenal se burlaba de los hombres afeminados que se contoneaban por las calles de Roma envueltos en túnicas transparentes de seda. Si por aquel entonces existía ya un importante comercio de sedas, es difícil imaginar que los relatos sobre el portentoso muro de Wu no hubieran llegado a Roma. Josefo citó las Puertas de Alejandro en el siglo i de nuestra era, y probablemente se basó en relatos de viajeros que habían llegado a China y cuyas historias ya se habían difundido en el mundo romano.

Si la cuestión de la influencia foránea no se ha dilucidado aún, lo que no admite dudas es el rumbo que tomó la historia romana. En el siglo II de nuestra era, Roma interrumpió de forma brusca las expediciones a los territorios bárbaros e inició un programa a gran escala de construcción de murallas fronterizas. La nueva estrategia marcó un súbito cambio radical en la política romana. El siglo II se había iniciado con la política expansionista del último gran emperador romano de espíritu aventurero, Trajano. Este emperador no era un constructor de murallas. Su audaz ofensiva contra Dacia (ahora parte de Rumania) iba en contra de los sabios consejos que el

primer emperador romano, Augusto, había confiado a sus sucesores cuando les recomendó vivir dentro de los límites del imperio. Por desgracia, no disponemos de mucha información sobre el carácter de Trajano. Era esa clase de individuo que irrita a los historiadores: nos hace albergar la molesta sospecha de que está saliéndose con la suya, pero no podemos demostrarlo. En cualquier caso, la reputación que tuvo en su época fue positiva. En Roma, la gente bromeaba diciendo que el nombre de Trajano aparecía en tantos edificios que debía de ser una planta trepadora. Cuando Trajano hizo su primera entrada triunfal en la ciudad, los romanos salieron en masa a la calle –viejos y jóvenes, enfermos y sanos– y se aglomeraron en las avenidas y azoteas para aclamarlo, y no solo porque estuviera repartiendo dinero (o al menos eso es lo que se cuenta). El senado, que no quiso quedarse atrás en las obscenas muestras de servilismo, lo declaró oficialmente el Mejor Gobernante. Los cronistas de su época hacían grandes esfuerzos para no decir nada desfavorable de él. Hubo uno que dijo, eso sí, que Trajano era un pedófilo, pero a los niños no les importaba. Todo el mundo amaba a Trajano, con la excepción tal vez de los mesopotámicos, que se rebelaron contra él, y los judíos, que también se rebelaron contra él. Los dacios también se rebelaron contra él –y en dos ocasiones–, y quizá lo habrían hecho una tercera si no llega a ser porque por entonces casi todos estaban muertos.

Trajano prefería los puentes a las murallas porque los puentes permiten hacer la guerra, mientras que las murallas están pensadas para impedirla. Construyó el primer puente que cruzaba el Danubio para que las legiones romanas pudieran emprender la campaña contra Dacia. Las estrategias defensivas no le interesaban. A veces protegía algunas comarcas con fortificaciones, pero solo porque estaba pensando ya en lanzar otra ofensiva en otro sitio. En el norte de Inglaterra creó la línea de fortificaciones que más tarde recibió el nombre de Frontera de Stanegate, [1] y también creó una línea defensiva de fortificaciones en Germania.

En el año 117 d. C., uno de los antiguos amantes de Trajano le sucedió en el trono del imperio, y a partir de aquel momento nada volvió a ser igual. El nuevo emperador prohibió cualquier iniciativa que tuviera que ver con invasiones o expansiones. De hecho, renegó de la agresiva política exterior de Trajano con tanto ímpetu que podemos llegar a dudar de que él y los demás chicos disfrutaran al dormir con el Mejor tanto como decían los

aduladores de este. Fue este nuevo emperador, Adriano, quien al final metió a Roma en la larga lista de los constructores de murallas.

A lo largo de su vida, cuando Adriano (r. 117-138) era conocido por otras cosas aparte del muro que lleva su nombre, su reputación estuvo fuertemente dividida. El hecho de que iniciara su reinado haciendo ejecutar a cuatro políticos de primer nivel da a entender que entró con mal pie en la historia. Tampoco despertó mucho entusiasmo el hecho de que ordenara abandonar las provincias recién conquistadas de Armenia, Asiria y Mesopotamia, ya que las consideraba indefendibles. Esta decisión fue una muestra típica del carácter de Adriano: la defensa, encarnada en forma de murallas que se extendieran a lo largo del horizonte, iba a ser la principal herencia de su reinado.

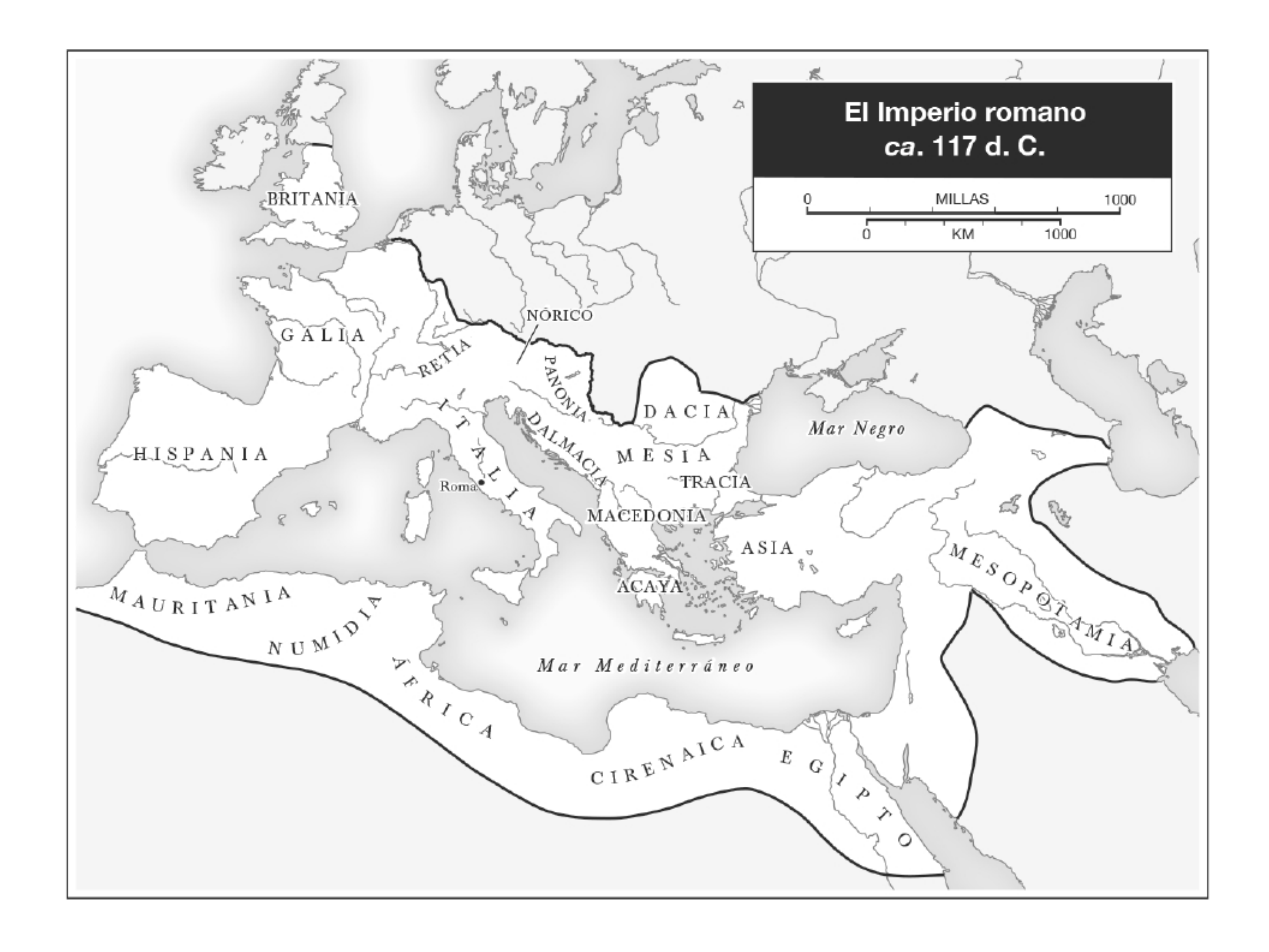
A su manera, Adriano fue el más civilizado de los protectores de la civilización, y desde luego fue más refinado que el revoltoso Alejandro. Cuando era joven, Adriano sintió tal obsesión por la cultura griega que la gente se refería a él con el apodo de "Grieguecillo". Con el paso del tiempo llegó a ser un famoso sabelotodo, y se convirtió en una autoridad indiscutible en materias que iban desde la astrología hasta la arquitectura, la poesía, la comedia y la tragedia. Los más sabios reconocían la superioridad de Adriano, pero –tal como observó el retórico Favorino– quizá esta fuera la forma más prudente de tratar a un hombre que estaba al mando de treinta legiones. El único experto que se negó a aceptar dócilmente las opiniones de Adriano fue el orgulloso arquitecto Apolodoro, que en una ocasión respondió a las preguntas de Adriano con la fatídica réplica: "Venga, vete ya a dibujar tus calabazas". A su debido tiempo, Adriano hizo ejecutar a Apolodoro, lo que demuestra que Favorino probablemente tenía razón desde el principio.

Adriano tenía una inclinación natural por construir cosas, y este impulso lo sitúa en la misma compañía que a Shulgi, Nabucodonosor y al Primer Emperador de China. Adriano mandaba edificar nuevos monumentos en todas las ciudades que visitaba, y si no había ciudades que embellecer, fundaba una ciudad nueva, como hizo con Adrianoteras, que mandó construir para conmemorar que había matado una osa durante una cacería. Fuera adonde fuese, parece que la obsesión de Adriano era desbancar o superar en todo a Trajano. Si Trajano había construido un puente para que las legiones romanas pudieran cruzar el Danubio, Adriano lo mandó

destruir por miedo a que los bárbaros pudieran usarlo en sentido contrario para invadir Roma. Si Trajano se había propuesto embellecer una ciudad, Adriano se proponía embellecer todo el imperio. Y si el Mejor había mandado construir fortificaciones, Adriano mandó construir una muralla.

A comienzos de su reinado, Adriano emprendió una gira por sus provincias para evaluar y mejorar el estado de las defensas. En Germania, donde la amenaza contra la seguridad del imperio era más acuciante, decidió meter en cintura a sus soldados retirándoles todas las comodidades materiales. Con el fin de endurecer la vida en el campamento, eliminó las cantinas, los pasadizos cubiertos y los jardines ornamentales, cosa que no estaba nada mal para alguien cuya villa romana poseía dos bibliotecas gigantescas, un observatorio astronómico, tres piscinas de gran tamaño y un estanque con forma de rosquilla que parece haber sido el primer precedente de los ríos artificiales que hoy podemos encontrar en los parques acuáticos.

El muro que Adriano levantó al norte de Inglaterra –“para separar a los romanos de los bárbaros”– es uno de los dos muros, junto con la Gran Muralla china, bien conocidos por el público en general. [2] Hoy, las ruinas serpentean entre pastos de ovejas y atraen a pequeños grupos de turistas y senderistas, pero estas ruinas no son sino fragmentos del muro que llegó a proteger a la Britania romana. Originalmente el muro medía unos ciento veinte kilómetros que abarcaban todo el cuello geográfico de Britania, alcanzaba los cinco metros de altura y lo reforzaban fosos, fortalezas para alojar destacamentos militares y baluartes. En el norte de Inglaterra, donde el viento y el clima no podían destruir la piedra del muro, fueron los campesinos medievales quienes lo derruyeron. Los lugareños fueron arrancando las piedras para construir muros, iglesias y castillos. En algunos edificios todavía se pueden ver inscripciones romanas que revelan los orígenes de los bloques de piedra reutilizados.



Todo lo que se sabía sobre el Muro de Adriano se alteró por completo en el siglo XX cuando el arqueólogo Robin Birley descubrió en Vindolanda las tablillas escritas. Birley no es un arqueólogo tan famoso como Heinrich Schliemann o Aurel Stein, pero es una prueba viviente de que a veces los mejores descubrimientos son los que se hacen en el patio de atrás de tu propia casa, suponiendo, claro está, que el patio trasero esté atravesado por un antiguo fuerte romano. Birley pertenece a la segunda generación de un linaje todavía en activo de arqueólogos fundado por su padre, Eric, que compró el terreno de Vindolanda después de graduarse en Oxford en lenguas clásicas. Como todos los Birleys, Robin asió su primera pala de excavar cuando aún era un adolescente, y en marzo de 1973 ya llevaba acumuladas varias décadas de experiencia haciendo excavaciones. Fue entonces cuando, al ampliar un canal de desagüe, encontró varias piezas de madera. Dos de las piezas estaban unidas, y cuando Birley las separó, descubrió asombrado que estaban escritas. Ni su formación intelectual ni su experiencia como arqueólogo le habían preparado para el descubrimiento

que acababa de hacer. Las finas tablillas, que estaban escritas en una clase de escritura que los arqueólogos no lograban identificar, eran un enigma de por sí, pero lo peor vino cuando la débil tinta de los textos se evaporó como si fuera escritura fantasma. A los quince minutos, ya no quedaba ni rastro de ella.



Birley actuó con rapidez para conservar el hallazgo: envolvió los trocitos de madera en varias capas de musgo húmedo y corrió a ver a un especialista en paleografía –la ciencia que estudia las escrituras antiguas– que vivía allí

cerca. Richard Wright, que había escrito el mejor libro sobre inscripciones romanas en Gran Bretaña, examinó las tablillas en blanco, se tragó toda la incredulidad que sentía al principio y sugirió usar fotografía infrarroja para recuperar el texto perdido. Fue una intuición afortunada. Un especialista en imagen médica hizo las fotos, que pusieron al descubierto unas cartas y otros documentos que llevaban enterrados dos mil años, todas escritas en cursiva latina, una escritura tan olvidada que Birley la había confundido inicialmente con el árabe.

Las tablillas de Vindolanda nos han permitido conocer la vida de los guardias de la frontera romana, bárbaros asimilados que se habían enrolado en el ejército romano, habían aprendido latín y los habían enviado a una lluviosa guarnición fronteriza donde cada dos por tres tenían que derribar la madera podrida del fuerte y reconstruirlo de arriba abajo. No era fácil vigilar esa frontera, ni siquiera en tiempo de paz. Tampoco resultaba barato. Los recursos que había que invertir en mano de obra agotaron las reservas imperiales. Los fuertes se situaban muy cerca unos de otros –los de Vindolanda y Housesteads, por ejemplo, solo estaban a 5 kilómetros de distancia–, y cuando se terminó de construir el muro también se colocaron fortines entre los fuertes más grandes. Cada fuerte albergaba a un número importante de soldados. Una de las tablillas –el único documento de su clase que se ha conservado de todo el Imperio romano– establecía la composición de la cohorte de Vindolanda en 752 hombres, aunque a 456 los habían destinado a otros fuertes y 31 estaban enfermos, heridos o sufrían una epidemia de conjuntivitis. Vindolanda era un fuerte para tropas auxiliares. Un fuerte para legionarios tendría que haber acuartelado a miles de soldados.

Los guardias fronterizos de Vindolanda procedían de regiones de fuera del imperio: eran nativos de los territorios bárbaros que vivían sin muros y que suministraban a Roma un contingente incesante de jóvenes dispuestos a entrar en combate. En los años en que se escribieron las tablillas, en torno al año 100 d. C., la mayoría de los guardias eran bátavos o tungros, guerreros feroces cuyos padres habían aterrorizado al imperio al amotinarse contra a Roma y al obligar a rendirse a dos legiones. Pacificados y destinados a Britania, habían combatido en batallas temibles como la de Mons Graupius, donde “la llanura presentaba un horrible y repugnante aspecto […] y la tierra apestaba a sangre”. [3] Eran tipos duros, o al menos lo fueron al principio.

La vida de guarnición en la frontera transformó poco a poco a las curtidas tropas auxiliares. Los espartanos siempre decían que las murallas reblandecían a los que vivían protegidos por ellas, y al leer las tablillas de Vindolanda cabe preguntarse si sabían de lo que hablaban. En la frontera más septentrional de Roma, hombres que habían nacido para ser guerreros se iban acostumbrando al trabajo y a la burocracia. Uno de los listados con los turnos de servicio registraba a 343 soldados en "los talleres". De esos servicios, algunos consistían en la reparación de tiendas, otros en la construcción de casa de baños, otros en hacer zapatos, en excavar terrenos de arcilla, en trabajar en los hornos, en recoger desperdicios, en ayudar a escayolar o en cargar carromatos: cualquier cosa, por lo visto, menos combatir. En otros listados de servicios hay soldados construyendo una casa, quemando piedra para fabricar cal o preparando zarzo para montar cercas. Los guardias de Vindolanda se pasaban la vida trabajando en tareas domésticas, haciendo las cosas que los bárbaros solo consideraban adecuadas para las mujeres o los esclavos. Tenían que hacer cola y se les asignaba una tarea. Viviendo en campamentos fortificados, los guerreros de Vindolanda se estaban convirtiendo en constructores de muros, y al final acabaron viviendo a la sombra de una gran muralla que ellos mismos habían construido.

¿Se volvieron los defensores del muro menos belicosos por haber tenido que trabajar en tareas rutinarias? Las pruebas demuestran que los espartanos tenían razón: unos cincuenta años después de la visita de Adriano al muro, los bárbaros del norte de Britania asaltaron la muralla y exterminaron a todo un ejército romano.

En el norte de Inglaterra, el muro más famoso de Adriano se construyó con bloques de mampostería. En otros lugares del imperio, sus diseños arquitectónicos solían usar los materiales que había más a mano, procurando siempre economizar gastos. Por lo que cuenta un biógrafo antiguo, el emperador del siglo II adoptó una estrategia flexible que en ocasiones procuraba evitar las construcciones grandiosas y prefería aprovechar las ventajas defensivas de los ríos, o bien insertar estacas en el suelo para erigir empalizadas. Esta descripción retrata muy bien las obras de Adriano en la Germania, donde sus empalizadas se extendían a lo largo de 500 kilómetros, una empresa que supuso talar un bosque entero, ya que cada kilómetro de empalizada exigía talar aproximadamente setecientos robles de buen tamaño. [4]

En el Norte de África, la mayor amenaza contra las ciudades y las granjas de cultivo de los romanos provenía de los nómadas de las montañas. Adriano visitó la región en el año 128 d. C., durante su gira de inspección de las defensas imperiales. En aquella región llena de peligros, en la que incluso las granjas tenían que estar fortificadas, Adriano ordenó construir fosos y muros que rodearan las montañas del Aurés y de Hodna para impedir que los crueles montañeses atacaran los valiosos campos de cultivo. En otras partes de África del Norte, donde la amenaza procedía de los nómadas del desierto, Adriano erigió muros de mampostería de seis metros de altura en la región fronteriza que separaba el desierto de las tierras cultivables.

En el sudeste de Europa, el imperio limitaba con el extremo más occidental de la estepa euroasiática. En tiempos de Adriano, los diversos Gogs y Magogs todavía no habían llegado tan al oeste, pero había tribus locales muy revoltosas, sobre todo en las riberas del mar Negro, donde Ovidio había sufrido su desdichado exilio. Los invasores más audaces también podían entrar en el imperio a través de la cordillera de los Cárpatos, y el impacto de estas invasiones podía ser mucho peor si los recién llegados expulsaban a otros pueblos bárbaros de sus tierras y los obligaban a desplazarse hacia el oeste. En consecuencia, Adriano levantó otra barrera justo al sur de los Cárpatos: una construcción de madera y barro que discurría en paralelo al río Olt a lo largo de unos 160 kilómetros. Como casi todas las murallas de Adriano, estaba jalonada por un sinfín de fuertes. Más tarde, cuando el fuego destruyó la barrera, la línea defensiva se retrasó hasta la ribera occidental del río, que era mucho más fácil de proteger.

No muy lejos de allí, la región de Tomis tuvo por fin una barrera fortificada contra los bárbaros. Sobre su fecha de construcción, lo único que se sabe con seguridad es que se erigió cuando ya era demasiado tarde para Ovidio. La primera de las tres barreras de control que se levantaron para proteger esa zona de máximo peligro era un muro de barro muy parecido a otras defensas del siglo II . Por el lado norte miraba hacia la estepa y estaba protegido por campamentos fortificados, fortines y zanjas. Es evidente que el muro no logró realizar su propósito, ya que se construyó otro muro posterior con los materiales del muro abandonado de Tomis. Una última barrera de barro, más pequeña, se internaba entre los dos muros anteriores, y debió de ser construida a toda prisa en una época posterior, cuando hasta los bárbaros erigían barreras desesperadas contra los hunos. Estos tres

muros suelen llevar el nombre conjunto de Muros de Trajano, aunque muy pocos historiadores creen que llegaran a tener una conexión con el Mejor. [5] En cambio, sí parecería un descuido poco probable que Adriano no hubiera dejado su huella en esta región.

En Jordania y Palestina, donde la amenaza a los asentamientos romanos provenía de los nómadas árabes denominados sarracenos por los romanos y los bizantinos, Adriano culminó un proyecto previo de Trajano de fortificación de la frontera. Como carecía de los fondos necesarios para levantar un muro de verdad a lo largo de los 600 kilómetros de frontera, cubrió los bordes del desierto con fortalezas y torres de vigilancia. [6]

En menos de dos décadas, Adriano logró colocar barreras fronterizas en tres continentes. Reinó veintiún años y murió a la edad de sesenta y dos. Cuando llegó el fin, no hizo como los emperadores chinos que tomaban elixires para alargar la vida. Como la vieja reina del drama que era, escenificó varios intentos de suicidio, aunque se cuidó mucho de que todos fueran descubiertos y abortados. Para asegurarse la inmortalidad, solo escribió varias autobiografías, que dividió en partes y entregó a unos libertos de su confianza, que publicaron los libros con sus propios nombres para dar la impresión de que Adriano había sido una persona universalmente admirada. Al final murió de enfermedad, sin haber logrado engañar a nadie, aunque Maquiavelo lo ungió, mucho tiempo después, como uno de los Cinco Buenos Emperadores, reputación que ha disfrutado desde entonces.

El tratamiento que la posteridad ha deparado a Adriano nos da motivos para pensar que la reputación y la herencia real de un personaje a veces siguen rumbos diferentes. Los autores romanos alabaron sin tregua al agresivo Trajano, y en cambio criticaron la estrategia defensiva de Adriano. Pero fue este último el que dejó una influencia más profunda a corto y a largo plazo. Ningún emperador posterior quiso emular al Mejor Gobernante, sino que todos entendieron que su misión consistía en hacer lo mismo que había hecho Adriano: defender la civilización, no ampliarla. En ocasiones eso significaba edificar murallas; otras veces suponía crear otra clase de defensas. En muchos lugares, los ríos hacían innecesarias las barreras creadas por el hombre, pero los sucesores de Adriano no los dejaron de lado. Una inscripción de finales del siglo II , por ejemplo, cuenta que

Cómodo (r. 180-192) fortificó todo el curso del Danubio con torres y guarniciones. Cómodo fue aquel hombre inusualmente cruel y pueril cuyo reinado, según se dice, hundió a Roma en la podredumbre moral. En otras regiones del imperio, no prestó ninguna atención a las defensas fronterizas de Adriano, que ya se estaban viniendo abajo, y prefirió emborracharse con sus compinches y pavonearse en el circo, donde se decía que llegó a matar a más de cien leones.

Al cabo de un tiempo, el derrumbe de los muros defensivos de Adriano supuso una tragedia para las ciudades sin amurallar de las provincias. Casi todas las ciudades del imperio se enfrentaron a la necesidad de apuntalar sus defensas. Y en el siglo III , esas ciudades experimentaron un cambio de fisonomía tan radical que se volvieron irreconocibles.

VIII

PARAÍSO PERDIDO

Imperio romano , ca. *300 d. C* .

E l sofista griego Elio Aristides, poco después de que Adriano rodeara todo su imperio de murallas, atribuyó a Roma una gran hazaña: el imperio –anunció– había terminado con las guerras. [1] Acostumbrados a vivir en paz, muchos ciudadanos romanos habían llegado a poner en duda que alguna vez hubiera habido guerras. Las noticias que llegaban de remotas batallas se consideraban cuentos de hadas. Los civiles ya no temían que los reclutaran a la fuerza para un ejército improvisado. La población del imperio había renunciado a las armas desde que depositaba su confianza en las guarniciones apostadas en las fronteras más lejanas. Rodeado de murallas, el imperio se había convertido en una especie de paraíso civil: según contaba Aristides en sus discursos, todo el mundo habitado se entregaba a los más diversos placeres. Las ciudades estaban llenas de gimnasios, fuentes, templos, arcos de triunfo, artistas y escuelas. [2] Prevalecía la seguridad absoluta, "universal e inconfundible para todo el mundo". [3]

Aristides tenía la costumbre de adaptar sus opiniones para complacer a su público, en este caso el sucesor de Adriano, el emperador Antonino Pío; pero el retrato resplandeciente que hacía del estado de cosas en el imperio a mediados del siglo II no era enteramente falso. La mayor parte de las provincias habían ido desarrollando los rudimentos de la vida civilizada antes incorporarse al imperio, pero solo Roma, la improbable defensora de la civilización en tres continentes, había logrado imponer en todo el mundo conocido las condiciones de la civilización: la alfabetización, la erudición, los monumentos arquitectónicos, las bellas artes, la ciencia; los logros, en definitiva, de un pueblo que no se daba cuenta de que estaba condenado. Roma había liberado temporalmente al mundo occidental del terror a los bárbaros que vivían fuera de sus fronteras, y la consecuencia de todo ello

fue una cultura tan próspera que incluso los que más la disfrutaban llegaban a veces a preguntarse si no se estarían volviendo decadentes.

El origen de la seguridad y de la confianza de Roma, y la clave de su prosperidad, era una realidad evidente para Arístides: unas murallas "indestructibles e indisolubles", vigiladas a su vez por un sinfín de soldados, protegían sus territorios. Los emperadores habían levantado fortificaciones "en el mundo entero", desde Etiopía en el sur, pasando por el Éufrates en el este y Gran Bretaña en el norte. De vuelta a Italia, la capital del imperio era una ciudad abierta porque no tenía nada que temer. Las murallas fronterizas –que según Arístides estaban construidas con bloques de mampostería– garantizaban la misma protección a todas las ciudades del imperio. Las murallas de Roma rodeaban el imperio del mismo modo que las trincheras rodeaban los campamentos militares.

De todos modos, sabemos que Arístides se equivocaba en algunas cosas. Muy pocas murallas romanas estaban construidas con bloques de mampostería, aunque es muy probable que los emperadores prefirieran que sus súbditos creyeran otra cosa muy distinta. Muy pocos romanos habían visto con sus propios ojos el vasto despliegue de torres de vigilancia, contrafuertes, empalizadas, zanjas y campamentos fortificados que defendían sus fronteras, ni mucho menos a los soldados que las vigilaban. Las fronteras estaban muy lejos y esa distancia contribuía a aumentar el mito de la invulnerabilidad. Por otra parte, la idea de vivir encerrados por unas fronteras infranqueables no resultaba incómoda para los habitantes de las provincias que habían aceptado el dominio de Roma. Roma era demasiado grande como parecer un estado militar. En resumidas cuentas, el paraíso soñado por Arístides podría haber durado de forma indefinida si hubiera sido menos costoso de mantener, si hubiera contado con soldados suficientes para vigilar las murallas y si las murallas se hubieran mantenido en pie. Pero resultó que la seguridad de Roma, "universal e inconfundible para todo el mundo", ni siquiera duró hasta el final de la vida del propio Arístides.

En 2012, los obreros que trabajaban en la ampliación de una autopista de Rumanía encontraron los restos de un asentamiento romano, hasta entonces desconocido, que databa de los tiempos de Arístides. Estos hallazgos, que interrumpen las obras durante meses, son un riesgo muy habitual en Europa. Cada cierto tiempo, los contratistas y constructores se ven frustrados por la

noticia de un nuevo descubrimiento, y solo les queda esperar que el yacimiento sea de poca importancia y no se prolongue demasiado el retraso inicial de las obras. El hallazgo en Rumania, sin embargo, resultó ser enorme: un pueblo entero con su correspondiente necrópolis. Hubo que detener las obras, y los Bulldozer es, las excavadoras, las hormigoneras y las máquinas de pavimentación dejaron de trabajar para que los arqueólogos pudieran excavar el yacimiento, que recibió el nombre oficial de Sibot-3.

Desde el principio, los arqueólogos tuvieron que trabajar muy deprisa, sabiendo que la brigada de trabajadores quería reemprender las obras antes de que llegara el mal tiempo. En un mundo perfecto, en el que la arqueología se practica con mucho cuidado y con infinita paciencia, ese yacimiento se habría estudiado con más calma. Porque Sibot-3 era un hallazgo impresionante en cuanto a tamaño y contenido. Allí estaba enterrada "una de esas ciudades fronterizas provistas de los oficios y artesanías más necesarios y de todos los refinamientos" que había descrito Arístides, esa clase de ciudades intrépidas que prosperaban a la sombra de los enemigos más fieros del imperio. Sibot-3 estaba en el corazón de la Dacia romana, una convulsa región fronteriza conquistada por Trajano, el combativo predecesor de Adriano. Pero la vida de los romanos en el siglo II parecía prosperar incluso en esa comarca tan peligrosa. En el asentamiento había elegantes edificios decorados con azulejos policromados, y al menos siete talleres que fabricaban cerámica a una escala casi industrial.

Como miembro del equipo que participó en las excavaciones de Sibot-3, recuerdo con nitidez mi primera impresión del yacimiento. Los voluntarios que trabajábamos en otras excavaciones nos alojábamos a una hora de distancia. Nada más saberse el hallazgo del yacimiento de Sibot, se nos envió enseguida al nuevo destino y tuvimos que realizar un largo viaje por carretera. Fue el primero de una larga serie de trayectos de ida y vuelta, hasta que nos asignaron un alojamiento mucho más cerca de la nueva excavación. Teníamos que hacer el viaje en un minibús atiborrado de gente, sin aire acondicionado, aunque la temperatura exterior era de treinta y muchos grados, y con las ventanillas cerradas según la costumbre rumana. El minibús traqueteaba por unas carreteras comarcales rebosantes de estiércol de caballo, y mientras llegábamos a la carretera principal, nos entreteníamos charlando para distraernos, aunque fuera ocasionalmente, y que nuestros pensamientos se centraran en la idea de que íbamos a llegar al yacimiento convertidos en un cargamento de cadáveres asfixiados. Cuando

llegamos a Sibot-3, aún vivos, aunque después de haber perdido algunas neuronas por falta de oxígeno, estiramos las piernas, aspiramos enormes bocanadas de aire fresco y nos dispersamos por el terreno para echarle un primer vistazo. Cuando llegamos ya se habían abierto algunos pozos de sondeo y en todos ellos se veía un estrato horizontal marcado por una densa línea negra. Sin lugar a dudas era una capa de terreno calcinado, las cenizas que habían quedado de Sibot-3 cuando lo destruyeron durante las guerras de Marco Aurelio contra los marcomanos.

Marco Aurelio (r. 161-180) subió al trono muy pocos años después de que el sofista Arístides hiciera su idílico retrato del Imperio romano. Por lo general, se dice que Marco Aurelio representa lo mejor de la civilización. Como modélico rey filósofo, sus estoicas *Meditaciones* siguen leyéndose hoy. Pero Marco Aurelio no nació para disfrutar de una pacífica vida contemplativa. Los enemigos que acechaban al otro lado de las murallas lo arrastraron una y otra vez a la guerra, y al final sus famosas reflexiones filosóficas y eruditas no fueron más que un breve respiro en su vida dedicada a la lucha. En el año 166 d. C., los bárbaros longobardos y obios cruzaron el Danubio e invadieron el imperio. En las campañas posteriores, a Marco Aurelio lo derrotaron los marcomanos y los cuados. Los costobocos invadieron Grecia, el país más amado por Marco Aurelio por ser patria de sus admirados filósofos, y arrasaron el santuario de Eleusis. ¿Quiénes eran esos pueblos sanguinarios hasta entonces desconocidos? Daba igual. Después de Marco Aurelio, ningún otro rey filósofo volvió a ocupar el trono del imperio. Prácticamente todos sus sucesores fueron militares.

Una epidemia de peste asoló la Roma de Marco Aurelio. Llegó a través de la lejana muralla china que había conectado los remotos imperios de Eurasia. Lo malo es que, aparte del comercio, el muro de Wu permitió el paso de otras cosas entre China y Roma. Las crónicas de los historiadores chinos registran la visita de enviados imperiales llegados desde Roma durante el reinado de Marco Aurelio. Por entonces, China ya había sufrido un brote de esa misteriosa epidemia que los eruditos clásicos llamaban la peste antonina. Parece ser que los mercaderes llevaron la enfermedad a Mesopotamia, donde contagió a los soldados romanos. Al cabo de unos pocos años, en el Imperio romano habían muerto unos cinco millones de personas a causa de la plaga, y muchos de esos muertos fueron soldados romanos que vigilaban las fronteras. Arístides había llegado a alardear de

que había tantos soldados romanos defendiendo las murallas fronterizas que una flecha no podría atravesar jamás sus filas, pero la plaga convirtió la exageración en una simple mentira. Marco Aurelio murió en el año 180, y en el momento de su muerte las fronteras del imperio eran más vulnerables que nunca. Sus últimas palabras expresaron su preocupación por la plaga.

El reinado de Marco Aurelio supuso un punto de inflexión en la historia del imperio: las fronteras de Adriano, con sus murallas, sus empalizadas y sus fosos, ya no pudieron resistir el embate de los bárbaros. A lo largo de todas las provincias del imperio, una crisis de confianza amenazó los fundamentos de la civilización. En todos los restos arqueológicos de las ciudades romanas del siglo II –y no solo en los asentamientos fronterizos como el de Sibot-3– hay evidencias de derrotas, destrucción y decadencia. Incluso en el corazón del paraíso descrito por Arístides se han encontrado ciudades totalmente abandonadas después de que las arrasaran. Otras sufrieron una destrucción terrible, pero lograron sobrevivir. En el Lyon romano, se abandonó la colina de Fourvière, antes densamente poblada. En Orange también se abandonó uno de los barrios más prósperos, a pesar de estar atiborrado de casas desde el siglo I a. C. y de haber albergado monumentos importantes del siglo I d. C. París fue disminuyendo de tamaño a medida que perdía sus barrios más alejados. La ciudad de Tours sufrió un retroceso tan grave en el siglo II que solo llegaron a sobrevivir dos calles del plano original. [4]

Los historiadores del arte han notado el cambio de humor que se percibe a partir del primer gran fracaso de las fortificaciones fronterizas. Roma era la heredera natural de la serena belleza del arte clásico griego, pero a finales del siglo II la estética clásica desapareció del arte urbano y la sustituyó una visión sombría y violenta. Muchos aristócratas romanos elegían para su descanso eterno un sarcófago adornado con abigarradas escenas bélicas. Incluso Marco Aurelio –el emperador de los ideales elevados y del espíritu filosófico– inspiró una columna esculpida con un sinfín de escenas en relieve de bárbaros alanceados y decapitados. En varias escenas se veían mujeres acuchilladas y raptadas. Los soldados romanos que aparecen en la columna parecen monstruos sonrientes entregados a su tarea asesina. Era un arte concebido para revolver el estómago y provocar náuseas, pero un artista solo puede reflejar la época en la que le ha tocado vivir, y en aquella

época las guerras fronterizas eran mucho más importantes que todo lo que fuera elegante y hermoso.

Para los estudiantes de la historia de Roma, el siglo III destaca por ser un tedioso catálogo de saqueos, guerras fronterizas e invasiones que aterrorizaron y asolaron el imperio. En el año 238 d. C., por ejemplo, los bárbaros destruyeron la antigua colonia griega de Istria. Trece años más tarde, el emperador Decio emprendió una campaña para detener las incursiones de los godos a través del Danubio, hasta que se internó en terreno pantanoso y estos lo aniquilaron. Fue el primer emperador romano que cayó en combate luchando contra un enemigo extranjero. A renglón seguido, los godos se hicieron con un contingente de naves, atravesaron el Bósforo, llegaron al mar Egeo y saquearon las prósperas ciudades greco-romanas de Asia Menor. Incluso llegaron a destruir el templo de Artemisa en Éfeso que, en una versión anterior, con la estructura original, se había considerado una de las siete maravillas del mundo.

El pánico se apoderó de Grecia. Los habitantes del Peloponeso intentaron aislarse del peligro levantando una muralla a lo largo del estrecho istmo que los unía a la tierra firme. Buscando materiales de construcción, saquearon todos los edificios públicos que tuvieran piedras. [5] Más al norte, los atenienses, que durante mucho tiempo se habían confiado a Roma, tuvieron que reparar los muros de la ciudad por primera vez en trescientos años. Pero sus esfuerzos llegaron demasiado tarde. Los godos saquearon Atenas, e incluso los edificios que rodeaban el mercado central acabaron quemados y destruidos. Después de eso, los atenienses tuvieron que usar los bloques de piedra del Ágora devastada para levantar una muralla defensiva alrededor de un terreno no muy grande, al norte de la Acrópolis. Los fragmentos rotos de las columnas y las esculturas se amontonaron en la nueva muralla sin el menor reparo. La gloriosa Atenas, la patria de los dramaturgos, los matemáticos y los filósofos, la ciudad que había derrotado por dos veces al poderoso Imperio persa, estaba muerta de miedo. El inexorable declive hacia la insignificancia ya había comenzado.

Para los invasores bárbaros, esta obsesión por construir murallas era impensable. Desde niños les habían enseñado a valorar únicamente a los hombres que sabían luchar en la guerra, así que cuando veían a los romanos esconderse tras las murallas solo sentían desprecio. Se burlaban de los

civiles que no habían empuñado jamás un arma y que deseaban evitar el combate a toda costa. Los bárbaros decían que los romanos confiaban más en los objetos que en sí mismos. Y así, no perdían ocasión de mofarse de los romanos que vivían "como aves enjauladas", igual que decían las cartas de Rib-Hadda, el malhadado rey de Biblos en la Edad del Bronce. [6]

Durante este periodo terrible no hubo una sola parte del imperio que se librara de la destrucción. Los godos llegaron hasta Italia. Según algunos de los cronistas más exagerados, por el camino llegaron a saquear quinientas ciudades. [7] Britania sufrió graves penalidades a costa de las incursiones bárbaras, pero las provincias que se llevaron la peor parte fueron las que se extendían desde el Danubio hasta los Balcanes. Se abandonaron y entregaron a los bárbaros tres de las provincias más fortificadas del imperio. [8] La Galia corrió mejor suerte, pero no salió indemne de las turbulencias del siglo III . [9]

Como prueba del pánico que se había apoderado de los ciudadanos, se volvió a adoptar una costumbre ya olvidada: en todas las provincias, los civiles aterrorizados ocultaban su dinero enterrándolo en vasijas, con la esperanza de recuperarlo cuando volvieran mejores tiempos. La mayoría nunca pudieron. A lo largo de dos mil años, innumerables tesoros enterrados permanecieron en el mismo sitio donde los habían ocultado, hasta que los descubrieron los arqueólogos o aficionados con detectores de metales.

Ni siquiera la propia Roma se libró del pánico del siglo III . No era cierto, como había dicho Arístides, que la Ciudad Eterna hubiera desdeñado construir murallas, aunque era una ciudad vulnerable porque no había puesto al día sus decrépitas murallas desde el siglo IV a. C. Desde entonces, la ciudad había crecido más allá del perímetro de sus murallas. Hacia el año 270, el emperador Aureliano tuvo que aceptar la realidad de los hechos –los hechos, en su caso, fueron una invasión de Italia por parte de las tribus de los alamanes– y empezó a construir unas nuevas murallas.

Lo mismo que pasaba en Roma pasó en las provincias. Durante trescientos años, las ciudades romanas se habían preocupado muy poco de proteger a sus ciudadanos, ya que confiaban, como había dicho Arístides, en los remotos destacamentos fronterizos y en las murallas que los aislaban de los belicosos pueblos que vivían más allá de las fronteras. Algunas ciudades

habían crecido tanto que las antiguas murallas ya no servían para nada. Otras ciudades ni siquiera tenían murallas. [10]

En toda la historia del mundo no ha habido un experimento comparable a un imperio formado por ciudades sin murallas. Al dejar tantas ciudades sin defensas propias, los romanos habían encomendado la seguridad interior a una estrategia defensiva que consistía en cientos de kilómetros de murallas fronterizas además de otras fortificaciones, con las que buscaban crear una coraza impenetrable que defendiera la civilización occidental. Pero todo esto cambió como consecuencia de las invasiones del siglo III . El emperador Diocleciano (r. 284-305) creó un plan para fortificar las ciudades, de pronto vulnerables, de las provincias del Imperio occidental. Fue la última campaña de construcción a gran escala emprendida por un imperio que se había caracterizado por construir ciudades, aunque el nuevo plan contradecía todas las ideas romanas acerca de lo que debía ser una ciudad.

Tras muchas deliberaciones, los constructores de murallas desmantelaron las maravillosas ciudades abiertas que habían creado sus padres en tiempos más optimistas y confiados. Se demolieron todos los edificios que entorpecían el nuevo trazado de las murallas. [11] Algunos se derribaron simplemente para aprovisionarse de piedra. [12] Llevados por la urgencia de fortificar las ciudades, los infatigables martillos de los obreros destruyeron tumbas, templos, columnas, baños, teatros y anfiteatros. También demolieron frisos, esculturas en relieve y capiteles, usaron los grandes bloques de piedra para las obras de construcción y convirtieron todo lo demás en escombros. Más de una inscripción que pretendía inmortalizar la gloria se arrancó de su lugar original y, de forma ignominiosa, acabaron incrustadas entre los ladrillos, la mampostería y el hormigón de una muralla. [13]

Las construcciones del Imperio romano tardío perdieron toda la exuberante confianza en el futuro que poseían las edificaciones de épocas anteriores. En las nuevas obras, se abandonó el lujo en favor del pragmatismo y la fortaleza. En el siglo IV , los habitantes de la ciudad de Burdeos vieron cómo los obreros apuntalaban las riberas del río Devèze con restos de monumentos antiguos, capiteles de mármol y columnas. No eran tiempos para sentimentalismos. Los hombres más fuertes de la ciudad

estaban enterrando los últimos monumentos urbanos de Burdeos en el barro. [14]

En todas las ciudades del imperio, los habitantes hicieron, obligados por las circunstancias, cosas que habrían sido impensables en el primer periodo imperial de Roma. En París, por ejemplo, los ingenieros allanaron una zona densamente poblada cerca del foro, y excavaron para extraer grava. [15] En Fréjus, los ciudadanos necesitados de espacio tuvieron que sacrificar sus baños públicos: arrancaron los mármoles y los mosaicos y reutilizaron la vieja estructura del edificio para construir viviendas improvisadas. [16] En Arlès, las excavaciones han descubierto las ruinas calcinadas de casas, tiendas y baños construidos fuera de las murallas de la ciudad: en el siglo IV , los pocos que quisieron exponerse a una vida más dura volvieron a ocupar esa zona. La ciudad de Arlès, durante el imperio tardío, apenas podía albergar a las masas asustadizas que preferían una vida miserable pero segura dentro de las murallas, antes que la vida mucho más suntuosa de los tiempos pretéritos. El circo se transformó en una especie de complejo de apartamentos, y en el siglo V , se derribó el pórtico del foro para usarlo en un proyecto de nuevas construcciones. Los habitantes de la ciudad se mudaron a los mausoleos del antes prestigioso cementerio, situado justo al lado del anfiteatro, un edificio que debía de parecer mucho menos imponente cuando aparecía rodeado –como ocurría entonces– por múltiples cobertizos. [17]

Los constructores de murallas reconstruyeron sus ciudades sin remordimiento alguno. Ciudades en expansión, llenas de espacios abiertos y hermosos monumentos, vieron disminuir lastimosamente tamaño. [18] Las metrópolis se marchitaron y arrugaron. La transformación fue asombrosa, y más aún si pensamos en cómo debió de afectar a los individuos que habían tenido que sacrificar su estilo de vida en aras de la seguridad. En Clermont-Ferrand, por ejemplo, un aristócrata del siglo III se construyó una residencia impresionante. No sabemos por cuánto tiempo ocupó su familia la mansión. Pero cuando la ciudad retrocedió quinientos metros, colina arriba, para ocupar un emplazamiento mucho más fácil de defender, alguien limpió la casa, la vació por completo y la dejó en manos de unos obreros que no tardaron en destruirla. [19] Del mismo modo, en el sur de Francia, cinco grandes familias evacuaron, una detrás de otra, sus mansiones situadas en la

periferia de Aix-en-Provence. Una tras otra, esas familias asumieron el declive inexorable de su ciudad. La tozudez de los últimos habitantes cedió muy poco a poco, hasta que solo quedó una casa, sola y rodeada de edificios vacíos, cuya familia siguió negándose, enfurruñada, a aceptar su decadencia futura, hasta que un buen día también se rindió. [20]

Las ciudades del imperio tardío adoptaron muy pronto el aspecto de una fortaleza: estaban situadas en lugares elevados, siempre rodeadas de murallas, y a menudo también de agua. Produce un extraño efecto ver cómo las ciudades reconstruidas del imperio antiguo se fueron adaptando al mismo diseño urbanístico que tenían sus predecesoras de la Edad de Hierro. [21] Es como si las burdas ciudades fortaleza de los galos se hubiesen quedado dormidas durante un tiempo, se hubieran puesto a soñar con baños públicos y anfiteatros, solo para despertar, trescientos años más tarde, prácticamente con el mismo aspecto que tenían antes de que llegara Julio César. [22]

Puede parecer increíble, pero las ciudades menguantes de Hispania, Galia, Grecia y Asia Menor tuvieron mucha más suerte que la mayoría. Como mínimo, lograron sobrevivir. En la provincia conocida como los Campos Decumanos solo quedaron ciudades fantasma. Por lo que cuenta un historiador romano, los germanos que ocuparon la zona tras la retirada de los romanos se apartaban de las ciudades abandonadas como si fueran tumbas. [23] En alguna ocasión, los bárbaros victoriosos se instalaban en la mansión desocupada de un aristócrata romano que había huido de allí, pero en general preferían ocupar los fuertes prehistóricos de las colinas, como si quisieran dejar muy clara la derrota que habían infligido a la civilización. [24]

La civilización romana estaba en pleno retroceso: muchas provincias se abandonaban a su suerte, los campos quedaban sin cultivar, el arte, la literatura y la ciencia quedaban en suspenso. Las fastuosas ciudades repletas de relucientes arcos de triunfo habían quedado reducidas a unos núcleos de población endurecida, pero incluso estas acabaron siendo objeto de incursiones. En una provincia detrás de otra, los bárbaros lograron sortear las murallas fronterizas buscando los puntos débiles de las defensas, a la manera del agua que cae al suelo, se desliza hacia el nivel más bajo y acaba encontrando una salida a través de una grieta. Las fortificaciones de Adriano obligaron a menudo a los bárbaros a desviarse de su camino hasta provincias sin amurallar que hasta entonces se habían creído seguras. Ya en

tiempos de Marco Aurelio, las fortificaciones que se erigieron en la boca del Danubio obligaron a los invasores de la estepa a entrar por los Cárpatos, lo cual significó la destrucción de asentamientos como Sibot-3. Los emperadores posteriores se dieron cuenta de lo que estaba pasando y la murallas engendraron nuevas murallas, pero ya era demasiado tarde.

En el año 284, una embajada romana llegó a la corte del emperador chino. Por lo general, las relaciones transcontinentales se encomendaban a intermediarios, y estos emisarios debieron de ser los primeros romanos que cruzaron los viejos muros de la dinastía Han desde tiempos de Marco Aurelio. Cuando la embajada volvió a Roma, entregó su informe a un nuevo emperador. Nunca sabremos si Diocleciano se dejó influenciar por los relatos de las maravillas vistas en China, lo que sí sabemos es que dio la orden de levantar otra red de murallas fronterizas.

Las nuevas murallas pronto cruzaron en zigzag el mapa del sudeste de Europa. Vistas desde la distancia, es como si se pudiera ver la obra de una mano gigantesca que iba situando líneas defensivas aquí y allá para taponar las brechas abiertas en las viejas fronteras de Adriano. En el noroeste de Dacia, los romanos bloquearon los huecos que dejaban los Cárpatos con barreras de piedra y barro. Más al sur, establecieron las llamadas Zanjas del Diablo, un conjunto de zanjas y terraplenes que discurrían a lo largo de 600 kilómetros. Combinadas con otra red levantada a comienzos del siglo IV , las Murallas de Constantino (o Brazda lui Novac) –que alcanzan casi los 500 kilómetros–, las barreras defensivas romanas rodeaban prácticamente todo el lado sur de los Cárpatos.

Diocleciano levantó más murallas de las que era capaz de defender, y a medida que fue avanzando el siglo IV , sus sucesores abandonaron las vastas líneas defensivas erigidas a lo largo del sudeste de Europa y se centraron en crear otras líneas mucho más cercanas a las dos capitales del imperio. Se protegió Constantinopla levantando una nueva muralla de 40 kilómetros de largo en una región de la moderna Bulgaria, mucho más al sur de las ruinas de Tomis, que partía en dos la ruta de acceso desde la estepa. [25] Italia, por su parte, se protegió por medio de una red de murallas que bloqueaba todos los pasos que había en los Alpes Julianos. En total, estas fortificaciones tenían unos 70 kilómetros de longitud y estaban vigiladas por destacamentos de soldados estacionados en unas setecientas torres de

vigilancia. Con ellas se bloquearon todos los cuellos de botella importantes de las rutas que atravesaban Eslovenia, Croacia, Austria e Italia.

En la cuenca del Rin, que nunca estuvo protegida con murallas dadas las cualidades defensivas del propio río, el derrumbe de la frontera ocurrió de forma tan vertiginosa que los soldados romanos no tuvieron tiempo de construir nuevas murallas, si es que alguna vez llegaron a pensarlo. En una crónica se cuenta que los germanos arrasaron unas cuarenta ciudades de la cuenca del Rin durante el reinado de Constancio II (r. 337-361), al mismo tiempo que los pueblos de la estepa saqueaban el Danubio. [26] Todo esto ocurrió unos doscientos años después de los grandes proyectos defensivos de Adriano. Por entonces, las empalizadas de madera que llegaron a cubrir cientos y cientos de kilómetros ya se habían podrido por completo.

A finales del siglo IV , la gran prosperidad celebrada por Arístides ya no era más que un recuerdo. Las murallas de Adriano se habían derrumbado. La civilización vivía bajo asedio. Los temores habían regresado, y con ellos las sombrías transformaciones que se apoderan de las sociedades que viven en permanente estado de guerra. El imperio prácticamente se había convertido en un Estado totalitario. En épocas pasadas y más felices, rebosantes de humor y de grandes oportunidades, los poetas satíricos de Roma se habían burlado de una animada capital llena de sacerdotes fraudulentos, de forasteros misteriosos, de extravagantes adictos a la moda y de esclavos que habían logrado hacerse millonarios. En cambio, el imperio tardío reglamentó las religiones, dictaminó con qué otras nacionalidades se podían efectuar matrimonios mixtos y obligó a la población a desempeñar el mismo oficio que habían tenido sus padres. Los edictos imperiales prohibían el pelo largo y hasta establecían qué clase de ropas podían llevar los romanos. Los impuestos excesivos empobrecían a la población. Algunos huían a territorios bárbaros para evitar pagarlos. Los que se quedaban vivían a merced de los recaudadores del fisco, que se apoderaban no solo del dinero sino también de las joyas de las mujeres e incluso de las prendas de vestir, incluso la ropa interior.

Si Roma tomó estas medidas tan radicales fue por culpa del gigantesco coste de las murallas que protegían a la población civil de los bárbaros. Se trataba de coste tan elevado que amenazaba con destruir la economía del mundo romano. A mediados del siglo III , los emperadores, desesperados

por recaudar dinero, habían devaluado la moneda tanto que la pieza de “plata” de Roma, el denario, solo contenía el 5% de ese metal precioso. Los emperadores se quejaban de que no podían alimentar ni vestir al ejército. Los contribuyentes se quejaban de que el coste de mantener al ejército los estaba asfixiando.

¿Cómo se puede evaluar la contribución de Roma a la gran época de construcción de murallas? Sería muy fácil elaborar un análisis de coste-beneficio sesgado que nos permita probar el punto de vista que queramos. Por un lado, las murallas de Adriano parecen haber protegido el imperio razonablemente bien, lo que permitió el auge de la productividad, la creatividad y la prosperidad, y dio entrada a un periodo en el cual los civiles no tuvieron que preocuparse por su seguridad. Pero esos mismos muros requerían decenas de miles de guardias fronterizos, tal vez incluso *cientos* de miles, cosa que obligó a Roma a reclutar cada vez más mercenarios foráneos, cuyos cabecillas al final acabaron rebelándose contra el imperio. Pero también es cierto que Roma podría haber necesitado muchos mercenarios más si los emperadores no hubieran construido murallas.

Todavía quedan mil preguntas sin respuesta: ¿lograron las murallas detener las incursiones bárbaras o más bien las provocaron? ¿Podrían haber resistido las fortificaciones de Adriano el asalto de los bárbaros si la peste antonina no las hubiera dejado sin defensores? ¿Tenían razón los pueblos antiguos al creer que los guerreros perdían todo su coraje si empezaban a vivir protegidos por murallas? La historia tiene la irritante costumbre de plantear más preguntas que respuestas. Cuando la gran época de construcción de murallas llegó a su apogeo en Occidente, las preguntas no hicieron más que multiplicarse.

IX

INDEFENSOS TRAS LOS MUROS

Los imperios romano y bizantino, 400-600 d. C .

A veces, cuando muere una civilización, no ocurre ningún cataclismo. Las ciudades sobreviven… a su manera. Lo mismo pasa con la gente. El final mismo tiene lugar en forma de anticlímax: cuando llega el fuego, como es inevitable que ocurra, encuentra muy pocas cosas que consumir. La destrucción espiritual ha precedido a la física y ha dejado muy pocas cosas de valor: un arte empobrecido, unos intereses intelectuales cada vez más limitados, unas lamentables infraestructuras desatendidas desde hace mucho tiempo por los ingenieros… Los supervivientes, demasiado cansados para enfrentarse a un destino apocalíptico, ofrecen muy poca resistencia. Algunos desean el final. Otros se niegan a aceptarlo y se entregan a toda clase de extravagancias.

Hubo un tiempo, en el siglo II de nuestra era, cuando debió de parecer una buena idea vivir en un imperio rodeado de muros, para que así la gente pudiera dedicarse a la música, al arte, a la filosofía y a la construcción de bellos edificios públicos. Adriano, el arquitecto de esta política, amaba todas estas cosas. Pero ese emperador enamorado de todo lo griego había hecho su elección con respecto a las lecciones de la historia. Siempre prefirió Atenas a Esparta, y por ello nunca prestó atención a las advertencias de los antiguos espartanos sobre las murallas. Si las hubiera escuchado, se habría preocupado por el efecto que las murallas tenían en la gente a la que iban a proteger.

Arístides también había desoído todos esos avisos. Cuando el sofista ensalzaba la prosperidad y la paz que reinaban en la Roma protegida por las murallas de Adriano, estaba firmando la sentencia de muerte del ciudadano-soldado. Proclamó orgulloso que Roma nunca se humillaría exigiéndoles a sus ciudadanos que lucharan por ella. Nunca se le pasó por la cabeza que un

pueblo que había olvidado lo que era la guerra no iba a estar preparado cuando la guerra llegase.

Los últimos emperadores romanos, que a menudo tuvieron que soportar la untuosa adulación de charlatanes profesionales como Arístides, no podían permitirse el lujo de olvidar estas cosas, ya que tuvieron que asumir la tarea cada vez más absorbente de defender a un pueblo que no sabía defenderse a sí mismo. A menudo, los emperadores llegaban a dudar de la capacidad de resistencia de los propios soldados, e intentaron endurecer a las tropas negándoles las comodidades que se habían convertido en la razón de ser de la vida romana –"Haz lo que digo, no lo que me veas hacer"–, pero estas medidas rara vez consiguieron algún resultado. Con el tiempo, los emperadores redoblaron los esfuerzos emprendidos por Adriano en el siglo II con un éxito fugaz: levantaron más murallas fronterizas y urbanas, al tiempo que reclutaban más y más soldados provenientes de las sociedades guerreras que vivían sin muros más allá de las fronteras. Esto no hubiera tenido mucha importancia si los enemigos de Roma hubieran creído que las guerras eran luchas entre Estados y que la población civil no debía sufrir la violencia. Pero los guerreros de las sociedades sin muros ni siquiera reconocían el *concepto* de 'civil'. Para ellos, los ciudadanos romanos que vivían protegidos por murallas no eran más que unos seres ricos y debiluchos, esa clase de gente que era capaz de entregar todo lo que tenía con tal de que la dejaran en paz.

A finales del siglo IV , el Imperio romano –que durante mucho tiempo había sido el baluarte de la civilización contra las fuerzas de los bosques y de las estepas– había consumido toda su fuerza. Las vastas energías que habían dado impulso a la civilización clásica desde las costas del Mediterráneo hasta los confines del Atlántico se habían agotado. Desde Grecia hasta Britania, cada monumento, cada logro de la civilización, se había creado gracias a la fe en que lo que uno construía no se destruiría jamás, y en que las ciudades eran algo más que castillos de arena. Pero ahora parecía que nada iba a poder resistir la marea. Y si existía algún remedio para resistirlo, el pueblo ya no recordaba cuál era.

En el año 376, un enorme contingente de godos llegó al río Danubio y pidió permiso para establecerse en el imperio como refugiados. Eran los mismos bárbaros cuyos antepasados habían matado a un emperador, habían saqueado Atenas y Éfeso y se habían burlado de los romanos que vivían

emparedados “como aves enjauladas”. Pero a ellos también les llegó la hora cuando los hunos y los alanos, dos naciones que entonces se identificaban con Gog y Magog, empezaron a atacarles. Los godos no sabían luchar contra las tácticas de los guerreros de la estepa, y tras unos vanos intentos de defenderse construyendo sus propias murallas, pensaron que quizá el imperio tuviera razón en el tema de la seguridad, después de todo.

Los romanos tenían numerosos motivos para denegar el permiso a sus antiguos enemigos. Los godos se lo habían buscado y, además, la venganza es un plato que se sirve frío cuando uno observa cómo sus archienemigos, desesperados, intentan construir una muralla decente. Pero en aquel momento había miles de hombres, educados para ser guerreros desde su nacimiento, que deseaban entrar en un imperio cuyo mayor problema era reclutar soldados en una sociedad reacia a la guerra, y desde cierto punto de vista, la llegada de esos godos podía considerarse una oportunidad. Así, alguien tuvo una arriesgada y desventurada idea. Los romanos aceptaron acoger a los bárbaros porque pensaron que algún día serían los futuros reclutas de su ejército. Los centuriones romanos proporcionaron a los godos los medios para cruzar el Danubio, y durante varios días y varias noches los transportaron de una orilla a otra en barcazas, balsas y canoas. En su momento podía haber sido una decisión astuta e incluso generosa que favorecía tanto a los romanos como a los godos, pero este rescate a lo Dunquerque de los godos demostró muy pronto haber sido una mala idea. Tal como escribió el historiador romano Amiano, Roma acababa de aceptar su propia ruina. [1]

Los refugiados no se sintieron a gusto en la nueva situación, y nada más entrar en el imperio, se volvieron contra sus anfitriones, tendieron una emboscada a un destacamento romano y empezaron a saquear ciudades y villas. Por lo que contaba Aniano, la comarca fue pasto de las llamas. Las mujeres tenían que presenciar cómo los godos asesinaban a sus maridos. Los godos arrancaban a los bebés del pecho de sus madres y arrastraban a los niños sobre los cadáveres de sus padres. Los godos se fueron acercando a Constantinopla, la ciudad que recientemente se había convertido en una de las dos capitales de un Estado que en aquellos días tenía dos emperadores. Los refugiados se habían convertido en invasores, cosa que obligó a intervenir a Valente, el emperador de parte oriental.

Valente era un gobernante sin cualidades de ningún tipo, uno de tantos que había tenido que dedicar su carrera a combatir incesantemente contra

los bárbaros. Durante un breve periodo se ganó los elogios de los historiadores por haber reparado las murallas fronterizas y por haber erradicado la práctica de pagar tributo a los bárbaros. Pero la posteridad lo recuerda por otra razón: la horrible derrota de su ejército a manos de los godos.

La batalla de Adrianópolis (378 d. C.) figura en todas las crónicas de la caída del Imperio romano. En los siglos previos a la formidable derrota, los emperadores casi habían eliminado el espíritu guerrero de entre sus propios súbditos y, al empeñarse en enrolar mercenarios, habían calculado mal las consecuencias de dejar que los godos inmigraran. Cuando cayó la noche sobre el campo de batalla, en el que los hacheros godos habían hecho trizas a los soldados romanos, los supervivientes se dispersaron o huyeron en busca de la protección de las murallas más cercanas. Sin embargo, los habitantes de Adrianópolis –en latín, Adrianópolis significa, muy apropiadamente, "la ciudad de Adriano"– cerraron las puertas antes de que sus protectores pudieran entrar a refugiarse. Al día siguiente, cuando los godos atacaron la ciudad en busca de un supuesto tesoro imperial, los acorralados supervivientes de la batalla tuvieron que luchar pegando la espalda a la pared. Al final, cuando los godos retrocedieron, los habitantes de la ciudad colocaron grandes peñascos detrás de las puertas.

Adrianópolis estaba a unos 160 kilómetros de Constantinopla, que ahora era una ciudad muy vulnerable a causa de la derrota de las tropas del emperador. Cuando los bárbaros avanzaron sobre la capital de Oriente, no había tropas romanas que pudieran defenderla, solo una banda de guerreros sarracenos traídos del desierto de Arabia e incorporados a las tropas del imperio se congregaron para defenderla. En los campos frente a Constantinopla se produjo un extraño espectáculo: los bárbaros lucharon contra los bárbaros, unos como aliados de Roma y los otros como sus enemigos jurados, sin que ninguno de los dos bandos pudiera ganar el combate hasta que un árabe, vestido únicamente con un taparrabos, se metió en el grueso de las huestes godas, acuchilló a un soldado y se bebió la sangre que brotaba del cuello, aterrorizando incluso a los godos. En eso se había convertido la batalla por la civilización: Constantinopla –la "nueva Roma"– se salvó por la hazaña más salvaje del barbarismo, mientras sus ciudadanos observaban desde las murallas.

¿Tenían razón los espartanos? ¿Causaron los romanos su propia destrucción al levantar murallas que hicieron de sus hombres unos

desventurados blandengues? El osado futuro obispo Sinesio, que llegó a Constantinopla para dar su opinión unos veinte años después de la derrota de Adrianópolis, estaba convencido de ello. [2] Para Sinesio, que se consideraba descendiente de los espartanos, el triunfo del ámbito civil había llegado demasiado lejos en la sociedad romana. Insistía en que el imperio había mimado excesivamente a sus ciudadanos al reclutar mercenarios bárbaros mientras eximía a los romanos del servicio activo. En uno de sus largos discursos pronunciados ante el emperador, en el que abominó de los efectos del lujo en el espíritu de combate de los ciudadanos, Sinesio tocó –como era de esperar– el tema de las murallas. Después de afirmar que los primeros romanos nunca habían fortificado su ciudad –una observación evidentemente falsa, ya que todo su público conocía muy bien el mito de Rómulo debía saber que lo era–, Sinesio recomendó nada menos que el completo desmantelamiento de esa sociedad civil que tanto había elogiado Arístides. Roma, en su opinión, debía alistar a los campesinos, a los filósofos, a los artesanos, a los mercaderes e incluso a los holgazanes que vagabundeaban alrededor del teatro. Hasta aquel momento, en el imperio los únicos hombres de verdad habían sido los bárbaros. Los nativos romanos se habían limitado a representar el papel de la mujer, y los bárbaros no tardarían en hacerse con el poder.

Las recetas de Sinesio nunca tuvieron la menor probabilidad de que las pusieran en práctica. Iban en contra de la tendencia natural que habían seguido los pueblos civilizados desde hacía al menos tres mil años. No solo los romanos, sino también los mesopotámicos antes que ellos, y los egipcios y los chinos, y en general todas las naciones civilizadas de Europa y Asia habían llegado a la conclusión de que era mucho mejor dejar que las murallas y los extranjeros lucharan por ellos, en vez de dedicar su vida a la incesante preparación para la guerra. Preferían tener baños, teatros, juegos en el circo y escuelas antes que pruebas de resistencia, palizas, periodos de subsistencia obligatoria con lo mínimo y otros ejercicios para endurecer el cuerpo y el espíritu. Visto desde ahora parece todo muy evidente, pero Sinesio no era capaz de verlo.

En cambio, lo que Sinesio sí *pudo* adivinar –el final de Roma– ocurrió tal como él lo había profetizado. Una nueva raza de extranjeros muy ambiciosos fue escalando puestos en el imperio mientras explotaba las debilidades que Sinesio había descrito. Surgidos gracias a la desesperada

necesidad del imperio de reclutar mercenarios bárbaros que defendieran a los desarmados romanos, estos extranjeros eran lo suficientemente sofisticados como para desenvolverse muy bien en la política imperial, al mismo tiempo que conocían a la perfección los deseos de sus rudos y violentos hombres. Se movían a caballo entre dos mundos y casi lograron dominarlos a los dos a la vez. El mundo romano del final del imperio estuvo repleto de esos personajes. Gainas, un godo, se hizo temporalmente con el poder en Constantinopla. Alarico, otro godo, estremeció al mundo.

En el otoño del año 408, Alarico sitió Roma por primera vez. Las grandes murallas aurelianas mantuvieron a raya a los bárbaros, pero al mismo tiempo aprisionaron al desventurado populacho. Las calles de la famélica ciudad estaban llenas de cadáveres. Al cabo de un tiempo, los romanos intentaron engañar a Alarico y enviaron emisarios con el mensaje de que habían empuñado las armas y estaban dispuestos a luchar. Alarico se rio de la amenaza. Su famosa respuesta –"La hierba gruesa es mucho más fácil de cortar que la delgada"– puede parecer un tanto enigmática, aunque solo sea porque los godos no estaban acostumbrados a una tarea civil como cortar hierba. Pero en cualquier caso estaba muy claro lo que expresaba: la simple idea de que una sociedad de poetas y políticos pudiera asustar a los godos –muchos de los cuales no habían pasado ni un solo día de su vida encerrados detrás de las murallas porque habían vivido siempre en campamentos– resultaba irrisoria para Alarico. Pidió todo el oro y la plata que había en la ciudad.

"¿Y qué nos va a quedar a nosotros?", preguntaron los romanos.

"La vida", replicó Alarico. Y prohibió que los romanos salieran de la ciudad en busca de comida hasta que empezaran a fundir las estatuas para darle todo el oro que había pedido.

Los romanos cumplieron con lo que les había exigido Alarico, pero este regresó al año siguiente, y luego al año siguiente del siguiente. Por fin, en agosto de 410, cuando se interrumpieron las negociaciones de Alarico con el emperador a causa de un ataque por sorpresa –llevado a cabo, como es natural, por bárbaros al servicio de Roma–, el godo llevó a sus tropas hasta Roma y saqueó la Ciudad Eterna.

El aura de Roma ya no servía para brindarle protección alguna. Las mujeres fueron violadas y muchos muertos quedaron sin enterrar en las calles. En algunos barrios, los cimientos calcinados de los edificios siguieron sin reparar durante décadas. Los refugiados huyeron de la ciudad

y se embarcaron rumbo a ciudades lejanas como Jerusalén, donde san Jerónimo les ayudó a instalarse. Al dejar atrás los restos humeantes de la capital, Alarico y sus godos saquearon el sur de Italia, donde un cronista que escribió un siglo más tarde podía ver aún los despojos de las ciudades asaltadas. [3] A *Roma* la había destruido una horda de bárbaros, y lo que es peor aún, unos bárbaros que supuestamente debían defender el imperio. "La luz más radiante del mundo se ha extinguido –escribió san Jerónimo–. El mundo entero ha muerto al morir una sola ciudad". [4]

Pero el Imperio romano sobrevivió al salvaje saqueo de su capital. Durante varias décadas, los emperadores siguieron ocupando el trono en las sedes de Rávena o Milán o Roma o Constantinopla, tejiendo sus intrigas, llegando a acuerdos con los bárbaros e imaginándose que aún dominaban el mundo. Tenían muy pocas opciones aparte de contratar mercenarios que defendieran sus provincias, aunque esta no era una buena opción en absoluto. Los bárbaros hacían lo que les daba la gana: aceptaban los enormes sobornos del emperador y luego se llevaban todo lo que querían de las ciudades que retenían en su poder.

El siglo que siguió al saqueo de Roma puso a prueba, a costa de grandes disgustos, la estrategia de los últimos romanos de usar las murallas de la ciudad como última defensa. Cuando la gente del entorno rural corría a refugiarse en la ciudad, los campos de cultivo quedaban abandonados a su suerte, lo que provocó una hambruna tan atroz que mucha gente acabó recurriendo al canibalismo. Una desdichada mujer acabó lapidada por haberse comido a sus cuatro hijos. [5]

Las viejas murallas fronterizas Se habían quedado obsoletas: exigían un mantenimiento y unos recursos que el imperio ya no se podía permitir. Multitud de soldados romanos estacionados en las fronteras abandonaron sus puestos cuando se dieron cuenta de que la paga no iba a llegar nunca. En la región de Austria, una sola guarnición de guardias fronterizos se mantuvo en su puesto totalmente aislada. Desesperados por falta de dinero, los guardias enviaron unos emisarios a Italia en busca de la paga, pero la expedición cayó víctima de una emboscada de los bárbaros; los cuerpos aparecieron flotando en la orilla de un río. [6] En Britania, las tropas romanas abandonaron el Muro de Adriano y toda la comarca volvió a convertirse en bosque. Un siglo más tarde, un historiador griego recordaba el muro como

si fuera una legendaria fortificación levantada “por los hombres de antaño”. Al otro lado del muro, según contaba, se extendía una región inhabitable en la que el aire tóxico asfixiaría a cualquier hombre si antes no lo habían destruido las incontables serpientes que vivían allí. Se estaba refiriendo a Escocia. [7]

Un contemporáneo británico del cronista griego también intentó explicarse cómo había sido posible la caída de la Britania romana. En su opinión, había ocurrido algo así: una Britania indefensa, sin tropas imperiales que la protegieran, había pedido ayuda a Roma. Los romanos enviaron un ejército y ahuyentaron a los enemigos, pero luego se volvieron a casa, dejando instrucciones a los britanos de que levantaran un muro para evitar las invasiones futuras. Estos construyeron un muro de turba, pero no sirvió de mucho, ya que el enemigo lo asaltó sin problemas y masacró a todo el mundo que encontró a su paso. Por segunda vez, los romanos enviaron un ejército en ayuda de los britanos, aunque esta vez dejaron un consejo mucho más estricto: dejad de comportaros como un hatajo de cobardes, empuñad las armas y aprended a pelear vuestras propias batallas; ah, sí, y no olvidéis construir una muralla más resistente. Abandonados de nuevo a sus propios recursos, los britanos construyeron un imponente muro de piedra, pero por desgracia se mostraron incapaces de defenderlo. El enemigo los expulsó de la muralla haciendo uso de armas con grandes pinchos y luego los aplastó sin piedad.

Nuestro cronista britano se equivocaba en casi todo. Conocía la existencia del Muro de Adriano y del Muro Antonino, construido más tarde con turba, pero confundió las dos historias y contó los hechos al revés, invirtiendo la cronología. En lo único que acertó fue en el tema de fondo: los habitantes de las provincias romanas, acostumbrados a vivir en paz dentro de su mundo protegido por murallas, ya no sabían defenderse por sí mismos.

Sinesio vio venir estas cosas desde el primer momento. Pocos años después de dar su quejumbroso discurso en Constantinopla, tuvo que experimentar la amarga fortuna de ver cómo sus profecías se cumplían al pie de la letra. En el Norte de África, donde se había premiado su intrépido liderazgo nombrándolo obispo, los bárbaros sitiaron su ciudad natal de Ptolemaida. La blandura de los defensores de la ciudad confirmó los peores presagios de Sinesio. En vez de aprestarse a luchar en defensa de sus familias y de sus propiedades, los romanos del Norte de África corrieron a

esconderse tras las murallas y se limitaron a rezar pidiendo la intervención del ejército y quejándose amargamente porque no llegaba. [8] Los bárbaros capturaron a un gran número de mujeres y las hicieron esclavas, robaron el ganado, mataron a todos los hombres que encontraron fuera de la ciudad y se fueron de allí, y dejaron a los demás encarcelados entre sus propios muros. [9]

Para Sinesio, esa fue la gota que colmó el vaso. El obispo que se proclamaba descendiente de los espartanos y apóstol de la autoayuda clamó pidiendo acción. En contra de la opinión de su hermano, el vigoroso obispo empezó a organizar a sus conciudadanos. Supervisó la fabricación de armas, entre ellas una nueva catapulta que arrojaba piedras muy pesadas desde las murallas de la ciudad. [10] Lo que no podía fabricar él mismo, se lo compraba a los mercaderes. [11] Aunque contaba con el inconveniente de que no había hierro en aquella región, Sinesio logró reunir un arsenal variopinto: trescientas lanzas y espadas de un solo filo, además de algunas hachas de mano y unas cuantas mazas. [12] Pidió voluntarios entre los jóvenes para que se alistaran como soldados. A algunos de estos voluntarios los desplegó en misiones de vigilancia de pozos y de ríos. A los demás los hacía patrullar de día y de noche. [13]

Los invasores se quedaron perplejos al ver los preparativos bélicos del filósofo. Sentían curiosidad, decían, por ver cómo esa gente sedentaria podía reunir la audacia para salir y luchar contra unos nómadas guerreros como ellos. [14] Cuando capturaron a un grupo de exploradores de Sinesio, hicieron llegar un mensaje a la ciudad en el que anunciaban la batalla inminente. En su fuero interno se preguntaban qué clase de pueblo sedentario podía tener la valentía de salir a guerrear contra unos nómadas belicosos como ellos.

La milicia de Sinesio solo tuvo éxito de manera temporal, pero logró contener el aluvión hasta que llegó un ejército romano que logró dispersar a los nómadas. Quince años más tarde, sin embargo, los norteafricanos no tuvieron ninguna ayuda de Roma cuando los vándalos invadieron sus tierras en el año 429. [15] Los recién llegados demostraron ser mucho más dañinos que sus predecesores. Los vándalos acostumbraban a dejar montañas de cadáveres frente a los muros de una ciudad para ahogar con el hedor de la

putrefacción todo espíritu de resistencia. [16] Usando África como base de operaciones, los vándalos lanzaban cada primavera una campaña de saqueo contra Italia y Sicilia, arrasando ciudades y esclavizando a la población. Los obispos discutían si las palabras de san Mateo en 10:23 (“Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a la otra”) los autorizaban a abandonar a sus congregaciones. [17] Todo el mundo hablaba de Gog y Magog. [18] Pero no hubo resistencia por parte de los civiles. En la ciudad romana de Cartago, los habitantes se desentendieron de las calamidades que afligían a todas las ciudades del Norte de África y siguieron acudiendo como si nada al circo a ver los juegos. Más de un cronista observó con disgusto que los despreocupados cartaginenses estaban en el circo el mismo día en que la ciudad caía en manos de los vándalos, en 439. Habían depositado todas sus esperanzas en las murallas. [19]

De vez en cuando, mientras el imperio se derrumbaba por todas partes, un romano en esta o en aquella provincia lograba reunir a unos pocos hombres, y a la manera de Sinesio, organizaba la resistencia contra los bárbaros, si bien estas muestras de heroísmo no solían ser frecuentes. [20] Como prueba de hasta qué punto se habían vuelto inútiles e indolentes los habitantes de las ciudades amuralladas, un edicto del emperador Valentiniano III (425-435) recordaba con enternecedora ingenuidad que los ciudadanos tenían la obligación de defender sus murallas. ¿Por qué había que recordar algo tan evidente?

Mientras tanto, las zonas rurales, que se habían convertido en campos de batalla y sufrían las consecuencias, empezaron a seguir el ejemplo de las ciudades. Los aristócratas que habían llevado una cómoda vida rodeada de lujos en sus grandes villas, dedicándose a nadar, leer, escribir cartas familiares y encargar extravagantes obras de arte, abandonaron paulatinamente sus residencias campestres y se refugiaron en los fortines de las colinas. [21] En muy poco tiempo, todo el imperio occidental se había transformado por completo: las murallas fronterizas quedaron abandonadas y las sustituyeron cientos de muros de pequeño tamaño, que en muchos casos no eran más que chapuceras empalizadas de madera.

Aristides no habría podido reconocer ninguno de aquellos lugares.

Tras la caída de Roma y durante un breve periodo, las nuevas murallas de barro se extendieron por Europa aunque por aquel entonces ya no hubiera ningún gran imperio que pudiera levantarlas. En Inglaterra, la cantidad de Zanjas del Diablo, Canales del Diablo o Terraplenes del Diablo solo se veía superada por el número de Zanjas Nefastas, Canales Nefastos o Terraplenes Nefastos existentes en la región. De forma análoga, Dinamarca también está llena de terraplenes y fortificaciones medievales. Incluso los eslavos, un pueblo recién llegado de la estepa, levantaron largas barreras defensivas contra su antigua patria. Las murallas de la Alta Edad Media no tienen nombre, y la tendencia a reutilizar las antiguas murallas romanas o incluso otras más antiguas de la Edad del Hierro solo complica más la historia. [22] De todos modos, ninguna de estas defensas logró proporcionar nada que no fuera una protección pasajera.

El antiguo modelo de imperio, defendido por murallas y mercenarios, solo logró sobrevivir en el sudeste de Europa, ya que la mitad oriental del Imperio romano no se derrumbó a finales del siglo V . Por el contrario, gracias a las murallas que protegían su capital, logró ser portadora del nombre de Roma durante otros mil años, por más que de manera retroactiva nosotros la hayamos rebautizado como Imperio "bizantino".

En el siglo V , los emperadores bizantinos renunciaron a la estrategia de Adriano de levantar grandes barreras defensivas en los confines de las provincias y concentraron todos sus esfuerzos en la defensa de Constantinopla. Tras el saqueo de Roma, se construyeron con extrema urgencia unas nuevas murallas para la capital. El mérito de esa empresa corresponde al emperador Teodosio II, aunque solo tenía diez años de edad cuando empezaron a construirse las murallas (a Teodosio lo habían nombrado coemperador cuando era un bebé, de modo que no carecía de experiencia). Tiempo después, proporcionó a Constantinopla unas murallas dignas de la Babilonia de Nabucodonosor. Tres recintos amurallados, cada uno más alto que el anterior, rodeaban la ciudad. La muralla interior alcanzaba los doce metros de altura y estaba repleta de torreones. La muralla exterior daba a un amplio foso. Dentro de la ciudad, Teodosio y sus sucesores garantizaron el suministro de agua potable mediante la excavación de pozos, depósitos y unas espectaculares cisternas subterráneas. También se preocuparon de garantizar que Constantinopla no fuese víctima de la indolencia del populacho. Sabiendo que los habitantes de la ciudad vivían obsesionados por los espectáculos deportivos, emitieron

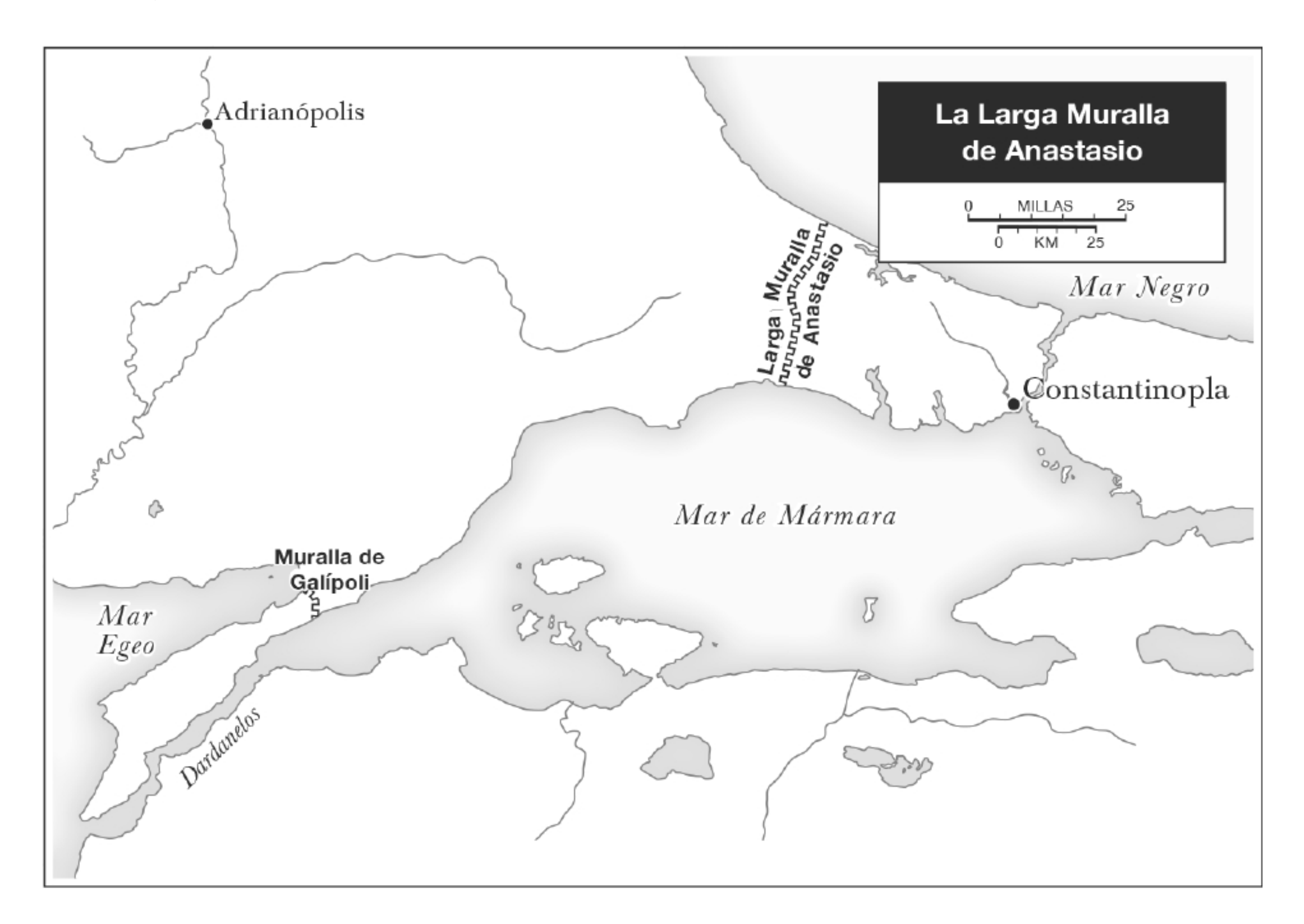
una orden en la que se obligaba a todos los ciudadanos a defender las murallas en caso de ataque.

La decisión de dar más importancia a las murallas de Constantinopla que a los remotos muros fronterizos tuvo consecuencias inmediatas. En el periodo de decadencia que va del año 422 al 502, cuando se estaba desmoronando el Imperio romano de Occidente, los bárbaros asolaron en ocho ocasiones la región que se extendía al norte de Constantinopla, lo que equivale a una media de una invasión por década. [23] En aquellos tiempos no había gran cosa que se pudiera hacer frente a las incursiones. Cuando el anciano Anastasio (r. 491-518) llegó al poder a finales del siglo V , estaba claro que le habían tocado cartas perdedoras, aunque mostró determinación frente a la adversidad. Concedió títulos honoríficos a los reyes de los francos, de los ostrogodos y de los vándalos que habían conquistado Francia, Italia y el Norte de África, nombrándolos "amigos especiales" como si él siguiera siendo su emperador. Los bárbaros, por lo que sabemos, le agradecieron la gentileza, dieron unas cariñosas palmaditas en la coronilla de los emisarios enviados desde Constantinopla y siguieron con sus asuntos como si aquel hombre fuera una remota reliquia de una era desaparecida: cosa que, justamente, es lo que era. De todos modos, Anastasio diseñó un plan para levantar murallas fronterizas mucho más cerca de Constantinopla.

La larga muralla de Anastasio, erigida mucho más al sur que las murallas anteriores, tenía un trazado de unos 60 kilómetros y se extendía entre el mar Negro y el mar de Mármara. [24] Con estas murallas, Anastasio decidió abandonar a su suerte no solo a Tomis –la ciudad que antiguamente había sido el hogar de Ovidio–, sino también a las diversas líneas defensivas creadas con anterioridad y que llevaban el nombre erróneo de Muros de Trajano. Casi toda la Tracia romana (lo que ahora es Bulgaria) quedaba mucho más al norte de las nuevas fortificaciones. Tracia era la provincia más amenazada de Bizancio y, por lo tanto, la construcción de esta nueva muralla significó una noticia terrible para sus habitantes. Sin embargo, esta nueva muralla era la única opción posible para el emperador, ya que al estar cerca de Constantinopla la podían defender los habitantes de esta. De hecho, en numerosas ocasiones hubo que llamar a los fanáticos de los deportes reunidos para defender las murallas de Anastasio. Las murallas

cumplieron su objetivo, ya que detuvieron los asaltos de los avaros y de los eslavos en seis ocasiones durante un periodo de diez años. [25]

Las murallas fueron un intento por cambiar las tornas, pero Anastasio no era Adriano. Llegó muy anciano al poder y carecía de la energía necesaria para fortificar todo el imperio, si es que esta idea se le llegó a pasar por la cabeza. Anastasio había reducido sus ambiciones para ajustarlas a sus limitadas circunstancias. Con él se inició la tendencia de convertir Bizancio en una especie de búnker; una tendencia que, tal como se desarrollaron los hechos, marcaría el destino definitivo de la ciudad.



Una década después de la muerte de Anastasio, el imperio tuvo un soberano muy distinto de los emperadores anteriores, dado que fue un incansable constructor de murallas que intentó evitar la decadencia final del imperio y su hundimiento en el olvido. Y durante un breve tiempo fue posible creer que Bizancio tenía un nuevo Adriano.

En las crónicas que han sobrevivido de su reinado, el emperador Justiniano ha llegado hasta nosotros en dos versiones: el tipo amable y

piadoso que consiguió resucitar un imperio en ruinas, o bien el tirano traicionero que lo convirtió en una especie de infierno. La verdad, como suele decirse, está en algún punto intermedio… si bien es cierto que, en este caso, ese "punto intermedio" queda más cerca de la segunda versión de los hechos. Tanto las crónicas positivas como negativas concuerdan en que Justiniano tenía problemas a la hora de dejar algún aspecto de la vida social sin supervisar. Sus súbditos le llamaban "el emperador que nunca duerme", ya que no paraba de vigilarlo todo. Le bastaron los primeros cinco años de reinado, dictando nuevas leyes de una inusitada dureza y exigiendo unos tributos muchos más duros aún, para convertirse en una persona odiada por todo el mundo. Tanto es así que logró la proeza aparentemente irrealizable de unir a todos los fanáticos de los deportes de Constantinopla en un frente común de oposición a su reinado.

En el año 532, los disturbios protagonizados por varias facciones rivales de aficionados a las carreras de carros hicieron temblar de tal manera el trono imperial que Justiniano estuvo a punto de abdicar; sin embargo, en ese momento la emperatriz Teodora demostró estar hecha de una fibra mucho más resistente que la de su marido: afirmó que prefería morir antes que dejar de ser emperatriz. Teodora ha logrado entrar por méritos propios en los anales del imperio. Un cronista de la corte de Justiniano, que quiso soltar todo el veneno reprimido en una escandalosa relación de los hechos que incluía toda clase de detalles escabrosos, afirmó que la emperatriz, en su anterior oficio de prostituta, era capaz de agotar rutinariamente a diez clientes en una sola noche, y después a los treinta esclavos estos, ya solo por diversión. También se decía que representó un montaje teatral en el que derramaba semillas sobre sus partes pudendas y luego dejaba que los gansos las picotearan. Como emperatriz, Teodora representaba el papel de policía malo de Justiniano, y que como tal exhibió una crueldad sin límites; era la clase de persona que podía acusar a un hombre de homosexualidad y luego hacer que lo encerraran en una mazmorra y lo sometieran a torturas.

La tendencia innata de la pareja imperial hacia el despotismo se encauzaría muy pronto en una dirección que conocemos bien. En la década de 540, varias tribus bárbaras llegaron de la estepa y se abalanzaron contra el Imperio bizantino. En su camino, por aquí y por allá, se encontraron con las viejas murallas. En la península de Galípoli, se hicieron a la mar para rodear el promontorio y atacar a los defensores desde los dos flancos. Del mismo modo, en las Termópilas, los bárbaros sortearon el viejo muro que

había salvado a Grecia de la invasión dos décadas antes, y luego saquearon todo el territorio de Grecia al norte del Peloponeso. Los invasores masacraron a todos los romanos que encontraban a su paso. A algunos los empalaron, a otros los ataron a estacas y los azotaron hasta la muerte, y a otros los quemaron vivos en el interior de sus chozas. Muchos habitantes de las zonas rurales huyeron a refugiarse en las ciudades amuralladas, que se llenaron enseguida de casas improvisadas de piedras y barro. [26] Otros huyeron a las montañas y a los bosques, dejando atrás una comarca natal que se había convertido en un "desierto escita". [27] Cuando los invasores empezaron a saquear los barrios periféricos de Constantinopla, Justiniano se parapetó en su palacio. Los invasores volvieron a sus tierras con un rico botín y más de cien mil prisioneros.

La experiencia de verse sitiado en su propio palacio fue el colmo para Justiniano. Como habían hecho docenas de otros soberanos antes que él, comprobó que tenía muchos más obreros que soldados, así que los puso a trabajar a todos. El emperador siempre se había considerado un gran constructor. En los primeros tiempos de su reinado había erigido suntuosas iglesias y elegantes ciudades; hasta sus cisternas parecían catedrales. Cuando terminó la reconstrucción de la gran iglesia abovedada de Hagia Sophia, se jactó de haber superado al mismo Salomón. Sin embargo, las extravagantes riquezas de las primeras obras de Justiniano desaparecieron en las edificaciones de su última etapa, porque ahora ya no quería superar a Salomón, sino a Adriano. Arrepintiéndose de su interés anterior por la estética, se centró en que sus construcciones fueran sobre todo resistentes e intimidatorias.

Justiniano erigió fortificaciones a lo largo de todo el sudeste de Europa. Reconstruyó ciudades que habían sido destruidas, edificó nuevas ciudades amuralladas en emplazamientos estratégicos, situó nuevos fuertes de vigilancia en el curso de los ríos e incluso llegó a fortificar algunas granjas rurales. En el histórico paso de las Termópilas erigió nuevas murallas, no solo en el lugar donde habían estado emplazadas las puertas los trescientos espartanos habían luchado contra los persas, sino en todos los pasos de montaña que había en los alrededores. También reconstruyó la muralla marítima del istmo de la península de Kassandra, al norte de Grecia, e incluso levantó grandes murallas para una comunidad de godos cristianizados que vivían en Crimea. En Corinto resucitó una tradición que

databa de la era micénica al reconstruir una vieja muralla que había servido para cerrar el paso a la península del Peloponeso. Al mismo tiempo, apuntalaba la muralla de Anastasio, que se levantaba cerca de Constantinopla, y en Galípoli derribaba las desgastadas ruinas del viejo muro y edificaba en su lugar una muralla mucho más alta y amenazadora, coronada por un adarve de combate techado y jalonada de baluartes que llegaban hasta la orilla del mar en cada uno de los dos extremos. [28] Los proyectos de construcción de Justiniano fueron tan extensos que hasta el mismo Procopio, el infatigable cronista cortesano, se vio desbordado por la ingente tarea de describirlos. Después de haber escrito varios volúmenes detallando las fortificaciones del emperador, la musa le abandonó, y Procopio ya solo tuvo fuerzas para redactar una lista de las nuevas edificaciones. De todos modos, Procopio no estaba muy interesado en la frenética campaña constructora del emperador; lo que le interesaba de verdad era la vida sexual de la emperatriz.

Las murallas de Justiniano no salieron precisamente baratas, y tal como señala Procopio en su *Historia secreta* , el coste de vigilarlas agotó las reservas del tesoro bizantino. Cuando el famoso responsable de finanzas de Justiniano, Alejandro “el Tijeras”, suprimió la venerable tradición de obligar a los campesinos locales a vigilar el famoso muro de las Termópilas y los sustituyó por dos mil soldados de las tropas regulares, los gastos casi hicieron entrar en bancarrota a toda Grecia. Para empeorar las cosas, el emperador también había empezado a pagar a sus antiguos enemigos, los persas, para que a su vez construyeran murallas. En el año 562, Justiniano logró imponer un tratado de paz con los persas a base de sobornos. El tratado estipulaba que Persia no dejaría entrar a los hunos ni a los alanos por los pasos amurallados del Cáucaso. Bizancio –que no era más que el cuarto trasero, débil y cargado de impuestos, del Imperio romano, estaba subvencionando la participación de dos imperios en la gran era de la construcción de murallas.

Para financiar la construcción de las murallas y el tratado con Persia, Justiniano saqueó los recursos del imperio como lo habría hecho una horda de bárbaros. El nuevo tributo que se cobraba para financiar la guarnición de las Termópilas estuvo a punto de arruinar la economía. Justiniano se vio obligado a dejar de pagar los salarios de los médicos y de los maestros. También confiscó los presupuestos municipales de todas las ciudades de Grecia, lo que las dejó en tal estado de penuria que ni siquiera podían

encender las lámparas que iluminaban las calles por la noche. Sin fondos públicos, los teatros, los hipódromos y los circos tuvieron que cerrar. El sueño de Adriano de un pueblo que llevase una vida civilizada viviendo con seguridad y confort detrás de los muros ya ni siquiera era un objetivo alcanzable. Tal como escribió Procopio, ya no se oían risas por ningún lado; ahora el pueblo solo conocía la tristeza y la desmoralización. [29]

Pero estos sacrificios no impresionaron a los enemigos del imperio. Hacia el año 550 llegó un nuevo contingente de hunos en busca de mujeres y riquezas. La resistencia que ofreció el agotado imperio fue muy débil. Una columna de bárbaros se dirigió a la región situada al norte de Constantinopla, donde se encontró con el Muro Largo de Atanasio en muy mal estado y sin defensa alguna. Los bárbaros se detuvieron a arrancar las piedras del muro, "y se pusieron a trabajar con el aire despreocupado de los hombres que están haciendo obras en una de sus propiedades". [30] No les molestó ni el ladrido de un perro.

A medida que se iba haciendo imposible construir murallas o mantenerlas en buen estado, el Imperio bizantino cambió de estrategia y adoptó otros métodos de defensa: unos buenos servicios de inteligencia, la diplomacia, la compra de aliados y mercenarios y, sobre todo, los sobornos para neutralizar a los enemigos. [31] Pero la herencia de Justiniano, a pesar de todo, perduró. La autocracia y la excesiva carga fiscal para financiar las murallas y las guerras se convirtieron en características inconfundibles de la vida bizantina. "Me dicen que soy un hombre libre, pero no se me permite disfrutar de mi libertad": así se quejó, en cierta ocasión, un ciudadano ante el emperador. [32] Cincuenta generaciones más de ciudadanos de Bizancio podrían haber emitido la misma queja.

Al final, las únicas murallas importantes para el Imperio bizantino fueron las propias murallas de Constantinopla. Fueron las únicas que sobrevivieron mientras que todas las murallas fronterizas del imperio iban cayendo una detrás de otra. Es cierto que las murallas de Constantinopla crearon una obsesiva mentalidad defensiva entre sus habitantes, pero al menos sirvieron para lograr su objetivo, sobre todo en momentos en que estaba en juego algo mucho más trascendental que la simple supervivencia de un imperio decrépito. Entre los años 674 y 718, los ejércitos árabes sitiaron Constantinopla, y las dos veces la ciudad resistió el asalto. El segundo de estos sitios, para el cual el califato había destinado unos

doscientos mil soldados a la conquista de la capital cristiana, se considera uno de los momentos más cruciales de la historia. El imperio, por debilitado que estuviera, todavía desempeñaba un papel esencial en la defensa de Occidente. Durante el tiempo que las murallas de Constantinopla pudieron resistir los ataques, detuvieron el avance del islam hacia el oeste. Gracias a ello, la civilización occidental pudo seguir desarrollándose en base a sus raíces cristianas y clásicas. En cambio, el Imperio persa –que había intentado defenderse levantando muros en la frontera equivocada– ya había caído en poder de los árabes. Las consecuencias estas guerras simultáneas alteraron por completo el mapa cultural y político de Eurasia. Incluso los lejanos cronistas chinos tomaron nota… y eso que ellos también estaban viviendo sus propias dificultades y turbulencias.

X
CICLOS DE MURALLAS Y DÉSPOTAS
China, 280-1600 d. C .

En los mil años transcurridos desde la construcción del Muro Largo del Primer Emperador, la extensión de las murallas fronterizas había cambiado de arriba abajo a las sociedades de toda Eurasia. El deber tradicional que obligaba a los ciudadanos a realizar el servicio militar si las circunstancias lo exigían se fue transformando en la mera obligación de contribuir al mantenimiento de las lejanas murallas fronterizas mediante impuestos o trabajo y así los civiles pudieron desentenderse de cualquier clase de servicio militar, y mientras el mundo antiguo, rebosante de Gogs y Magogs cada vez más poderosos, se iba acercando a su fin, la seguridad de casi toda la civilización de Eurasia dependía únicamente de tres Estados. Sin embargo, los emperadores de China, Persia y Roma recibían poco amor a cambio. Se los despreciaba por sus onerosos tributos, por sus trabajos forzados, por sus indisciplinados mercenarios bárbaros, por su arrogancia y por sus caprichos. Los ciudadanos de esos tres imperios imaginaban a veces que podrían vivir mucho mejor bajo el dominio de los bárbaros, o al menos escapándose a alguno de los reinos sobrenaturales que les ofrecían como consuelo las religiones.

De los tres imperios, China fue el que más tiempo duró y el que mantuvo unas relaciones más complicadas con las murallas. En la rueda incesante de dinastías y de emperadores que forma la historia china, las grandes murallas fronterizas se levantan y se derrumban siguiendo su propio ritmo. Alternativamente, son ignoradas, defendidas, bordeadas, atravesadas, debatidas, extendidas y reparadas. Grandes lienzos de muralla sobrevivieron de una época a otra, lo que empujó a muchos emperadores a competir con los emperadores del pasado. Cuando esto sucedía, los gobernantes, borrachos de poder absoluto, se empeñaban en construir proyectos irrealizables. Y entonces hacían trabajar a diez mil hombres en

las murallas, y luego a cien mil, y luego a un millón, y luego a dos millones…

En lo que se refiere a la historia de China, la pregunta importante no es si las murallas sirvieron de algo, sino si el precio que se pagó para construirlas valió la pena. ¿Era el riesgo de invasión mucho más importante que los horrores del despotismo, que arruinaron la vida de tantísimos hombres obligados a trabajar como esclavos en las guarniciones fronterizas?

Solo las murallas tienen la respuesta, pero las murallas están mudas.

La larga historia de las murallas chinas estuvo a punto de interrumpirse bruscamente en el siglo II . Miles de campesinos esclavizados no pudieron reprimir más su odio contra la dinastía que los había esquilmado a base de impuestos y de trabajos forzados para construir murallas y para sobornar a las tribus de bárbaros. El objeto de su furia no fueron los bárbaros, que para los campesinos –o al menos para una mayoría de ellos– no eran sino un remoto causante abstracto de sus males, sino los emperadores, que eran la cara visible de sus males. A finales del siglo II , en los tiempos en que Marco Aurelio estaba intentando evitar la primera gran crisis fronteriza del imperio, los cabecillas de la revuelta lograron incorporar a grandes masas de campesinos a su lucha contra los Han. En los años 189-190, un ejército formado casi exclusivamente por bárbaros a los que en un principio se había reclutado para defender China expulsó al joven emperador y a su corte de la capital, Lo-yang. Tras la huida del monarca, miles de refugiados hambrientos se instalaron en la capital en busca de algo que comer. Cuando cayó la muralla fronteriza, los habitantes de las regiones del norte no tuvieron otra opción que huir en masa hacia el sur con la esperanza de encontrar cobijo en territorios más seguros.

Noventa años más tarde, en el 280, el fundador de la efímera dinastía Jin occidental, Sima Yan, reunificó China. Sima Yan era contemporáneo del emperador romano Diocleciano, y al igual que Diocleciano, emprendió un vasto proyecto de construcción de nuevas murallas fronterizas. Un erudito confuciano no le veía el sentido a aquel proyecto. “Confía en la virtud, no en las murallas”, le aconsejó al emperador. [1] El emperador, por su parte, celebraba sus victorias con tal profusión de concubinas –más de diez mil, según se dice– que la tarea de elegir la amante de cada noche acabó dejándolo exhausto. Al final, abandonándose al destino, empezó a recorrer

el palacio en un carro tirado por cabras para que fueran los animales quienes eligieran a sus amantes. La virtud no era el punto fuerte de Sima Yan.

Las murallas del emperador solo creaban la impresión de una unidad nacional. Al cabo de pocos años de la muerte de Sima Yan, las disputas intestinas habían vuelto a recrudecerse durante el reinado de su débil primogénito, aquel al que todo el mundo consideraba un bobo. Los títulos póstumos que los historiadores chinos concedieron a los emperadores de la dinastía Jin occidental demuestran el rápido declive de las reputaciones dinásticas: al "Emperador Marcial" le sucedió el "Emperador Benevolente", al que a su vez sucedió el "Emperador Desaparecido", y a este finalmente el "Emperador Doliente". Este último acabó sus días haciendo de camarero en los festines de los bárbaros.

A lo largo del turbulento medio siglo de reinado de su dinastía, Sima Yan y sus descendientes aprendieron una lección que ya era muy bien conocida, y que con el paso del tiempo se iría haciendo cada vez más familiar: a saber, que una muralla solo tiene el valor que puedan darle sus defensores, los cuales en muchos casos solían ser extranjeros belicosos de muy dudosa lealtad. En el año 304, un cacique huno al servicio de China tuvo la azarosa idea de recordar que uno de sus antepasados había sido una princesa china entregada a los bárbaros con la esperanza de firmar un tratado de paz. Alegando estos disparatados derechos al trono, se proclamó emperador. Las grandes murallas ofrecían muy poca protección cuando sus defensores se rebelaban contra el Estado. Los hunos derrotaron a los soldados imperiales y en el año 311 saquearon la capital. Treinta mil civiles murieron en el saqueo, y la ciudadela acabó incendiada. Los supervivientes tuvieron que huir de la ciudad y vivir en los caminos o bien entregarse a la delincuencia. En las comarcas invadidas por los hunos, la agricultura dejó de existir. Algunos refugiados huyeron a las montañas, pero la mayoría huyeron hacia el sur, donde los chinos étnicamente puros seguían manteniendo sus tradiciones en un entorno mucho más seguro.

Para el hombre corriente, la vida monástica de los budistas ofrecía una alternativa radical a un mundo siempre caótico, pero el atractivo de la religión, todavía reciente en China, no se debía únicamente a razones espirituales. Los monjes eran los únicos chinos que se libraban de las onerosas obligaciones que los emperadores imponían a sus súbditos por la necesidad de fortificar sus fronteras. Al tiempo que los nuevos emperadores

enrolaban a la fuerza a miles de campesinos desdichados en las obras de construcción de murallas, los monjes disfrutaban de la exención de todo trabajo físico. El budismo, claro está, se propagó muy deprisa por las regiones norteñas donde se levantaban las murallas.

Para quienes no lograban escaparse a un monasterio, la vida se reducía a trabajo y más trabajo, supervisado por el emperador desde su posición de despotismo absoluto. Cada vez que las viejas murallas dejaban de ser útiles, se ordenaba levantar unas nuevas. Una dinastía detrás de otra se empeñó en continuar con la estrategia más antigua de la civilización: la de utilizar todas las habilidades constructoras en la creación de unas defensas permanentes. Los emperadores Wei del norte (386-534) movilizaron a cien mil obreros para ese fin, siguiendo el consejo de quienes animaban a levantar murallas que aliviaran "nuestra inquietud por la defensa de la frontera". [2] Para no ser menos, la dinastía sucesora, la dinastía Qi del norte, puso a trabajar a contingentes humanos mucho más numerosos. El fundador de la nueva dinastía, el demente Wenxuan, que tenía un gran contingente de prisioneros siempre a mano por si, en los momentos de arrebatos coléricos inducidos por el alcohol, le apetecía torturar o matar a alguien, movilizó a sus campesinos para construir 200 kilómetros de nuevas murallas. Estas murallas –que eran el orgullo de un emperador capaz de dejar inconsciente de una paliza a su hijo porque mostró remilgos a la hora de ejecutar a alguien– no fueron más que el preludio de los 500 kilómetros construidos en el año 552; y estos últimos, a su vez, no fueron más que un preludio de los 800 kilómetros que, en el año 556, llevaron las fronteras fortificadas de China hasta el mar. Casi dos millones de hombres tuvieron que colocar piedras o apisonar tierra mientras su emperador se paseaba desnudo por el palacio, se pasaba noche y día de juerga y descuartizaba a todo el que le llevara la contraria. Cuando Wenxuan murió, en el 559, sus murallas alcanzaban los 1.600 kilómetros. Sus deudos, por llamarlos de alguna manera, tuvieron que esforzarse mucho por mostrar dolor, aunque solo uno llegó a verter una lágrima.

Las nuevas murallas se extendieron por las fronteras como una enredadera de crecimiento muy veloz –ciento cincuenta kilómetros por aquí, otros ciento cincuenta por allá–, pero citar solamente la longitud de las obras reduce el impacto que tuvieron. Si las medimos en hombres, las cifras se disparan. El emperador Wen envió treinta mil obreros a construir un

muro en el año 585, ciento cincuenta mil al año siguiente, y cien mil más al otro año. Yang, el hijo de Wen, superó a su padre. Envió un millón de hombres, en el año 607, a construir murallas, y doscientos mil más al año siguiente.

Entre todos los constructores de murallas, Wen destaca en casi todos los aspectos. Frugal y compasivo, redujo los impuestos y prohibió todos los lujos en palacio. En el año 595, prohibió fabricar armas y confiscó todas las que circulaban. La única provincia exenta fue la provincia natal del emperador. Las políticas de Wen llevaron a China por un rumbo totalmente distinto del adoptado en el Occidente posterior al Imperio romano. Mientras que Europa se militarizaba durante la Alta Edad Media, y las familias aristocráticas que antes se enorgullecían de sus bibliotecas, de sus lujos y de sus trabajos como civiles ahora se dedicaban a construir castillos de madera y reclutaban ejércitos privados, China se adentraba aún más en el mundo civilizado de los obreros y de los constructores de murallas.

La estrategia de Wen tuvo buenos resultados. Gracias a ella, una China amurallada y predominantemente civil pudo progresar en una época en que Europa se anquilosaba. Sin embargo, esta estrategia afianzó la sumisión de los chinos a sus despóticos gobernantes. El benevolente paternalismo de Wen fue una excepción, al menos entre los emperadores. Lo habitual era la actitud de su hijo Yang, que consideraba a sus súbditos indefensos unas simples mercancías que podía sustituir fácilmente y de las que podía disponer a su antojo. Igual que Adriano, Yang era una especie de sabelotodo que metía las narices en muchas cosas y que se molestaba si alguien demostraba tener más talento que él. También era poeta, y en cierta ocasión escribió estos versos:

> Quiero regresar, pero regresar ya no puedo.
> ¡Ay, haberme encontrado con esa primavera!
> Los pájaros, cantando, piden vino y más vino,
> las flores del ciruelo nos sonríen y matan. [3]

Cuando dos poetas compusieron versos mejores, Yang los hizo matar. Desde nuestra perspectiva, no podían hacerse salvado: era imposible escribir algo peor que esto.

El estudiante de Historia distraído suele olvidar que la gran ventaja de la democracia no es que garantice la voluntad del pueblo –eso en realidad no existe–, sino poner freno a la locura de los déspotas. Los estudiosos de la época calcularon que medio millón de obreros murieron trabajando en las murallas del despótico Yang, pero eso no es todo. Las fronteras fortificadas, que estaban muy lejos del corazón agrícola de China, requerían un flujo constante de suministros, así que a comienzos del siglo VII el emperador Yang inició la construcción del Gran Canal para aprovisionar a los defensores de las fronteras. Cinco millones de obreros tuvieron que trabajar en las obras, que alcanzaron una extensión de más de 1.600 kilómetros. Una vez finalizado, el Gran Canal conectaba los ríos Yangtsé y Amarillo con unos 50.000 kilómetros de canales navegables de curso local, lo que hizo de China un país interconectado y unido, cosa inaudita por aquel entonces en los demás imperios del Viejo Mundo. El canal era una maravilla, pero no había salido nada barato. Al gran número de obreros que murieron trabajando en las obras hay que añadir los que murieron a causa de las hambrunas cuando Yang reclutó a la fuerza a tantos campesinos que no quedaron suficientes para atender cultivos. Los historiadores chinos consignaron numerosas críticas contra el proyecto, ya que las obras se hicieron eternas, el pueblo estaba agotado y, peor aún, el emperador Yang usaba a sus tropas para controlar a su gente. [4] ¿Pudiera ser que construir las murallas y después el canal que aprovisionaba a sus defensores llegara a costar muchas más vidas que las guerras que supuestamente se deseaban evitar? A Yang no le interesaba hacer estos cálculos. Celebró sus nuevas murallas en uno de sus poco inspirados poemas:

> Construir el muro es una estratagema que beneficiará
> [a un sinfín de generaciones
> y traerá la paz a cien millones de personas. [5]

Por descontado que la paz es un objetivo muy noble, pero es posible que el muro acabara funcionando demasiado bien, al menos para los intereses de Yang. Porque los chinos se desentendieron de los enemigos foráneos que no podían atravesar los muros fronterizos, y en cambio se unieron contra el emperador que había ordenado levantarlos. Después de su muerte, los relatos sobre la tiranía de Yang cobraron un nuevo interés. Cien años después de que su corte pasara la última noche entregada a una juerga

interminable, olvidando que la rebelión había llegado ya al palacio, Yang se convirtió en una leyenda. Los narradores decían que el emperador había hecho enterrar vivos y cabeza abajo a cincuenta mil obreros que habían cometido el crimen de excavar las obras del Gran Canal sin la profundidad suficiente. O que había usado a un millón de hombres para que le construyeran un palacio laberíntico en el que pudiera entregarse a satisfacer sus deseos sexuales intensificados por los afrodisíacos. Y eso por no hablar de las mujeres a las que obligó a arrastrar las enormes barcazas, canal arriba, como castigo por no haberlas considerado lo suficientemente bellas para entrar en su harén. [6]

La siguiente dinastía repudió las murallas de Yang. “El emperador Yang agotó los recursos del país construyendo grandes murallas”, [7] proclamó un emperador de la dinastía Tang, que prefirió defender el imperio usando guerreros turcos de la estepa. El imperio, por su parte, continuó uniéndose y desintegrándose como siempre había hecho. Con las nuevas dinastías llegaron nuevos déspotas, y los nuevos déspotas, fieles a su costumbre, volvieron a levantar murallas.

Hasta el siglo XIII no llegó a China una amenaza que pusiera en peligro su propia existencia, cosa que involuntariamente dio la razón a aquellos emperadores infames que estaban convencidos de que había cosas mucho peores que los trabajos forzados. La conmoción causada por la conquista mongola hizo que los chinos tuvieran que replantearse por completo el balance contable de su estrategia. ¿Tendrán que morir medio millón de hombres construyendo una nueva muralla? Un precio asequible comparado con el que supondría ver ciudades incendiadas y a sus habitantes pasados por la espada. ¿Tendrá que sufrir el pueblo el agotamiento físico y la sobrecarga de impuestos? Sí, pero al menos conservará la vida. ¿Protegerá una muralla a China durante un sinfín de generaciones? Quizá esta vez sí. Una docena de déspotas ya muertos, despreciados en su día por los crímenes que habían cometido fortificando China, sonrieron en el infierno.

La nación que iba a dejar un impacto tan duradero sobre China había surgido en una época relativamente tardía de entre la multitud de hordas que ocupaban la estepa al norte de China. Antes del siglo XII , los mongoles apenas podían distinguirse de otros pueblos guerreros de la estepa que criaban ovejas y cuyas confederaciones se unían y se disgregaban con el

paso del tiempo. Se desplazaban con los animales y se peleaban continuamente con sus vecinos, sobre todo los tártaros, con quienes más tarde se les confundiría. Para los armenios eran una "nación de arqueros". Para los occidentales, eran los tártaros, una nación surgida de las entrañas mismas del infierno ("el Tártaro"). Como casi todos los pueblos del mundo premoderno que vivían sin murallas, criaban a los hombres para la guerra. Un historiador actual ha escrito que, para los mongoles, "toda la vida consistía en un proceso interminable de adiestramiento militar". [8] Todos los varones aprendían a usar las armas. Desde que eran muy pequeños, los chicos tenían que aprender a montar y a disparar el arco al mismo tiempo, y además de ese entrenamiento se les endurecía para soportar el hambre, la sed y el frío. Durante la cacería anual, cuando todo el ejército formaba un vasto círculo que iba estrechándose para atrapar a la presa, también formaba parte del entrenamiento bélico.

Gengis Khan comentó una vez que las mayores alegrías de un hombre consistían en descuartizar a su enemigo, en apropiarse de todas sus posesiones, en hacer llorar a todos sus seres queridos y en violar a sus mujeres. [9] Si esta frase es cierta o no, no estoy en condiciones de saberlo. Pero, en cualquier caso, esto describe muy bien el espíritu de los guerreros nómadas que convirtió en una máquina de hacer la guerra. Gengis sabía que la fortaleza de su tribu residía en el hecho de llevar una vida desordenada y turbulenta, así que prohibió en su Gran Yasa que cualquiera de sus hombres se asentara en una ciudad y adoptara un estilo de vida sedentario. [10] Y para reafirmar sus órdenes, insistió en que sus hombres no podían abrazar ninguna fe, ya que la religión era patrimonio de las ciudades, los templos, las mezquitas y los libros… cosas que no tenían ningún valor para los guerreros mongoles. [11] La vida urbana era una experiencia que a Gengis Khan le resultaba desagradable y ajena, y se propuso que todos sus hombres sintieran lo mismo. Para Gengis, los mongoles tenían que seguir siendo "el pueblo que vive en tiendas protegidas por cubiertas de fieltro", y cuya lealtad se recompensara "con las cosas que se les arrebata a los que viven en las ciudades protegidas por murallas de barro". [12]

¡Ay, las ciudades protegidas por murallas de barro! Cómo horrorizaba a Gengis Khan saber que había gente viviendo de esa forma abominable. Por supuesto que nunca se le pasó por la cabeza, como a casi todos los bárbaros, que todos los tesoros que tanto deseaba arrebatar fuesen un producto

exclusivo de la gente que vivía protegida por las murallas que él tanto despreciaba. A comienzos del siglo XIII , Gengis Khan logró cruzar sin derramamiento de sangre las murallas fronterizas de China, porque los súbditos chinos, incapaces de imaginar que hubiera algo peor que la tiranía del emperador, les abrieron las puertas. Esa decisión, dicho de forma amable, fue uno de los peores errores de cálculo en la historia de la humanidad. Gengis Khan exigió un enorme tributo en forma de oro, plata, satén y otros productos de lujo, pero ese tributo solo le refrenó durante un año, después del cual se buscó una excusa para saltarse la tregua y declarar de nuevo la guerra. También proclamó que se sentía insultado por el pueblo tangut que vivía en el noroeste de China. “Los tangut levantan murallas –observó uno de sus asesores–. Son un pueblo cuyos campamentos no se desplazan cada año, así que no podrán huir de nosotros llevándose a cuestas las murallas de sus ciudades”. [13] Esta era la visión que los nómadas tenían de los constructores de murallas: una presa fácil cuya lentitud a la hora de soltar sus riquezas se oponía al orden natural del mundo, según el cual los pueblos amurallados tenían que pagar tributo a sus superiores naturales, los guerreros nómadas.

Los mongoles se comportaban con una crueldad inaudita incluso entre los pueblos bárbaros. Cuando atacaban una ciudad amurallada, los despiadados generales mongoles colocaban a los cautivos chinos en primera línea de combate, porque sabían que los defensores reconocerían a sus parientes y amigos entre las tropas enemigas y vacilarían o incluso se negarían a disparar sus flechas contra ellos. Las huestes de los ejércitos mongoles obedecían sin rechistar las órdenes de cometer un genocidio y al parecer no les importaba tener que cumplir cuotas de civiles masacrados. En una ciudad, un general podía ordenar a sus hombres que asesinaran a cinco personas cada uno. En otra, les podía pedir que exterminaran a cuarenta. Los soldados cumplían las órdenes y pasaban a la siguiente ciudad.

Dos décadas de masacres continuas de civiles estuvieron a punto de despoblar por completo el norte de China. Cuando Beijing cayó en poder de los mongoles, tras un largo asedio que obligó a los famélicos defensores a practicar el canibalismo, los mongoles convirtieron la ciudad en un matadero. Los incendios duraron un mes entero y los huesos de los muertos se apilaban en las calles, rodeados por la grasa que se había desprendido de los cadáveres calcinados.

En un momento dado, los mongoles se plantearon destruir toda China, arrasar todas las murallas que defendían las ciudades y dedicar la tierra únicamente a terreno de pastos para el ganado. Un asesor chino les convenció de que era mucho más rentable para ellos explotar a un millón de aterrorizados ciudadanos que les rindieran tributo. [14] Al final, vistas las cosas desde la distancia, parece que tomaron la decisión intermedia. El caso es que la población de China disminuyó de los 120 millones de habitantes en el año 1207 a los menos de 60 millones del año 1290. [15] La mayoría de estas pérdidas tuvieron lugar en las zonas de guerra del norte, una región que comprendía no solo las comarcas fronterizas amuralladas que bordeaban la estepa, sino también la región del río Amarillo, corazón ancestral de la cultura china. Los mongoles llegaron a jactarse de que podían pasar a caballo sobre las ruinas de las antiguas ciudades chinas sin encontrar ni un muro lo bastante alto para hacer tropezar a sus caballos. Para Gengis Khan, que se empeñaba en seguir vistiéndose con harapos y en comer con frugalidad como muestra de su superioridad moral, la destrucción de China era un hecho que estaba predestinado. "El cielo se ha hartado del lujo desmedido de China", dijo. [16]

Los nuevos gobernantes mongoles de China no sintieron ninguna inclinación por construir murallas. Ni siquiera el nieto cosmopolita de Gengis, Kublai Khan, se molestó en dedicar los recursos del imperio a esa vieja tradición, y eso que apreciaba mucho la cultura china. Y así, durante un siglo, el pueblo chino –lo que quedaba de él– pudo descansar de la ardua tarea de construir murallas. Cinco generaciones se sucedieron sin que ninguna de ellas tuviera que cavar con una pala para extraer depósitos de loess por orden de un loco. Ahora, para esos chinos, la única forma de contrastar la veracidad de los relatos de Gengis Khan eran los cuentos populares. Hasta que un día, después de vivir tanto tiempo sometidos a los mongoles que ya no podían soportarlos más, los chinos crearon una nueva dinastía y volvieron a dedicarse a construir murallas.

La era Ming (1368-1644) se fundó en el profundo resentimiento acumulado por los chinos contra los emperadores mongoles. Zhu Yuanzhang, el fundador de la dinastía, se creía investido de la misión divina de resucitar la verdadera China. Por eso intentó reconstruirla tal como se imaginaba que había sido: un país étnica y culturalmente homogéneo al que

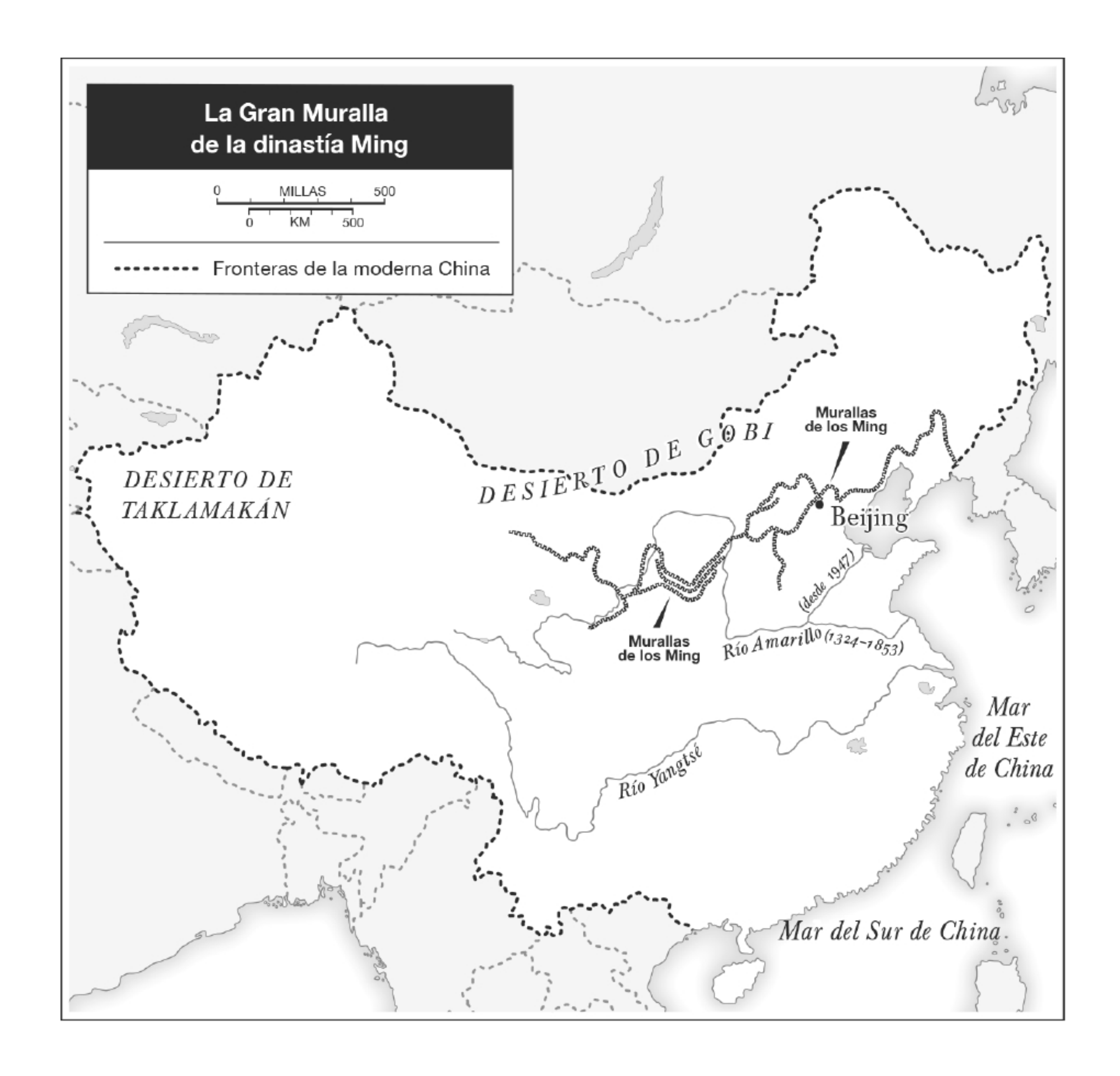
no le importaba el dominio del mundo y que prefería centrarse en la defensa de sus limitadas fronteras. El Estado Chino debía ser una nación rodeada de murallas. En las instrucciones que dejó a sus herederos, Zhu aconsejaba que no intentaran conquistar territorios extraños y que en cambio se concentraran en mantener fuertes sus defensas. [17] Los primeros Ming obedecieron a Zhu y reconstruyeron las murallas de las ciudades destruidas por los mongoles. [18] Miles de ciudades amuralladas volvieron a poblar el mapa de China.

Pero otros emperadores de la dinastía Ming, al disfrutar de un respiro momentáneo en las incursiones de los mongoles, decidieron ignorar los consejos de Zhu y coquetearon con la idea de construir un imperio naval que podría haber hecho de China la dueña de los mares y la colonizadora del Nuevo Mundo. Los navíos chinos llegaron a África. Sin embargo, estaba escrito que el destino de China no iba a ser el de desbancar a Portugal en la carrera por encontrar una ruta marítima entre Europa y Asia. [19] En 1433, el resurgimiento del poder de los mongoles reavivó los viejos temores y de repente los emperadores refrenaron todas sus ambiciones marítimas. Los consejeros partidarios de la política aislacionista, que nunca habían sido muy favorables a las aventuras ultramarinas, volvieron a ganar el favor de los emperadores. Advirtieron de las consecuencias de la derrota de la gran armada china frente a las costas de Vietnam, y más importante aún, recordaron la necesidad de fortificarse de nuevo frente a la amenaza de los mongoles. El imperio desmanteló la mayor flota del mundo y dio la espalda a la época de las exploraciones. En esa misma década, a pesar de que los ingenieros chinos habían conseguido superar los obstáculos técnicos que impedían abastecer de agua durante todo el año a las guarniciones fronterizas del norte, los dirigentes del país decidieron retirarse de las zonas difíciles de abastecer por medio de envíos a través del Gran Canal. Las defensas fronterizas retrocedieron hasta 300 kilómetros.

Un gran desastre militar precipitó el repliegue del país detrás de sus murallas. En 1449, los mongoles volvieron a invadir China. El joven emperador Yingzong se puso al frente de sus tropas y salió al encuentro de los bárbaros para darles su merecido. Cuando los mongoles atacaron el campamento del emperador en Tumu, destruyeron a la mayor parte del ejército y capturaron al emperador. Con la crisis de Tumu se terminó cualquier posibilidad de que los chinos se asomaran al exterior de sus

fronteras como sí hacían las naciones de Occidente, que ya estaban enviando exploradores y mercaderes a descubrir nuevas tierras. A partir de aquel momento, los Ming se atuvieron al consejo de su fundador: se encerraron dentro de sus fronteras, abjuraron de todo cosmopolitismo, se aferraron a sus tradiciones y se concentraron en defender el país. Los emperadores prefirieron encauzar las energías de su pueblo hacia la construcción de murallas. Los mongoles no les habían dejado otra opción.

Lo llamativo de la era Ming es que no produjo la figura habitual del déspota despiadado. Los ministros de la corte se dedicaban a debatir sobre la seguridad nacional, y los emperadores dejaban que los funcionarios locales construyeran nuevas murallas, repararan las antiguas o rellenaran los boquetes, sin darse cuenta de que estaban supervisando, de esta forma tan poco planificada, la construcción de una de las maravillas del mundo.



La Gran Muralla fue cobrando forma a trompicones, en tramos inconexos que se iban levantando casi siempre en regiones muy remotas. En los lugares donde los mongoles habían encontrado un boquete por el que se habían colado, se hacía todo lo posible por añadir nuevas extensiones. Durante la era Ming, los chinos se vieron obligados a emprender unas doscientas guerras contra los mongoles. [20] A medida que se iban taponando las brechas en las murallas y se volvían a unir las antiguas fortificaciones fronterizas, los mongoles encontraron más y más obstáculos para invadir el territorio chino. A pesar de sus detractores modernos, la Gran Muralla

sirvió para su cometido: repelió los ataques de las bandas de salteadores mongoles que llegaban a juntar a miles de atacantes.

En 1576, una pequeña incursión de los mongoles tuvo la culpa de que se llevase a cabo la última modificación de la muralla. La causa inmediata de la incursión, según ha descubierto un investigador especializado en la historia de la Gran Muralla, fue la furia de una mujer despechada. La mujer, conocida únicamente como la Gran Beyiji, fue una más entre el centenar largo de esposas abandonadas por el cabecilla mongol Sengge (1522-1586), un hombre que "llevó una vida disipada, entregado al vino y a las mujeres, y que se pasaba todo el día gruñendo en la cama". [21] Las esposas repudiadas, apoyadas por los hombres de sus clanes, se presentaban en la frontera china, donde hacían creer a los defensores que todavía estaban conchabadas con Sengge y les exigían enormes tributos a los chinos. La Gran Beyiji resultó ser particularmente pesada. Insistía en reclamar "montañas" de vestidos de satén y de otras prendas de lujo, además de "innumerables" cabezas de ganado bovino y ovino, y grandes cantidades de grano. Cuando finalmente los chinos, en 1576, se negaron a complacer sus caprichos, un aliado masculino de la Gran Beyiji logró colar una partida de setenta hombres por un sendero de leñadores que cruzaba la muralla, y mató a los integrantes de una pequeña guarnición china, a los que sorprendió durmiendo en sus barracones. La expedición china que salió en persecución de los agresores cayó víctima de una emboscada. Al año siguiente se empezó a construir en aquella zona una nueva muralla de ladrillo: el primer prototipo de la muralla hoy en día tan admirada por los turistas.

Reconstruidas con ladrillos, las murallas de los Ming fueron las defensas más imponentes jamás construidas contra los invasores de la estepa. Los cálculos sobre la extensión que llegaron a alcanzar varían de forma asombrosa: ¿cinco mil kilómetros?, ¿quince mil? Aunque parezca mentira, nadie ha levantado un plano del trazado total de las murallas, si bien los cálculos más conservadores bastan para indicar la magnitud del proyecto. En realidad, fueron las murallas de los Ming las que suscitaron el apelativo de *Gran* Muralla que hoy atrae a los turistas con el mismo éxito con que antes repelía a los invasores. Las murallas de los Ming se extienden por colinas y montañas, y a veces son de mampostería y ladrillo, y con frecuencia se apoyan en enormes bloques de granito.

En el siglo XXI los historiadores siguen descubriendo murallas de los Ming que hasta ahora habían pasado desapercibidas por culpa de la Gran

Muralla. Muy lejos de la estepa, por ejemplo, los chinos habían levantado defensas a lo largo de su frontera meridional. En los siglos XVI y XVII , los emperadores creían que las tribus montañesas de los miao, en Vietnam, eran una amenaza tan considerable que merecía los centenares de kilómetros de murallas que se erigieron contra ellas, y probablemente tenían razón: los miao destruyeron uno de los muros fronterizos en el siglo XVII , de modo que los chinos siguieron levantando murallas en la región meridional hasta una fecha tan tardía como el año 1805. [22]

Al intentar convencer al pueblo al que obligaban a trabajar en las murallas de las bondades del proyecto, los emperadores Ming tuvieron tan poco éxito como sus predecesores. Habían pasado casi dos mil años desde que el Primer Emperador levantó el Muro Largo, pero la opinión pública de la época de los Ming era tan hostil hacia el recuerdo de ese muro que los nuevos emperadores pusieron mucho cuidado en no volver a usar la misma denominación. Como siempre, circulaban cientos de poemas inspirados por el resentimiento, junto a un sinfín de narraciones populares que lamentaban la suerte de una nación aplastada por las obras defensivas. ¿Cómo fue posible que simples humanos construyeran un monumento tan prodigioso? Con ayuda sobrenatural, al parecer: un capataz contaba con la ayuda de un anciano capaz de tejer murallas a partir de zarzas; unos obreros veían caer una lluvia de seda del cielo y la usaban como inspiración para deslizar unos bloques de granito a través de una gigantesca avalancha de hielo. Sin embargo, las fuerzas sobrenaturales no asistieron a los chinos a la hora de ir a la guerra. En el siglo XVII , un general chino desleal permitió que los bárbaros manchúes entraran en el imperio.

Los manchúes eran tan ajenos a la civilización china como cualquier otra nación de la estepa. Al principio, los conquistadores manchúes no quisieron usar murallas de ninguna clase. Si ocupaban un edificio, solían derribar los muros y solo dejaban las columnas para que sostuvieran el tejado. Tampoco quisieron desempeñar el papel habitual de los bárbaros que acababan asimilando los principios de la civilización china. Igual que los antiguos espartanos, los manchúes preferían que su sociedad no se contaminara con las ideas de la civilización. Se aferraban a sus tradiciones ancestrales e incluso obligaron a los varones chinos a adoptar los peinados manchúes. A los manchúes les gustaba burlarse de los chinos, en especial de sus murallas: “Los hombres de Qin levantaron el Muro Largo como defensa contra los bárbaros –escribió un historiador al servició de los manchúes–. El

muro ascendió al cielo, pero el imperio se derrumbó. La gente todavía se ríe de todo aquello". Y en lo que respecta a la Gran Muralla, los manchúes escribieron su epitafio:

> Sin siquiera pararse a tomar aliento,
> los obreros trabajaban desde el amanecer hasta la noche, ¿y de qué sirvió todo aquello? [23]

Un historiador chino reflexionó en cierta ocasión sobre la historia de su país con resignado fatalismo: "El imperio, largo tiempo dividido, acaba uniéndose; el imperio, largo tiempo unido, acaba desuniéndose. Así ha ocurrido siempre". El historiador que puso esas palabras como introducción a la ampulosa crónica del siglo XIV titulada *Tres reinos* tenía motivos para aplicar esa visión cíclica de la historia. Una y otra vez, los chinos habían sucumbido a los ciclos fatídicos que él había descrito de forma tan sucinta. Una y otra vez, los bárbaros habían aplastado a los chinos y se habían apoderado de las regiones del norte. A veces los invasores eran mercenarios que se revolvían contra el pueblo que los había contratado como defensores. Fuera como fuese, el resultado siempre era el mismo: la unidad del imperio se disolvía. Millones de personas tenían que huir al sur y dejaban las fronteras del norte en manos de dinastías de bárbaros advenedizos. Pero los nuevos defensores, a su debido tiempo, aprendían a construir murallas. Los muros, como la propia China, sobrevivían más allá del imperio. En este sentido, las murallas, así como la propia China, sobrevivieron al imperio, pero no porque durasen eternamente. Una vez construidas, las murallas han de caer, una vez caídas, debían volver a levantarse. Y lo mismo que ocurría con las murallas, ocurría con China.

Para el autor de la introducción a *Tres reinos* bastaba con observar los ciclos de la historia china. Pero los historiadores deben analizar esos ciclos en función de unos contextos mucho más amplios, y algunos ciclos son más importantes que otros. El repliegue de la era Ming detrás de la Gran Muralla no fue un giro más en la rueda de la historia. Y el ascenso de Occidente se debió en gran medida a la construcción de esas murallas, ya que ese proyecto impidió que los chinos participaran en la carrera por explorar el mundo iniciada en el siglo XV . Pero ese mismo ascenso se debió también –y quizá en mayor medida– al fracaso de las murallas en otra vasta e importante región del mundo.

XI

LAS MURALLAS Y EL APOCALIPSIS

Oriente Próximo y Asia Central, 500-1300 d. C .

A comienzos del siglo XIX , unos cuatro mil años más tarde de que los reyes y los faraones empezaran a dejar sus inscripciones en los ladrillos y en las tablillas con hiperbólicas declaraciones sobre sus grandes murallas, un poeta inglés escribió un soneto sobre una estatua semienterrada en las arenas del desierto egipcio. El poema contrasta con las pomposas inscripciones de un rey desparecido hacía mucho tiempo y la desolación de sus antiguos dominios. Los catorce versos del poema son de los más famosos de la lengua inglesa, y muchos de nosotros elegimos agradecidos su admirable brevedad cuando tuvimos que recitar un poema en la clase de literatura del instituto. Incluso el trauma de tener que declamar un poema ante un público formado por compañeros de clase aburridos que mascaban chicle no conseguía disminuir el poder evocador de las últimas dos estrofas:

> Hay algo escrito en ese pedestal:
> ‘Soy Ozymandias, el gran rey. ¡Mirad
> mi obra, hombres de poder! ¡Desesperad!’:
> la ruina es de un naufragio colosal.
> A su lado, infinita y legendaria
> solo queda la arena solitaria. [1]

En la época en que Shelley escribió “Ozymandias”, un epitafio tardío para una civilización convertida en ruinas desde hacía mucho tiempo, no podía haber un contraste más acusado entre el país natal del poeta –la Inglaterra que se estaba industrializando rápidamente y rebosaba de inventores, ingenieros, científicos, filósofos, escritores y artistas– y las antiguas sociedades que habían sido cunas de la civilización. Egipto al menos conservaba las estatuas. En cambio, en Asia Central y en Oriente Próximo,

las fastuosas ciudades de la Edad del Bronce se habían convertido en montañas de ruinas. Tan absoluto era el olvido que nadie se había preocupado de rebuscar bajo esas montañas de polvo, hasta que un anticuario aficionado, empleado de la Compañía de las Indias Orientales, empezó a interesarse por las ruinas de Babilonia en el año 1811. [2] Las excavaciones arqueológicas no empezarían realmente hasta tres décadas más tarde. A lo largo del siglo XIX , los arqueólogos y los anticuarios fueron llegando poquito a poco hasta que los equipos cada vez más numerosos fueron desenterrando un mundo que había dejado de existir hacía mucho tiempo: antiguos canales de riego llenos de limo, tablillas escritas en una extraña escritura olvidada. Mientras trabajaban, los arqueólogos veían a su alrededor pastores nómadas con sus rebaños. Los leones y otros grandes predadores todavía rondaban por allí. Y en tanto que los ferrocarriles y las líneas de telégrafo recorrían Europa Occidental de donde procedían los arqueólogos, los territorios de Mesopotamia y sus regiones colindantes tenían menos presencia urbana y mucha más actividad de pastoreo que en los tiempos de Gilgamesh, cuatro mil años atrás. Los beduinos todavía asaltaban las caravanas de viajeros, y los nómadas de las montañas seguían amenazando las ciudades.

Los fundadores de las civilizaciones que habían florecido en estas tierras se defendieron de los nómadas por medio de murallas. En su momento, los reyes de Ur, igual que Ozymandias, ordenaron a sus porteadores de cestos levantar las primeras murallas, y más de mil años más tarde, los reyes de Babilonia ordenaron construir murallas mucho más grandes todavía, aunque hasta que no llegó la gran era de las murallas –cuando China y Roma levantaban fortificaciones que se extendían a lo largo de cientos de kilómetros– no hubo un imperio que dedicara todos sus recursos a crear un sistema de defensas en el corazón mismo de la civilización, erigiendo barreras estratégicas que lo aislasen por completo de Asia Central y del Oriente Próximo.

Las murallas persas, como las romanas, tienen una historia muy breve. Es una especie de comedia negra, en la que los muros erigidos para resistir la invasión de un enemigo conocido se terminan de construir justo antes de que un nuevo enemigo llegue amenazando desde otra dirección. Más tarde, cuando esas murallas podrían haber servido para salvar a las ciudades de una segunda y más devastadora invasión, ya no había guardias en las torres

ni patrullando en los adarves. ¿Deberíamos enviar a los soldados? No, ya es tarde para eso; mejor envíen payasos.

A pesar de sus giros absurdos, la historia de las murallas de Asia Central y Oriente Próximo ocupa un lugar especial en la historia, en parte porque explica todo lo que estaba en juego en la época de construcción de las murallas, pero sobre todo porque las consecuencias de haber abandonado la política de edificarlas han influido cultural y geopolíticamente en el mundo entero. Ese abandono produjo un gran giro en la historia universal, un deslizamiento inesperado que originó el descenso hacia la oscuridad de una parte enorme del mundo. En la Alta Edad Media, una región vasta y populosa que había irradiado arte, cultura y poder político mucho antes que Roma o China cayó en el silencio absoluto. No ha logrado recuperarse desde entonces. Hoy, los mapas del centro y el oeste de Asia presentan un gran abanico de naciones que pugnan por emerger, aunque todas ellas se caracterizan más bien por la violencia, la represión, la pobreza y la estrechez de miras. Los descendientes del antiguo Imperio persa son países como Afganistán, Uzbekistán, Tayikistán, Turkmenistán, Irán, Irak, Azerbaiyán y Siria. En todos ellos yacen los restos de muros olvidados, como ruinas de un naufragio colosal, infinito y descarnado, donde solo se extienden las arenas solitarias.

Los persas, que construyeron la mayor parte de las murallas de Asia Central y Oriente Próximo, tuvieron poco que ver con la creación de las antiguas civilizaciones asiáticas. Como ocurrió con las dinastías de bárbaros del norte de China, heredaron las ciudades amuralladas al conquistarlas, una vez que arrollaron las defensas del Imperio babilónico en el siglo VI a. C. Los persas tardaron en adoptar los hábitos sedentarios de los países que gobernaban. En su primera época, únicamente se dedicaron a perfeccionar el arte de disparar flechas a lomos de un caballo. Heródoto, en el siglo V a. C., contaba que los persas enseñaban tres cosas a sus hijos: a montar, a disparar flechas y a decir la verdad. [3] Una vez que se apoderaron de palacios y ciudades, poco a poco fueron haciendo real la profecía de los pensadores chinos y occidentales que aseguraban que la civilización reblandecía a los guerreros. En el siglo IV a. C., el imperio cayó en manos de Alejandro Magno.

Alejandro cambió por completo el paisaje de Asia Central y Oriente Próximo, y sustituyó el modelo ancestral de la ciudadtemplo por el de las ciudades griegas. A pesar de que la tradición popular atribuía a Alejandro poderes sobrenaturales para defender la civilización, su mundo greco-asiático duró muy poco y cayó en poder de varios pueblos de las estepas, algunos de los cuales lograron reestablecer una versión más reducida del viejo Imperio persa bajo la dinastía de los partos. Por segunda vez, una nación de jinetes nómadas se apoderó de una civilización que en un principio solo tenía intención de saquear, y tal como les había pasado a sus predecesores, los partos fueron aprendiendo a concebir las defensas de su territorio del mismo modo en que lo hacían los pueblos civilizados. Al igual que los romanos fundaban colonias siguiendo el diseño rectangular de sus campamentos militares, los partos empezaron a reconstruir los rectángulos ruinosos de las ciudades griegas de Alejandro con idea de adaptarlas al diseño circular de sus propios campamentos. Una ciudad como Merv, que hasta entonces había consistido en un cuadrilátero de diseño griego, se dotó de un muro en forma de anillo. Al mismo tiempo, el arte de los partos iba adoptando nuevos estilos a medida que sus gobernantes, que iban perdiendo los gustos de la estepa, empezaban a "tragarse el veneno griego". [4] En el siglo III d. C., el Estado persa había evolucionado lo suficiente para recibir sin problemas a una dinastía totalmente entregada a la civilización urbana y ya desligada por completo de la sociedad esteparia. La nueva dinastía –la sasánida– desarrolló la idea de crear una nación iraní que tuviera que defenderse igual que cualquier otro imperio. Los sahs sasánidas imprimieron elegancia y sofisticación a la cultura persa. También le aportaron una visión esencialmente civilizada del mundo, y un plan para proteger todo el imperio con murallas. [5]

Los sasánidas fueron los primeros gobernantes de Persia que levantaron fortificaciones colosales en las fronteras de su imperio. En una fecha tan temprana como el siglo IV d. C., el sah Sapor II (r. 309-379) resucitó la vieja idea de defender toda Mesopotamia por medio de una muralla. La amenaza más peligrosa para el "País entre dos Ríos" provenía de las tribus árabes, contra las que Sapor guerreó sin cuartel. Por su costumbre de horadar los hombros de los prisioneros árabes para meterles una cuerda que facilitara el traslado de los cautivos, Sapor se ganó el apodo de "Señor de los Hombros". [6] A fin de evitar las incursiones de los enemigos llegados desde

el desierto, construyó el Foso de Sapor, al oeste del Éufrates, y fundó un nuevo sistema defensivo basado en el uso de murallas. [7]

Al final del largo reinado de Sapor (a cuya duración le benefició mucho el que lo hubieran coronado cuando aún estaba en el vientre de su madre), los hunos irrumpieron en Asia Occidental, después de atravesar las montañas del Cáucaso, con intención de "anegar el mundo en sangre y terror". [8] El retumbar de las Puertas de Alejandro conmocionó a dos grandes imperios. Tanto Roma como Persia corrían un grave peligro, así que la nueva alianza firmada entre los dos resultó un alivio, siempre que no se la examinase a fondo. Los dos antiguos enemigos se echaron el uno en brazos del otro como dos amantes desafortunados en una comedia romántica, e impulsados por la buena voluntad –atemperada por el terror– acordaron colaborar en un esfuerzo conjunto por expulsar a los hunos a la estepa. El emperador y el sah firmaron un tratado que estipulaba que Roma correría con la mitad de los gastos de la defensa de Persia en el Cáucaso. Ese tratado se ratificó muchas veces más a lo largo del siglo V y, tras una acalorada discusión, se reemplazó por uno nuevo en el siglo VI .

Los persas dedicaron el dinero de los romanos a luchar contra los hunos, y a veces a sobornarlos para que se volvieran a sus tierras. De vez en cuando, los persas pedían más dinero, con el argumento de que si levantaban murallas contra los bárbaros estarían defendiendo a los dos imperios. [9] Poco a poco, la estrategia de los persas se centró en amurallar todas las fronteras de la estepa. De este modo, se olvidaron de la frontera con los árabes mientras levantaban murallas en los oasis de Asia Central, fortificaciones de contención en los pasos de montaña del Cáucaso y extensas murallas en las llanuras que bordeaban el mar Caspio. Esta nueva estrategia era tan costosa que los sahs tuvieron que "sangrar a su pueblo como sanguijuelas", según contaba un historiador. [10] Con el dinero que sobraba después de las nuevas construcciones, sobornaban a los bárbaros con oro, plata, joyas y suntuosas túnicas bordadas con perlas.

Los persas iniciaron su programa de defensa en el norte y el este de Irán, en Asia Central, donde algunas de las ciudades más antiguas de la tierra se alzaban en un territorio tan peligroso que incluso los grandes imperios renunciaban a mantenerlo en su poder, sabiendo que era inútil intentar defenderlo. En el siglo V , estas ciudades-oasis se convirtieron en fortalezas de las que nadie se atrevía a salir. El programa de construcción de

fortificaciones se inició en Merv, donde los sahs del Imperio sasánida tomaron la extraordinaria decisión de amurallar no solo la ciudad, sino todo el oasis de Merv, formando así un perímetro defensivo de unos 250 kilómetros. Poco después, las ciudades de Balj, Bujará, Bayhaq, Tashkent, Nur y Samarcanda también habían ampliado las murallas para que protegieran no solo la ciudad, sino todo el perímetro del oasis junto al que se levantaban. [11] Todos los pueblos y granjas que alimentaban a las ciudades, junto con todas sus preciadas reservas de agua, debían estar protegidos con murallas construidas al borde del desierto. El mundo de las ciudades de la Ruta de la Seda se había vuelto pequeño, pero estaba a punto de empequeñecerse aún más. La medida no funcionó. Al final del siglo V , los sahs empezaron a dar esas ciudades por perdidas y las dejaron fuera de las nuevas fortificaciones que levantaron para proteger el resto del imperio. Los persas, igual que habían hecho los chinos tiempo atrás, habían renunciado a ocupar esa región.

La tradición atribuye las nuevas murallas fronterizas al sah Cosroes I (r. 531-579), contemporáneo del emperador bizantino Justiniano y que vivió unas pocas décadas antes del emperador chino Yang. En las crónicas medievales, Cosroes aparece retratado como un nuevo Alejandro Magno que levantó murallas de roca con los accesos protegidos por puertas de hierro. Se le atribuye haber construido más de veinte murallas en el Cáucaso y otras tantas al este del mar Caspio. [12] La más larga de todas las murallas, Sadd-e Anushirvan, lleva su nombre (Anushirvan era un apodo del sah). Las técnicas científicas de datación, sin embargo, no han confirmado definitivamente estas atribuciones, ya que los arqueólogos creen que las murallas supuestamente construidas por Cosroes se empezaron a levantar a finales del siglo V o comienzos del VI , así que lo más probable es que las construyera el padre de Cosroes, Kavad I, aunque no viviera lo suficiente para ver completadas las edificaciones. [13]



Kavad y Cosroes fueron dos reyes cortados por el mismo patrón. Como todos los equipos formados por padre e hijo, trabajaron muy bien juntos, sobre todo cuando se propusieron exterminar a los mazdaquitas, un culto religioso comunal que perseguía la abolición de la propiedad privada y el reparto de toda la riqueza y las mujeres. Por irónico que parezca, Kavad había coqueteado con el mazdaquismo cuando era joven. Es la típica historia de un adolescente que se aproxima a la edad adulta y se siente un heroico luchador a favor de la justicia, y se deja seducir por una secta que predica unas ideas impracticables, hasta que un buen día lo supera, cambia

por completo de ideas y hace matar a todos los miembros de la secta de la forma más atroz posible. El joven Cosroes, de hecho, fue quien llevó a cabo el castigo ordenado por su padre. Aunque en aquel momento solo era un aspirante a déspota, el castigo que Cosroes ordenó para los mazdaquitas fue tan horrible y tan sofisticado en su sadismo que varias generaciones de artistas persas se han especializado en describirlo con toda clase de detalles espeluznantes: se muestra a los miembros de la secta boca abajo, con los pies asomando por encima del suelo como si surgieran de un huerto urbano; al líder, Mazda, se le obligó a presenciar las ejecuciones antes de que lo colgaran boca abajo y lo acribillaran a flechazos. Kavad y Cosroes sentían cierta inclinación por estas prácticas. El padre cegó en cierta ocasión a uno de sus tíos, según unas versiones echándole aceite de oliva hirviendo sobre los ojos, o tal vez atravesándoselos con agujas al rojo vivo (imposible recordar cuál de las dos). Cosroes, por su parte, hizo matar a todos sus hermanos y sobrinos cuando accedió al trono.

Parece ser que el padre fue el primero en interesarse por la construcción de murallas. En el año 502, Kavad aprendió una lección fundamental sobre la eficacia de las fortificaciones cuando intentó conquistar una ciudad bizantina en Mesopotamia. Sin ayuda del ejército bizantino, los habitantes de la ciudad resistieron el asalto durante tanto tiempo que hasta las prostitutas de la ciudad se exhibían pavoneándose en las murallas y se burlaban de los soldados del sah enseñándoles sus partes pudendas. Esta clase de cosas son las que un tirano arrogante no suele olvidar con facilidad. Sin embargo, hubo otro hecho que sin duda influyó a la hora de despertar el interés de Kavad –y también de su hijo Cosroes– por la edificación de murallas. Entre los años 455 y 522, una insólita embajada persa formada por diez emisarios viajó a China. Fue el primer viaje de esa clase del que queda constancia. Se sabe que al menos uno de esos emisarios portaba una carta de Kavad. En los años posteriores, Cosroes envió más embajadas a China. Por primera vez en la historia, esas embajadas tuvieron que atravesar las murallas exteriores que defendían el Imperio chino, y con el tiempo volvieron a su tierra como turistas que hubieran visitado la Gran Muralla, llenos de historias que sin duda picaron la imaginación de los shas.

Fuera cual fuese el momento o la circunstancia que les impulsara a levantar las murallas, tanto Kavad como Cosroes tenían trabajadores a su disposición. El padre había construido un gran número de nuevas ciudades, mientras que el hijo se había entregado a un gigantesco plan de creación de

infraestructuras: arreglar caminos, excavar acueductos subterráneos, roturar nuevas tierras para el cultivo… En cierta ocasión, al construir una ciudad que tenía que parecerse a Antioquía, Cosroes la llamó “La ciudad de Cosroes que es mucho mejor que Antioquía”, un nombre que por fortuna no prosperó. No hacía ningún esfuerzo por economizar en sus proyectos de obras públicas, y para sufragarlos tuvo que mejorar su sistema de recaudación de impuestos. Obsesionado por supervisar personalmente todos los proyectos urbanísticos desde su propia mansión –también protegida por altos muros–, Cosroes decidió defender su imperio con unas murallas que duraran eternamente. En Sadd-e Anushirvan, también llamada la Serpiente Roja, o la Gran Muralla de Gorgán, sus obreros no tenían otro material de construcción que los depósitos de arcilla, tal como les había pasado a los antiguos chinos. Pero Cosroes se negó a levantar murallas de tierra apisonada –al estilo chino– y se empeñó en excavar acequias que pudieran transportar el agua suficiente para fabricar ladrillos. [14] Cada cincuenta metros, aproximadamente, hizo construir un horno de cocción. Fue un esfuerzo gigantesco, pero al menos estaba justificado. Los ingenieros sabían que los ladrillos de tapial se desmenuzaban con gran facilidad, pero si se cocían en un horno, las altísimas temperaturas transformaban la arcilla y creaban una capa de cerámica, como en un cuenco o en un plato moderno. La cerámica es uno de los materiales más duraderos de la Tierra, cosa muy fácil de demostrar si uno tiene la suficiente paciencia y los genes adecuados para vivir muchos años. Hagamos una prueba: si cogemos un plato y lo enterramos en el patio de casa, y logramos vivir mil años, cuando lo desenterremos podremos comprobar que no ha cambiado en absoluto. Cuando hayan pasado millones de años y el sol ya no dé luz alguna, esa cerámica seguirá intacta. Si la cerámica es compacta y está bien fabricada, incluso podrá resistir un ataque a martillazos.

La Serpiente Roja, que estaba vigilada por treinta y seis baluartes de gran tamaño y que contaba con un sistema de aprovisionamiento de agua que podía abastecer a treinta mil soldados, no era más que una parte del vasto proyecto defensivo de los sasánidas. Otra barrera amurallada, la llamada Muralla de Tammishe, discurría en sentido perpendicular a la Serpiente Roja, y las dos murallas quizá se entrecruzaban en una zona que ahora ha quedado sumergida por el mar Caspio. Las grandes murallas defensivas del norte de Irán se complementaban con las fortificaciones que se construían en la otra ribera del mar Caspio, donde los sahs hicieron

arduos esfuerzos por bloquear todos los pasos a través de las montañas del Cáucaso. Para obstruir la ruta que pasaba entre las estribaciones orientales del Cáucaso y la orilla del Caspio, los sasánidas construyeron un mínimo de cinco murallas [15] : la más imponente de todas ellas era la que bloqueaba el paso en la llanura de Derbent, que se extendía entre las montañas y el mar en lo que ahora es la república rusa del Daguestán. [16] Construida a mediados del siglo V , el muro de Derbent se financió gracias al pago anual de 136,5 kilos de oro romano, que se entregaba a los persas con el propósito de crear muros de contención "contra los alanos y los demás bárbaros". [17]

La posteridad exageró la importancia de la muralla de Derbent. Varias generaciones, claramente deslumbradas, llegaron a describirlas como "la Gran Muralla del Cáucaso" que se extendía desde el mar Caspio hasta el mar Negro. [18] Con el tiempo, llegó a atribuirse a Alejandro Magno. Era inevitable que Alejandro apareciera en la compleja historia popular de las murallas sasánidas. Cuando alrededor del año 1000 d. C. el poeta Ferdousí compuso el *Shahnameh* [Libro de los Reyes], la epopeya nacional de Persia, la figura del gran conquistador, que había destruido el antiguo Imperio persa y se había convertido en un nombre maldito en Irán, ya se había rehabilitado los suficiente como para que pudiera desempeñar el papel de héroe. [19] ¿Y qué es lo que había hecho Alejandro para poder redimirse a ojos de los persas? Pues claro: nada menos que construir unas murallas que medían quinientos metros de altura y que se levantaban contra los bárbaros del norte, ahora descritos como gigantes: Gog y Magog. [20]

Los nómadas de la estepa nunca llegaron a derribar el Imperio persa. Cuando los bárbaros del norte empezaron a atravesar las fronteras, el imperio ya no existía. Kavad y Cosroes habían construido las murallas en el lugar equivocado. Las murallas de los persas, destinadas a defender el Imperio de los hunos, estaban muy tranquilas cuando cayó el imperio. A Persia la destruyó un enemigo muy distinto: una nueva religión que anunció su nacimiento proclamando la guerra contra el mundo. En el siglo VII , los ejércitos del islam casi no encontraron resistencia en una Persia agotada por la guerra y devastada por la peste. Al imperio, que contaba con innumerables defensas a lo largo de las fronteras septentrionales, lo conquistaron desde el sur.

Por irónico que parezca, los califas y sultanes que sucedieron a los sahs de Persia adoptaron enseguida la costumbre de fortificar las fronteras del norte. A comienzos del siglo VIII , los gobernantes musulmanes levantaron una muralla en una zona mucho más septentrional que las antiguas defensas persas. Esperaban proteger una región vital de Asia Central que hoy forma parte de Tayikistán y Uzbekistán. Avanzado el siglo, los habitantes de Bujará pidieron al gobernador que les diera más protección contra las incursiones de los bárbaros. Su queja era que los turcos, que habían sustituido a los hunos como la mayor amenaza procedente de la estepa, a menudo llegaban de improviso, saqueaban las aldeas y se llevaban esclavos. Citaban una lección de su historia: mucho tiempo atrás, una reina había construido una gran muralla que los protegía de los turcos. ¿Quién era esa reina? No nos ha llegado su nombre, pero era sin duda muy famosa, una especie de Alejandro Magno a escala local, siempre que pensemos en Alejandro como un constructor de murallas. El nombre de Divar-i-kanpirak, o simplemente Kempirak, que se le impuso a la muralla que construyó el gobernador musulmán de la región, significa 'anciana', y no es la única de la región. [21] En la toponimia de Uzbekistán y Afganistán figuran muchas 'ancianas'. Esta primera muralla, que se extendía desde las riberas del río Zeravshan hasta Samarcanda, tuvo muy pronto una segunda suplementaria, que se levantó en el noreste de Tashkent. [22] Como ocurrió en China, el precio de la seguridad resultó demasiado para la población local, y muy pronto los habitantes de Bujará se arrepintieron de su petición. Se quejaron tanto del esfuerzo de mantener las murallas que, pasados unos años, el gobernador se atrevió a "liberar a su pueblo" y emprendió una campaña militar contra los turcos. [23] Más le valdría haberse preocupado de defender las murallas. En el siglo X , los turcos habían conquistado ya casi todo el antiguo Imperio persa.

El gobierno turco supuso el inicio de la decadencia de casi toda Asia. Los nuevos gobernantes –guerreros acostumbrados a vivir en la diáfana estepa– nunca llegaron a entender cómo debían manejar el mundo antiguo y rodeado de murallas que habían heredado. En Mesopotamia, los jinetes nómadas apenas prestaron atención a las viejas acequias que habían sido cuidadosamente reparadas y ampliadas por los califas, de modo que dejaron de realizar las necesarias obras de mantenimiento. A medida que la población local abandonaba sus tareas ancestrales, los canales de riego se

llenaban de limo y el agua salada iba anegando los cultivos. En Asia Central siguió en pie una de las grandes ciudades –Merv (ahora en Turkmenistán) fue durante un breve periodo la ciudad más grande del mundo–, pero nadie se preocupaba de sus murallas. No había nadie montando guardia cuando finalmente llegó el Apocalipsis.

Resultó que Gog y Magog eran reales, solo que tenían otro nombre. Fue Gengis Khan –y luego sus hijos–, recién terminada la conquista de China, quienes convirtieron en un montón de ruinas arenosas las cosmopolitas capitales de Asia Central y de Oriente Próximo. El impacto que tuvieron, una vez superadas las murallas indefensas de la frontera, fue como lo que habían anunciado los profetas de la destrucción, o incluso más. La conquista mongola del área que se extendía desde Uzbekistán hasta Siria casi llegó a exterminar toda la civilización. En el genocidio murieron millones de personas, y las que lograron sobrevivir tuvieron enormes dificultades para hallar lo imprescindible para la subsistencia.

Sería decepcionante, después de haber visto tantas murallas construidas en las fronteras de la estepa y después de haber repasado la mitología que rodeaba su construcción, no citar lo que ocurrió en la más antigua de las tierras amuralladas. Un resumen de los hechos debería empezar en el año 1219, cuando Gengis Khan centró su atención en la región de Asia Central llamada Transoxiana, donde prosperaban las ciudades de Tashkent, Ferganá, Balasagún y otras. Ese hecho supuso la aniquilación de un pueblo resistente y capaz. Los mongoles devolvieron toda la región situada al norte del río Sir Daria a su estado natural, de modo que lo único que sobrevivió en el paisaje fueron las ruinas y los edificios abandonados. Las viejas murallas fronterizas se llenaron de polvo y se desvanecieron en la oscuridad que aún ahora las envuelve, cuando son un misterio incluso para los lugareños. Las tierras de cultivo irrigadas que antes abastecían a las ciudades volvieron a convertirse deliberadamente en el yermo territorio de la estepa.

Las ciudades fueron cayendo una detrás de otra a medida que los mongoles avanzaban hacia el sur. La primera en caer fue Bujará, que había sido un gran centro cultural rebosante de médicos, juristas y sabios pertenecientes a varias religiones. Desde que un día los habitantes de la ciudad vieron, aterrorizados, que el horizonte se llenaba de jinetes, la caída de la gran ciudad se produjo a un ritmo vertiginoso. La gigantesca polvareda creada por los caballos convirtió el día en noche. Casi todos los

habitantes de la ciudad huyeron a la ciudadela, donde un ejército formado por veinte mil soldados turcos y ciudadanos de Bujará se enfrentó a los mongoles y fue exterminado. Al entrar en la ciudad, Gengis Khan preguntó, extrañado, si la mezquita era el palacio del sultán. Cuando le dijeron que era el hogar de un dios perdió todo interés por ella, se bajó del caballo, subió al púlpito y proclamó: “En el campo no hay comida para el ganado; hay que llenar los estómagos de nuestros caballos”. Después ordenó convertir las hornacinas donde se guardaba el Corán en pesebres para los caballos y obligó a los religiosos, los profesores y los eruditos de la mezquita a trabajar como sirvientes. Más tarde, furioso por la obstinada resistencia de la ciudadela, ordenó incendiar la ciudad y matar a todos los varones que midieran “más que el mango de un látigo”. Tal como relató un superviviente de la matanza, “llegaron, destruyeron, quemaron, asesinaron, saquearon y se fueron”. [24]

En Samarcanda, el número de víctimas exterminadas alcanzó las cincuenta mil personas. Y eso que podría haber sido mucho peor: en Tirmiz, Gengis ordenó a sus soldados que abrieran en canal las tripas de los habitantes de la ciudad por si se habían tragado sus tesoros con la esperanza de conservarlos. En Balj, los mongoles dejaron tantos cadáveres que los leones, los buitres y los lobos se mezclaron entre la carroña sin pelearse entre ellos. Después, los mongoles arrasaron a gran velocidad las demás ciudades de Asia Central. Merv cometió el error de resistir con demasiado ahínco. Los mongoles tardaron cuatro días en conducir a toda la población civil hasta la llanura donde la exterminaron. Las pilas de cadáveres eran tan altas que las montañas parecían empequeñecer a su lado. Algunos testigos intentaron contar los muertos y llegaron a la conclusión de que llegaron a 1.300.000. [25] Así era el destino reservado a las ciudades que se resistían al ataque de los mongoles. En la ciudad de Herat se decía que hubo 1.600.000 asesinados (2.400.000 según otro autor). [26] Eran cifras que sobrepasaban toda capacidad racional de cálculo.

Los mongoles llegaron a la cima de sus instintos destructivos en Bagdad. En el siglo XIII , Bagdad era la ciudad de los califas, un centro cultural e intelectual donde había cientos de bibliotecas y tiendas de libros en una época en que los libros eran muy escasos en casi todo el mundo. Cuando llegaron las oleadas de atacantes mongoles, bien pertrechadas con armas de asedio chinas, la población civil de todo Irak corrió a esconderse tras las

murallas de la ciudad, abarrotando calles y tiendas. Sin embargo, la derrota de los soldados del califa sentenció a muerte a la ciudad, ya que casi no quedó ni un solo soldado que pudiera defender las murallas. La masacre de los habitantes de Bagdad se llevó a cabo en el plazo bíblico de cuarenta días. Cuando terminó, los traumatizados supervivientes salieron de sus escondrijos con el rostro desprovisto de cualquier atisbo de color. Según un testigo, era como “si los muertos salieran de sus tumbas en el día de la resurrección, temerosos, hambrientos y fríos”. [27] Unos ochocientos mil habitantes de Bagdad habían muerto, y eso sin contar “a los niños arrojados al barro, a los que habían muerto en los canales, en los pozos y en los sótanos, y a todos aquellos que habían muerto de hambre y de miedo”. [28] Los muertos yacían en inmensas pilas, expuestos a la lluvia que se abatía sin piedad sobre ellos, cosa que aceleró su putrefacción. Se veían enjambres de moscas por todas partes. Un hedor indescriptible flotaba en el aire, hasta el punto de que los supervivientes tenían que apretar una cebolla contra la nariz para ahuyentar el olor. Mientras tanto, los cadáveres que flotaban en los canales de riego contaminaron el agua y originaron una epidemia.

La caída de Bagdad apagó los últimos reductos de resistencia en Irak. Los civiles iraquíes, descendientes de los antiguos mesopotámicos, ya ni siquiera tenían antepasados belicosos que pudieran inspirarles a la hora de plantar cara al enemigo, así que se negaron incluso a luchar. El escritor árabe Ibn al-Athir, de Mosul, expresó su desprecio por los contemporáneos que aceptaban su destino como si fueran ovejas, sin darse cuenta de que esta conducta era la prueba palpable de las diferencias ancestrales entre constructores de murallas y guerreros. Contó varias historias: la de un mongol que había exterminado él solo a un poblado entero porque ninguno de los lugareños se había atrevido a defenderse; la de un hombre que esperó pacientemente a que el mongol que lo había hecho prisionero se alejara cabalgando en busca de una espada y volviera después a matarlo; la de diecisiete hombres que estaban tan aterrorizados por un solo mongol que siguieron obedientemente sus órdenes de atarse los unos a los otros. Mil cosas diferenciaban a los civilizados iraquíes de los mongoles. Los iraquíes sabían leer y escribir y crear un gran surtido de productos ajenos por completo a la economía de los mongoles; pero cuando los dos pueblos se encontraron frente a frente, lo único importante fue que los iraquíes habían

vivido protegidos por las murallas de la ciudad durante los últimos cincuenta siglos, y apenas habían experimentado la violencia.

Al exterminio de los constructores de murallas le siguió la destrucción de todas las infraestructuras que habían hecho posible la civilización en unas zonas muy áridas. En el oeste de Siria y en el norte de Irak, los nómadas expulsaron a los campesinos de sus tierras, circunstancia que continuó hasta bien entrado el siglo XX . Los mongoles infligieron el tiro de gracia a una agricultura que ya estaba en declive cuando destruyeron todas las obras de irrigación. Miles de kilómetros de acequias, canales de riego y canales de drenaje se convirtieron en ruinas. En el siglo XX solo uno de los antiguos canales seguía funcionando. [29] El Tigris y el Éufrates, ahora que la mano del hombre ya no encauzaba su curso, se desviaban, como suelen hacer los ríos, lo que ocasionaba graves desastres. Así encontraron su final algunas de las ciudades más antiguas del mundo.

Toda Asia Central sufrió la misma destrucción. En Bujará, en Merv, en Urgench, los mongoles arrasaron todas las presas y compuertas imprescindibles para el funcionamiento del sistema hidráulico de la región. [30] La vida urbana fue exterminada. En el corazón de Persia, que tenía muy pocas reservas de aguas subterráneas, la civilización dependía del mantenimiento de una red subterránea de canales de riego con libre acceso a los acuíferos. Los mongoles también destruyeron esas infraestructuras invisibles. El propio Gengis Khan, como un último y gratuito gesto de despedida, mandó destruir todos los graneros de Irán cuando abandonó el país.

El fracaso de las murallas de Asia Central y Oriente Próximo marcó uno de los giros más decisivos en la historia de la humanidad. Junto con el repliegue de China tras los muros de la Gran Muralla de los Ming, fue uno de los factores determinantes del súbito acceso de Europa al dominio global. Simplemente, Occidente había durado más que sus dos competidores principales.

Los supervivientes usaron las pocas energías que les quedaban para reconstruir sus ciudades, aunque sin librerías, escuelas ni ningún otro establecimiento que no les pareciera imprescindible. También desaparecieron las viejas murallas que los habitantes de estas regiones llevaban construyendo y reconstruyendo durante más tiempo que ningún

otro pueblo del planeta. Esos habitantes habían construido las primeras murallas urbanas del mundo y, en su interior, las primeras civilizaciones. Pero de sus muchas costumbres tradicionales, una de las pocas que conservaron fue la mansedumbre. No opusieron ninguna resistencia cuando los pueblos belicosos irrumpieron desde la estepa e impusieron el nomadismo donde antes habían florecido las ciudades. Con el paso del tiempo, el antiguo corazón de la civilización se redujo a poco más que un terreno para las maniobras de la caballería. En el siglo XVII , la población de Bagdad había descendido a los quince mil habitantes, una cantidad insignificante si se compara con su antigua grandeza. En cambio, un viajero del siglo XVIII afirmó que el número de tribus nómadas que vivían en el país era "infinito". [31] A finales del siglo XIX todavía quedaban poderosas tribus nómadas que atacaban Siria. Los nómadas Fid'an, por ejemplo, cercaron Alepo en 1811, destruyeron cuarenta poblados que rodeaban las afueras de la ciudad y devoraron todas las cosechas. [32] Más o menos por las mismas fechas, los beduinos montados en camellos cruzaron el Éufrates sin encontrar más resistencia que la de las tribus de pastores ya establecidas allí. Los lugareños, acosados por las incursiones de los nómadas, abandonaban sus hogares y dejaban de cultivar la tierra. La "frontera del desierto", en Siria, se desplazó hacia el oeste a medida que las poblaciones abandonadas superaban en número a las ciudades todavía habitadas. [33]

Las últimas murallas que quedaban en pie en Oriente Próximo y en Asia Central eran cualquier cosa menos imponentes. Eran la prueba, en un proceso de reducción al absurdo, de la tesis que sostiene que donde no hay murallas fronterizas habrá a la fuerza murallas protegiendo las ciudades; y si no hay murallas protegiendo las ciudades, habrá muros divisorios entre los barrios de la ciudad; y si no existen esos muros divisorios, habrá seguro otros muros más pequeños. En el siglo XIX , algunas tribus turcas seguían capturando a los persas para venderlos como esclavos. Todo el territorio de Irán se llenó de "atalayas contra los turcomanos", [34] por cuyas pequeñas aspilleras se metían los lugareños que querían huir de los captores de esclavos turcos. Las grandes murallas ya no se tenían en pie, pero no se puede culpar a los persas por haberlas descuidado. Por entonces ya no tenía ningún sentido intentar reconstruir un mundo perdido formado por ciudades amuralladas, seguras. Aquel mundo había desaparecido para siempre, y no solo en Persia sino en todos los lugares, después de que lo aniquilara una

nueva tecnología militar que hacía de cualquier muralla algo completamente obsoleto.

TERCERA PARTE

EL MUNDO EN TRANSICIÓN

XII

LA BOMBARDA HORRIBLE

Constantinopla, 1453 d. C .

Constantino Paleólogo está dormido. Ahora forma parte del selecto club de los monarcas heroicos que, como Arturo o Alejandro Magno, volverán un día para hacer resurgir a sus naciones y para defenderlas de todo mal. Es el Rey de Mármol, al que rescató un ángel, fue convertido en piedra y colocado bajo la Puerta Dorada de las murallas de Constantinopla, donde ahora espera, dormido, hasta que un día se despierte, coja su espada y expulse a los turcos de la ciudad.

El Constantino histórico –que gobernó como el undécimo emperador bizantino o romano que llevaba ese nombre– no tuvo el honor de hacer renacer a su nación. Su destino fue el de representar un papel muy distinto, el del héroe destinado a morir en la defensa postrera de Constantinopla. Constantino abandonó el escenario muy poco después de haber hecho su entrada, en el momento justo en que se despojó al mundo civilizado de la seguridad que le habían proporcionado, durante diez mil años, las murallas que defendían una ciudad. Constantino reunía todas las cualidades necesarias para representar ese papel. Antes de subir al trono, había servido al imperio como "déspota" de Morea, es decir, como gobernador bizantino del Peloponeso. Mientras ocupó el cargo reconstruyó la muralla que antiguamente aislaba la península en el istmo de Corinto. A pesar de su pequeño tamaño, la muralla de Corinto antecedió a todas las murallas fronterizas europeas. Se levantó por primera vez en la era micénica, y los griegos y los romanos la reconstruyeron varias veces después. Justiniano le había añadido torreones en el siglo VI . Recientemente, el propio padre de Constantino, Manuel II, un emperador muy preocupado por la teología, había supervisado personalmente las obras de reparación. Pero ninguno de esos constructores de murallas podía imaginar contra qué clase de enemigo tendría que enfrentarse Constantino en 1446: cincuenta mil soldados turcos

armados con cañones y catapultas. Al cabo de unas pocas semanas, los turcos se abrieron camino, saquearon el Peloponeso y obligaron al futuro emperador a rendir tributo al sultán otomano.

En 1449, Constantino subió al trono de Bizancio, justo a tiempo para defender otro conjunto de murallas contra unas fuerzas bastante mayores. En el momento de su coronación tenía cuarenta y tres años: era una persona de mediana edad, experimentada y estoicamente dispuesta a asumir su papel de defensor de una causa perdida. Muy pronto se demostró de que lo compararan con Leónidas de las Termópilas o con Travis del Álamo, aunque el imperio que Constantino intentaba defender apenas merecía el esfuerzo. En el siglo XV , el Imperio bizantino había quedado reducido a unos pocos jirones, y era imperial solo nominalmente, ya que por entonces había perdido casi todo su territorio original. Tierra Santa y todo el Norte de África habían caído en poder de la primera oleada de ejércitos islámicos que habían surgido de Arabia; y a partir de ese momento habían vivido un proceso de disputa permanente entre cruzados cristianos, mongoles y turcos. Asia Menor logró resistir un poco más, pues hasta el siglo XI no cayó en manos de los antiguos pueblos de la estepa, ahora islamizados, que más tarde darían nombre a Turquía. Mientras tanto, las provincias orientales del antiguo Imperio romano estaban bajo el dominio de potencias menores. En la época de Constantino, lo único que quedaba del antiguo imperio eran unas pocas islas, unas cuantas ciudades griegas en las riberas del mar Negro, un Peloponeso saqueado y Constantinopla.

La capital, igual que el Estado que dirigía, ya no poseía casi ningún rastro de su antigua grandeza. Los visitantes del siglo XV coincidían en señalar el estado de suciedad y abandono en que se encontraba la ciudad. Casi todos los magníficos edificios de Justiniano, con la excepción de la iglesia abovedada de Hagia Sophia, estaban en ruinas. Solo las murallas de Teodosio, que se habían reparado y ampliado tras el sitio de 1432, podían evocar el pasado glorioso de la ciudad a la que se había llegado a denominar Nueva Roma.

Desde el interior de sus murallas milenarias, Constantinopla había funcionado durante siete siglos como un centro de mando estratégico en medio de un gran choque de civilizaciones. Durante la Alta Edad Media, los bizantinos habían sido, junto con los francos, las dos únicas potencias de Occidente capaces de detener el asalto del islam. Una y otra vez, los emperadores bizantinos habían tenido que reunir los recursos suficientes, en

un Estado arruinado financieramente y devastado por la peste, para evitar el desastre. Y una y otra vez, los sultanes y califas habían intentado apoderarse de Constantinopla con enormes ejércitos que plantaban ante las puertas de la ciudad, aunque las murallas siempre acababan por frustrar los sueños de conquista que los viejos mitos musulmanes llevaban profetizando desde tiempos inmemoriales.

El deseo de conquistar Constantinopla iba pasando de califa a sultán, de árabes a turcos. Mehmet II, que a los doce años ya era sultán, sintió muy pronto la frustración de ver que sus consejeros rechazaban sus impetuosos planes de conquistar la capital bizantina. El sueño de hacerse con la ciudad se convirtió en una obsesión para el joven monarca. Pocos años después, cuando un inquieto consejero intentó calmarlo ofreciéndole una bandeja de monedas de oro, Mehmet rechazó el ofrecimiento. “Solo quiero una cosa –dijo–: entrégame Constantinopla”. [1]

A finales del verano de 1452, Mehmet llevó su ejército hasta las murallas de Constantinopla, donde el emperador Constantino Paleólogo no pudo hacer nada más que observar, impotente, cómo el sultán y sus ingenieros examinaban las fortificaciones de la ciudad. Por fortuna, las murallas seguían siendo formidables. Con un perímetro de 20 kilómetros, rodeaban por todas partes la ciudad de trazado triangular. Los dos barrios más populosos daban al mar: por el sur, al mar de Mármara, y por el norte, al estuario conocido como Cuerno de Oro. Estos dos flancos eran en esencia inexpugnables. Para atacar las murallas marítimas por el flanco sur, habría que realizar un desembarco anfibio a plena vista de los defensores. Además, las murallas que daban al Cuerno de Oro estaban protegidas por una cadena gigantesca que se tendía sobre las aguas y bloqueaba la boca del estuario, cerrando el paso a los navíos turcos. Las murallas terrestres, que daban a poniente, también eran fortificaciones formidables, ya que conservaban todos los elementos del diseño original de Teodosio: un gigantesco foso seco que podía inundarse a voluntad; un sólido parapeto en primera línea y, en su interior, dos anillos sucesivos de murallas mucho más altas, llamadas la Exterior y la Interior.

A lo largo de los diez mil años que habían pasado desde que se levantaron las primeras murallas en tiempos prehistóricos, las técnicas de asalto habían evolucionado muy poco. Los ejércitos de finales de la Edad Media contaban con las mismas tácticas y las mismas armas que usaban los guerreros antiguos. No era una tarea fácil apoderarse de una muralla por

medio de un asalto directo. Para ello había que expulsar a los defensores de sus posiciones, normalmente usando flechas y hondas, y luego había que saltar las murallas usando unas escaleras tambaleantes que se habían colocado a toda prisa al pie de las fortificaciones, sobre el suelo irregular. Como método alternativo, el ejército atacante podía intentar reventar las puertas golpeándolas con arietes, o bien usando una serie artilugios de dudosa eficacia que lanzaban piedras y que se denominaban onagro, mangonel, catapulta, balista o trabuquete. Otra táctica consistía en minar las murallas: construir un túnel bajo las murallas de la ciudad, llenar el hueco con material inflamable y encender un fuego que fuera quemando los dispositivos de madera situados en el túnel hasta que la mina explotaba, la cueva se venía abajo y se desmoronaban los muros que había encima. Por último, los atacantes podían usar la torre de asedio, una especie de torpe precursor del tanque que consistía en una estructura de madera de tres pisos montada sobre ruedas que permitían deslizarla hasta el borde del muro, donde se convertía en una plataforma a cubierto para los hombres armados, los zapadores o los escaladores.

Todas estas armas de asedio entrañaban un gran peligro. Las minas podían colapsar sobre los mineros. Las escaleras resbalaban, se rompían, o los defensores las empujaban. Los soldados que manejaban los arietes estaban muy expuestos al fuego enemigo. Los onagros que lanzaban piedras recibían este nombre (el onagro era un asno salvaje) porque coceaban como mulas y podían herir o matar a quienes las manejaban con la misma eficacia que el enemigo. Las torres de asedio se incendiaban con facilidad, las podía destruir una mina y generalmente exigían el uso de soldados que trabajasen en condiciones muy peligrosas, abriendo un pasillo para el desplazamiento de la torre o construyendo una pasarela que atravesara el foso. Las murallas de Constantinopla llevaban muchos siglos venciendo sobre todas estas técnicas de asedio.

En el siglo XV , Mehmet tenía a su disposición las técnicas de asedio tradicionales, pero además tenía otra. Un fundidor húngaro se había pasado al bando de los turcos. Al principio, este experto en fundiciones de bronce, del que solo conocemos el nombre de Urban (o Orbán), había ofrecido sus servicios a Constantinopla, pero el emperador, agobiado por la falta de recursos, no pudo pagarle el salario que pedía. Al instante, el húngaro se ofreció a trabajar para el sultán. El fundidor mercenario tuvo que enfrentarse a cierto escepticismo inicial. La entrevista de trabajo fue muy

dura. Pero en cuanto Urban se jactó de que podía construir un cañón que derribara las murallas de Constantinopla, el sultán no quiso oír nada más. Ofreció a su nuevo empleado un salario fastuoso y le proporcionó los hombres y los materiales necesarios para montar su fundición en una ciudad situada a unos 200 kilómetros de Constantinopla: Adrianópolis, la Ciudad de Adriano.

En el folclore de los reyes dormidos no hay ningún mito que se refiera a Adriano. El gran constructor romano de murallas era demasiado impopular. Pero aquel año iba a surgir de la ciudad que llevaba su nombre no un fantasma ni un emperador resucitado, sino un monstruo, una maquinaria bélica que nunca antes se había visto en el mundo: un pulverizador de murallas.

Hacía muy poco que los cañones habían aparecido en los campos de batalla, si descontamos el cañón de vapor que Arquímedes usó en la segunda guerra púnica. Los chinos fueron los primeros en usar la pólvora como propulsora de armas de fuego, y en el siglo XIII esa tecnología se había expandido desde China al mundo islámico, desde donde más tarde pasó a Europa. Los primeros cañones de pólvora eran muy poco eficaces para derribar murallas, así que solían usarse más para defenderlas que para atacarlas. De hecho, en 1396, los bizantinos habían usado estas armas modernas para repeler el asalto de un ejército turco que asediaba Constantinopla. Medio siglo más tarde, el arrogante Urban, que solo era leal al oro que llevaba en la faltriquera, se propuso construir cañones que fueran capaces de destruir las murallas de Constantinopla. Y cuando por fin lo logró, había revolucionado la artillería, la guerra moderna y la forma en que llevaban viviendo los pueblos civilizados desde hacía diez mil años.

El primer paso de Urban y sus obreros fue fabricar un molde de nueve metros de longitud con arcilla, cáñamo y lino. Una vez terminado, el molde se introdujo en un hoyo y se protegió con materiales muy bien comprimidos, formando una masa compacta para que pudiera resistir la presión cuando lo rellenaran con varias toneladas de metales fundidos. En cuanto empezó la fundición del cañón, los obreros tuvieron que trabajar en condiciones infernales. El aire apestaba a humos tóxicos. Los obreros rezaban y se entregaban a toda clase de supersticiones para evitar que se produjera una explosión. Los grandes hornos desprendían un inmenso calor, pues la temperatura en su interior llegó a alcanzar los mil grados

centígrados. Esta temperatura infernal se mantuvo durante tres días seguidos mientras los obreros aventaban sin cesar los fuelles para avivar el fuego. Usaban como combustible carbón vegetal, que tenían almacenado en una montaña más alta que la misma fundición, y con el que alimentaban el fuego palada a palada. Al mismo tiempo, alimentaban el gigantesco caldero con cientos de piezas de bronce. ¿Dónde habían encontrado tal cantidad de metal? ¿Viejas campanas de iglesia? ¿Armas de soldados que llevaban muertos desde hacía mucho tiempo? Dos mil años antes de Urban, las grandes ciudades amuralladas del mundo clásico habían erigido incontables estatuas de bronce. Pero esas estatuas ya casi habían desaparecido, una triste consecuencia derivada de que estaban hechas de un material útil, reutilizable y que, a diferencia del hierro, no se oxidaba. ¿Y cuántas de esas viejas estatuas, fundidas y moldeadas una y otra vez, alimentaban ahora el burbujeante caldero de Urban?

Urban y su equipo tardaron tres meses en fundir el gran cañón de bronce, y cuando estuvo terminado, Mehmet ordenó ponerlo a prueba. El cañón disparó una gran bala de piedra, de más de dos metros de diámetro, a más de un kilómetro y medio de distancia. Acto seguido, una caravana de carros tirados por sesenta bueyes y vigilada por un centenar de hombres empezó a transportar el cañón hasta Constantinopla. Delante de ellos iban otros doscientos cincuenta hombres que se ocupaban de los preparativos habituales para la guerra: construían puentes lo suficientemente resistentes como para que pudieran soportar el peso de la bombarda, hasta que llegara a su posición delante de la ciudad, donde podría rugir, tronar y lanzar sus poderosas piedras.

En Constantinopla, los habitantes estaban muy inquietos y trabajaban a fondo en la puesta a punto de las murallas, haciendo añadidos y reparaciones de última hora. Los hombres capacitados para las obras o para la defensa de la ciudad no sobraban. La población de la gran ciudad había disminuido hasta poco más de cincuenta mil personas. Igual que el imperio, la ciudad no era más que un pálido vestigio de su antiguo esplendor. Constantino le ordenó a su secretario que hiciese un censo de población. Resultó que solo había unos cinco mil hombres capaces de empuñar las armas, además de unos doscientos extranjeros. Esa cifra no permitía albergar muchas esperanzas: si los cinco mil hombres se distribuían a lo largo de los veinte kilómetros de anillos de murallas, iban a quedar sin defender unos huecos de cinco metros entre soldado y soldado.

Adriano ya ha hecho su cameo. Ahora le toca el turno a Justiniano. En enero de 1453, una compañía formada por setecientos mercenarios genoveses llegó en barco, bajo el mando de un joven capitán llamado Giustiniani (la forma italiana de Justiniano). El guerrero de treinta y cuatro años había organizado y sufragado personalmente la expedición, la única ayuda que la capital cristiana iba a recibir de todo Occidente. Constantino tenía puestas grandes esperanzas en la buena fama de Justiniano, y los dos trabajaron juntos para preparar la defensa de la ciudad. Después de evaluar el potencial defensivo de las fortificaciones, decidieron situar a todos sus hombres en la Muralla Exterior, es decir, en el anillo intermedio del triple anillo de murallas edificado por Teodosio. Los defensores tenían pocas armas de fuego y temían usar los cañones, por miedo a que los golpes provocados por el retroceso dañaran las fortificaciones sobre las que los habían montado. Una vez desplegados fuera del Muro Interior, los soldados bizantinos iban a tener que luchar con la espalda pegada a las puertas de la ciudad.

Las tropas que defendían la ciudad constituían una mezcla abigarrada. Constantino distribuyó sus menguadas tropas a lo largo de los 20 kilómetros de murallas; algunas vigilaban el mar, otras vigilaban los accesos por tierra. En un sector, un cardenal estaba al mando de doscientos hombres; en otro, un arzobispo dirigía la defensa. Un lienzo de muralla estaba vigilado por monjes ortodoxos griegos, otro por el séquito de un pretendiente al trono otomano. Los mercaderes venecianos y los mercenarios genoveses se ocupaban de las zonas más peligrosas. Las tropas griegas y civiles cubrían el resto, pero eran tan tristemente pocos que sus escasas esperanzas de sobrevivir al asedio dependían por completo de los ladrillos y del cemento de las murallas, que debían resistir hasta que llegara la ayuda de Occidente.

Un ejército de trescientos o incluso cuatrocientos mil hombres se estaba acercando a la ciudad. Cuando llegó, Constantino envió a sus tropas venecianas a que desfilaran con sus vistosos uniformes frente a las murallas en un intento patético de intimidar al sultán.

El 2 de abril de 1453 se inició la batalla de Constantinopla. El emperador se cobró la primera sangre cuando lanzó una pequeña partida contra la vanguardia de los turcos. Aunque la misión causó muchas bajas, se hizo evidente lo inútil de aquella carga heroica cuando empezaron a aparecer nuevas oleadas de soldados turcos. A continuación, Constantino ordenó la

retirada de sus tropas e hizo destruir todos los puentes que cruzaban los fosos. Cuando se cerraron las puertas de la Muralla Interior a espaldas de sus defensores, todos ellos se quedaron aislados, como si estuvieran en una isla. Todo dependía de la Muralla Exterior.

Cuatro días más tarde, el sultán tenía ya emplazadas sus baterías. Se inició un bombardeo aterrador. El cañón de Urban, aunque disparaba desde una enorme distancia, dejó estupefactos a los defensores. Los que luego escribirían una crónica de la batalla tuvieron que buscar una palabra que pudiera designar aquella nueva arma. Rebuscaron en su vocabulario clásico intentando encontrar algo que significara “lo que conquista la ciudad” o “lo que arroja proyectiles”. Algunos acuñaron palabras nuevas, que podrían traducirse más o menos como “ingenio que dispara desde grandes distancias” o “ingenio que lanza piedras”. Para un cronista se trataba simplemente de “un horripilante monstruo nunca visto”. Para el arzobispo Leonardo, que luchó en las murallas, era la *bombarda horribilis* .

Mientras Mehmet observaba con atención desde su tienda de color rojo y oro, la Bombarda Horrible destruía todo cuanto tocaba, lanzando en todas direcciones fragmentos de muros y de balas. Después de cada disparo, los artilleros otomanos tenían que echar litros de aceite de oliva por la boca recalentada del cañón para evitar que explotara. Antes de disparar de nuevo, tenía que enfriarse durante dos horas, lo que limitaba su uso a unos pocos disparos al día. Pero a pesar de estas limitaciones, el impacto de los cañonazos del gran cañón fue tremendo. A las veinticuatro horas ya había conseguido derribar un lienzo completo de muralla. A partir de ese momento, atacantes y defensores empezaron a actuar siguiendo un mismo ritmo. Cada día, los artilleros turcos disparaban contra las murallas. Cada noche, las puertas de la Muralla Interior se abrían y los civiles de Constantinopla, incluyendo mujeres y niños, corrían a ayudar a sus maridos, padres y hermanos en las obras de reparación de las murallas.

En la zona donde se concentraba el fuego de la bombarda de Urban resultó imposible reparar las murallas. Para bloquear la brecha, los defensores tuvieron que levantar una empalizada de madera muy parecida a las primeras fortificaciones que los aldeanos de la prehistoria construían para proteger sus hogares. Dadas las circunstancias, era lo único que podían hacer, y los turcos enseguida se dieron cuenta de que allí estaba el punto débil de las defensas bizantinas. El 18 de abril, el sultán lanzó a sus tropas de élite, los jenízaros, al asalto de la empalizada. Los jenízaros procedían de

familias cristianas del este de Europa. Los separaban de sus padres siendo niños y los entrenaban para convertirse en los guerreros musulmanes más fanáticos y mejor adiestrados. La infantería que cubría el flanco del ejército de Mehmet estaba formada por jenízaros. Pero los genoveses de Giustiniani repelieron el ataque e infligieron muchas bajas a los atacantes, sin sufrir ellos ninguna baja propia.

Dos días después, los defensores de las murallas costeras pudieron presenciar a vista de pájaro un hecho extraordinario. Tres naves genovesas, además de un bajel bizantino, aparecieron en el horizonte y navegaron hacia la bocana del puerto. Transportaban armas, alimentos y provisiones. Al principio parecía que la flotilla iba a poder sortear el bloqueo naval, pero cuando amainó el viento, la corriente arrastró las cuatro naves hacia las aguas donde estaba fondeada la flota turca. Los innumerables barcos de guerra otomanos, todos bien pertrechados de cañones y soldados, se abalanzaron sobre la flotilla cristiana. En la feroz batalla que se produjo a continuación, los barcos cristianos solo contaron con la ventaja de su mayor altura, a no ser que contemos también el coraje. Bajo el fuego enemigo, los marineros genoveses y bizantinos se subieron a los mástiles para dejar caer proyectiles contra sus enemigos. Treinta o incluso cuarenta barcos otomanos rodearon a cada nave cristiana e intentaron asaltarlas al abordaje porque los cañones no habían conseguido hacer su trabajo. Los cristianos, que no podían escapar si no se levantaba viento, se defendieron con hachas de los turcos que intentaban saltar a bordo. Desde la costa, el sultán observaba la batalla tan absorto que más de una vez se metió a caballo en el agua, como si quisiera cabalgar en ayuda de su flota. Para su desesperación, los cuatro barcos cristianos consiguieron resistir el asalto y por fin lograron tomar viento y llegar sanos y salvos al puerto de Constantinopla.

La llegada de los pertrechos de emergencia dio un atisbo de esperanza a los sitiados. Quizá, pensaron, pronto las seguirían otras flotillas cristianas. Pero esa esperanza se desvaneció dos días después. Los turcos lograron encontrar una forma de esquivar la gran cadena: montaron una parte de su flota sobre rodillos y la arrastraron por tierra desde el mar de Mármara hasta el Cuerno de Oro. Al perder el Cuerno de Oro, Constantinopla ya no tenía un puerto seguro por el que pudiera recibir refuerzos. Mientras los venecianos y los genoveses discutían la fórmula para enfrentarse a la nueva catástrofe, la Bombarda Horrible seguía pulverizando las murallas. Un

testigo italiano, Nicolò Barbaro, dijo que sonaba como si el cielo se fuera a partir en dos.

El 7 de mayo, el sultán ordenó un nuevo asalto por tierra. Treinta mil hombres, incluidos equipos de manejo de arietes, se abalanzaron sobre la ciudad en medio de un griterío tan ensordecedor que podía oírse a decenas de kilómetros de distancia. Como en anteriores ocasiones, se repelió a los atacantes. Cinco días más tarde se oyó el mismo estrépito espantoso, solo que esta vez se le había añadido un conjunto cacofónico de timbales, trompetas, címbalos, pífanos, gaitas y laúdes. Una vez más, los defensores consiguieron rechazar el ataque con la ayuda de los soldados venecianos que antes habían formado parte de la dotación de los barcos. El desgaste físico y psíquico del cerco agudizó las divisiones entre los defensores. Los cronistas italianos se mostraron muy críticos con los griegos, y uno de ellos recogió la visión tradicional de los guerreros contra los constructores de murallas: los griegos, dijo, eran malos combatientes que preferían cultivar la tierra antes que estar de guarnición en los puestos de batalla.

Bajo la tierra de nadie que quedaba entre las dos líneas de combate, atacantes y defensores jugaban a oscuras al antiguo juego del gato y el ratón. Zapadores turcos y griegos cavaban túneles a fantástica velocidad, unos procurando que no los detectaran, los otros intentando descubrir y destruir al enemigo. El 16 de mayo, los turcos casi habían conseguido llegar a la Puerta de Kaligaria, pero los atentos defensores descubrieron sus minas y las destruyeron. El 22 de mayo destruyeron una segunda mina, y una tercera el día 23. En total, destruyeron y localizaron siete minas, mientras que cañonazos incesantes atronaban el aire.

El sultán usó todas las herramientas que le ofrecía el arte del asedio. En una sola noche, sus hombres construyeron una gigantesca torre de asalto y la empujaron hasta las murallas. Desde esa atalaya, los turcos lanzaban sobre las almenas una lluvia de flechas detrás de otra y aterrorizaban a los constantinopolitanos. A la noche siguiente, los valientes defensores salieron a escondidas de la ciudad y volaron la plataforma inferior de la torre. El enorme artilugio bélico se derrumbó envuelto en llamas.

Una nueva amenaza llegó por las murallas costeras. Los defensores de la ribera marítima vieron horrorizados que los marineros turcos unían sus barcos con sogas y formaban un puente flotante que cruzaba el Cuerno de Oro. Para los defensores de Constantinopla, igual que les había sucedido a innumerables pueblos antes que ellos, no había nada más tranquilizador que

una muralla, ni nada más terrorífico que un puente. Los cronistas griegos e italianos evocaron la historia del rey persa Jerjes, que construyó un puente de barcas para cruzar el Helesponto durante su famosa invasión de Grecia. A partir de aquel momento, las murallas del norte de la ciudad, casi desguarnecidas de hombres, se volvieron muy vulnerables en caso de asalto.

En el campamento de los turcos, las expectativas de victoria –y de saqueo– se dispararon. El domingo 27 de mayo y el lunes 28, el ejército se preparó para el asalto final con un gran despliegue de timbales, griterío y fuego. Para los soldados turcos, el estrépito y la barahúnda eran un estímulo que excitaba su mente y que les producía descargas de testosterona mientras esperaban las órdenes de iniciar el ataque. Para Nicolò Barbaro, apostado detrás de las murallas, los gritos sonaban como si llegaran directamente del infierno.

Los héroes de Constantinopla pasaron los últimos días del asedio como habían pasado las últimas semanas: muertos de hambre y sin poder abandonar en ningún momento sus posiciones. A los que tenían un hogar en la ciudad les preocupaba que sus familias se hubieran quedado sin comida.

En el interior de las murallas, los cristianos organizaron una procesión religiosa con la remota esperanza de que la intercesión divina los pudiera librar de una muerte cierta. El emperador arengó al gentío. Dijo que estaba muy orgulloso de las valientes hazañas de los defensores de la ciudad, y que no debían perder el ánimo solo porque una parte de sus murallas se hubiera venido abajo. Fue un discurso muy breve pero valiente, cinematográfico a su manera y muy estimulante: la clase de despedida que esperamos de uno de nuestros héroes.

El martes, 29 de mayo, en las horas de oscuridad que precedían al alba, Mehmet lanzó el asalto final. Como si el estrépito de la batalla no fuera suficiente, todas las campanas de las iglesias de la ciudad repicaron al unísono para despertar a los que todavía dormían. En la primera oleada, Mehmet mandó atacar a sus tropas menos preparadas para el combate: cincuenta mil esclavos cristianos y mercenarios. Como Jerjes en las Termópilas, los hizo avanzar seguidos de hombres que azotaban con látigos a cualquiera que intentase batirse en retirada. Cuando asaltaron las murallas con escaleras, los atacantes sufrieron graves pérdidas, y tras dos horas de combate, Mehmet ordenó la retirada. Los cañones retomaron el bombardeo diario hasta que Mehmet ordenó un segundo asalto, compuesto esta vez por

cincuenta mil turcos con escasa preparación militar que solo se habían unido a su ejército por la esperanza de hacerse con algún botín.

Esta segunda oleada atacó todo el perímetro de las murallas, pero también fue rechazada. Hasta los mismos monjes lograron resistir a los turcos en sus fortificaciones. Pero entonces la Bombarda Horrible dio de lleno en el punto más vulnerable de la línea defensiva. Una gigantesca bala de piedra hizo añicos la empalizada de madera que los genoveses habían construido a toda prisa para taponar la brecha abierta en el muro. Una multitud de soldados turcos se coló por el boquete. Durante un tiempo, los genoveses lograron mantenerlos a raya en un combate cuerpo a cuerpo desesperado.

Cuando Mehmet ordenó el tercer asalto, los defensores cristianos –hambrientos, faltos de sueño y aturdidos tras cincuenta y tres días de asedio– llevaban varias horas de combate agotador. El ataque de los jenízaros del sultán, que se abalanzaron gritando contra ellos, les cogió física y mentalmente exhaustos. Los bizantinos repelieron el asalto inicial con muchísimas bajas, pero los atacantes seguían llegando. Los jenízaros concentraron sus ataques en las zonas donde la bombarda había abierto más boquetes en las murallas y lucharon como si su vida no tuviera ningún valor. Unos treinta mil efectivos arremetieron contra la Puerta de San Romano. Los furiosos fanáticos fueron los primeros en atravesar las murallas.

Giustiniani, que había resultado herido, no pudo resistir la presión del combate. En un acto que horrorizó a los cronistas que más tarde iban a narrar el asedio, y que deshonró su reputación para siempre, el capitán genovés pidió que lo trasladaran a un sitio seguro. Y así fue como este “Justiniano” representó su papel, del mismo modo que lo había hecho el espíritu de Adriano al acoger el emplazamiento de la fundición de Urban. El emperador le suplicó a su joven comandante que permaneciera en su sitio, pero Giustiniani no tenía ningún deseo de morir por la causa, ya fuera esta noble o no. A la vista de todos sus hombres, se abrió la puerta de la Muralla Interior y lo trasladaron a toda velocidad hasta un refugio seguro en un barco. Desmoralizado, todo el cuerpo expedicionario de los guerreros genoveses –los defensores principales de la empalizada hecha pedazos– abandonaron sus puestos.

La huida de los genoveses selló el destino de la ciudad. A medida que los turcos se colaban por el hueco de la empalizada, los defensores que

permanecían en sus puestos iban reculando más y más hasta que los masacraron frente a la Muralla Interior.

Dos grupos de hombres –los defensores que huían y los atacantes que se lanzaban al asalto– intentaban colarse por la derruida Puerta de San Romano. Fue allí donde se vio al emperador por última vez, acompañado de su noble séquito, luchando furibundo para evitar que los turcos se metieran por la puerta. Cuando se arrojó contra la muchedumbre de vociferantes fanáticos, Constantino Paleólogo salió del reino de la historia y entró en el reino de los mitos.

Una vez abierta la brecha en las murallas, ya solo quedaba el horror que todos los constantinopolitanos habían temido desde los tiempos de Teodosio II: las masacres, el saqueo, la captura de miles de civiles convertidos en esclavos.

Unos pocos supervivientes se dispersaron para contar la noticia. Algunos escribieron lúgubres poemas que lamentaban la pérdida de Constantinopla de un modo muy parecido a cómo los sumerios habían lamentado en su día la caída de Ur. La Europa cristiana, egocéntrica y avergonzada de su pasividad, ya que nunca llegó a enviar la ayuda que los desesperados bizantinos le habían suplicado, se negó a reconocer la gravedad de los hechos. Los cronistas occidentales fingieron que lo que había caído era simplemente una ciudad.

Los historiadores tienen una visión muy distinta de la caída de Constantinopla. Para la mayoría de ellos, el 29 de mayo de 1453 supone un punto de inflexión en la historia del mundo. El Imperio romano –después transformado en bizantino– había llegado a su fin y nunca más volvería a renacer como Lázaro. Los turcos se habían convertido en una potencia mundial. El islam se había establecido de manera permanente en Europa. Todo esto era muy importante. Y quizá lo más importante de todo era el hecho de que el sultán otomano, con su Bombarda Horrible, había destrozado la medida de seguridad más antigua adoptada por la humanidad. Durante miles de años, incluso mucho antes de que existieran las religiones y los imperios, las personas que vivían en poblados habían encontrado entre los muros de su ciudad la seguridad la civilización. Habían aceptado de buena gana trabajar en la construcción de las murallas, aunque al mismo tiempo temieran que los mandaran a levantar una muralla en una remota región fronteriza del imperio. Las murallas de las ciudades habían sido una

constante en la historia de la civilización. En la época de la caída de Constantinopla, China seguía teniendo unas doscientas ciudades amuralladas. En todo el mundo, la cifra era incalculable. Ahora, de repente, todas ellas se habían quedado obsoletas.

Durante un tiempo, los ingenieros militares intentaron encontrar un nuevo diseño que pudiera ampliar la utilidad de las murallas, y en ocasiones esos diseños demostraron ser útiles, al menos contra cañones más pequeños. Pero tras la caída de Constantinopla, los defensores de las murallas estaban librando una batalla perdida, atrapados en una competición que no podían ganar. Sus nuevos enemigos eran ejércitos de gente civilizada, como ellos mismos, y que también como ellos contaban con expertos en ingeniería, en balística y en metalurgia. Las murallas de las ciudades se habían creado como defensas contra un enemigo muy distinto que solo contaba con caballos, flechas y coraje. Pero esa clase de enemigo ya había desaparecido de Europa y muy pronto iba a extinguirse incluso en Eurasia, derrotado por una impredecible combinación de armamento moderno y unas barreras tan primitivas que ni siquiera podían considerarse murallas.

XIII

AL OTRO LADO DE LA EMPALIZADA

Irlanda, Escocia y el Imperio ruso, 1494 -ca. *1800 d. C* .

El final de la era de las grandes murallas llegó muy pronto a Europa Occidental. A medida que una región tras otra iba sucumbiendo al cristianismo y al proceso civilizador, quedaban muy pocas naciones guerreras contra las que defenderse con fortificaciones. Los últimos bárbaros de Europa Occidental se encontraban en los márgenes del mundo celta, en Escocia e Irlanda, donde unos tercos clanes se aferraron a sus tradiciones hasta bien entrado el siglo XVIII . Las nostálgicas reflexiones de Samuel Johnson acerca de los habitantes de las Tierras Altas, escritas poco después de que estos tuvieran que entregar sus espadas y sus tartanes a la corona británica, todavía reconocen la vieja distinción entre guerreros y constructores de murallas: "Procura un generoso y varonil deleite –escribió Samuel Johnson– ver que una pequeña nación recoge sus frutos y cuida de sus rebaños con indómita confianza, y por mucho que esté expuesta por todas partes a una invasión, todos sus hombres, despreciando los muros y las trincheras, duermen tranquilos con la espada siempre a mano". [1] Los bárbaros acababan de irse, pero los constructores de muros ya empezaban a echarlos de menos.

Los romanos nunca conquistaron Irlanda, así que las primitivas costumbres de los irlandeses fueron una causa continua de asombro para los foráneos que la visitaban, incluso mil años después de la caída de Roma. En un párrafo muy citado de la *Topografía de Irlanda* , Geraldo de Gales (1146-1223) describía las toscas formas de crianza de los niños irlandeses, su dieta pobre, la ropa inadecuada y los baños, muy poco frecuentes, siempre con agua fría. Esa era una forma de criar a los niños que habría hecho sentirse muy orgullosa a una madre espartana, y para Gerardo, los irlandeses eran en verdad los bárbaros que los espartanos habían anhelado ser: vivían únicamente de su ganado, despreciaban el cultivo de la tierra y

odiaban residir en las ciudades. “No aprenden nada ni hacen nada que no sean las bárbaras actividades que les han inculcado desde el nacimiento, y que se les adhieren como si fueran una segunda piel”. [2] Peor aún: por lo que contaba Geraldo, los irlandeses iban armados a todas partes, con un hacha de guerra en la mano, siempre preparados para desencadenar el caos. Estos tipos de valoraciones no eran excepcionales.

En la Alta Edad Media, los terratenientes irlandeses, desesperados por la falta de seguridad, se construían torres fortificadas como lugar de residencia. Cada vez que se acercaba a sus tierras una partida ambulante de guerreros, los terratenientes se replegaban en sus torres como tortugas en su caparazón. [3] A finales del siglo XV , el parlamento inglés adoptó la misma estrategia. En vista de que todos los informes aseguraban que el control inglés de Irlanda se limitaba a una pequeña franja de terreno alrededor de Dublín, los parlamentarios reaccionaron como solían hacerlo todos los Estados civilizados a lo largo de los últimos cuatro mil años: construyendo una muralla que impidiera la llegada de los bárbaros. La fortificación que se levantó consistía en una muralla protegida por dos zanjas y coronada por una empalizada. Esta empalizada dio nombre al diminuto territorio bajo control inglés que quedaba protegido, *the Pale* (del latín *palus* , “estaca”), y de ahí surgió una nueva expresión, *beyond the pale* , para designar a los incivilizados o sus actos (literalmente significa “más allá de la empalizada”, y actualmente en inglés designa algo inaceptable, como “pasarse de la raya”).

La empalizada ya era un anacronismo en Occidente, pues ese vestigio postrero revelaba la misma inseguridad que siglos atrás había propiciado la construcción de miles de kilómetros de murallas a lo largo del mundo. En realidad, no era tanto una muralla fronteriza como una forma de reconocer provisionalmente que el Estado inglés estaba distraído con otros asuntos y no podía dedicar su tiempo a someter a unos cuantos lugareños testarudos y alborotadores. Apenas habían terminado de levantarla cuando otro sistema de barreras, en los confines del mundo europeo, eliminó para siempre el mundo del otro lado de la empalizada.

En su hogar al norte de la estepa, habitando un territorio que en muchos aspectos era el polo opuesto de la gran civilización surgida en el sur, los rusos se resistían a cualquier clasificación. Eran a partes iguales campesinos

y cosacos, constructores de murallas y bárbaros, eslavos y escandinavos. Por cada paso que daban hacia Occidente, daban otro en dirección contraria hacia Oriente. Cuando la modernidad llegó a su inhóspito país, tuvo que convivir con la resistencia del medievalismo.

Lo curioso es que el Estado ruso sobrevivió. Cuando la Madre Rusia se puso en cuclillas y parió a su progenie oscura y resistente, lo hizo en un país que carecía de defensas naturales. El primer Estado eslavo de Rus tenía todas las papeletas para que lo exterminaran, y estuvo cerca de que así fuera. Las opciones parecían plantear una alternativa binaria: la supervivencia exigía o bien la construcción de grandes murallas o bien la creación de una sociedad tan belicosa que pudiera ahuyentar todas las amenazas. Los rusos eligieron una solución intermedia: crearon un Estado que incluía a la vez a los constructores de murallas y a los guerreros, y ambos trabajaron de común acuerdo para crear un espectáculo único en la historia de la humanidad: el de las vastas murallas que están permanentemente en movimiento, desplazándose a lo largo del mapa, arrollando pueblos enteros y liquidando el largo reinado de los jinetes de la estepa.

En Ucrania (un topónimo que en un principio significaba “tierra limítrofe” o “frontera”), el primer Estado ruso creó los muros fronterizos que con el paso del tiempo pondrían fin al largo ciclo bélico de la estepa. En la primera Edad Media, unos colonos rusos –primos de los belicosos eslavos que casi habían aniquilado la Grecia bizantina– levantaron en Ucrania las primeras de las llamadas Murallas Serpiente. Estas se encuentran en numerosos puntos a lo largo de Ucrania, y su origen sigue siendo un misterio. De todas formas, sabemos que la mayoría se construyeron por orden del Estado Eslavo de Kiev, un miembro tardío de la fraternidad de los constructores de murallas de Eurasia.

Abuelo del Imperio ruso, el Estado de Kiev llegó al poder entre finales del siglo IX y principios del X, y enseguida concentró sus energías en levantar una barrera contra los bárbaros de la estepa. Como suele ocurrir, esa muralla lleva el nombre de un déspota. Vladimir el Grande (r. 980-1015) ha logrado tener mejor reputación que casi todos los constructores de murallas, pero eso se debe a que se convirtió al cristianismo. Es cierto que también pensó en convertirse al islam, pero la prohibición de beber alcohol le hizo echarse atrás. Somos rusos, observó, y el alcohol es nuestro único placer. En cierta medida no decía del todo la verdad, ya que Vladimir

seguramente podía obtener algo de placer de sus siete esposas y sus ochocientas concubinas. En cualquier caso, esas cifras nos permiten entender que Vladimir estaba convencido de que todo lo que existía en su Estado –y sobre todo si era una mujer– estaba hecho únicamente para su uso y disfrute. Esa actitud fue la que haría posible la consiguiente expansión de las Murallas de las Serpientes.

Bajo el reinado de Vladimir y sus sucesores, las Murallas de las Serpientes se fueron extendiendo a lo largo de 1.000 kilómetros por todo el territorio ucraniano. Los baluartes medían seis metros de altura. La base de los muros podía alcanzar los treinta metros de espesor. Gracias a una enorme empalizada de madera de roble, la altura total llegaba a los diez metros. En palabas de un misionero que visitó las murallas, el reino de Vladimir "está rodeado por todas partes de las fortificaciones más largas y más resistentes, debido a un enemigo que no para de moverse". El gran príncipe y sus sucesores iban bien encaminados para convertirse en zares. Mientras tanto, las Murallas de las Serpientes no parecen haber contribuido mucho a mejorar el estado de ánimo del pueblo. El folclore ucraniano cuenta la historia del mejor guerrero de Vladimir, al que se le dio a elegir entre tres rutas posibles: una que le llevaría a hacerse rico, otra que le daría una esposa, y la última que lo conduciría a la muerte. El guerrero eligió la muerte, lo que quizá fuera una decisión razonable a ojos del campesino medio, pero que desde luego no dice mucho a favor de la vida bajo el régimen de Kiev.

El Principado de Kiev se derrumbó en el siglo XII , y las Murallas de las Serpientes volvieron a representar ese dudoso papel de las muros que se vuelven inútiles una vez hundidos los imperios que estaban destinadas a proteger. De esta forma, los mongoles no encontraron apenas oposición cuando iniciaron sus campañas contra los pueblos que vivían en los territorios del oeste. En el saqueo de Kiev, en 1240, prácticamente toda la población fue exterminada. Un año más tarde, en diciembre de 1241, el Danubio helado –que había sido en otros tiempos la pesadilla de Ovidio– permitió a los mongoles irrumpir en masa en Europa Central y ofreció a sus habitantes una breve degustación del tormento que habían infligido en Asia. La caballería pesada y la infantería que definían la estrategia militar europea no pudieron hacer nada contra los bárbaros de la estepa, así que los mongoles persiguieron al rey de Hungría hasta la costa misma del Adriático, mientras que la propia Hungría sufría lo indecible. Según las

crónicas contemporáneas, los invasores reunían a todos los habitantes de las ciudades conquistadas, los desnudaban y luego los masacraban. Solo dejaban con vida a aquellos que poseían alguna habilidad especial. En una ciudad en la que no se encontró a nadie que reuniera los conocimientos requeridos, los mongoles masacraron a todos los habitantes hasta “que no quedó nadie que pudiera mear contra la pared”. Si los mongoles, tal como se dice, tiñeron el Danubio de rojo, fue un río más entre los muchos que ya habían contaminado de esta manera. Roger de Apulia, que era obispo de la ciudad húngara de Varad, visitó la ciudad de Gyula Fehérvár tras el saqueo de los mongoles y solo pudo ver huesos y cabezas decapitadas. Los campesinos temían salir de los poblados para ir a trabajar la tierra y muchas aldeas y ciudades desaparecieron a causa de la hambruna. Cuando los invasores se fueron, una traumatizada generación de supervivientes húngaros empezó a fechar los acontecimientos según si habían sucedido antes o después de las invasiones de 1241 y 1242. Polonia también sufrió ataques brutales.

Al otro lado de Polonia y Hungría, donde las regiones boscosas resultaban mucho menos hospitalarias para los jinetes mongoles, había innumerables castillos y fortalezas que probablemente detuvieron el avance de los hombres de la estepa. En cualquier caso, al final no se produjo una batalla decisiva frente a las murallas: las temibles hordas de los mongoles empezaron a disolverse por iniciativa propia, después de que los derrotaran las limitaciones de su propia economía. La existencia de las grandes horas siempre es efímera. Habían surgido gracias a la férrea voluntad de unos kanes dotados de un gran carisma, que lograron ensamblar unos elementos heterogéneos que solo podían mantenerse unidos hasta que las fuerzas antagónicas –demasiados animales concentrados en un mismo lugar con pastos insuficientes– las obligaban a dispersarse. Gengis había llegado a comandar un ejército mongol de cien mil hombres, y eso sin contar a todos los turcos, chinos y otros que acabaron engullidos por la gigantesca panza de sus hordas. Pero una concentración tan considerable de hombres, rebaños y caballos tan solo podía permanecer unida durante un breve periodo, hasta que acababa sucumbiendo a sus propias fuerzas centrífugas cuando llegaba a una región boscosa. A finales del siglo XIV , la amenaza de los mongoles se había desvanecido. Las grandes hordas se disolvieron en pequeñas facciones, como los tártaros de Crimea, que durante un tiempo hostigaron a los rusos desde el sur.

Para los rusos, cuyo territorio septentrional alternaba entre el hielo y el barro, dependiendo de la estación, no había forma humana de construir murallas de tierra apisonada o de ladrillo que pudieran detener las incursiones de los tártaros. Rusia era el reino de la madera, talada en los bosques del norte, convertida en tablones en los aserraderos y luego ensamblada dando forma a las ciudades donde las maravillas coexistían con el fango. Los carpinteros rusos tenían tanto de artistas como de obreros y hacían con madera las exquisitas cúpulas bulbosas de las iglesias, pero también la usaban para hacer las pasarelas para cruzar las calles, que quedaban tan embarradas después de la lluvia que con facilidad podían engullir una pierna. Ya en el siglo XII los guardabosques de la Rusia medieval talaban árboles para construir obstáculos que bloquearan todas las rutas provenientes de la estepa. A medida que las incursiones arreciaron, las defensas locales formaron un sistema conjunto de defensa que recibió el nombre de Gran Línea de Abatís, cuyas barricadas infranqueables a menudo alcanzaban un centenar de metros de espesor.

A finales del siglo XVI , la Gran Línea de Abatís se extendía a lo largo de 1.000 kilómetros desde la región de Briansk, situada a unos 300 kilómetros al suroeste de Moscú, hasta el borde de los bosques frondosos que resultaban impenetrables para los jinetes de la estepa. Por entonces, la red de zanjas, fortificaciones, baluartes, empalizadas y fortines de madera contaba con una guarnición de mosqueteros y artilleros, pero las armas de fuego no habían evolucionado aún lo suficiente como para ahuyentar a las hordas de bárbaros. Los jinetes seguían aterrorizando a los campesinos en las dos riberas del Volga. Los tártaros saquearon Moscú en 1571 y volvieron a atacar la ciudad en 1591. Un año después de la muerte de Iván el Terrible en 1584, un destacamento ruso formado por tropas de artillería y mosqueteros fue derrotado por la caballería tradicional tártara. Las incursiones de los tártaros se hicieron especialmente duras a lo largo del siglo XVII , cuando las hordas en busca de esclavos seguían atravesando las defensas rusas y aniquilaban poblados enteros a las afueras de Moscú.

Con el propósito de defenderse de estos nuevos bárbaros, descendientes espirituales de los que habían aniquilado tanto al Imperio romano como la China de los Han, Rusia desarrolló su propia versión nórdica de un imperio tradicional. Y así, el país se convirtió en una autocracia amurallada gobernada por sus propios césares (la palabra, adaptada a las lenguas eslavas, acabó convirtiéndose en “zar”).

A mediados del siglo XVII , cuando Occidente estaba viviendo una revolución científica, Rusia se dedicaba a levantar cientos de kilómetros de murallas aparentemente anacrónicas para proteger sus ciudades contra las incursiones y el pillaje. Al mismo tiempo que la China de los Ming estaba construyendo la Gran Muralla y los europeos de Occidente estaban desarrollando la artillería que iba a hacer inútiles las murallas, los rusos estaban acumulando madera y tierra para levantar los 1.000 kilómetros de la Línea Bélgorod. Esa formidable barrera defensiva, formada por fosos, terraplenes, baluartes de madera, fortines y ciudades fortificadas engendró a su vez la Línea de Simbirsk, la Línea de Trans-Kama y la Línea de Izium, y eso por no hablar de sus más oscuras ramificaciones que se extendían hacia el noreste.

El reto de acorralar a miles de campesinos libres y enrolarlos a la fuerza en las brigadas de trabajos forzados destinadas a construir fortificaciones resultó muy complicado incluso para los zares. Se dictaron nuevas leyes que privaban a los campesinos de su libertad. Al fin y al cabo, ¿para qué servían unos obreros que pudieran decir que no? Los emperadores de China nunca permitieron que sus campesinos pudieran elegir si querían realizar o no la corvea, y lo mismo hicieron los zares. Estas medidas fueron el origen de muchas de las desgracias de Rusia. Las reformas del siglo XVII que permitieron a los nobles obligar a trabajar gratis a sus campesinos para levantar murallas cambiaron por completo Rusia. Los campesinos se convirtieron en siervos.

La servidumbre que se creó en Rusia a causa del tardío impulso por construir murallas fue una de las más duraderas del mundo. Los siervos rusos no alcanzaron su libertad hasta mediados del siglo XIX , cuando esta ya flotaba en el aire por medio mundo. Los zares decretaron la emancipación de los siervos en 1861, solo dos años antes de la emancipación de los esclavos en Estados Unidos. Sin embargo, antes de esa fecha había habido campesinos que habían logrado esquivar la servidumbre, aunque para ello hubieran tenido que vivir en la tierra de nadie mortal que había más allá de las murallas. Durante varios siglos, los campesinos rusos que huían de los zares que los querían esclavizar y de los emperadores de Polonia (que también estaban levantando sus propias murallas en Silesia) hallaron un hogar en los remotos confines del Imperio ruso. Allí adoptaron una nueva identidad y un nuevo nombre: cosacos. La palabra, irónicamente

pues los turcos siempre se declararon sus enemigos, deriva de un término turco que significa “hombre libre”, ya que la libertad –respecto de los zares y de los señores feudales– era el principal objetivo de los insolentes cosacos. El arte (y más tarde la fotografía) siempre los retrató sosteniendo con orgullo sus espadas, sus mosquetes o sus escopetas. Los cosacos habían logrado desprenderse de los grilletes de la servidumbre, habían dejado de cultivar la tierra y habían adoptado una vida dedicada a la caza, la pesca y el pillaje. Su tendencia natural a la anarquía solo les permitía adoptar una rudimentaria organización social, y bajo la amenaza de los tártaros se vieron obligados a formar grandes bandas guerreras que se establecieron en campamentos permanentes en el curso del río Dniéper, y más tarde en zonas situadas más al este, ya en el curso del Don. A no ser que estuvieran participando en una campaña militar, en los campamentos cosacos vivía muy poca gente, y en esa sociedad eminentemente masculina las mujeres estaban prohibidas.

Durante cuatro siglos, los cosacos vivieron en esa peligrosísima tierra de nadie que quedaba entre las líneas defensivas rusas y las naciones de la estepa. En ese arcaico campo de batalla, los cosacos se hicieron tan rudos y belicosos como sus enemigos bárbaros. La transformación de los siervos huidos en cosacos fue tan generalizada que hacia 1600 ya superaban a los tártaros en el número de saqueos y pillajes. A su debido tiempo, los cosacos estimularían la imaginación de los artistas. Byron, el romántico por excelencia, compuso un poema narrativo sobre un cosaco a pesar de que nunca había puesto los pies en Rusia. Dentro del imperio, donde se consideraba a los cosacos algo así como una especie de *cowboys* , la fascinación era incluso mayor. Tolstoi escribió una vez que todos los rusos deseaban en el fondo ser cosacos, y eso seguramente era cierto, aunque solo fuera para intentar escapar de la lectura obligatoria de *Guerra y paz* .

Tuvo que ser un zar como Pedro el Grande quien lograra por fin someter a los cosacos y obligarles a hacer algo productivo, y entonces los mandó a limpiar la estepa de todas las tribus nómadas que habían obligado a tantas ciudades y a tantos imperios a defenderse con murallas. El fornido zar tenía un conocimiento privilegiado de la psicología tanto de los obreros y como de los guerreros. Cuando era niño se había dedicado con entusiasmo a la carpintería y a la albañilería, y su fascinación por el trabajo manual nunca se disipó, a pesar de que reservó sus energías para los juegos de guerra. Cuando era adolescente, organizaba a sus amigos en regimientos de

trescientos hombres, a los que suministraba balas, pólvora y cañones. En esos juegos, el futuro zar siempre hacía el papel de soldado raso, y a menudo incluso tomaba una pala y ayudaba a excavar. En 1685, él y sus amigos construyeron un fortín de madera y barro, solo para que verlo destruido por la artillería.

En Pedro, ciertamente, no había ni rastro de xenofobia. Tanto en público como en privado despreciaba las costumbres de su país natal, y siempre prefería la compañía de unos cuantos extranjeros que formaban la Alegre Compañía, ese grupito de amigos y cortesanos, todos bebedores empedernidos, que contribuyeron a despertar la sospecha de que el zar era el mismísimo Anticristo. El hecho de que la Alegre Compañía se burlase de las ceremonias eclesiásticas en un "Sínodo de Bromistas, Borrachos, Bobos y Bromistas" no contribuyó precisamente a desmentir esta creencia. La fama de la Compañía aumentó cuando Pedro se la llevó en un *grand tour* por Europa, donde el zar se hizo pasar por un obrero de astilleros (aunque no engañó a nadie) y vio cosas que le impulsaron a rehacer Rusia a imagen de Occidente. En su país, Pedro concentró los esfuerzos de todos sus trabajadores en la construcción de una nueva capital, San Petersburgo, un proyecto al que se entregó con el fervor del déspota que levanta una gran muralla. Entre 25.000 y 100.000 obreros murieron en las obras de construcción de la capital. En cambio, Pedro no se preocupó demasiado de construir murallas. La Línea Tsaritsyn que mandó levantar solo alcanzaba los 65 kilómetros: según los patrones normales era una muralla gigantesca, pero no era gran cosa para un país tan vasto como Rusia. De todos modos, las líneas de defensa solo eran una parte de la nueva estrategia que el zar estaba desarrollando. Fiel a su identificación bipolar con obreros y guerreros, Pedro revolucionó las técnicas de combate al unir la tradición de las murallas, que ya vivían su época de declive, con las fuerzas de ataque equipadas con armas de fuego y pólvora.

La clave de la nueva estrategia de Pedro eran los cosacos, quienes, con la ayuda de la vasta red de líneas defensivas, acabaron ahuyentando a los invasores provenientes de la estepa. La extraña combinación de la muralla, que simboliza el encierro, y los cosacos, que simbolizan la libertad sin ataduras, selló el destino de los guerreros nómadas. En las incursiones y contraataques que se sucedieron a lo largo del siglo XVII , los cosacos pagaron con la misma moneda a los jinetes de la estepa. Por primera vez, los tártaros y otras tribus nómadas se encontraron en la insólita situación de

tener que defenderse. Las murallas que iban construyendo los zares, con la ayuda de los cosacos que vivían justo enfrente de los nómadas, fueron obstaculizando el paso de los tártaros hacia los pastos. La Línea de Belgorod repelía los ataques de hordas de dos mil hombres, cosa que permitió a un gran número de campesinos rusos establecerse en las regiones protegidas por esta muralla. Mientras tanto, la Línea Ucraniana, con sus 240 kilómetros de fortificaciones, obstaculizaba los movimientos de los tártaros de Crimea. [4] Una serie de líneas fortificadas marcaron también el avance de Rusia hasta Siberia. [5]

Rusia había entrado en la competición bastante tarde, pero en poco tiempo sus líneas defensivas sobrepasaron en extensión las de los romanos y los persas, y solo fueron superadas por las de los chinos. La Línea de Trans-Kama, que se prolongaba en la Línea de Orenburg, formaba una red defensiva que alcanzaba un total de 2.500 kilómetros. [6] Hoy solo los especialistas académicos se acuerdan de los nombres de las diversas barreras defensivas rusas –la Línea del río Irtish, la Línea del Térek, la Línea Mozdok, etcétera–, pero su impacto geopolítico fue enorme. Fueron las últimas defensas en la historia de la humanidad que se construyeron contra los pueblos de la estepa.

Los jinetes y sus rebaños habían deambulado a su gusto por la estepa durante miles de años, dejando a su paso un rastro de drama y muerte. No se les concedió el derecho a una derrota trágica. Amenazados por los fulminantes ataques de los cosacos, coartados por el número cada vez mayor de defensas rusas, y faltos del liderazgo de un Gengis Khan, los saqueadores fueron sufriendo los mismos cambios que siglos atrás determinaron la suerte de los antiguos galos. A finales del siglo XVII , los tártaros de Crimea empezaron a adquirir las costumbres de la vida civilizada, con líderes que escribían poesía y favorecían las artes y la educación. En 1689, los antiguos nómadas habían adoptado la vieja táctica de los pueblos sedentarios, y por una curiosa vuelta de tuerca, empezaron a cavar una larga zanja para aislarse de los rusos. Los jázaros, que alguna vez fueron descritos como “los hijos de Magog […] hombres salvajes, de rostro terrorífico y de temperamento cruel”, también empezaron a asentarse en poblaciones estables. [7] Antes de su desaparición, cambiaron sus viejas tradiciones nómadas por grandes ciudades fortificadas dotadas de torreones

de piedra y zanjas. Los bárbaros habían empezado a construir murallas y, al hacerlo, habían dejado de ser bárbaros.

Los bárbaros de la estepa, que habían inspirado la construcción de más murallas que ninguna otra criatura en la tierra, tuvieron una muerte que nadie lamentó. Los aficionados a la música clásica tararean ahora las vibrantes Danzas Polovtsianas del compositor ruso Borodin, sin darse cuenta de que los polovtsianos eran un pueblo de invasores de la estepa ni de que la letra dice: "¡Cantad canciones en honor del kan! […]. ¡Con sus enemigos, el kan es despiadado! […]. ¡Danzad para hacer disfrutar al kan, esclavos!". Los románticos como Byron y Victor Hugo, que vivían muy lejos de Rusia, intentaron inmortalizar a los mongoles. Pero estos poemas y canciones palidecen cuando se comparan con los extravagantes lamentos dedicados a los guerreros escoceses de las Tierras Altas, y estos a su vez se quedan cortos cuando se comparan con el fastuoso romanticismo dedicado a otro guerrero que vivía sin murallas y que estuvo largo tiempo separado de Eurasia por culpa del océano. El descubrimiento de estos guerreros, que ocurrió en el mismo periodo en que Rusia conquistaba la estepa, desencadenó un cambio muy profundo en la actitud hacia las murallas y hacia los pueblos que vivían fuera de ellas.

XIV
FORT CRÉVECOEUR
Sudamérica, Centroamérica y Norteamérica.
De la prehistoria al 1800 d. C .

Ocurrió una cosa muy curiosa en 1680, durante el viaje de exploración del río Misisipi del descubridor francés La Salle. Habiéndose quedado sin provisiones, La Salle tuvo que establecer un pequeño campamento fortificado, sobre suelo helado, cerca de lo que ahora es Peoria, Illinois. Al campamento le puso el nombre de Fort Crèvecoeur (Fuerte Corazón Roto), ya que ese era el estado de ánimo de la expedición. Seis de los treinta hombres que formaban parte de la expedición original se habían amotinado y habían huido a los bosques en vez de enfrentarse a los horrores de explorar el Misisipi. Según decían los nativos, el río era peligrosísimo, ya que estaba repleto de serpientes, lo rodeaban por todas partes unos pueblos hostiles y desembocaba en un abismo. Los franceses no querían saber nada del río. La Salle encomendó el mando del fuerte a su amigo italiano Henri de Tonti, un formidable veterano que había perdido la mano derecha a causa de la explosión de una granada y que tenía que llevar un guante que ocultara el garfio de hierro. Tras dejar a Tonti al mando de una guarnición de hombres esqueléticos, La Salle viajó hacia el norte, hacia Canadá, en busca de provisiones.

La travesía hacia el norte fue muy difícil. A menudo, después de vadear agua gélida, la ropa de La Salle y sus compañeros se congelaba sobre su propio cuerpo. Cuando al fin llegaron a Canadá, no tuvieron ni tiempo de descansar. Unos emisarios habían salido tras él para comunicarle más deserciones en el fuerte. La Salle tuvo que partir de nuevo hacia el Misisipi, con la esperanza de llevar provisiones a sus hombres antes de que fuera demasiado tarde.

Durante su viaje de retorno río abajo, cuando ya se acercaba a Fort Crèvecoeur, LaSalle se topó con los restos de una guerra terrible. Los

temibles iroqueses habían asolado la región, exterminando a todas las tribus que encontraban a su paso. La Salle no había visto nada comparable a aquella masacre. Cuanto más exploraba, más restos de la carnicería salían a la luz. En algunos poblados arrasados por el fuego, no quedaba nada en pie aparte de unas pocas estacas calcinadas sobre las que se exhibían como trofeos algunos cráneos. Los cadáveres a medio quemar se habían dejado a merced de los lobos, los cuervos y los buitres, que aullaban y graznaban en medio del paisaje devastado. Algunos cuerpos habían quedado a medio cocinar en los calderos, y a su lado se veían los esqueletos de las víctimas que habían sido empaladas y asadas. La Salle siguió adelante con una pasmosa fortaleza interior, examinando todos los cuerpos que se encontraba para averiguar si pertenecían a franceses, hasta que por fin logró encontrar su diminuto campamento. Entre las ruinas del fuerte hizo un último descubrimiento descorazonador: un tablón en el que Tonti había dejado un mensaje en francés: NOUS SOMMES TOUS SAUVAGES.

Todos somos salvajes.

El Nuevo Mundo tenía la facultad de volverlo todo del revés. Cuando La Salle desembarcó en América no existían los santuarios amurallados en los que uno se pudiera defender de la brutalidad, de las víctimas trofeo o del ciclo sin fin de la venganza. La guerra estaba por todas partes. La pequeña expedición de exploradores franceses había intentado protegerse del horror del mismo modo que lo habían hecho sus antepasados en la prehistoria de Europa, pero al contar con unos medios insuficientes, todos sus esfuerzos fueron en vano. Sin la protección de unas débiles barreras, ¿cómo podían esperar seguir siendo civilizados? Para sobrevivir en aquel medio había que sucumbir a una forma distinta de vida, había que volverse parte de ella, *un sauvage* .

De todas formas, si Tonti hubiera podido conocer más lugares del Nuevo Mundo, tal vez habría escrito un mensaje diferente de despedida. Después de todo, no era una tierra exclusivamente de salvajes. Existían, por ejemplo, los mayas, cuyas ciudades habían conocido tiempos mejores en la época de Tonti, pero que aun así contaban, igual que los europeos, con un pasado clásicos. No mucho antes de la llegada de La Salle, habían escrito jeroglíficos, construido ciudades y pirámides y desarrollado unos sofisticados conocimientos de matemáticas y astronomía. Mucho más al sur existía el mundo imperial de los incas, que habían logrado avances notables

en cuestiones de ingeniería. En América Central, los aztecas habían construido un imperio enorme que guardaba semejanzas con los imperios euroasiáticos de Hammurabi, Teodorico el Grande y Gengis Khan, en los que se repetía el modelo del antiguo bárbaro que se apoderaba de una civilización urbana y la reconstruía en vez de destruirla. En todos estos lugares, las fortificaciones de gran tamaño ofrecían el tipo de santuario que La Salle y Tonti no pudieron encontrar entre las tribus del Misisipi.

En las Américas tampoco hubo atajos hacia la civilización, no hubo forma de evitar lo que siempre había sucedido en Europa y en Asia. También allí la vía hacia la civilización se inició con la construcción de murallas que hicieron posible que los guerreros se convirtieran en trabajadores. En Perú, estos primeros pasos civilizatorios condujeron hacia arriba, hacia las estribaciones de los Andes, ya que se buscaba la seguridad que proporcionaban los tres mil metros de altitud, aunque no por mucho tiempo. Esos desplazamientos hacia las montañas exigieron una gran movilización de mano de obra hacia una atmósfera con muy poco oxígeno, que debió dejar sin aliento a sus primeros e inadaptados visitantes. Los habitantes de los Andes removieron rocas y tierra para crear bancales en los que poder dedicarse a la agricultura sin correr peligro. En el siglo VI d. C., la ciudad amurallada de Kuélap se elevaba por encima de las nubes, un ejemplo sobrecogedor de lo que podía lograr la mano de obra cuando se usaba en la creación de defensas. Los muros de piedra tallada de la ciudad alcanzaban los veinte metros. Los habitantes que vivían en su interior se volvieron enseguida mucho más avanzados que sus vecinos que vivían en ciudades sin amurallar, y hasta llegaron a realizar la primera operación de cirugía de huesos de la que se tiene noticia. No muy lejos de allí, una olvidada cultura del antiguo Perú creó una línea de fortines fronterizos y luego levantó la Gran Muralla del Perú, que medía más de 100 kilómetros. Poco a poco, los Andes se llenaron de ciudades fortificadas, como Chan, que tenía murallas de unos ocho metros de altura, y Hatunmarca, rodeada por tres anillos concéntricos de murallas. Cuando los incas se hicieron con el poder en la región, levantaron una nueva muralla, que esta vez alcanzó los 240 kilómetros de longitud.

En Mesoamérica, los obreros tenían que luchar con la jungla, y al hacerlo, desarrollaron la paciencia necesaria para construir ciudades de piedra. Aquí, donde la naturaleza se traga pirámides y hasta ciudades enteras, la historia acaba ocultándose. Civilizaciones enteras se han puesto

el uniforme de camuflaje y han desaparecido en las fauces de la selva, volviéndose indistinguibles de la vegetación. Por fortuna, la arqueología ha avanzado mucho desde 1839, cuando John Lloyd Stephens compró por cincuenta dólares las ruinas de Copán a un escéptico lugareño. Stephens tuvo que abrirse paso con un machete a través de las lianas hasta descubrir una asombrosa muralla. Hoy, la tecnología de cartografiado mediante láser desbroza electrónicamente la jungla y permite descubrir lo que permanecía oculto bajo el enmarañado dosel formado por el suelo, las raíces, las lianas y las ramas. Las nuevas imágenes revelan estructuras que nadie había imaginado que existieran: terraplenes y zanjas de muchos kilómetros de longitud que datan del periodo olmeca o del periodo preclásico maya. Por lo que parece, y en contra de lo que se creía hasta ahora, los mesoamericanos se protegieron con las mismas defensas que sus homólogos del otro lado del Atlántico.

Las fortificaciones de toda clase acompañaron el surgimiento de la civilización en América Central. Ahora sabemos que cuando la ciudad guatemalteca de El Mirador se había convertido en la aparente capital del primer Estado que surgió en el hemisferio occidental –al mismo tiempo que Nabucodonosor estaba construyendo las murallas de Babilonia–, la ciudad ostentaba un anillo de murallas con una altura de veinte metros. Tiempo después, a los habitantes de El Mirador se les expulsó de sus casas, pero antes opusieron una denodada resistencia combatiendo desde lo alto de una pirámide. Mientras tanto, unos colonos se establecieron en Monte Albán, fortificaron las laderas de la colina con una muralla que medía más de 3 kilómetros y establecieron la civilización zapoteca, que ayudó a difundir la escritura por América Central. La eclosión de la cultura maya se produjo al mismo tiempo que proliferaban las ciudades amuralladas. Cuando las murallas no bastaban para protegerlas, los mayas construían muros fronterizos en determinadas zonas, fortificando las regiones que quedaban encajonadas entre las montañas y situando torres de vigilancia en las cimas.

Las murallas de América Central y de América del Sur no aparecieron en ningún territorio situado más al norte, ni tampoco aparecieron allí los matemáticos y los astrónomos. En América del Norte, las corrientes de la prehistoria se movieron en una dirección muy distinta. En la época del descubrimiento europeo, a las comunidades indígenas pueblo que habían construido murallas en los territorios del sudoeste las habían aniquilado y

solo se las recordaba como Anasazi, los “enemigos ancestrales” o “los antiguos”. Igual que los habitantes de los Andes, estas comunidades habían dedicado su vida al trabajo. Los miembros de las comunidades que construían asentamientos en las mesetas del altiplano debían cargar con los suministros o incluso con el agua hasta sus propios hogares. Solo unos pocos sobrevivían para darle la bienvenida a los españoles.

En Cahokia, Illinois, otra antigua nación, también olvidada desde hace mucho tiempo, levantó una empalizada de más de 3 kilómetros que luego fortificó con baluartes. Como los mesopotámicos del antiguo Irak, los habitantes de esta “cultura del Misisipi” perdida, cuya ciudad alcanzó su esplendor hacia el año 1200 d. C., revocaban la empalizada con yeso. En su interior, esta cultura dejó todos los indicios de una enorme fuerza de trabajo dedicada a las obras civiles, incluyendo la cuarta pirámide más grandes de América, y unos cúmulos misteriosos que a veces podían alcanzar la altura de un edificio de diez plantas. De tanto, otros asentamientos norteamericanos levantaron empalizadas de madera, pero las murallas fueron muy escasas. De los cuatrocientos asentamientos con empalizadas conocidos, algunos no tenían más que una barrera de estacas, tan mal colocadas y separadas que un enemigo decidido podía colarse entre ellas.

En este vasto continente, sin amurallar excepto por algunas empalizadas porosas, floreció una gran diversidad que se manifestó en forma de cientos de tribus distintas, cada una con sus propias costumbres. Las tribus hablaban idiomas diferentes, llevaban ropas muy dispares y al haberse adaptado a la vida en hábitats muy diversos, practicaban varias formas de producción y de adquisición de víveres. Eran tan distintas unas de otras como los antiguos germanos lo eran de los galos, los hunos, los mongoles o los turcos: es decir, no se diferenciaban en absoluto. Todas esas tribus eran tribus de guerreros, tal como sus equivalentes en Eurasia, y por lo tanto no tenían nada que ver con los constructores de murallas de América Central y del Sur.

Thomas Fortyth, que vivió en las tribus de los sauk y los fox, hizo una vez una observación acerca de sus anfitriones que podría aplicarse sin cambiar una sola coma a los pueblos guerreros que vivían en sociedades sin muros a lo largo de Eurasia. “Los indios jóvenes –escribió Forsyth– siempre están ansiosos por ir a la guerra. Oyen en todo momento a los viejos guerreros

alardeando de sus hazañas, así que puede decirse que el principio de la guerra se les inculca desde la misma cuna". [1]

El comentario de Forsyth –que para nada se refería a un hecho aislado– nos remite a una historia que ha permanecido oculta largo tiempo, y que solo ahora se ha podido rescatar de la jungla ideológica que en el pasado resistió los machetazos de antropólogos como Keeley y Chagnon, que se oponían a la fe ciega en el pacifismo de los pueblos primitivos. Los tupidos matorrales de la dudosa ortodoxia –el mito del pacífico y noble "buen salvaje"– se habían apoderado por completo del pasado de los nativos americanos. El arraigo de esa creencia ha llegado a ser tan fuerte que incluso se ignoraba a aquellos nativos americanos que intentaban enorgullecerse de su herencia belicosa, ya que incomodaban a los estudiosos que preferían defender la imagen inventada por los primitivistas blancos. Pero ahora por fin podemos observar una imagen muy diferente rescatada de la jungla: los nativos americanos que vivían sin muros compartían los mismos valores guerreros que los mongoles o los hunos.

Al reflexionar sobre esta prueba evidente del pasado americano, y si se la compara con lo que sucedía en el otro extremo del mundo, uno se pregunta si habremos descubierto un destello del asustadizo unicornio que los científicos sociales persiguen con tanto ahínco: un indicio de universalidad, la evidencia de que quizá las sociedades humanas tienden a seguir los mismos patrones de desarrollo en todas partes. De forma independiente y pese a estar separados por kilómetros de océano, el Nuevo Mundo evolucionó siguiendo los mismos rumbos opuestos que el Viejo. Un rumbo empezaba con las murallas y culminaba en la escritura, la arquitectura, la astronomía y las matemáticas. El otro, abierto y sin muros, solo llevaba al militarismo.

La centralidad de la guerra para los nativos norteamericanos que vivían sin murallas es algo que ya percibieron sus más ardientes defensores, al menos de los que las conocían de primera mano. Henry Schoolcraft, autor de muchos elogios hacia los indios, que vivió largo tiempo con las tribus y que incluso llegó a casarse con una mujer de la tribu ojibwa, lo resumió con vehemencia:

> Para el indio, el éxito en la guerra supone la cúspide de la gloria, y aprender el arte de luchar es el objeto de sus más profundos desvelos [...]. Toda la presión de la opinión pública de nuestras comunidades

> indias se concentra en un solo punto: las primeras enseñanzas que tienen lugar en la tienda (como la narración de las aventuras de los guerreros), las danzas, los ritos religiosos, las arengas que pronuncian los actores importantes de la comunidad en las reuniones públicas (como las que llevan el nombre de 'golpear el poste'), cualquier cosa, de hecho, que sirva para inculcar y estimular la ambición en la mente de los salvajes, se encamina a la idea de llegar a distinguirse en la guerra. La civilización dirige la ambición hacia muchos objetivos distintos. El indio solo considera un único honor: el de triunfar en el sendero de la guerra, el de arrojarse sobre el enemigo para arrancarle la cabellera apestosa de la cabeza y para poder lanzar después su terrorífico *sa-sa-kuon* (el alarido de la muerte). [2]

Hay incontables testimonios de blancos y de indios que confirman las observaciones de Schoolcraft y de Forsyth. Las costumbres de los guerreros dominaban casi todas las sociedades nativas de Norteamérica y abarcaban todas las variedades de entornos geográficos, de tipos de economía y de grupos lingüísticos. [3] Daba igual si una tribu vivía en un bosque, en un desierto o en una llanura. Lo que contaba era que vivían en un entorno diáfano e inseguro, agrupados en comunidades que carecían de murallas. Para apreciar la importancia que tenía la guerra en las sociedades sin muros de América del Norte, basta con pensar en las costumbres de los inuit del siglo XVIII , que se bebían la sangre de sus enemigos de la tribu cree y se la daban a probar a los bebés de pecho "como para inculcarles la barbarie y el frenesí de la guerra desde su más tierna infancia"; [4] o las de los mohave, que azotaban y arañaban a sus muchachos, o los arrojaban contra un enjambre de abejas, para comprobar si estaban hechos de la pasta adecuada para convertirse en guerreros de élite. [5] Los indios natchez regalaban arcos a los chicos que cumplían doce años y les hacían participar en concursos de tiro para decidir quién podía alcanzar el honor de que lo llamaran "guerrero joven" o, si fallaba, "aprendiz de guerrero". [6] Las madres de los powhatan se negaban a darles el desayuno a sus hijos hasta que no superaban una prueba de tiro con arco matutina que consistía en acercarle un objeto arrojado de improviso al aire. [7] Cuando un muchacho nativo americano alcanzaba la madurez, el paso a la edad adulta entrañaba soportar una

dolorosa prueba de resistencia física. La más famosa de estas pruebas, la *O-Kee-Pa* de los mandan, culminaba cuando se le hacían cortes con cuchillos de sierra y se le suspendía de los palos que se le insertaban en las heridas. [8] Había danzas que preparaban para la batalla, plumas coloreadas que conmemoraban muertes y palitos para "contar los golpes", una forma de demostrar valor. [9] Los cantos bélicos y las tradiciones orales ensalzaban el espíritu guerrero Los amuletos y talismanes ofrecían protección contra el peligro. [10] Las cabelleras demostraban que uno había cumplido con su deber. [11] Las asociaciones guerreras tribales, como los "Perros Grandes", los "Perros Locos" o, en el caso de que hubiera hombres que estuvieran hartos de vivir, los "Perros locos que desean la muerte", aumentaban la presión para demostrar el valor en el combate. [12] Y por si esto fuera poco, se evitaba que los jóvenes que aún no hubieran demostrado su coraje buscaran pareja. Una anciana cheyenne, entrevistada en la década de 1960, recordaba que las madres no entregaban jamás a sus hijas si antes no habían preguntado a los aspirantes a cortejarlas cuántas hazañas bélicas habían realizado. Las chicas humillaban a los hombres que hubieran dado muestras de cobardía. [13]

Para los europeos, que venían de un mundo en el que las costumbres del constructor de murallas se habían impuesto a las de los guerreros, todo aquello resultaba muy raro. Para ellos era incomprensible que un hombre no se definiera por su trabajo. Les parecía que el varón indio era un vago, opinión que compartían incluso admiradores incondicionales como Schoolcraft. Se pasaba la vida mano sobre mano, fumando una pipa y contando historias de guerra, mientras las mujeres tenían que hacer todo el trabajo. [14] Pero, a su vez, los indios no sentían ninguna admiración por esos recién llegados que no eran capaces de librar sus propias batallas y se pasaban el día atareados con labores de mujeres.

Las confusas reacciones de los europeos y de los nativos norteamericanos ante sus primeros encuentros ya anunciaban la incomprensión y el conflicto posterior. En muchos aspectos, ese conflicto no era nuevo. En realidad, se trataba de un tardío e inoportuno colofón a una tragedia que llevaba mucho tiempo representándose y que ya había configurado la civilización a lo largo de cinco continentes. Los constructores de murallas y los guerreros nunca

habían logrado entenderse los unos a los otros, y hay muy pocas pruebas de que alguna vez llegaran a albergar la esperanza o siquiera el deseo de convivir. Mucho antes de la llegada de los colonos europeos, el conflicto entre los constructores de murallas nativos y los guerreros tal vez ya había propiciado el declive de la civilización maya y el de los indios pueblo. Y ese conflicto –que estuvo en el origen de las muchísimas barreras fronterizas que se levantaron en todo el mundo– alcanzó su singular y perversa apoteosis cuando, invirtiendo los patrones habituales de la historia, un gran contingente de constructores de murallas, por lo general ineptos en el arte de la guerra a pesar de que contaban con armas de fuego, invadieron un continente sin muros habitado únicamente por guerreros.

Ser los únicos guerreros bien entrenados en una época de conflictos incesantes tiene inmensas desventajas. Durante el periodo colonial hubo un sinfín de guerras y los nativos americanos lucharon en todas ellas. Lucharon en sus propias guerras Inter tribales, que ya tenían lugar en todo el continente, y cuando los ingleses y franceses importaron las luchas intertribales de los europeos al suelo de Norteamérica, los indios también participaron en ellas. A menudo, cuando los inmigrantes europeos se expandían demasiado, los nativos también lanzaban ataques contra los recién llegados. Al principio les resultaba muy fácil luchar contra colonos poco acostumbrados a la guerra, hasta que otra facción de guerreros nativos, ansiosos por entrar en combate, se aliaba con los blancos y cambiaba las tornas. Durante la guerra del rey Felipe (1675-1676), los wampanoag y sus aliados estaban a punto de expulsar a los puritanos cantantes de himnos de Nueva Inglaterra y arrojarlos al mar, hasta que los gobernadores coloniales contrataron los servicios de los mohegan y de los pequot para defender a los colonos. Varias décadas más tarde, cuando los tuscarora estuvieron a punto de aniquilar a los colonos de Carolina del Norte, en 1711, el coronel John “Tuscarora Jack” Barnwell cabalgó en su ayuda al mando de una fuerza formada por 30 blancos y 925 indios, unas cifras que explican cómo estos primeros conflictos causaron un rápido descenso demográfico entre las tribus que suministraban guerreros a cada parte del conflicto.

George Washington, que aprendió mucho luchando contra y junto a los nativos americanos durante la guerra franco-india, hizo una vez un comentario que, aunque sea poco conocido, marca, como si fuera un monumento de piedra, un punto de inflexión en la historia de América.

Cuando se dio cuenta de que los nativos americanos estaban desapareciendo muy deprisa, el primer presidente le comentó a su secretario de Estado que Estados Unidos debería levantar una “muralla china” para proteger a los indios ante futuras transgresiones.

El comentario de George Washington no pretendía convertirse en un objetivo político. Él prefería que los hombres indios aprendieran a cultivar la tierra, ya que pensaba que así dejarían de ser guerreros y se convertirían en trabajadores, lo que reduciría los conflictos con los colonos agrícolas. En sentido amplio, el comentario pertenece a la misma categoría que la nostálgica reflexión que hizo el doctor Johnson acerca de los habitantes de las Tierras Altas de Escocia, aquellos que llevados por la “indómita confianza” se atrevían a vivir “despreciando los muros y las trincheras”. Los dos hombres del siglo XVIII sabían que una forma de vida antigua se estaba extinguiendo, si bien uno tenía al respecto una visión mucho más romántica que el otro. Pero es que los dos habían visto el final del mundo que vivía sin murallas, o casi el final.

Los remordimientos expresados por Johnson y Washington se harían cada vez más acuciantes a medida que las grandes murallas, erosionadas por el viento y la lluvia y a las que los campesinos les robaban todos los bloques de piedra, se iban confundiendo de nuevo con el paisaje en el que habían surgido. A medida que desaparecían las murallas, también desaparecían las historias que se contaban sobre ellas. Las antiguas guerras se olvidaron, y quizá eso fue lo mejor que podía haber ocurrido.

Por irónico que parezca, los nativos americanos –que no habían tomado parte en la historia de las murallas– se convirtieron para la imaginación popular en el símbolo de todos los extraños que vivían libres al otro lado de la empalizada. Idealizados por los poetas isabelinos, los dramaturgos de la restauración, los novelistas del siglo XVIII , los ensayistas y los escritores de viajes, los *philosophes* de la Ilustración, los primeros filósofos políticos de Norteamérica y los autores de las primeras obras de Broadway, los nativos americanos aparecían siempre envueltos en un aura tan grande que su resplandor llegaba hasta los extraños que habían vivido sin murallas en los tiempos heroicos del pasado.

La fascinación por el mundo perdido que vivía sin murallas consumió la imaginación de los pensadores occidentales durante el romanticismo, siempre seducido por todas las cosas que fueran naturales y exóticas. Cautivados –y a veces incluso excitados– por las imágenes embellecidas de

aquellos nómadas meditabundos, un gran número de viajeros occidentales, en su mayoría mujeres, se pusieron en camino hasta llegar a las remotas tierras polvorientas con la esperanza de observar de cerca a los pueblos cuyos antepasados habían aterrorizado a los habitantes de las grandes ciudades y les habían obligado a levantar las murallas. A pesar de que muchas de ellas sufrieron robos, asesinatos y pillajes –o tuvieron que presenciarlos–, Isabella Bishop, Mrs. E. R. Durand y Vita Sackville-West escribieron ensayos románticos y adulatorios sobre los nómadas de Persia. Otras mujeres, mientras tanto, se centraron en los nómadas de Arabia, como lady Hester Stanhope, Jane Digby y lady Anne Blunt, que se convirtieron en rendidas admiradoras de los beduinos. Digby incluso llegó a casarse con un jeque. En el Extremo Oriente, Beatrix Bulstrode partió en busca de los mongoles, ya que su mayor deseo era "encontrar una vida primitiva entre el pueblo más primitivo de todos". [15] Si hubiera podido encontrar a Gog y a Magog, seguro que también se habría propuesto ir a verlos.

En la década de 1920, la caravana de damas intrépidas había allanado el camino a esos formidables documentalistas de la época del cine mudo como Ernest Schoedsack y Merian C. Cooper, cuya película *Hierba* presentó el pueblo nómada de los bajtiarí al gran público. La película iba acompañada de un libro que incluía, entre otras cosas, un melancólico monólogo por parte del kan de los bajtiarís, en el que confesaba que nada le haría más feliz que entregar su rango de jefe de clan a cambio de poder vivir en Nueva York. Había acudido brevemente al colegio en Manhattan y recordaba que era un lugar lleno de teatros y chicas bonitas. "Tú venir aquí y ser jefe de bajtiarís –decía–, y yo ir a bailar a Broadway". [16] *Hierba* fue una película innovadora, pero no fue la obra maestra de Schoedsack y Cooper. Ocho años más tarde, el dúo de aventureros produjo otra película, esta vez de ficción, acerca de una isla en la que los habitantes habían construido una muralla para bloquear el paso a una bestia primitiva que vivía al otro lado. La película tuvo un *remake* en 1976, otro en 2005, y otro en 2017.

Uno de mis recuerdos favoritos de infancia es el del día en que varios amigos nos apretujamos en un Volkswagen Escarabajo y nos fuimos al Tennessee Theatre, en el centro de Knoxville, a ver en sesión matinal la *King Kong* original. No hay nada que pueda hacer más feliz a un niño de nueve años que sentarse en un cine antiguo con cortinones y columnas y disfrutar viendo cómo el gran simio de Schoedsack y Cooper, que acababa

de matar a docenas de inocentes neoyorquinos, le daba un guantazo al biplano que había despegado para defender a la ciudad. Nueve años, y ya sabíamos que teníamos que ponernos de parte de los primitivos en vez de los civilizados. Nueva York no nos importaba un pepino. Lo que queríamos era asomarnos al otro lado de la muralla, allá donde los dinosaurios luchaban con los gorilas gigantescos.

¿Cuándo se nos grabó en el cerebro soñar con asomarnos al otro lado del muro? ¿Fue cuando el pintor Gauguin se fue a Tahití "para no ver nada más que salvajes"? ¿O fue cuando Freud escribió *El malestar en la cultura* , ese ensayo en el que nos informaba de que nos sentíamos desdichados por vivir como personas civilizadas? ¿O empezó mucho antes, tal vez en la época en que el doctor Johnson lamentó la sumisión de los habitantes sin murallas de las Tierras Altas?

Por primera vez en esta historia hemos llegado al punto en el que los protagonistas empiezan a parecerse mucho a nosotros. Se han proclamado vencedores sobre las fuerzas contra las que amurallaron, y han empezado a sentir remordimientos. Ya empiezan a pensar que tal vez han perdido más de lo que han ganado en el envite. Al haber olvidado la razón por la que levantaron las viejas murallas, lamentan haber llegado a levantarlas. Y al rebelarse contra los modelos del pasado, sienten el impulso de no volver a construir jamás un muro. Pero todavía no ha llegado el momento.

CUARTA PARTE

CHOQUE DE SÍMBOLOS

XV

LAS ÚLTIMAS BATALLAS

China y Francia, 1933-1940

En sus poemas, los chinos hablan de los fantasmas y de los esqueletos que pueblan la Gran Muralla. Estos fantasmas son los restos de los obreros que trabajaron en su construcción, pero algunos de ellos también debían de pertenecer a los soldados, y si sus espíritus tenían ojos y oídos, es seguro que salieron de su ensueño al oír, un día del final del invierno, el estrépito familiar de una batalla en Xifengkou. La puerta de Xifengkou era el elemento esencial para la defensa de la Gran Muralla. Por eso constituía el objetivo primordial de un ejército muy superior en número, que pondría en peligro toda la región si lograba atravesar las defensas. Una oleada de asaltantes tras otra pusieron a prueba a los chinos; solo los furiosos combates cuerpo a cuerpo y la ventaja que proporcionaban las fortificaciones impidieron que se cruzara el paso. La caída de la noche tan solo supuso un respiro temporal. Cuando los enemigos se retiraban a descansar, los oficiales chinos eligieron a los soldados más capacitados para llevar a cabo un contraataque. Las tropas de élite llevaban *dadaos* , unas espadas con forma de machete que los militares habían impuesto en el ejército porque los reclutas aprendían a usarlo rápida y fácilmente. Los soldados chinos abandonaron temporalmente la protección de las murallas, descendieron a hurtadillas por senderos abiertos por los leñadores de la zona y llegaron al campamento enemigo sin previo aviso y se pusieron manos a la obra, acuchillando en silencio a sus enemigos. Durante la lucha cuerpo a cuerpo que siguió, los chinos destruyeron las maquinaria enemiga de asalto a la muralla y luego volvieron a deslizarse a escondidas en busca de la seguridad de sus fortificaciones. Era el 11 de marzo de 1933 –podría decirse que ese día marcó el inicio de la Segunda Guerra Mundial– y China estaba defendiendo la Gran Muralla, quizá por última vez, contra un ejército japonés equipado con ametralladoras, artillería, tanques y bombarderos.

En una era distinta –en una docena de eras distintas, de hecho– la Muralla se había construido para defenderse contra precisamente este tipo de ataques del norte. Pero el tiempo y la guerra y las armas –sobre todo las armas– habían dejado de lado el vetusto monumento. La Muralla se había convertido en una reliquia.

El último combate en la Muralla había empezado dos meses antes, cuando un ejército japonés sin escrúpulos lanzó, sin provocación previa, un ataque contra el paso del extremo oriental del muro. El ejército japonés de Kwantung tenía experiencia, era muy disciplinado y disponía de armamento moderno. En 1933 también era infame por su independencia. El nombre procedía del término chino que designaba "al este de Shanhaiguan", en referencia a la puerta de la Gran Muralla que irritaba a los generales japoneses de ese ejército –todos ellos furiosamente imperialistas y belicistas– porque obstaculizaba el paso a sus planes de ocupación de China. Políticamente, los generales del ejército de Kwantung estaban en desacuerdo con sus propios mandos civiles. En 1931, desobedecieron las órdenes de Tokio; invadieron Manchuria por iniciativa propia y establecieron una amenazadora presencia japonesa en la frontera china. Desde el punto de vista de estos generales de un ejército imperialista, China –muy debilitada por sus divisiones políticas– era un objetivo rico y tentador. De pronto la Muralla no parecía un obstáculo significativo.

El ejército de Kwantung eligió como objetivo inicial la odiada puerta de Shanhaiguan, que representaba desde hacía tiempo una barrera física contra sus planes expansionistas. Después orquestar un incidente con bombas que claramente fue una operación de bandera falsa, la comandancia japonesa denunció a los defensores chinos de la puerta, los acusó de terrorismo y lanzó un ataque combinado masivo. Usando tanques, bombarderos y barcos de guerra en alta mar, atacaron "la Primera Puerta bajo el Cielo", al tiempo que las tropas japonesas de infantería asaltaban las murallas con escalerillas de bambú. La organización milimétrica del ataque demostró que, lejos de ser una respuesta espontánea, se había planificado cuidadosamente. ¿Cómo era posible que en menos de un día se produjera espontáneamente un ataque por tierra, mar y aire? El resto del mundo no se lo creyó y los embajadores hicieron cola para protestar por la toma del paso. Los periódicos occidentales también manifestaron su indignación, o el manos tanta como podían reunir por acontecimientos que todavía les parecían remotos y sin relación alguna con sucesos de verdadera importancia. Un reportero de *The*

Saturday Evening Post mandó una crónica en la que avisaba de indicios serios de una guerra inminente, al tiempo que se refería a la Gran Muralla como "la obra más formidable creada por el hombre, antiguo o moderno". El reportero contaba que el ejército chino estaba trabajando a toda prisa en la reparación de las carreteras que llevaban a la Muralla, aunque el autor dedicaba más tiempo a hablar de la desolación que reinaba en las zonas rurales de China, o a contar que lo estafaron comprando heroína. [1]

Los chinos, en cambio, se tomaban muy en serio las amenazas. En Beijing, que quedaba al sur de la Gran Muralla, el ejército envió coches y camiones y diez mil *rickshaws* con sus respectivos conductores. El convoy improvisado se dirigió hacia el norte, rumbo al famoso monumento, cantando "¡Vamos, vamos, vamos juntos al frente a resistir! […]. ¡La Gran Muralla manchada de sangre es nuestra gloria!". [2] Los ciudadanos chinos que vivían al norte de la Muralla corrieron a refugiarse detrás de sus muros, pero cuando llegaron los encontraron cerrados, abotonados hasta arriba y listos para la batalla.

Después de la toma de Shanhaiguan, el general japonés Sosaku Suzuki había prometido que su ejército no avanzaría más allá de la Gran Muralla, pero tal declaración había sido cuidadosamente calculada para no incluir Jehol, la provincia china que quedaba al norte de la Muralla. Sin embargo, cuando el mundo protestó por la toma de Shanhaiguan, la respuesta del general no fue tan comedida: "No tenemos nada de que avergonzarnos. Los chinos tendrán que venir a pedirnos perdón de rodillas". [3] El ejército de Kwantung no tardó en avanzar contra Jehol.

Cuando los japoneses llegaron, las tropas chinas, mal adiestradas y equipadas, no pudieron hacer nada más que defenderse disparando al tuntún mientras los japoneses desembarcaban sus trenes. El encargado de la defensa de Jehol era el señor de la guerra de la provincia, Tang Wulin, que también se dedicaba al cultivo del opio. Personaje intrépido e y de algún modo pintoresco, Tang había montado dos fábricas de heroína en un antiguo palacio imperial. Cuando los japoneses se acercaban, entretuvo a los corresponsales occidentales haciendo exhibiciones de puntería de tiro con arco con ambas manos mientras montaba un poni mongol. Tang tenía muy pocos medios para repeler el ataque japonés, pero al menos sus exhibiciones que no provocaban tanto al enemigo como las arrogantes palabras del ministro chino de Asuntos Exteriores, que presumía de que

China tenía muchos más habitantes que balas tenían los japoneses. “Las vidas son nuestra munición”, decía el ministro. A la hora del a verdad, las defensas de Jehol se derrumbaron porque los generales chinos desertaron o bien izaron banderas de bienvenida para los invasores. [4] Tang Wulin también desapareció, como suelen hacer los capos de la droga, y abandonó para siempre el gran teatro del mundo, donde había disfrutado de breve romance con la fama. La última vez que alguien lo vio, estaba “observando un ciervo, desde la ventana, con la mirada perdida”. [5]

La caída de Jehol llevó la guerra hasta la Gran, a pesar de las garantías ofrecidas por el general Suzuki. El 10 de marzo de 1933, los japoneses atacaron Xifengkou, el lugar donde los espadachines chinos llevaron a cabo su incursión nocturna. Por raro que parezca, los defensores del muro mantuvieron su posición pese a su desventaja en armamento. Los japoneses, incapaces de tomar la puerta, abandonaron el ataque. En Luowenyu, los defensores también lograron detener el asalto. La Gran Muralla, jubilada desde hacía muchísimos años, resistió cuando la llamaron por última al campo de batalla para un esfuerzo extraordinario.

Pasó más de una semana antes de que el ejército japonés, mecanizado e industrializado, con su armamento de última generación, consiguiera por fin atravesar la Muralla. El 11 de abril abrió un boquete en la puerta de Engkoo, tras un combate feroz en el que la muralla cambió varias veces de manos. Ese día marcó el final de la carrera militar de la Muralla. En cuanto los japoneses atravesaron las líneas de defensa, pudieron atacar por la retaguardia a los defensores chinos del muro. Todo el frente se volvió insostenible. Las tropas chinas se retiraron del muro usando las mismas carreteras que acababan de reparar. Frente a ellos, en el sur, tenían dos mil ciudades amuralladas, ahora indefensas frente a los bombardeos, y habitadas por millones de civiles que aún recordaban los tiempos de decadencia de un antiguo imperio.

En 1933, la Gran Muralla no podía resistir, por muy “gloriosa” y “manchada de sangre” que estuviera, el ataque de un ejército técnicamente muy superior. En aquella época, la venerable fortificación ya había completado su transición de construcción militar viable a símbolo y atracción de nivel mundial. Había llegado la hora de cerrar la hoja de servicios, después de haber representado fielmente múltiples papeles a lo

largo de los siglos. Para los antiguos habitantes de la estepa, la Gran Muralla –y sus predecesoras anteriores a la dinastía Ming– habían creado un obstáculo formidable. Para el campesino chino, siempre obligado a trabajar gratis cuando lo reclutaba el emperador, había simbolizado la odiosa opresión. Para los lejanos romanos, era un modelo que sus propios emperadores querían imitar. Para millones de euroasiáticos que nunca habían visto la muralla con sus propios ojos, que no sabían muy bien dónde estaba ni conocían nada de su historia, era una fuente inagotable de mitos y leyendas, asociados por lo general al trío apocalíptico formado por Alejandro Magno, Gog y Magog.

La Muralla había empezado a convertirse en un símbolo mundial a resultas de las mismas fuerzas centrífugas que habían propiciado en otros lugares del mundo la conquista de América. En los siglos XV y XVI , la Muralla atrajo la atención de los misioneros jesuitas que habían llegado a China. Los jesuitas no tuvieron mucho éxito cuando intentaron convertir al cristianismo a los chinos, pero lograron deslumbrar a la corte imperial con las noticias de los inventos occidentales –la bomba de aire, los relojes, los sextantes, los telescopios, los cañones, incluso los automóviles propulsados por vapor–, y a su vez los jesuitas quedaron deslumbrados por la Gran Muralla de los Ming. Para el padre Verbiest, cuyas crónicas de China se leyeron mucho en Europa, la Gran Muralla sobrepasaba a las Siete Maravillas del Mundo todas juntas. Los cartógrafos occidentales trazaron mapas fervorosos en los que la Gran Muralla –erróneamente– rodeaba todo el Imperio chino. Las referencias a la Gran Muralla se hicieron habituales en la literatura occidental. Y en el siglo XIX , cuando las potencias de Occidente empezaron a meter las narices en una nación antes clausurada contra todo lo exterior, China se convirtió en un destino turístico, y la Gran Muralla en su atracción primordial.

A pesar de su fama, la Gran Muralla no logró representar ante las potencias extranjeras de la era moderna el mismo papel que las murallas de los Han habían desempeñado para los emperadores de Roma y Persia. La historia moderna no fue nada favorable a las fortificaciones. Lo ocurrido con la Bombarda Horrible de Urban, que destruyó las murallas de Constantinopla, había cambiado la actitud general con respecto a las murallas. Los visitantes extranjeros seguían maravillándose frente a la Muralla, pero en sus países de procedencia la actitud predominante era el escepticismo. Daniel Defoe, en la secuela que escribió a toda prisa para

explotar el éxito de *Las aventuras de Robinson Crusoe* , hizo que su protagonista visitara la Muralla, solo para comunicarle a su guía, con gran descortesía por su parte, que aquellas fortificaciones no valían nada porque estaban pasadas de moda, nunca habían servido de nada y que para un tren de artillería británica sería sencillo podría destruirla en menos de diez días. Voltaire estaba de acuerdo. A pesar de su entusiasmo por China, que le servía para expresar el odio que sentía hacia Occidente y que tanto hizo por popularizar, acabó por declarar que la Muralla era inútil. La misma muralla que pocos años antes había ensalzado en términos hiperbólicos, en sus últimas obras no le parecía nada más que "un monumento al miedo". [6]

Al mismo tiempo que la Muralla adquiría dudosas connotaciones como objeto fútil, caduco y cobrarse, los occidentales le atribuían otro rasgo negativo: representaba la terquedad de aislacionismo. El redescubrimiento occidental de China coincidió con un periodo de crecimiento imparable del capitalismo, lo que dio origen a una ideología que defendía las fronteras abiertas y el libre comercio. Las reticencias de China –que al fin y al cabo era un antiguo imperio gobernado por leyes antiguas– a abrir sus mercados interiores horrorizaba a los empresarios y comerciantes occidentales, que empezaron a usar la Muralla como símbolo de atraso y aislacionismo. Al poco, a China se la empezó a ver como un país de excéntricos asociales con una estrafalaria adicción a las murallas.

Este último punto debemos analizarlo más a fondo. En los escritos sobre China suele ser habitual, incluso entre los sinólogos más notables, que se atribuya a los chinos una inclinación natural hacia el aislacionismo y la construcción de murallas. Los estudiosos occidentales aportan como prueba la construcción de ciudades amuralladas desde tiempos remotos, la fascinación que sentía la arquitectura china por los patios tapiados, y sobre todo la obsesión de los emperadores por defender sus fronteras con murallas. Así, cuando la sinóloga de Cambridge Julia Lovell habla de la "propensión de China a construir murallas" o del "amor de los chinos por los recintos tapiados", [7] se sitúa al mismo nivel que investigadores como Owen Lattimore, el admirado patriarca de los estudios sobre las fronteras de Eurasia, quien creía que "debía haber algo innato en el proceso histórico por el cual el Estado chino se mostró siempre partidario de construir murallas fronterizas, independientemente de las relaciones hostiles que los chinos mantenían con los pueblos foráneos que tenían formas de vida

incompatibles con la suya”. [8] Esta clase de opiniones se repiten sin cesar. “Las murallas son las que han hecho China”, [9] dice un estudioso. “Incluso hoy, el atractivo cultural que posee la idea de ‘muralla’ está muy arraigado en la psique nacional”, escribe otro. [10] De este modo, se caracteriza a los chinos por un rasgo que en realidad definió a todas naciones civilizadas del mundo. Los esfuerzos chinos por amurallar sus fronteras del norte frente a la estepa no fueron un fenómeno único ni aislado. Los cimerios, los griegos, los romanos, los bizantinos, los persas, los jorezmitas, los eslavos, los rusos, los coreanos y otros muchos pueblos construyeron la misma clase de murallas con los mismos objetivos, y eso por no hablar de las murallas que levantaron en otras regiones por los sumerios, los egipcios, los babilónicos, los peruanos, los nigerianos, los hindúes y los vietnamitas. Las ciudades amuralladas eran un fenómeno más universal que las murallas fronterizas. En lo único que se diferenciaban los chinos era en la magnitud de sus proyectos, pero esto fue suficiente para que se apegaran a la idea de “muro” cuanto esta idea, en la época de los cañones y el capitalismo, ya había caído en desgracia.

Durante el periodo de decadencia de las murallas se levantaron aún más, y estas, también, en muchos casos cobraron más fama como mitos que como instrumentos defensivos. Apenas se había disipado el humo de las batallas en la Gran Muralla cuando otra clase de muralla –con una nueva tipología que en nada se parecía a sus antecesoras– se estrenó en el combate. Esta nueva muralla nunca llegó a tener la oportunidad de acreditar una hoja de servicios comparable a la de su homóloga china, ni mucho menos logró inspirar una mitología tan venerable. La Línea Maginot no tenía ni diez años cuando los tanques alemanes la sortearon a toda velocidad, convirtiéndola de un plumazo en un simple mito.

Como otras muchas iniciativas europeas, la Línea Maginot surgió de las confusas secuelas de la Primera Guerra Mundial. Una ofensiva aliada de última hora, que fue posible gracias a la llegada en 1918 de dos millones de soldados norteamericanos, expulsó a los alemanes de las regiones en disputa de Alsacia y Lorena y obligó al Gobierno alemán a aceptar una propuesta de paz que resultó ser infame y punitiva. Los franceses consiguieron territorios, pero no una sensación de seguridad suficiente. Ni siquiera las condiciones durísimas del Tratado de Versalles, que despojaban

a Alemania de sus más ricas regiones industriales, aplastaban la economía alemana con la obligación de pagar unas dolorosas reparaciones de guerra, limitaban el tamaño del ejército y la fuerza aérea alemanas y rodeaban Alemania con un perímetro de naciones hostiles que acababan de alcanzar la independencia podían garantizar la seguridad a nadie. Casi no habían terminado las celebraciones de la victoria cuando un grupo de generales y políticos angustiados ya estaba discutiendo cómo podían evitar las invasiones del futuro.

Un siglo más tarde, es difícil hacerse una idea del espíritu reinante en un momento en que los recuerdos de la última guerra espoleaban el temor de una nueva. Algunos generales franceses se convirtieron en autores de *bestsellers* con libros como *L'invasion, est-elle encore possible?* [¿Es posible una nueva invasión?]. Los ministros y los militares se hacían famosos por sus declaraciones sobre temas de seguridad nacional. Después de todo, ¿quién era Maginot, sino un oscuro ministro, antes de que su nombre se asociara con la línea defensiva que ahora lleva su nombre?

Antes del establecimiento de la Línea Maginot, los franceses llevaban tres siglos planteándose la posibilidad de construir una gran muralla: concretamente, desde 1636, cuando los austriacos capturaron la fortaleza de Corbie y París estuvo en grave peligro. Aquella primera amenaza no se olvidó fácilmente. En 1678, el primer general francés que acabó escribiendo un libro, el teórico militar –y gran experto en promocionarse a sí mismo– Sébastien Le Prestre de Vauban, propuso construir, en vez de una muralla defensiva, una red de baluartes pertrechados con toda la tecnología moderna. Los proyectos de Vauban fueron solamente el último de una larga serie de intentos de prolongar el uso de la antigua tecnología de las murallas cuando ya habían pasado doscientos años desde que la caída de Constantinopla las había dejado obsoletas. La historia de la tecnología abunda en acciones de retaguardia como esta, así que los baluartes de Vauban, una vez que pasó su momento, no corrieron mejor suerte que las máquinas de escribir o las grabaciones de ocho pistas. De todos modos, los franceses seguían empeñándose en fortificar sus fronteras. Entre 1702 y 1715, durante la guerra de sucesión en España, las tropas inglesas y holandesas atacaron desde el este y los franceses reaccionaron creando las líneas defensivas de Brabante, compuestas por empalizadas y terraplenes, que tenían una longitud de unos 120 kilómetros. Más tarde construyeron las líneas Ne Plus Ultra, que tenían un nombre mucho más largo y amenazador

que las anteriores y se extendían a lo largo de 300 kilómetros. Tras la humillante derrota francesa en la guerra franco-prusiana de 1870-1871, el deseo de contar con unas fronteras inexpugnables alcanzó niveles de paroxismo. De ahí surgió un nuevo intento de readaptar una tecnología aparentemente obsoleta mediante la creación de las fortificaciones de hierro fundido y de hormigón armado de la Barrière de Fer (el Muro de Hierro).

En la década de 1920, la Barrière de Fer tenía perplejos a los políticos. A diferencia de las Líneas de Brabante o de las Líneas Ne Plus Ultra, el Muro de Hierro no fracasó del todo. En la batalla de Verdún, durante la Primera Guerra Mundial, las fortificaciones de última generación del muro lograron resistir el terrible bombardeo de la artillería alemana, incluido el formidable obús Gran Berta. La batalla de Verdún, en la que André Maginot recibió una herida en la pierna que lo dejó cojo y el mariscal Philippe Pétain se ganó la reputación de héroe de Francia, se estudió exhaustivamente en los años de entreguerras. De ahí surgió la idea de una nueva clase de defensas fortificadas, algo que *no* tuviera nada que ver con la Gran Muralla china. En los ásperos debates sobre si había que fortificar Francia y cómo había que hacerlo, incluso los partidarios sí competían por distanciarse del símbolo chino. El mariscal Joffre comentó que “Francia estaba condenada la derrota si intentaba levantar una nueva Muralla China”. [11] Y el propio Maginot declaró que “no podemos ni soñar con construir una nueva Gran Muralla Francesa” [12] porque el proyecto era demasiado costoso. Lo que diseñaron fue un nuevo prototipo de defensa, una Gran Muralla del siglo XX , o eso al menos era lo que esperaban.

La Línea Maginot, tal como surgió de los planos de sus creadores, no pretendía la creación de un conjunto continuo de barreras físicas. Contaba exactamente con dos: una vasta zona de tupidas alambradas para obstaculizar los movimientos de la infantería, y delante de ella, miles de barreras anticarro para impedir el paso de los tanques. Lo más importante de la Línea era la red de búnkeres blindados y de nidos de ametralladoras. “*Le feu tue* ”, “El fuego de ametralladora mata”, había dicho Pétain. Este principio revolucionario inspiró el diseño. La Línea Maginot no quería parecerse a las murallas de ladrillo, de tierra apisonada o incluso de hierro. Era una muralla de fuego. Según el razonamiento de Pétain, si podía proteger las armas, las armas protegerían Francia.

Nunca antes había existido una línea de defensa como la Línea Maginot. No tenía ni los tradicionales fortines. En su lugar, los diseñadores franceses crearon los *ouvrages* (“obras”) que casi siempre eran subterráneos. Cada *ouvrage* contenía una compleja red de galerías, cuarteles, depósitos de munición, hospitales y cantinas, todo conectado a conjuntos de armas bien instaladas en búnkeres de hormigón, bien en torretas de acero que apenas sobresalían del suelo durante la batalla. Las guarniciones de los nidos de ametralladoras vivían a quince metros de profundidad en unos laberintos inexpugnables de hormigón armado donde no estaban expuestas al fuego enemigo. Cualquiera que intentara penetrar en las siete toneladas de acero que protegían los *ouvrages* iba a encontrarse con un comité de recepción formado por nidos de ametralladoras emplazados en todos los ángulos posibles para el fuego de flanqueo. Si todo lo anterior fallaba, las galerías estaban equipadas con explosivos para autodestruirse.

Las obras se llevaron a cabo con singular rapidez. En 1926, el Gobierno francés emprendió la construcción de las primeras unidades experimentales de la línea. Poco después, en 1930, cuando las relaciones internacionales ya habían empezado a deteriorarse y el pesimismo suscitado por los primeros tiempos de la Gran Depresión se imponía en el ambiente, la Cámara de Diputados aprobó los fondos para financiar todo el proyecto. André Maginot, que había trabajado incansablemente a favor del proyecto, murió en 1932, tres años antes de que el primer periódico asociara su nombre a la nueva línea defensiva.

Casi por última vez en la historia, un gran número de obreros trabajó en la construcción de una línea defensiva destinada a proteger a su nación de un ataque militar. En comparación, los obreros que trabajaron fueron muy pocos –unos quince mil, una mínima parte de la ingente fuerza de trabajo que empleaban los imperios antiguos–, pero los franceses de la época de la Gran Depresión contaban con excavadoras, palas mixtas, volquetes, buldóceres y hormigoneras. Durante varios años, los obreros colocaron más de un millón de metros cúbicos de hormigón y 150.000 toneladas de acero. Para cuando llegó 1939 ya habían terminado.

En su forma final, la Línea Maginot compartía una característica notable con su anciana prima china: solo protegía una pequeña parte de la frontera que estaba destinada a defender. Igual que los romanos, los franceses creían que podían confiar en las cualidades defensivas del río Rin para evitar las incursiones a lo largo de la frontera oriental. En el curso del Rin, por lo

tanto, tan solo montaron un pequeño sistema de defensas, formado por unos pocos nidos de ametralladoras y unos cuantos fortines protegidos por minas y alambradas de púas. Solo en la región al norte del Rin, en Alsacia y Lorena –los dos territorios que Francia y Alemania llevaban disputándose durante décadas–, los franceses consideraron necesario desplegar al máximo todo el sistema defensivo. Pero dejaron sin fortificar el bosque de las Ardenas, que consideraban "infranqueable", y también la frontera con los Países Bajos, ya que dieron por hecho que los alemanes evitarían esas rutas.

En vísperas de la guerra mundial, los defensores de la Línea Maginot se instalaron en su mundo subterráneo como si fueran marmotas. Con sus uniformes de color caqui, en los que lucían el eufórico lema "*On ne passe pas* " (No pasarán), se desplazaban por las galerías en cochecitos y tenían a su disposición bodegas, barberías y capillas, mientras esperaban la inevitable llegada de los alemanes.

En mayo de 1940, los alemanes lanzaron al fin el ataque contra Francia y se enfrentaron a la Línea Maginot exactamente que los manchúes cuando tuvieron que salvar las defensas de la Gran Muralla: la evitaron. En contra de todos los planes defensivos de los franceses, los carros de combate alemanes irrumpieron a la vez desde los Países Bajos y desde el bosque de las Ardenas, que cruzaron por las carreteras existentes y no les pareció infranqueable en absoluto. Gracias a la rapidez del avance, los alemanes consiguieron rodear a los ejércitos franceses, de modo que las tropas que guarnecían la Línea Maginot, con sus uniformes de color caqui nunca llegaron a tener un enemigo a tiro al que disparar.

La caída de Francia se produjo en muy poco tiempo, así que la Línea Maginot, con la misma rapidez, pasó a engrosar la cada vez más extensa lista de símbolos –junto con la Gran Muralla china– que asociamos inmediatamente con las murallas. Durante el medio siglo siguiente, como poco, se habló de la "psicología de Línea Maginot" para despreciar cualquier fe ciega en la capacidad de un refugio. Los historiadores también usaron ese término retroactivamente. Richard Frye, el gran experto en Persia, al describir la política de construcción de murallas de los sasánidas, la definió como "una mentalidad de Línea Maginot". Arthur Waldron comparó la Gran Muralla china con la Línea Maginot. Otros ensayistas y políticos citaron la Línea Maginot para condenar toda clase de iniciativas

políticas. Incluso los poetas la usaron. Hace poco, en 2004, la desafortunada línea le sirvió de inspiración al poeta Harold Rosen. El poema está ambientado en 1939 y lo protagonizado por un francés que va a alistarse luciendo un bonito sombrero de paja y unas gafas de sol. Por el camino, el hombre recoge a un autoestopista, ante el cual exhibe su confianza absoluta:

> La Línea Maginot. Lo dice como un ensalmo
> que lo va a proteger de la catástrofe.
> 'Estamos en el sitio más seguro',
> así es su laberinto de hormigón. [13]

El desdén con que la juzgan los historiadores, los poetas y los políticos ha ocultado una realidad paradójica con respecto a la Línea Maginot: en 1940, cuando los alemanes invadieron Francia, no había un sitio más seguro en todo el país que aquel laberinto de hormigón. Solo con que se hubiera extendido más lejos, la invasión alemana de Francia, la ulterior conquista hitleriana de Europa, e incluso, tal vez, el Holocausto, se podrían haber impedido.

El historial de combate de la Línea Maginot es breve pero ejemplar. A mediados de junio de 1940, cuando los alemanes ya se habían asegurado el control de toda Francia, Hitler ordenó a los oficiales de la Wehrmacht que se dieran la vuelta y destruyeran la línea Maginot. En esa acción, que se denominó Operación Tigre, los alemanes contaban con todas las ventajas tácticas porque lanzaron a la vez un ataque frontal y por la retaguardia. Primero, los alemanes sometieron la línea a un durísimo bombardeo de artillería y aviación. Los franceses respondieron haciendo emerger los nidos de ametralladoras y las torretas con periscopios y repelieron el ataque. No se destruyó ni capturó ni un solo *grand ouvrage* . Los defensores, indemnes en sus refugios subterráneos, aunque agotando lentamente sus suministros de comida para tres meses, solo se rindieron a regañadientes cuando el alto mando francés así se lo ordenó.

Los alemanes, que habían descubierto por experiencia propia el valor defensivo de la Línea, la estudiaron y probablemente se inspiraron en ella para diseñar sus propios búnkeres defensivos. Los franceses, en cambio, estupefactos ante la derrota de su ejército, empezaron a buscar culpables de la hecatombe. Pétain, el héroe de Verdún, había apoyado la construcción de

la Línea Maginot, pero luego corrió a firmar la paz con los alemanes. Después de la guerra se le consideró un traidor. El mayor enemigo de la línea durante los años de entreguerras, el general De Gaulle, se convirtió en el presidente electo de Francia. En cuanto a la línea, sigue exactamente donde estaba, tan imposible de erradicar como de destruir. Su destino no era inspirar el temor reservado a la Gran Muralla. Algunos *ouvrages* se han abierto al público, aunque casi nunca aparecen en las postales que se envían desde Francia. La mayor herencia de la Línea Maginot ha sido simbólica: un sinónimo universal del disparate, y un ejemplo contundente delo que pasa cuando se ignoran las lecciones de la historia.

Quizá en algún sitio exista un club en el que se reúnen las viejas murallas a lamentar su suerte y a quejarse de la oscuridad en la que han caído o de la injusticia que ha supuesto su desgracia. Si ese club existe, está claro que la Línea Maginot está allí, compartiendo un trago de licor fuerte con la Gran Muralla, y ambas han reservado una maldición o dos para otra muralla que durante un tiempo logró eclipsarlas a las dos, hundiendo aún más su reputación, hasta que la propia palabra *muro* se convirtiera en anatema. Ese muro estaba en Berlín.

XVI
‘MIL VECES MEJOR QUE UNA GUERRA’
Berlín, 1961-1989

A medida que me acerco al final de este libro –se levantan o proyectan nuevas murallas a lo largo de todo el mundo mientras tecleo– hay algo que me preocupa: no dejo de preguntarme si voy a correr el mismo destino que Peter Wyden. Wyden, antiguo corresponsal de *Newsweek* , se pasó más de cuatro años entrevistando a los protagonistas de los hechos e investigando a fondo todos los documentos escritos para redactar una historia del Muro de Berlín. Cuando terminó, el volumen tenía 762 páginas. Lo terminó justo a tiempo para que Simon & Schuster lo publicara en el otoño de 1989. Se había quedado obsoleto casi antes de que llegara a las librerías.

Wyden había escrito una historia exhaustiva, pero ¿cómo podía saber lo que estaba a punto de ocurrir, es decir, que el momento estelar del Muro ocurriría en el penúltimo mes de 1989 y que lo iba a retransmitir en directo la MTV ? Wyden infundió un tono curiosamente melancólico en su vasta investigación. La vida –observó– se había desarrollado alrededor del Muro de Berlín como yerbajos que salen en las ruinas. Las familias de Alemania Occidental iban a hacer pícnic a la sombra del Muro porque allí había menos tráfico; los *runners* disfrutaban corriendo a lo largo del muro de hormigón porque les resultaba un lugar muy agradable; y los taxistas estaban aburridos de que les hicieran preguntas sobre él. “¿Qué hemos aprendido del Muro? –se preguntaba Wyden–. No mucho”.

En sus conclusiones, Wyden citaba a un funcionario jubilado, veterano de la administración Kennedy, que recordaba con tristeza la reacción letárgica que tuvieron los gobiernos occidentales cuando se enteraron, en agosto de 1961, de que se estaban empezando a desplegar los primeros rollos de alambradas por las calles de Berlín. “A nadie se le ocurrió que aquel despliegue pudiera ser permanente”, comentó el funcionario. Cuando

hizo aquel comentario, a finales de la década de 1980, el funcionario era incapaz de imaginarse un mundo en el que no existiera el Muro de Berlín.

Por supuesto que el Muro no iba a ser permanente; nada lo es. Los mesopotámicos, al ver cómo se desmoronaban continuamente sus muros de adobe, ya habían hecho ese descubrimiento hacía cuatro mil años. Llegaron a la conclusión de que hasta los seres humanos estaban hechos de arcilla y que, cuando morimos, simplemente volvemos a nuestra condición natural en el suelo, como si estuviéramos devolviendo el préstamo que nos ha hecho la tierra. Las infames murallas de cemento del Muro de Berlín, como las grandes murallas de Mesopotamia, solo podían inspirar una idea ilusoria de permanencia. Si el funcionario estadounidense hubiera esperado un poquito más antes de conceder su entrevista, se habría sentido mucho menos decepcionado por la torpeza de la administración Kennedy en agosto de 1961. Después de todo, el Muro había demostrado ser temporal. Simplemente, había requerido un poco más de paciencia de lo esperado

Pero la paciencia era una cualidad tan escurridiza como la permanencia en aquellos tiempos de obsesión atómica. La Guerra Fría fue una época de refugios atómicos y de entrenamiento de civiles para la defensa nuclear, en la que las revistas exponían con todo detalle el poderío militar de las dos superpotencias, que aparecía representado en gráficos a todo color con menciones específicas para el número de soldados, aviones, misiles y cabezas nucleares de cada una. En un ambiente así, era imposible que alguien imaginara que bastaba esperar un poco para que el Muro de Berlín, y toda la Guerra Fría, demostraran ser un episodio breve e incluso históricamente insignificante. Hoy todavía estamos debatiéndonos con esa realidad, pero dentro de cien años el Muro de Berlín estará completamente olvidado, tan olvidado como el Muro del País del rey Shulgi o las líneas fortificadas de la Rusia zarista. Cada año disminuye el número de personas que recuerdan haber visto la caída del Muro en la MTV . Y la cantidad de gente que tuvo que vivir encerrada detrás del Muro es aún menor. Las futuras generaciones quizá se pregunten a qué venía todo ese alboroto.

En cualquier caso, ahora mismo el Muro se resiste a hundirse de nuevo en la arcilla, ya que se ha anclado con firmeza en nuestra memoria histórica. En los modernos debates sobre la historia de las murallas, el Muro de Berlín aparece inevitablemente. Es un ejemplo universal, siempre a mano y siempre discutido cuando se habla de otras barreras defensivas con las que

no tenía absolutamente nada que ver. En su vida de ultratumba, el Muro ha alcanzado una importancia desproporcionada con respecto a su realidad.

La historia del Muro de Berlín ha resultado ser algo totalmente opuesto a lo que esperábamos. Conserva los elementos más atractivos relacionados con la diplomacia internacional, la política de riesgos calculados de la disuasión nuclear, los errores fatídicos y las huidas heroicas. Sin embargo, los protagonistas reales rara vez aparecen en escena, porque los corresponsales, los cineastas y los periodistas les han arrebatado el relato de los hechos. Los narradores en sí mismos se han convertido en personajes mucho más importantes que la historia misma, al convertir el hormigón y las alambradas de púas en un símbolo tan poderoso que nos ha venido afectando desde entonces. Han jugado a ser Dios con el Muro y con nuestra imaginación.

Las circunstancias que hicieron posible el Muro de Berlín empezaron a darse en los últimos meses de la Segunda Guerra Mundial, cuando unos enemigos naturales que se habían convertido en aliados por la necesidad mutua de defenderse de Hitler se reunieron a regañadientes en las conferencias que iban a coordinar las ofensivas finales de la guerra. La carrera hacia Berlín no fue una carrera en absoluto: a medida que avanzaban hacia Alemania, los soviéticos iban apoderándose de grandes extensiones de territorio porque se habían propuesto controlar la Europa Oriental de la posguerra. Eisenhower no hizo caso a Churchill cuando este le pedía que avanzara muy deprisa para "estrechar la mano de los soviéticos lo más al este que fuera posible", y adoptó una actitud mucho más prudente. Eisenhower sabía que no tenía ningún sentido apoderarse de un territorio que el presidente Roosevelt ya les había prometido a los rusos. Alemania se iba a dividir, y el mando supremo aliado no estaba dispuesto a iniciar una tercera guerra mundial apoderándose de la mitad controlada por los soviéticos.

Durante la guerra murieron un millón y medio de berlineses. Nada más terminar la guerra, los supervivientes tuvieron que soportar el saqueo sistemático de su infraestructura industrial, ya que los soviéticos –que durante un tiempo fueron los únicos ocupantes de la capital alemana– desmantelaron casi todo el equipamiento pesado de la ciudad y se lo llevaron a Rusia. Cuando llegaron las primeras tropas británicas y

norteamericanas y asumieron su papel en la administración conjunta, la ciudad bombardeada no tenía ni con qué alimentarse.

En el tira y afloja sobre Berlín, la Guerra Fría empezó casi de inmediato. Los tratados firmados durante la guerra ya habían decidido el futuro de la ciudad: Berlín se dividiría en cuatro sectores y los ingleses, los franceses, los norteamericanos y los soviéticos administrarían cada uno de ellos. En función de lo acordado en los tratados, la ciudad de Berlín –incluso los sectores occidentales– iba a quedar comprendida en el territorio de Alemania Oriental controlado por los soviéticos. Era un diseño absurdo que estaba destinado a crear toda clase de conflictos.

Al escribir la historia de Berlín en los tiempos de la Guerra Fría, no debo de ser el primer autor que cita la historia del rey bíblico Salomón, del que se cuenta que resolvió una disputa sobre la maternidad de un niño ordenando que partieran el bebe por la mitad. Evitó una auténtica tragedia al darle rápidamente el bebé a la mujer que había protestado con más vehemencia contra el plan. Pero en el caso de Berlín, el niño murió. En 1946, los soviéticos se opusieron a las primeras elecciones libres que se celebraban en la ciudad desde el ascenso de Hitler al poder. Dos años más tarde, adoptaron una estrategia mucho más agresiva e intentaron matar de hambre a los aliados. El bloqueo de Berlín podría haber desencadenado una nueva guerra si no fuera porque las potencias occidentales estaban cansadas de pelearse. Durante un año, los sectores de Berlín controlados por los norteamericanos, los franceses y los británicos tuvieron subsistieron en una isla a la que los suministros llegaban solo por aire. Así surgió una nueva ciudad: Berlín Occidental.

La ciudad dividida ocupaba una posición singular en la Europa de la Guerra Fría: era el punto más vulnerable tanto para el mundo occidental como para los soviéticos. Para Nikita Jrushchov, el grandilocuente dirigente soviético que sucedió a Stalin, Berlín representaba “los testículos de Occidente”; bastaba con que se los estrujaran de vez en cuando para que todo mundo occidental aullara. Pero Berlín también resultó ser un lugar muy problemático para el propio Jrushchov, y antes que él, para el mismo Stalin. La constatación de que los soviéticos habían decidido apoderarse de Europa Occidental horrorizó a todos aquellos que recordaban la oleada de violencia política desencadenada por los comunistas en las décadas de 1920 y 1930. Cientos de miles de alemanes a los que les había tocado vivir en Alemania Oriental huyeron al oeste. En un año, más de un millón de

alemanes habían huido al otro lado. Stalin, que había robado a Alemania Oriental toda su potencia industrial, veía ahora que se estaba quedando sin capital humano. Obligado a enfrentarse a un éxodo que amenazaba con despoblar las zonas bajo dominio soviético, decidió adoptar una antigua estrategia, que retorció a su medida para adaptarla a un objetivo más novedoso y perverso.

Para medir el peso que el Muro de Berlín tiene en nuestra imaginación, basta pensar en que muy poca gente hoy –y muy pocos especialistas fuera de los países que se vieron afectados– es consciente de que durante la Guerra Fría y antes del Muro de Berlín se levantaron otros muros mucho más grandes. El telón que separaba Alemania Oriental de la Occidental no era de acero, al menos en su mayor parte, pero se le acercaba. Consistía en 1.400 kilómetros de hormigón, alambradas, alarmas, torretas de vigilancia y vallas electrificadas. Otras barreras similares separaban Hungría de Austria. El Telón de Acero evolucionó rápidamente durante la Guerra Fría, pero siempre fue una barrera física bien tangible. Al final se convirtió en el modelo que ahora sirve como prototipo para los controvertidos muros fronterizos del siglo XXI .

Las murallas del Telón de Acero se construyeron una década antes que el Muro de Berlín. El 1 de diciembre de 1946, la policía de Alemania Oriental empezó a instalar controles de carretera y vallas con alambradas entre las dos Alemanias, la Oriental y la Occidental. En mayo de 1952, Stalin tomó nuevas medidas para blindar las fronteras de la Guerra Fría. En 1959, miles de policías de fronteras, estacionados en torretas de vigilancia de hormigón, vigilaban la frontera. Las patrullas de vigilancia local complementaban a las de la temida policía secreta de Alemania Oriental, la Stasi. Se animaba a los vecinos a denunciar a sus vecinos.

Pero el primitivo Telón de Acero tenía un boquete: en Berlín, donde el Este y el Oeste se mezclaban sin problemas, seguía siendo muy fácil que un alemán oriental eligiera la libertad. A medida que las fronteras terrestres entre las dos Alemanias se iban haciendo más y más infranqueables, cada vez más gente aprovechaba esta última vía abierta. En 1961, el número de huidas sobrepasó los cuatro millones, y la cifra habría sido mayor si no fuera porque Alemania Occidental examinaba a los huidos y devolvía a su país a los que consideraba indeseables. Los trabajadores cualificados estaban desapareciendo de Alemania Oriental, donde el éxodo acentuaba las

penurias económicas. Los rusos tuvieron que vender cincuenta toneladas de oro para sostener la tambaleante economía de su Estado satélite, pero el dinero en metálico no logró reducir el flujo de emigrados.

A finales de 1958, un irritado Jrushchov se dispuso a estrujar con furia “los testículos de Occidente”. Exigió a las potencias occidentales que se retiraran de Berlín bajo la amenaza de firmar por separado un tratado con Alemania Oriental que permitiría a los rusos controlar todos los accesos a Berlín Occidental. En la tensa atmósfera de la era atómica, esta amenaza parecía anunciar una guerra nuclear, pero afortunadamente las cosas no pasaron a mayores.

Tres años más tarde, cuando tenía enfrente a un joven y todavía desconocido presidente de Estados Unidos, y cuando se produjo un agravamiento en la crisis de los refugiados, Jrushchov reanudó sus amenazas. Durante el primer año de la administración Kennedy, las tensiones de la Guerra Fría habían llegado a su apogeo. El intento de Kennedy de derribar a Fidel Castro mediante la fracasada invasión de Bahía Cochinos había hecho creer que el inexperto presidente no estaba a la altura de su cargo. El iracundo Jrushchov deseaba humillar a su homólogo norteamericano, y Walter Ulbricht, el dirigente de Alemania Oriental –de voz chillona y notoria falta de sentido del humor–, le presionaba para poner fin a la crisis de las deserciones a Occidente. Ulbricht era un veterano ideólogo comunista que incluso llevaba una perilla a imitación de la de Lenin, y con frecuencia adoptaba el papel de abogado del diablo delante de Jrushchov, sugiriéndose medidas que incluso podían desencadenar una guerra nuclear. Ulbricht soñaba con bloquear Berlín Occidental, cerrando todos los accesos terrestres, hasta que la hambruna de la población la obligara a aceptar las condiciones de Alemania Oriental. También propuso obstaculizar el aterrizaje de aviones por medio de gigantescos globos de barrera que bloquearan las rutas aéreas usadas por los controladores. También hizo planes para rodear de muros todo Berlín Occidental.

En marzo de 1961, Ulbricht ordenó a su fiel subalterno Erich Honecker que instalara alambradas y bloques de hormigón para preparar la construcción de un muro que rodeara Berlín Occidental. Honecker era un ideólogo tan fanático como Ulbricht: a los diez años se había apuntado a una organización juvenil comunista y había adquirido toda su formación intelectual en instituciones comunistas como la Escuela Internacional Lenin

de Moscú. Había empezado a pensar en rodear con muros Berlín Oriental en 1953, cuando quedó conmocionado al enterarse de que varios jóvenes de las Juventudes Comunistas habían huido del país tras la supresión de una revuelta obrera.

En el verano de 1961 se produjo una escalada de tensión. En junio, Kennedy y Jrushchov mantuvieron una reunión en la que Kennedy se llevó la peor parte: "Me dio un buen repaso", confesó Kennedy. Tras la reunión, Jrushchov habló abiertamente de "liberar" Berlín Occidental y Ulbricht expresó su deseo de estrangular económicamente el enclave. La guerra nuclear parecía más cercana que nunca.

El 25 de julio, Kennedy se dirigió a la población en una comparecencia televisada. "No podemos permitir ni permitiremos jamás que los comunistas nos expulsen de Berlín Occidental, ni poco a poco ni a la fuerza", declaró. Jrushchov –que tuvo que leer el discurso de Kennedy en una trascripción escrita, ya que el satélite Telstar no entraría en servicio hasta el año siguiente– sufrió un acceso de furia. Con sus característicos arrebatos de cólera, amenazó a un diplomático norteamericano con una respuesta "termonuclear". Una semana más tarde, convocó en el Kremlim una reunión de los líderes del Pacto de Varsovia.

Mientras los servicios de inteligencia occidentales buscaban información sobre la cumbre del Pacto de Varsovia, que iba a celebrarse entre el 3 y el 5 de agosto, el futuro de Berlín se estaba decidiendo ya en Moscú. Sin que la CIA se enterase, Jrushchov rechazó las propuestas más incendiarias de Ulbricht. El líder de Alemania Oriental solo logró imponer una de sus condiciones: Jrushchov le autorizó a rodear Berlín Occidental con alambradas. Esta se convertiría en un muro de verdad a su debido tiempo, mientras todo Occidente, en palabras del propio Jrushchov, "se quedaba ahí callado como una oveja".

Ulbricht y Honecker llevaron a cabo sus planes en el más absoluto secreto. En 1961, Berlín era una de las ciudades más peligrosas de la Guerra Fría, y estaba repleta de agentes de la CIA que aún podían cruzar la frontera con entera libertad. Los líderes de Alemania Oriental habían decidido comunicarse únicamente de viva voz o bien a través de notas manuscritas, todas ellas redactadas por el mismo coronel de la policía.

En la víspera del 12 de agosto de 1961, Willy Brandt, alcalde de Berlín Occidental, dio un mitin electoral en el que proclamó, refiriéndose a la

crisis de los refugiados: “Temen que los encierren en una enorme prisión”. Faltaban pocas horas para que esa profecía se hiciera real.

En la medianoche del domingo 13 de agosto de 1961, Honecker llamó por teléfono al jefe del ejército y le dio una orden muy escueta: “Ya conocen la misión. ¡Adelante!”. Los camiones se pusieron en marcha y empezaron a circular por las calles y por los arrabales que rodeaban Berlín Occidental. Los soldados y policías de Alemania Oriental empezaron a clavar postes en el suelo e iniciaron la operación de instalar las alambradas. Colocaron kilómetros y kilómetros de alambre de espino. En la famosa Puerta de Brandenburgo, por donde Napoleón había entrado una vez en la ciudad, las taladradoras bloquearon la calle que pocas horas antes permitía que la gente cruzara la frontera sin problemas para ir de visita o de compras.

Los que se habían negado a aceptar la gravedad del peligro fueron los que más se alarmaron. En los días previos al Domingo de las Alambradas, muchos habitantes de Alemania Oriental se habían dado cuenta de que se estaba maquinando algo. Al ver el apresurado despliegue de policías, habían calculado a diario, incluso hora a hora, cuál era el mejor momento para pasarse al otro lado. En julio habían escapado unos treinta mil y en la primera quincena de agosto otros veintidós mil. El último día antes de la colocación de las alambradas escaparon más de 2.500 personas. Ahora los que habían retrasado demasiado su decisión se habían quedado sin tiempo. El estampido de la maquinaria pesada despertó a la somnolienta ciudad de Berlín. En mitad de la noche, algunos berlineses de la zona oriental, aterrorizados, se vistieron a toda prisa e intentaron huir, la mayoría sin lograrlo, hacia la libertad. Varios centenares de berlineses desesperados se agolparon en la estación de la Friedrichstrasse, intentando abordar unos trenes que nunca llegarían a ponerse en marcha. En la Bernauer Strasse, donde los edificios de apartamentos marcaban la línea divisoria, algunos berlineses orientales saltaron desde las ventanas hacia las calles de la zona occidental que tenían justo debajo.

La desesperación se convirtió muy pronto en histeria. “¡La Zona Occidental no está haciendo nada!”, chillaban indignados los titulares del periódico *Bild* , que tenía su sede en la propia Alemania Occidental. A los pocos días, toda la ciudad estaba empapelada con pósters que comparaban la pasividad de Alemania Occidental con la traición a Checoslovaquia en la Conferencia de Múnich de 1938. Treinta mil berlineses occidentales se manifestaron por las calles de la ciudad.

El suceso que muchos berlineses consideraban la víspera del Apocalipsis apenas suscitó reacciones por parte de Occidente. A la mañana siguiente, *The New York Times* informó de lo ocurrido durante el Domingo de las Alambradas con una letárgica nota sobre la interrupción del tráfico entre las dos zonas de Berlín. Dean Rusk, el secretario de Estado norteamericano, prestó poca atención al asunto durante su rueda de prensa matinal, y por la tarde se fue a ver un partido de béisbol. Harold Macmillan, primer ministro de Gran Bretaña, continuó participando en la cacería que tenía prevista para aquellos días.

Por extraño que parezca, la aparición del Muro de Berlín pasó casi desapercibida en Washington. Años más tarde, Wyden comprobó que muchos de los asesores del presidente Kennedy ni siquiera se acordaban de los detalles del suceso:

> Casi ninguno se acordaba de lo que había hecho aquel domingo 13 de agosto de 1961. Tampoco tomaron notas de lo que había sucedido en aquel día histórico, y estoy hablando de gente tan aficionada a tomar notas como McGeorge Bundy, Ted Sorensen, Arthur Schlesinger, Pierre Salinger y Maxwell Taylor. Walt Rostow, que aquel día estaba al frente del Consejo de Seguridad Nacional, me enseñó su agenda. Para su consternación, estaba en blanco. [1]

El presidente, por su parte, casi agradeció la alambrada, ya que pensaba que era la única forma de terminar con la crisis de Berlín. En su opinión, la otra parte había hecho la vista gorda, y tal como lo expresó, "un muro es mil veces mejor que una guerra". [2]

Se mire como se mire, un muro es mil veces mejor que una guerra, sobre todo si se trata de una guerra termonuclear, pero la sensata idea de Kennedy nunca logró tener mucho respaldo popular. Los que acaban imponiendo su propio relato, que hasta entonces llevaban mucho tiempo manteniéndose en calma, decidieron ahora hacerse con el control de la narrativa, y el Muro de Berlín –y no sería la última vez– se convirtió en el símbolo de asuntos mucho más complejos.


El Muro de Berlín
0 MILLAS 5
0 KM 5
DINAMARCA
Mar del Norte
HOLANDA
Berlín
POL.
ALEMANIA ORIENTAL
Bonn
BÉL.
LUX.
ALEMANIA OCCIDENTAL
CHECOSLOVAQUIA
FRANCIA
AUSTRIA
SUIZA
ALEMANIA ORIENTAL
Muro de Berlín
Puerta de Brandenburgo
BERLÍN ORIENTAL
Checkpoint Charlie
BERLÍN OCCIDENTAL
Muro de Berlín
ALEMANIA ORIENTAL

Los periodistas norteamericanos fueron los primeros en cuestionar la reacción inicial de Occidente. El hecho de que en Berlín hubiera docenas de corresponsales occidentales –testigos de la histeria– deparó una oportunidad sin precedentes de agitar el sensacionalismo. Por casualidad, David Brinkley había podido filmar las escenas de caos que se vivieron en la estación de la Friedrichstrasse y en los edificios de la Bernauer Strasse. También estaba en Berlín el veterano periodista Edward R. Murrow, que en su día había retransmitido por radio la batalla de Inglaterra y que sabía muy bien cómo dramatizar un suceso. En su nuevo cargo de jefe de la Agencia de Información de Estados Unidos, Murrow presionaba a la administración Kennedy para que reaccionara ante "el taponamiento de una nación entera". El lunes 14 de agosto, Daniel Schorr, de la CBS , vio cómo se colocaban los primeros bloques de hormigón y narró el hecho ante las cámaras de televisión, comparando el nuevo Muro de Berlín con el infame muro de piedra y ladrillo que los nazis habían levantado para rodear el gueto de Varsovia. Todas estas informaciones llegaban a Estados Unidos en latas de película y en grabaciones de sonido, que se habían metido en sacos de color naranja para viajar en la bodega de los aviones trasatlánticos. La prensa ya había encontrado un símbolo que muy pronto adoptarían políticos y productores de todos los medios de comunicación.

A través de la prensa, la radio y la televisión, el Muro de Berlín alcanzó una fama instantánea que enseguida quedó grabada en el corazón de la audiencia de Occidente. Casi inmediatamente empezaron a publicarse lujosos volúmenes ilustrados con títulos como *Berlín rodeado de alambradas* . Luego llegaron los libros de aventuras que contaban, con toda clase de detalles que cortaban el aliento, las heroicas huidas de los berlineses orientales. Los autores de ficción se apresuraron a escribir novelas de espías ambientadas en el desolado escenario del Muro. *The Saturday Evening Post* y *The New Yorker* las publicaban por capítulos.

La televisión halló en el Muro una estrella irresistible. En contra de las súplicas de la administración Kennedy, bastante abochornada, tanto la cadena CBS como la NBC financiaron la excavación de túneles a cambio de los derechos fílmicos exclusivos. La CBS acabó cediendo a las presiones y abandonó el proyecto, aunque antes filmó una versión dramatizada de "El túnel hacia la libertad" que se emitió como un episodio de la popular

Armstrong Circle Theater . El proyecto de la NBC , sin embargo, siguió adelante. Veintinueve ciudadanos de Alemania Oriental escaparon a través de su túnel de ciento treinta metros antes de que la policía de Berlín Oriental lo descubriera y lo tapiara. El documental que se hizo dominó las audiencias nocturnas.

En California, un actor de mediana edad seguía todas estas informaciones con gran interés. En un momento en que su carrera en Hollywood estaba casi liquidada, ya había iniciado esa transición inevitable que hace que, una vez alcanzada la edad madura, las personas empiecen a adoptar una visión del mundo mucho más escéptica y malhumorada, encaminen su ambición más hacia la posición social que hacia el confort y sientan un creciente interés por la política. Para Ronald Reagan, el Muro de Berlín era un símbolo acuciante de que la ideología del comunismo suponía una amenaza muy seria para el estilo de vida americano. Dos décadas más tarde, ese hombre iba a representar un pequeño pero muy visible papel –el más famoso de su carrera– en la caída del Muro. Mientras tanto, los magnates de Hollywood que ya no sentían ningún interés por la carrera de Reagan se estaban interesando cada vez más en el Muro.

El primer director que se ocupó del Muro de Berlín poseía una extraña energía personal. Billy Wilder, que ya se había hecho famoso por *Perdición* , *El crepúsculo de los dioses* y *Con faldas y a lo loco* , estaba en Berlín filmando la mediocre comedia *Un, dos, tres* , situada en plena Guerra Fría, cuando tuvo lugar el Domingo de las Alambradas. El repentino cambio en la situación le obligó a trasladar el rodaje a Múnich. Cuatro meses más tarde, la película se estrenó con un prólogo escrito por el director –famoso por su falta de interés en la política–, y leído por la estrella de la película, el actor James Cagney:

> El domingo 13 de agosto de 1961, toda América estaba pendiente de la capital del país, en la que Roger Maris estaba bateando 44 y 45 *home runs* contra los Senators. Pero ese mismo día, sin previo aviso, los comunistas de Alemania Oriental cerraron la frontera entre los sectores oriental y occidental de Berlín. Solo mencionamos el hecho para que el espectador pueda comprobar con qué clase de gente nos las tenemos que ver, gente *muy taimada* .

Para Hollywood, esta fue solo la primera salva. Siguieron muchas más. Un año después del Domingo de las Alambradas, la MGM produjo *Túnel 28* , inspirada en una huida que había tenido lugar en enero de aquel mismo año. La película se estrenó en una ceremonia por todo lo alto en Berlín Occidental. Las productoras británicas, que ya habían ido calentando motores con películas sobre la Guerra Fría como *Beyond the Curtain* , también se apuntaron al carro. En 1965, la productora británica Salem Films rodó una adaptación de *El espía que surgió del frío* , la novela de John le Carré, en la que el papel principal fue para Richard Burton. Para entonces, las imágenes de Berlín eran tan conocidas que las primeras escenas del film no necesitaban una narración en *off* ; espectadores reconocerían el Muro nada más verlo. A partir de aquel momento, las películas sobre el Muro de Berlín se convirtieron en un subgénero propio. Al año siguiente se estrenaron *Funeral en Berlín* , una adaptación de la novela de Len Deighton protagonizada por Michael Caine, y *Cortina rasgada* , de Alfred Hitchcock, con Paul Newman en el papel protagonista. En 1972, hasta en Filipinas se había rodado una película sobre el Muro de Berlín, *Escape from East Berlin* , con diálogos en tagalo.

A medida que las películas y los programas de televisión prodigaban su atención sobre el Muro de Berlín, este se convertía en una atracción turística. Los turistas occidentales que de otro modo nunca habrían querido visitar Berlín, ahora emprendían peregrinaciones hacia el Muro. En una fecha tan temprana como 1962, los irritados berlineses se quejaban del desfile continuo de autobuses turísticos. Mientras tanto, el Muro no paraba de evolucionar. En la década de 1970, los famosos bloques de hormigón, ahora totalmente cubiertos de grafitis, no eran más que la cara externa de un sistema defensivo que quedaba oculto para los occidentales. Si pudieran haber visto el Muro a vista de pájaro, los turistas habrían podido descubrir que detrás de la barrera de hormigón había una verdadera zona muerta con camas de clavos, trampas explosivas, minas terrestres y vallas de alambradas. La parte occidental –y aquí conviene no olvidar que el Muro rodeaba Berlín Occidental, no Berlín Oriental– se consideraba un poco más accesible: los niños jugaban junto al Muro y las familias del vecindario hacían fiestas a su sombra. A los turistas los llevaban a ver la Potsdamer Platz, donde los vendedores callejeros ofrecían salchichas y *souvenirs* y los guías contaban historias de huidas peligrosísimas. En 1978 visitó el Muro una pareja de turistas estadounidenses particularmente famosa: Ronald y

Nancy Reagan, acompañados de un equipo de televisión, pocos meses antes de que Reagan iniciara su exitosa campaña presidencial.

Cuando Reagan lanzó la famosa exigencia de que se derribara esta barrera, el Muro de Berlín llevaba casi dos décadas pululando por las revistas y las películas de Occidente. La conmoción inicial se había convertido en una cierta familiaridad, que a su vez dio paso a otra cosa muy distinta. En una fecha tan tardía como 1981, y de alguna manera convertido en un estereotipo, se estrenó un serial televisivo, *Berlin Tunnel 21* , en el que se dramatizaban los hechos del Domingo de las Alambradas. Pero el público ya se estaba cansando. A mediados de los ochenta, el una vez aterrador símbolo del comunismo ya solo representaba un papel muy menor en la comedia de espías *¡Te pillé!* . En algún punto a medio camino entre el sereno dominio de sí mismo de Richard Burton y los tartamudeos de Anthony Edwards en *¡Te pillé!* , el Muro de Berlín había llegado al final de su vida útil como símbolo del terror.

Mucho antes de que Reagan reclamara “derribar este muro”, Mijaíl Gorbachov ya estaba preparando el terreno justamente para eso. En el último capítulo de la historia del Muro, Gorbachov es el protagonista principal. Llegado al cargo de máximo dirigente de la Unión Soviética en 1985, enseguida empezó a introducir reformas. En Rusia liberó a los presos políticos, permitió elecciones libres y aprobó reformas económicas orientadas hacia la economía de mercado. También abjuró de la denominada “doctrina Brézhnev”, que concedía a la Unión Soviética el derecho a intervenir en los asuntos internos de cualquier país del bloque soviético. En Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Hungría y Rumania, los dictadores protegidos por los soviéticos se dieron cuenta de que ya no contaban con el apoyo de los rusos. En Alemania Oriental, Erich Honecker –a quien en 1953, durante una revuelta obrera, lo habían rescatado los tanques soviéticos– llegaba a la misma conclusión.

Para Alemania Oriental, vivir al otro lado del Telón de Acero fue un pésimo negocio. Quienes arriesgaban su vida para huir a Occidente eran los mejores ciudadanos: los que se atrevían a correr riesgos, los que se animaban a resolver los problemas, los que pensaban por sí mismos y los creadores. Eran el tipo de personas que perseveraban en la ardua tarea de cavar un túnel o que inventaban un modelo de globo de aire caliente casero. Repasando las historias de todos los alemanes que huyeron al otro lado, no

hay casos de gente que huyera conducida por el materialismo, la necesidad económica o el deseo de comprar bienes de consumo occidentales. Los que huyeron a Occidente solo buscaban la libertad personal y huir de un régimen en el que los órganos de propaganda controlaban por completo los medios de comunicación y las escuelas. Los críticos de cine alemanes pusieron a caldo la película *Túnel 28* porque los refugiados que presentaba simplemente huían al otro lado por el deseo de disfrutar de la experiencia de la cultura material de Occidente. Ahora las reformas de Gorbachov pretendían socavar el terreno a los líderes de Alemania Oriental que en parte se habían mantenido en el poder echando a sus ciudadanos más creativos.

Los primeros cambios tuvieron lugar de forma muy discreta, lejos del Berlín de Honecker, en la frontera entre Hungría y Austria. El sistema de seguridad de última generación que vigilaba la frontera había ido cayendo en un progresivo abandono, dada la falta de recursos económicos del sistema comunista para sufragar los gastos de mantenimiento. Las vallas electrificadas se habían oxidado y no funcionaban bien. Los conejos y las aves habían activado miles de falsas alarmas muy costosas. En 1988, el gobierno húngaro decidió que le resultaba demasiado caro costear el tramo de Telón de Acero que pasaba por su frontera con Austria. El 2 de mayo de 1989, con la aprobación de Gorbachov, los húngaros anunciaron el proyecto de desmantelar el muro fronterizo.

Los líderes occidentales, acostumbrados a pensar durante un cuarto de siglo que el único muro que importaba era el Muro de Berlín, respondieron de la forma previsible: “Que el próximo sea el de Berlín”, pidió el presidente George H. W. Bush. Los libros, los documentales y las películas se habían centrado únicamente en la ciudad dividida. ¿Quién quería pasar a la historia como el presidente que había logrado derribar la barrera fronteriza entre Austria y Hungría?

Sin embargo, el anuncio de las autoridades húngaras tuvo un efecto fulminante en Europa Oriental, donde las vallas fronterizas eran una realidad mucho más contundente que un simple símbolo. Muchos turistas de Alemania Oriental que estaban pasando sus vacaciones en Hungría se negaron a abandonar los campamentos. Varios millares de ciudadanos de Alemania Oriental ocuparon el consulado de Alemania Occidental en Budapest solicitando un permiso de salida y el derecho de asilo. Cuando el número de refugiados desbordó el recinto de la embajada, la iglesia de la

Sagrada Familia empezó a acogerlos. En Budapest había unidades de la temida policía política de Alemania Oriental, que vigilaba a los peticionarios de asilo desde los tejados de los edificios vecinos, pero no podían hacer nada más que contemplar impotentes cómo los acampados seguían creciendo en número.

En agosto, un partido húngaro conservador obtuvo la autorización del gobierno para abrir las puertas de la todavía en pie, y todavía vigilada frontera para que los austriacos y los húngaros se unieran durante unas pocas horas para celebrar los vínculos comunes entre sus países. La muchedumbre que se congregó para el picnic en Sopron dejó boquiabiertos tanto a los organizadores del encuentro como a los guardias fronterizos. Aquel día, el jefe de la guarnición de fronteras era el coronel Arpad Bella, al que le había tocado la guardia del fin de semana justo cuando celebraba su aniversario de boda. A Bella le habían informado de que se iba a celebrar una ceremonia pequeña. Nunca se le pasó por la cabeza que las decisiones que se vería obligado a tomar lo convertirían en una pequeña celebridad, al que mucha gente seguiría entrevistando incluso décadas más tarde.

Más un cuarto de siglo después, abundan los políticos que se atribuyen un gran protagonismo en los hechos que más tarde recibirían el nombre del Pícnic Paneuropeo. El relato que hace Arpad Bella sigue siendo uno de los más consistentes. Cuando vio que una multitud de refugiados de Alemania Oriental se acercaba a la valla, el coronel húngaro se negó a cumplir las órdenes terminantes que tenía y no quiso disparar un tiro de advertencia. Su amigo y colega, el jefe de la guarnición austriaca al otro lado de la frontera, Johann Götl, se puso furioso. “¿Estás loco? –le gritó–. Ya habíamos discutido esto, y de pronto me mandas seiscientas personas que acaban de salir de un maizal”.

Los dirigentes húngaros tuvieron que improvisar a toda prisa para intentar controlar las fuerzas que habían desencadenado sin darse cuenta. Durante las siguientes semanas siguieron vigilando las fronteras, que continuaban cerradas, temerosos de desautorizar a Gorbachov. El primer ministro húngaro, Miklós Németh, se entrevistó con el canciller de Alemania Occidental, Helmut Kohl, y acordó trasportar a todos los refugiados de Alemania Oriental hasta el otro lado de la frontera. Al cabo de seis semanas, casi treinta mil refugiados de Alemania Oriental habían escapado a través de la frontera húngara. El éxodo se aceleró cuando Checoslovaquia también abrió sus fronteras. A comienzos de octubre, unos

doce mil refugiados de Alemania Oriental habían acampado frente al edificio barroco del Palacio Lobkowicz, en Praga, donde tenía su sede la embajada alemana. Honecker, viendo que la situación se le estaba yendo de las manos, dio la orden de cerrar todas las fronteras de Alemania Oriental, incluso las que daban a otros países soviéticos, pero la decisión llegó demasiado tarde. La libertad estaba en el aire… literalmente, encarnada en la antigua estrella de *El coche fantástico* (y más tarde de *Los vigilantes de la playa*) David Hasselhoff, que lanzó una versión de una antigua canción pop alemana de los años setenta, a la que modificó la letra y le cambió el título por *Looking for Freedom* [Buscando la libertad]. Escuchar a Hasselhoff era, sin duda, un gusto adquirido, pero la canción ocupó los primeros puestos en las listas de ventas durante ocho semanas y dio pie a una gira de conciertos, durante el verano de 1989, en la que el cantante atravesaba en coche una réplica del Muro de Berlín. La canción empezó a circular por el este en versiones pirata, lo que le proporcionó a la revolución su propia melodía alegre y pegadiza.

A mediados de otoño, las manifestaciones se habían propagado a Alemania Oriental. En Leipzig, las manifestaciones de octubre crecieron hasta alcanzar cifras ominosas: primero 70.000 personas, luego 120.000, luego 300.000. Erich Honecker, el arquitecto del Muro, que en enero había proclamado desafiante que el Muro resistiría “cincuenta o cien años más”, tuvo que dimitir bajo la presión de su propio partido. El 4 de noviembre, en torno a medio millón de manifestantes inundaron las calles de Berlín. Cinco días más tarde, todo había terminado.

El Muro, que había protagonizado un sinfín de libros y películas, reservó apropiadamente su mejor actuación para el final. El 9 de noviembre, el portavoz del Partido Comunista en Berlín Oriental leyó una confusa normativa sobre condiciones de apertura de fronteras recién aprobada por el politburó. Los periodistas que atiborraban la sala de prensa exigieron una aclaración, ya que no tenían claro qué significaba el anuncio. Pocas horas más tarde, un comunicado de Associated Press resumía la nueva normativa de una forma mucho más explícita: “La República Democrática Alemana abre las fronteras”. Probablemente, eso no era en absoluto lo que había decidido el gobierno comunista, pero tuvo el efecto de convertir las intenciones del gobierno en irrelevantes. Cuando los ciudadanos de Alemania Oriental encendieron aquella noche la televisión para ver las

noticias, se encontraron con que se había hecho realidad una nueva era. La respuesta fue inmediata. Los berlineses del Este salieron en tropel de sus casas y se apelotonaron frente a las puertas, todavía cerrados. Las multitudes se agolparon frente a todos los pasos fronterizos, exigiendo que les dejaran cruzar. Al principio, la policía de fronteras solo dejó pasar a los más escandalosos, y solo después de comprobar su documentación. Pero enseguida empezaron a formarse grandes atascos y la muchedumbre empezó a impacientarse cada vez más. A las diez de la noche, Egon Krenz, sucesor de Erich Honecker, se dio cuenta de que ya no podía hacer nada para revertir la situación creada por la noticia difundida por Associated Press, a menos que llamara a los tanques.

El informativo nocturno, que dio la noticia de que “las puertas del Muro se han abierto”, empeoró aún más la situación del Gobierno. El anuncio era tan inexacto como el resumen de prensa de la Associated Press, pero la noticia excitó a las masas. ¿Hubo alguien que durmiera aquella noche en Berlín? Al ver la muchedumbre que se agolpaba en las calles, resulta difícil de creer. Los únicos berlineses que no habían salido al exterior eran los soldados de los tanques.

A las once y media de la noche, uno de los destacamentos de policía fronteriza del Muro, ante la falta de órdenes y viendo la situación que se les estaba yendo de las manos, abrió el primer puesto de control. Media hora más tarde, a la medianoche, todos los puestos fronterizos del Muro estaban abiertos. Los jóvenes berlineses, jubilosos, se subieron al Muro y empezaron a arrancar a martillazos pedazos de hormigón. Al otro lado del océano, los norteamericanos veían en la televisión, anonadados, la caída del monumento que habían visto construir, veintiocho años atrás, en medio de la indiferencia y la despreocupación. La MTV retransmitió la caída del Muro en abierto, sin codificar, para que el sistema de transmisión por satélite pudiera difundir las imágenes en las zonas que no contaban con suministro por cable.

Al echar la vista atrás, la vida del Muro de Berlín parece asombrosamente corta, y el arco temporal que ocupa resulta inadecuado para un monumento que se ha grabado tan a fondo en nuestra consciencia. El resto del Telón de Acero se desmanteló sin mayor fanfarria. Los museos locales conmemoran las viejas barreras. En Alemania, una larguísima franja de espacios verdes ocupa el lugar de la antigua frontera interior. Al margen de los habitantes de

ese entorno concreto, muy poca gente se acuerda que esas vallas llegaron a existir. Nuestra amnesia selectiva resulta vergonzosa. Los especialistas occidentales en historia contemporánea de Europa Oriental con quienes he charlado no sabían nada de las barreras físicas que formaban el Telón de Acero. ¿Y de Berlín? De Berlín se lo sabían todo.

El Muro de Berlín siempre había monopolizado el escenario. Cuando la Guerra Fría murió de forma repentina, la ciudad celebró un aparatoso velatorio, pero después todos los deudos se fueron cada uno por su lado y se dedicaron a hacer lo propio de los años noventa: ganar dinero. Una reliquia solitaria –la estrella de las novelas, los periódicos sensacionalistas y el cine– se quedó atrás, aferrándose a los focos como una antigua diva en decadencia que no quisiera aceptar el declive de su fama.

Los turistas afortunados se llevaban pedazos de Muro para enseñárselos a sus amigos. Bill Roedy, jefe de la red internacional de la MTV , recuerda haberse llevado "maletas y más maletas" llenas de trozos del Muro, que después se estamparon con el logotipo de la MTV y se regalaron. Hubo sectores enteros del Muro que se vendieron en subasta para que los millonarios los exhibieran en su propia casa. Las estrellas de rock acudían a Berlín para no ser los único que no dieran allí un concierto. La banda inglesa de rock Pink Floyd incluso imitó el numerito de David Hasselhoff y el Muro falso. Hasta el propio Hasselhoff celebró un regreso triunfal.

Cuando se apagó el alboroto mediático, parece que el Muro corrió la misma suerte que Ozymandias. Los especiales de televisión sobre el Muro repelían a la audiencia. Es fácil imaginar que los millonarios se hartaron enseguida de exhibir bloques de hormigón sucios en su salita de estar. Al mismo tiempo, las películas y las novelas ambientadas en la Guerra Fría se iban sumiendo en el olvido. *El espía que surgió del frío, Funeral en Berlín* o *Cortina rasgada* apenas aparecen en la programación de la televisión por cable, y cuando lo hacen, siempre dan la sensación de extrañeza y de haber envejecido muy mal. En los mercadillos, las últimas copias en VHS de *¡Te pillé!* se quedaron sin vender. Tal vez los arqueólogos que rebusquen entre las ruinas de nuestra basura, dentro de dos mil años, las encuentren; con un poco de suerte, carecerán de la tecnología adecuada para reproducir las cintas. Mientras tanto, las revistas dejaron de publicar infografías que detallaban el número exacto de soldados soviéticos y norteamericanos.

Durante un tiempo, las sustituyeron los artículos que hablaban del “final de la historia”.

Por supuesto, para los famosos la clave de la supervivencia consiste en saber reinventarse, y esto se ha confirmado en el caso de Berlín. Los primeros libros que se escribieron sobre el Muro, después del derrumbe, seguían resaltando los rasgos habituales: el tenso ambiente en que surgió, las arriesgadas huidas al otro lado, etcétera. Sin embargo, Hollywood necesitaba otra clase de historias. El comunismo se había colapsado. Las dos Alemanias se habían reunificado. Rusia había abierto su propia bolsa de valores. El mundo, obsesionado con sus nuevos juguetes electrónicos, se había olvidado de la Guerra Fría. Pero la historia no estaba muerta, solo olvidada. El Muro dejó de representar su antiguo papel de símbolo de la opresión comunista y adquirió una nueva imagen en la nebulosa imaginación popular, que recordaba el Muro, sí, aunque no lograba recordar quién lo había levantado ni por qué.

El Muro de Berlín siempre tuvo un extraordinario sentido de la oportunidad: hizo su aparición en el apogeo de la Guerra Fría y se despidió de los escenarios con una actuación espectacular que supuso el final de ese periodo histórico. Sin embargo, aún tuvo tiempo de embarcarse en una segunda parte de su carrera con el mismo sentido de la oportunidad, volviendo al escenario como el símbolo de *todos* los muros fronterizos, justo cuando los muros estaban a punto de reaparecer en todo el mundo.

EPÍLOGO

‘AMA A TU VECINO, PERO NO CORTES EL SETO’

Tierra, 1990-actualidad

May Rindge era una señora de cuidado. Desde 1892 era dueña de casi todo el litoral de Malibú, ya que su marido lo había comprado al precio de diez dólares el acre, y no estaba dispuesta a que nadie le quitara ni un solo centímetro. Malibú era su santuario –un “paraíso terrestre”, en palabras de su difunto marido–, un terreno virgen que comprendía mar y montaña, y al que además se sentía muy unida sentimentalmente. Estaba empeñada en proteger para siempre ese recordatorio de su bondadoso y cristiano marido, el hombre que la había rescatado cuando ella era una simple maestra, procedente de una granja de Michigan y sin ninguna perspectiva, y se la había llevado a vivir al soleado Edén de California.

May tenía montones de enemigos, y muchos de ellos habían declarado la guerra a la familia Rindge incluso antes de que su frágil marido muriera. Para empezar, había que contar con los colonos, gente tosca y andrajosa que se había instalado ilegalmente en los terrenos de titularidad pública de las montañas de Santa Mónica, donde vivían en chabolas con el tejado de zinc. No respetaban las líneas de demarcación de la propiedad e irrumpían a menudo en el rancho de los Rindge, donde robaban ganado y productos agrícolas, cazaban de forma furtiva y usaban el sendero del rancho como atajo para ir a comprar balas a los comercios de Santa Mónica. Si los colonos se encontraban con una valla, su reacción no solía ser la de un buen vecino. Eran hombres duros de pelar; hombres que a veces acabaran a tiros por culpa de una valla que no les gustaba. Pero Rindge tenía más enemigos: los codiciosos funcionarios de la administración local y estatal que llegaban desde Los Ángeles porque veían en Malibú algo que no tenían y que deseaban tener. Estos funcionarios no eran tan brutos como los colonos, pero tenían mucho más poder.

Las cosas se pusieron muy feas en 1895, cuando el marido de May, Frederick, horrorizado por las multitudes de domingueros que llegaban desde Los Ángeles e invadían sus tierras para disfrutar de las vistas, decidió vallar los dos extremos de su gigantesco rancho: en Las Flores Canyon, por el este, y en Point Dume, por el oeste. Frederick ofreció amablemente a los colonos las llaves de las dos vallas para que pudieran tener libre acceso a su rancho, pero esos matones estaban acostumbrados a moverse a sus anchas y tener que usar unas llaves les pareció un insulto. Las discusiones, las peleas y los litigios que se iniciaron en 1895 iban a durar treinta años más.

Desde que se levantaron las vallas, la vida ya no volvió a ser la misma en el paraíso. A partir de noviembre de 1903, cuando un incendio –provocado, según May– destruyó el rancho, May empezó a sufrir otra clase de incendio interior. En 1905, cuando las muchas enfermedades que sufría su delicado marido acabaron con él, May declaró la guerra a sus enemigos. La dueña de Malibú no quería que nadie destrozara sus amadas tierras. Dio órdenes a sus peones para que levantaran cinco puertas valladas en el sendero literal que cruzaba el rancho, y cuando los intrusos empezaron a destrozarlas, reaccionó reforzando sus patrullas de vigilancia: contrató más hombres y los armó con escopetas. La misma May empezó a moverse por el rancho con una pistolera colgada de la cintura, cosa que asustaba a los niños de los colonos que a veces se la encontraban por el camino. Pero May no logró aterrorizar al Estado, que ganó una demanda judicial que la obligó a abrir al público el sendero. Cientos de coches empezaron a aparcar en las playas de Malibú, al tiempo que los colonos mutilaban el ganado del rancho y proferían amenazas de muerte contra May. May le compró una pistola a su hija adolescente para que la llevara cuando salía a jugar, y luego compró otra para la amiga de su hija.

En 1917, May ganó su recurso de apelación, cosa que celebró cerrando de nuevo el paso a su sendero litoral y levantando una valla de 80 kilómetros que rodeaba todo el rancho. Un grupo de colonos intentó matarla, sin éxito, preparando una barricada en la carretera del rancho con tres coches atados con cadenas, detrás de los cuales la esperaban apostados con sus armas. Unos meses más tarde, los colonos envenenaron doscientas ovejas del rancho. Al día siguiente, May ordenó dinamitar los senderos que llevaban a los terrenos de los colonos. En 1918, la batalla entre los peones del rancho y los colonos ya se dirimía con armas de fuego.

Era una batalla que May Rindge no podía ganar. En 1923, el Tribunal Supremo de Estados Unidos emitió un veredicto trascendental para la justicia norteamericana: la sentencia aprobaba el derecho de expropiación y permitía al estado de California comprar los terrenos del rancho de los Rindge con vistas a construir una carretera litoral que más tarde sería la Autopista de la Costa del Pacífico. May se negó a aceptar el veredicto. Cuando llegaron los primeros equipos de construcción, les impidió el paso durante tres días con un contingente de cuarenta guardias armados montados a caballo. Pero el paraíso estaba perdido y May lo sabía. En 1926, necesitada de dinero por los costosos litigios que había emprendido durante varias décadas, y sabiendo que ya no era posible realizar el sueño de conservar la propiedad de su amado marido, aceptó alquilar los terrenos que daban a las playas de Malibú.

Aquí es donde Anna Q. Nilsson hace su aparición en esta historia. La estrella de cine de la era del jazz acababa de pasar un año muy malo. En 1925 se había divorciado de su segundo marido –un alcohólico– y después había sufrido un grave accidente montando a caballo. Había estado rodando una docena de películas al año y necesitaba como fuese tomarse un descanso. Fue entonces cuando decidió ir a echar un vistazo a los terrenos costeros que se alquilaban en Malibú. En 1926, Anna cruzó la puerta vigilada de Las Flores, donde el sendero de May se desviaba de la nueva autopista del Pacífico, y siguió conduciendo por la carretera sin asfaltar que llevaba a la costa. Al llegar, se quedó prendada por lo que vio. El edén privado de May Rindge sedujo a Anna de la misma manera en que muchos años atrás había seducido a Frederick Rindge. Anna vio allí el lugar ideal para descansar, y quizá también para esconderse de los fans que la asediaban con miles de cartas al mes. Anna firmó un contrato de alquiler por 75 dólares al mes y se construyó una casa de veraneo. Muy pronto la imitaron otras muchas estrellas de cine: los primeros fueron Marie Prevost y Raoul Walsh, luego fueron llegando Clara Bow, Gloria Swanson, Ronald Colman, Bing Crosby y otros más. Al otro lado de la barrera, al final de la carretera sin asfaltar, los carpinteros de los estudios, acostumbrados a construir decorados cinematográficos, empezaron a levantar las endebles residencias de veraneo para la aristocracia de Hollywood: así se fundó lo que pronto sería conocido como la Colonia Cinematográfica de Malibú. Las estrellas de cine acababan de descubrir que les gustaba vivir en un mundo privado, en el que los muros los protegían de los *hoi polloi* .

¿Quiénes fueron los constructores de murallas?

Buena pregunta. Ante nuestros ojos han pasado más de cuatro mil años de historia desde que hemos planteado la cuestión a propósito del misterio del Très Long Mur de Siria. En muchos aspectos, el problema sigue siendo tan desconcertante como siempre. ¿Quiénes fueron los constructores de murallas? Fueran quienes fuesen, todavía siguen levantando muros. En los setenta y pico años que han pasado desde que se rindiera la Línea Maginot, las murallas fronterizas han proliferado a lo largo de todo el mundo, y desde 1989 han vuelto a aparecer con inusitada velocidad. Los Muros de Berlín se han convertido en Grandes Murallas. Concertinas, detectores de movimientos, vallas electrificadas y bloques de hormigón asoman por el horizonte y se extienden por el paisaje a lo largo de cientos de kilómetros. Según algunos cálculos recientes, ahora mismo hay unos setenta muros fronterizos en funcionamiento, aunque la cifra cambia cada año, o incluso cada semana. Los nuevos muros no están concebidos para repeler ataques militares, sino que se limitan a ser vallas especializadas. Por lo demás, siguen teniendo mucho en común con sus antepasados de adobe y ladrillo.

Si miramos los mapas contemporáneos en busca de murallas, los nombres y los lugares que conocemos muy bien se asoman a nuestra memoria, como si quisieran subrayar lo poco que han cambiado las cosas. Los iraquíes, cuyos antepasados mesopotámicos tuvieron que luchar sin cesar contra la fragilidad de su mundo construido con adobe, todavía siguen luchando contra la fragilidad. Para protegerse de las inundaciones, han levantado una muralla que es tan vulnerable a la erosión que los equipos de mantenimiento deben apuntalarla a diario para evitar que su mundo sea arrasado por un nuevo diluvio. Los chinos, que levantaron grandes murallas para proteger sus rutas comerciales y construyeron otras murallas todavía más grandes para aislarse y defenderse de sus enemigos, siguen llevando a cabo una política muy parecida: aplican medidas de proteccionismo económico para proteger su comercio, levantan vallas fronterizas para defenderse de Corea del Norte e instalan un gran cortafuegos en internet para preservar su aislamiento cultural. Los persas, cuyos antiguos emperadores erigieron grandes conjuntos de murallas para defenderse de sus enemigos, continúan levantando muros fronterizos. Y eso mismo es lo que se hace ahora en Uzbekistán, una nación cuyos antepasados de la Ruta de la Seda levantaron centenares de kilómetros de murallas para proteger los oasis y defender las fronteras. Los antepasados de los actuales

refugiados sirios inspiraron tanto terror a sus vecinos que les impulsaron a levantar las primeras murallas fronterizas; ahora, sus descendientes siguen inspirando un temor similar que ha propiciado la construcción de muros por todo el mundo. Incluso las lejanas naciones europeas han fortificado sus fronteras contra ellos.

Los actores son los mismos, pero el argumento es muy distinto. Ahora las murallas ya no pueden detener a los ejércitos ni retrasar su avance. Las ciudades ya no están rodeadas de murallas, tampoco. Ahora se desparraman sin control por el territorio adyacente, mientras van engullendo granjas y terrenos de cultivo y se vuelven cada vez más dependientes de los suministros de alimentos que llegan a gran coste desde distancias enormes. La ciudad amurallada que formaba una sola unidad también ha pasado a ser cosa del pasado distante, ya que la ha sustituido una ciudad repleta de guetos y de barrios que intentan aislarse de otros barrios.

En los primeros años del nuevo milenio, el mundo ha entrado en la Segunda Era de las Murallas. Muy pocos nos hemos dado cuenta. Todo ha sucedido muy deprisa, como ocurrió el Domingo de las Alambradas de Berlín –solo que ahora está sucediendo en todo el mundo–, con la única diferencia de que esta vez hemos prestado menos atención. Dos factores –la inmigración masiva y el ascenso del terrorismo islámico– han sido la causa inmediata de la erección de las nuevas murallas, y en los dos casos han afectado a otros países antes de llegar a Europa y a Norteamérica. Del mismo modo que Occidente estuvo adormilado durante un día entero, en 1961, después del cierre de Berlín por medio de un muro, ahora ha estado hibernando durante la primera década del nuevo milenio, mientras muchas naciones no occidentales –desde Arabia Saudí a Malasia– se embarcaban en grandes proyectos de construcción de murallas que han sobrepasado todo lo que en su día hicieron los romanos, los persas o los chinos.

La erección de muros fue un fenómeno tan repentino y simultáneo que resulta difícil señalar dónde empezó. Oriente Próximo, la región en la que se levantaron los primeros muros fronterizos, se ha convertido en los últimos quince años en una maraña de vallas y muros. Arabia Saudí ha sido la nación que más se ha aproximado al sueño de la Babilonia de Nabucodonosor de vivir en un Estado completamente protegido por murallas. En 2003, el reino empezó a construir una barrera defensiva a lo largo de sus 1.700 kilómetros de frontera con Yemen. Imitando lo que

ocurría con los muros antiguos situados en los límites del desierto, la valla saudí se interna en el Cuadrante Vacío, esa región deshabitada en la que se hallan las mayores reservas de petróleo de todo el mundo. Concebida para detener la inmigración ilegal, al igual que el terrorismo y la violencia sectaria, la valla fronteriza saudí usa unos materiales que no pudieron usar los sahs de épocas pasadas, aquellos que construyeron murallas orientadas en la otra dirección para defenderse de los árabes. Postes de acero rellenos de hormigón, de tres metros de altura, forman la estructura de vallado, cuyos lados se erizan con alambre de cuchillas. Alrededor de la valla se ha excavado una compleja red de túneles que impidan a los terroristas atravesarla bajo tierra. Y por el otro lado, en el norte del país, otra valla similar –que alcanza los 900 kilómetros a lo largo de la frontera con Irak– sirve de complemento al terraplén de arena de seis metros de altura que ya había. La barrera defensiva de la frontera saudí-iraquí consta de cinco niveles de vallado, separados entre sí por un espacio infranqueable, de unos doscientos metros, erizado de concertinas afiladas. Un sistema de sensores subterráneos detecta cualquier clase de movimiento, y los centinelas apostados en las torres de vigilancia montan guardia con ayuda de tecnología de visión nocturna.

Si seguimos el curso de las vallas en un mapa, se ve claramente que los muros crean más muros. La verja en la frontera saudí-iraquí termina en Kuwait, donde las Naciones Unidas ayudaron a fortificar los 200 kilómetros de frontera con Irak. La barrera kuwaití, que en un principio era una alambrada electrificada, se ha convertido recientemente en una verja de acero. Y no muy lejos de allí, los Emiratos Árabes Unidos han fortificado su frontera con Omán.

En un caso mucho más conocido, Israel se ha rodeado por completo de muros. Esa nación minúscula, que durante muchos años estuvo aislada de sus vecinos por medio de ciudades valladas y de *kibbutz* , levantó el segundo muro más famoso del mundo en respuesta a la segunda Intifada, la revuelta palestina que duró desde 2000 a 2005. Durante el primer año de la Intifada, los frecuentes atentados con bombas y otros ataques de distinto signo traumatizaron a la sociedad israelí. En 2002, el gobierno empezó a construir un muro que acabó teniendo 700 kilómetros de extensión y que comprende otro sistema de muros secundarios que alcanzan una extensión de varios cientos de kilómetros más. El Muro de Cisjordania –que las voces críticas con Israel denominan el Muro de la Ocupación o incluso el Muro

del Apartheid– presenta varios avances tecnológicos, muchos de ellos inspirados en las vallas fronterizas del Telón de Acero. Sensores infrarrojos, radares, sensores sísmicos, cámaras colocadas en globos de vigilancia y camiones Ford F-350 guiados por control remoto y equipados con videocámaras y ametralladoras, complementan los bloques de hormigón y las concertinas del muro. Estas tecnologías han suscitado la admiración de varios políticos norteamericanos, al mismo tiempo que atraen la atención de terceros países que buscan asegurar sus fronteras. Ante esta situación, un observador escéptico ha descrito a Israel como "el mayor exportador de jaulas del mundo". [1] Para las empresas israelíes, como Elbit Systems, la vigilancia fronteriza se ha convertido en un negocio internacional que factura cien millones de dólares al año. La tecnología impresiona tanto a los observadores extranjeros que algunos políticos han sugerido que podría sustituir por completo a las barreras físicas, objeción a la que se opone tenazmente el diseñador del muro, el arquitecto Dany Tirza: "¿Una valla virtual? No me parece una buena idea. No es realista. No puede atrapar a una persona. Y suponiendo que la atrapara, ¿qué haces con ella? Te dirá que no sabía que estuviera cruzando una frontera". [2]

La verja en la frontera entre Israel y Cisjordania tuvo muy pronto una réplica más al norte. En 2011 empezaron las obras de un muro de 70 kilómetros que se extendía a lo largo de la frontera de Israel con Siria. Dos años más tarde, Israel terminó de construir una valla de 225 kilómetros que cerraba, al oeste del país, la frontera con Egipto. Recientemente se han iniciado las obras de un muro que pretende bloquear las fronteras con Líbano y con la Franja de Gaza, y en 2017 se empezó a levantar una valla que de forma parcial y un tanto tímida –para los estándares israelíes– protege la frontera con Jordania. Los defensores de las verjas aseguran que los muros han eliminado la inmigración ilegal y han disminuido drásticamente los atentados terroristas. Los críticos, sin embargo, contraatacan diciendo que las verjas en sí mismas no sirven para nada.

Al mismo tiempo que Israel levantaba sus muros, sus vecinos también levantaban los suyos. En la frontera con Gaza, Egipto levantó un muro de acero que alcanza los veinte metros de profundidad. Jordania, también, ha levantado barreras con una pequeña ayuda de sus amigos. Entre 2008 y 2016, la administración Obama proporcionó unos quinientos millones de dólares –añadidos a otros dos mil millones de dólares en préstamos con

garantías– para financiar una muralla de 400 kilómetros, dotada de vigilancia de alta tecnología, que protegiera la frontera de Jordania con Siria. La administración Obama también suministró la ayuda técnica y las obras se llevaron a cabo a través de la empresa americana Raytheon.

Las nuevas murallas no solo se han instalado en Oriente Próximo. En el sur de Asia, las fronteras de la India, aunque se establecieron al mismo tiempo que las de Israel, no han suscitado el mismo interés por parte de los occidentales (cuya atención se desvaneció poco después de que un apresurado funcionario británico terminara de delimitar las fronteras de la India, Pakistán y Bangladesh en 1947). Solo cuando el terrorismo islámico se instaló en Pakistán y Bangladesh y despertó la inquietud de la democracia más grande del mundo, las borrosas fronteras de antaño empezaron a convertirse en bloques de acero y hormigón.

En los últimos quince años, la India ha competido con Arabia Saudí e Israel como consumidor de alambres de espino. Las vallas defensivas de la India han engullido miles de kilómetros de terreno de gran belleza natural, dividiendo en ocasiones unas regiones cuya identidad tradicional es muy anterior a la moderna división en “nacionalidades”. En 2004, los trabajadores indios realizaron una hazaña de la ingeniería civil que sobrepasa incluso las obras de los antiguos chinos: ascendieron hasta alturas donde apenas hay oxígeno, en las montañas más altas del mundo, para construir una verja de cuatro metros de altura –parcialmente electrificada– a fin de proteger la frontera de la India con Pakistán, que en aquella parte del mundo está situada en un lugar particularmente absurdo. Más o menos por las mismas fechas, los indios levantaron una barrera de muros y vallas que se extendía a lo largo de unos 300 kilómetros a lo largo de la frontera con Bangladesh. Fue el primer paso de un proceso que desembocaría muy pronto en la construcción de 3.000 kilómetros de alambradas y de hormigón. En 2013, los hindúes se pusieron de nuevo el equipo de alpinismo y ascendieron al Himalaya para levantar otra verja defensiva en la frontera con Pakistán. Lejos de descansar después de haber realizado esas obras agotadoras, los hindúes se han entregado a la construcción de murallas con un perfeccionismo obsesivo. En 2016, el ministro del Interior de la India visitó Israel para estudiar la tecnología de vigilancia fronteriza. Con las lecciones que aprendió empezó a vallar las fronteras de los estados noroccidentales hindúes de Punjab y Jammu. Ese mismo año, la India añadió búnkeres subterráneos, al estilo Maginot, en algunos tramos de sus

fronteras. Entonces, Tailandia y Malasia empezaron a imitar los éxitos relativos de la India en materia de prevención del terrorismo. Cuando Tailandia sufrió 6.500 muertes por culpa de los ataques terroristas de los militantes islámicos radicados en Malasia, los Gobiernos de los dos países acordaron cooperar en la construcción de un muro fronterizo conjunto.

En otra parte del mundo, África también reaccionó a la extensión del terrorismo y el nuevo fenómeno de la inmigración masiva construyendo muros. Tras los ataques de abril de 2015 por parte de la organización terrorista islámica al-Shabab, que dejaron 148 muertos en la universidad de Garissa, el gobierno de Kenia decidió levantar una verja de unos 700 kilómetros que bloqueara la frontera con Somalia. Marruecos y Argelia también han levantado vallas para impedir la inmigración ilegal y el tráfico de drogas. En 2016, el Gobierno norteamericano facilitó discretamente los fondos para levantar una verja de 200 kilómetros en la frontera de Túnez con Libia, a fin de obstaculizar los movimientos de los yihadistas. Esa verja fue la segunda verja que financió Estados Unidos bajo la presidencia de Barack Obama, quien en abril de 2016 había descalificado públicamente la construcción de muros diciendo que eran "absurdos".

La rápida expansión de los muros fronterizos por Asia y África no tiene precedentes en la historia. En los primeros quince años de existencia, la Segunda Era de las Murallas ha eclipsado a la primera en todos los sentidos. Ahora mismo hay más países que hayan levantado muros fronterizos, y más largos que nunca, que en cualquier otro periodo de la historia. Estas obras han afectado a países que tienen una población global de más de cuatro mil millones de habitantes, pero este cálculo no incluye a las naciones lejanas cuyos emigrantes pueden atravesar varias fronteras sin toparse con ninguna barrera física. Sin embargo, la expansión masiva de los muros ha sido un fenómeno que, en la primera década de la nueva era, no ha afectado a Occidente, cuyas fronteras han permanecido, al menos hasta ahora, ostensiblemente abiertas. Eso explica que el reamurallamiento del mundo no haya suscitado gran interés, fuera del ámbito de los expertos académicos.

Solo una nación occidental ha igualado los tempranos esfuerzos de los países de Asia y África. Mucho antes de que se diseñaran los planes para levantar muros en Israel, Arabia Saudí y Egipto, la administración Clinton lanzó varias iniciativas que tenían por objetivo reforzar la seguridad en la porosa frontera mexicana, que condujeron a la ampliación o la mejora de las

barreras físicas en California, Arizona, Nuevo México y Texas. El primer muro de la era Clinton se levantó tan solo cuatro años después de la caída del Muro de Berlín. En 1993 se activaron la Operación Blockade (bloqueo) y la Operación Hold the line (mantenerse firmes); en 1994, las operaciones Gatekeeper (guardián) y Safeguard (dispositivo de seguridad); en 1997, la Operación Río Grande, a la que siguió en 2006, la Secure Fence Act (ley de la valla segura), que amplió en cientos de kilómetros, bajo las administraciones de Bush y de Obama, las vallas de la era Clinton.

Las barreras norteamericanas suscitaron críticas potencialmente incómodas. Aunque hubieran pasado diecisiete años desde su caída, que se produjo en 1989, el Muro de Berlín seguía siendo un símbolo muy poderoso, de modo que los políticos hacían todo lo posible para no usar jamás la palabra *muro* cuando se referían a la frontera meridional. Los ochenta senadores que votaron a favor de la Secure Fence Act –una mayoría transversal de senadores de los dos partidos, entre ellos dos senadores de menor antigüedad que tenían ambiciones presidenciales: Barack Obama y Hillary Clinton– pretendían así esquivar la posibilidad de deshonrarse con comparaciones históricas inapropiadas.

La insistencia en subrayar unas ridículas diferencias semánticas entre dos estructuras cuyas funciones eran idénticas fue un vaticinio de los debates que ocurrirían pocos años más tarde, cuando se esgrimieron símbolos, lemas y generalizaciones históricas inexactas. En las discusiones sobre la ley del año 2006, los partidarios solían recurrir al viejo dicho “los buenas vallas hacen buenos vecinos”. Esta frase tenía unas connotaciones enormemente positivas en la sociedad norteamericana, ya que se atribuía a uno de los poetas más famosos de Norteamérica, al afable y laureado Robert Frost. La frase salía a relucir continuamente en los debates en el Congreso y hasta el primer ministro israelí, Ehud Barak, al darse cuenta de la popularidad de ese escueto aforismo, lo usó cuando hacía campaña a favor de la construcción del Muro de Cisjordania. Lo irónico del caso es que se atribuía a Frost el mérito de haber acuñado un axioma que ya era un desgastado lugar común cuando escribió su poema “Reparar el muro” en 1914. Por aquel entonces, el venerable proverbio tenía múltiples versiones regionales en todo el mundo, que se manifestaban en idiomas tan alejados entre sí como el hindi o el japonés. Se cree que apareció por primera vez en América en la edición de 1840 del almanaque para granjeros *Blum’s Farmer’s and Planter’s Almanac* , aunque por lo general los

norteamericanos preferían una versión un poco más simpática que decía "Ama a tu vecino, pero no cortes el seto". En cualquier caso, el sentimiento expresado por el dicho era muy antiguo. De hecho, los granjeros romanos estaban tan convencidos del valor de las lindes bien marcadas, que veneraban las piedras que señalaban los límites de sus posesiones, a las que consideraban manifestaciones visibles del dios Términus.

En el año 2009, Estados Unidos habían levantado muros –o al menos vallas seguras– a lo largo de unos 1.000 kilómetros de su frontera sur. Mijaíl Gorbachov, cuyo inglés aparentemente, no incluía el uso de eufemismos, expresó sus dudas cuando comentó: "Bueno, no voy a repetir lo que ya dijo el presidente Reagan, pero mi impresión es que ni la Gran Muralla china ni el Muro de Berlín fueron muy eficaces ni muy eficientes".[3] El comentario de Gorbachov no fue el único de ese tipo. Habían pasado ya veinte años desde el famoso discurso de Reagan, de modo que ya se había olvidado el contexto de anticomunismo rampante en que se pronunció, y eso permitía darle una nueva vida como manifiesto en contra de los muros. Dondequiera que se levantaran nuevos muros, siempre acababa apareciendo un grafiti con la cita de Reagan o la famosa frase de Kennedy: "*Ich bin ein Berliner* ".

Al final, se han producido dos hechos que han atraído la atención sobre el renacer mundial de los muros fronterizos. El primero fue la expansión de la inmigración masiva hacia Europa. El segundo, una campaña presidencial norteamericana que explotó con fines sensacionalistas la cuestión.

La erección de muros en buena parte del Norte de África, Oriente Próximo y el Sudeste Asiático, a lo largo de la primera década del nuevo milenio, tuvo un profundo impacto en Europa que nadie había previsto. Los somalíes, sudaneses y etíopes que cada año entraban ilegalmente en Arabia Saudí atravesando Yemen, o los inmigrantes afganos y pakistaníes que deseaban entrar en la India, o los inmigrantes sirios que intentaban entrar en Jordania, descubrieron que ya no podían usar unas rutas terrestres que hasta entonces habían sido permeables. Las siguientes oleadas de inmigrantes tuvieron que buscar formas de evitar las alambradas de espino. Las rutas alternativas los llevaron a cruzar el Mediterráneo o a atravesar Turquía con intención de llegar a los Balcanes, y desde allí, hasta el norte de Europa. Mientras, el número de inmigrantes se multiplicó cuando se añadieron los desplazados que huían de la guerra civil en Siria.

Las nuevas oleadas de inmigrantes se produjeron en un momento particularmente desfavorable que coincidió con el derrumbe de las bolsas en 2008. Antes de llegar a la tierra prometida de Alemania, Francia, Suecia o el Reino Unido, los inmigrantes tenían que cruzar unas naciones que estaban sufriendo el impacto de la crisis económica y que no estaban preparadas para enfrentarse a los nuevos flujos migratorios. En 2011, Grecia, que era la principal vía de entrada a Europa desde Oriente Próximo, empezó a construir una verja en la frontera con Turquía. La verja, terminada en 2012, interrumpió el 90% del flujo migratorio en esa zona. Sin embargo, lo único que consiguió el cierre de la frontera griega, en vez de reducir el número de inmigrantes, fue provocar la búsqueda de nuevas rutas. Muchos de los inmigrantes intentaron llegar en barca a Italia o a las islas griegas, que no podían vallarse. Otros buscaron vías alternativas terrestres a través de Turquía. En consecuencia, los países del sudeste de Europa, que carecían de los servicios sociales adecuados para hacer frente a la súbita aparición de cientos de miles de refugiados y de inmigrantes, iniciaron una frenética partida a los marcianitos levantando verjas en todos los lugares por los que estaban llegando los inmigrantes. Las fichas de dominó fueron cayendo una detrás de otra: Bulgaria fue el primer país que levantó una verja, en 2013, a lo largo de los 160 kilómetros de frontera con Turquía. La nueva verja estaba al norte de la ciudad de Edurne, la antigua Adrianópolis. Curiosamente, la "ciudad de Adriano", que llevaba el nombre del antiguo emperador constructor de murallas –y que había fabricado el cañón que terminó con la época de las ciudades amuralladas–, volvía a estar protegida por un muro: la ironía de la historia que se repite. Un año más tarde, Turquía empezó a construir su propia verja, un muro de hormigón que medía unos 800 kilómetros de largo y tres metros de alto, coronados por concertinas, que bloqueaba su frontera con Siria. Las murallas siguieron hacia el norte cuando Hungría, en 2015, levantó una valla electrificada que se extendía a lo largo de los 170 kilómetros de la frontera con Serbia. Acto seguido, Austria levantó a su vez una verja en la frontera con Eslovenia, en tanto que Eslovenia levantaba otra verja en su frontera con Croacia, y Macedonia, por último, añadía una segunda línea de a su preexistente frontera con Grecia.

A escala local, las nuevas verjas lograron su objetivo. El éxito de la verja levantada en la frontera entre Turquía y Siria impulsó a los dirigentes turcos a anunciar nuevos planes para construir más verjas en las fronteras con Irak

y con Irán. En las zonas que Hungría había vallado por completo, el número de inmigrantes descendió abruptamente desde los diez mil diarios a poco más de cuarenta. Desde una perspectiva global, lo único que han hecho las verjas ha sido desplazar los problemas hacia otro sitio. Las rutas migratorias han vuelto a cambiar y ahora presionan a Italia, la primera vía de acceso a Europa para los inmigrantes que atraviesan el mar desde África. En 2016, Austria empezó a construir una barrera a lo largo de la frontera italiana. Italia, que no puede vallar su litoral, se está planteando ahora mismo, mientras escribo esto –en 2017–, cerrar todos los puertos a los inmigrantes, en tanto que España –otro país asfixiado por la crisis económica– se va haciendo a la sombría idea de que el grueso de la inmigración en masa va a desplazarse hacia Gibraltar.

Al mismo tiempo que las vallas se extendían por Europa –la más famosa de todas es el Gran Muro de Calais, un muro de hormigón, de diez metros de altura, destinado a proteger el tráfico automovilístico de los ataques de los inmigrantes acampados en la denominada Jungla de Calais, en la costa del norte de Francia–, las elecciones presidenciales norteamericanas, seguidas con muchísima atención por todo el resto del mundo, situaban de nuevo los muros en el centro del debate público.

Por primera vez, una carrera presidencial ha introducido los muros en los debates más generales sobre inmigración y sobre fronteras. Tal vez no haya habido jamás un tema que haya creado más confusión o que haya suscitado unas tomas de posición tan histéricas y tan furiosas. Cuando empezó la campaña, los dos candidatos demócratas manifestaron su escepticismo acerca de las fronteras abiertas. Hillary Clinton se jactó de que, cuando era senadora, había votado “en numerosas ocasiones” a favor de los muros que impidieran el paso a los inmigrantes ilegales, argumentándolo con la idea de que era muy importante “controlar tus fronteras”. [4] Bernie Sanders, senador por Vermont, rechazó la política de “fronteras abiertas” diciendo que era “una iniciativa de los hermanos Koch”, [5] con lo que asociaba las fronteras abiertas a las ideas de los empresarios multimillonarios conocidos por financiar iniciativas de extrema derecha. En cualquier caso, Sanders tenía razón al señalar la influencia de los *lobbies* empresariales en la política de fronteras abiertas, una circunstancia que el electorado no conocía plenamente. Antes de 2016, quienes apoyaban las fronteras abiertas habían sido las grandes empresas. *The Wall Street Journal* –considerado el

portavoz de su propietario, de ideas conservadoras, Rupert Murdoch– no paraba de escribir a favor de la entrada libre de inmigrantes. En *The Journal* , en cambio, los economistas de izquierdas, como Paul Krugman, al igual que los sindicalistas y los ecologistas, se oponían a la política de puertas abiertas. Krugman argumentaba que los inmigrantes ocasionaban el descenso continuado de los salarios, mientras que los ecologistas aducían el impacto negativo de las oleadas de inmigrantes en los escasos recursos naturales. Sin embargo, también había activistas de izquierda que se oponían a los controles fronterizos, y el poder de un generoso cheque al portador, cuando el millonario David Gelbaum hizo una donación de cien millones de dólares a la red de organizaciones ecologistas Sierra Club, acalló las protestas de los ecologistas contra la política de fronteras abiertas.

En medio de este escenario confuso, Donald Trump anunció su participación en la carrera presidencial, lo que de repente arrojó una nueva luz al tema de los inmigrantes y de los muros fronterizos, obligando a su vez a los políticos y a los electores a replantearse su postura inicial frente al tema. Cuando Trump anunció que iba a construir un "muro muy bonito y muy grande" a lo largo de la frontera con México, lanzó una de las propuestas más controvertidas de la historia política contemporánea, que conmocionó tanto a sus partidarios a sus detractores. Lo más curioso de todo es que Trump siempre se había mostrado indiferente hacia la idea del muro, y solo la hizo suya cuando vio la reacción entusiasta que su simple mención ocasionaba entre la multitud que participaba en un mitin suyo en Iowa, en enero de 2015. En intervenciones posteriores, Trump eliminó de sus discursos todas las referencias al muro, pero sus partidarios –que llenaban palacios de congresos, auditorios, recintos feriales y terminales de aeropuertos– se negaban a dejarlo pasar. Cuando Trump pronunciaba sus discursos, lo interrumpían cantando alegremente: "¡Levanta ese muro!", hasta que Trump respondía: "Sí, levantaremos ese muro. Creedme, levantaremos ese muro". Para un observador objetivo –aunque allí se podían encontrar pocos– estaba claro que, fueran cuales fuesen las dudas que Trump albergara después de hablar con los líderes del partido y los donantes republicanos a favor de la inmigración, los electores no querían saber nada del tema. El muro era más grande que el candidato.

Las administraciones anteriores a la de Trump habían levantado kilómetros de muros de hormigón, de chapa ondulada y de acero plano a lo largo de la frontera mexicana, aunque siempre procuraban llamar "vallas" a

todos esos muros. Trump, que es un hombre muy poco inclinado a las sutilezas semánticas –“No hay nadie que sepa construir un muro mejor que yo, creedme”–, dejó que su iniciativa se discutiera con toda la libertad que las administraciones de Clinton, Bush y Obama habían intentado evitar. En el año 2016, el Muro de Berlín dejó de ser una celebridad caída en el olvido, que intentaba aferrarse en vano a los escasos admiradores que aún la recordaban, y logró un retorno triunfal a los escenarios haciendo cameos en un sinfín de artículos y debates. El antiguo símbolo de la opresión comunista se había sabido reconvertir en el hombre del saco de una nueva era. Para una nueva generación, que veía con simpatía la ideología que había causado una abyecta desdicha a quienes vivían detrás del Muro, el comunismo ya había dejado de ser el mal encarnado. El peligro, ahora, era el propio muro.

En los infinitos artículos que se escribieron acerca de la propuesta de Trump, el Muro de Berlín compartió escenario con una nueva pareja, la Gran Muralla china, que se había ganado un papel, en virtud de su tamaño monumental, como nuevo símbolo de todo lo que ponía de manifiesto la inutilidad y el absurdo de ciertas empresas humanas. Casi nadie sabía que Arabia Saudí había construido unos muros infinitamente más largos que los propuestos por Trump, o que Israel –un país que tan solo tenía el 3% de la población de Estados Unidos y una mínima parte de su extensión territorial– también había levantado muros que alcanzaban la mitad de longitud que los propuestos por Trump. Cuando los senadores se burlaban despectivamente de la propuesta de Trump, diciendo que Estados Unidos tardarían siglos en llevarla a cabo, no se daban cuenta de que los saudíes la habían puesto en práctica en menos de una década.

El eslogan “los buenos muros hacen buenos vecinos” cayó en desuso, y en su lugar apareció una frase que no contaba con ninguna confirmación práctica: “Construye puentes, no muros”. De entrada, el nuevo eslogan puso de los nervios a los historiadores militares, ya que a lo largo de la historia construir un puente siempre se había considerado un gesto agresivo. Desde que Jerjes construyó el puente que cruzaba el Helesponto, César el del Rin, y Trajano el del Danubio, los puentes siempre habían constituido la avanzadilla de una invasión, ya que permitían que las tropas sortearan los obstáculos naturales. Incluso en fechas tan tardías como el siglo XX , los usos militares habían inspirado el diseño de los puentes que cruzaban la red de autopistas alemanas o la red de autovías interestatales de Norteamérica.

Pero esto no tiene importancia cuando has dado con una buena frase pegadiza. El eslogan apareció en camisetas, pulseras y banderines. Se convirtió en un *hashtag* muy popular en Twitter. Los manifestantes lo coreaban. Los políticos lo invocaban. Incluso el papa Francisco lo citaba en sus homilías.

En el siglo XVIII , Voltaire se había burlado de la Gran Muralla china diciendo que era "un monumento dedicado al miedo". Casi tres siglos más tarde, el *philosophe* francés ya no era más que una acotación marginal en los discursos académicos del mundo occidental, pero su comentario desdeñoso cobró nueva vida, a menudo sin que nadie supiera atribuirle la autoría, y acabó teniendo eco en miles de combinaciones y permutaciones diferentes.

Y los muros siguen reapareciendo… aunque no siempre los reconozcamos como tales.

Volvamos a California. ¿Qué se hizo de la glamurosa Anna Q. Nilsson? La actriz nacida en Suecia había inaugurado toda una nueva moda. Su residencia de Malibú, protegida por las vallas vigiladas y cerradas a cal y canto de la Colonia de Hollywood, la acabó comprando Robert Redford, y más tarde Bob Newhart. Hoy, incluso una búsqueda superficial de esta clase de complejos residenciales vallados produce una avalancha de resultados: hay un sinfín de listas que incluyen los barrios más exclusivos, más selectos, más caros y más rebosantes de estrellas. Está Beverly Park, que tiene fama de ser el más caro de todos, pero también Hidden Hills, que está rodeado por una verja colosal. Tenemos Mullholland Estates, Bel Air Crest, Beverly Ridge Estates y docenas de urbanizaciones más, todas supuestamente fabulosas.

Las urbanizaciones cerradas ya no son de uso exclusivo para las estrellas de Hollywood. Cuando en 1962 abrió sus puertas –o más bien, para ser exactos, *las cerró* – nuevo complejo residencial para jubilados Leisure World [el Mundo del Ocio], en Seal Beach, California, apareció otra tendencia nueva, la de los enclaves protegidos por muros y rejas que servían de residencia a las masas. Al poco tiempo surgieron cientos de urbanizaciones cerradas a lo largo de Estados Unidos, que poco después se convirtieron en miles de urbanizaciones, y al poco tiempo en decenas de miles más. En 1997, los sociólogos Edward Blakely y Mary Snyder habían llegado a la conclusión de que los norteamericanos estaban empezando a

vivir en "fortines", una hipérbole ciertamente traída por los pelos cuando se refiere a jubilados que disfrutan viviendo en un club de campo donde pueden practicar golf, pero sirve para darnos una idea.

Esta nueva tendencia no se ha limitado a los ricos –la mayoría de los cuales no necesitan que se cierren las fronteras, ya que escriben sus pías homilías a favor de los inmigrantes y de las fronteras abiertas desde sus complejos residenciales vallados– ni tampoco a Estados Unidos: hay urbanizaciones cerradas a disposición de todas las clases y de todos los grupos étnicos. En el extranjero, por lo demás, esa clase de complejos residenciales cerrados es habitual en países como la India, Arabia Saudí y Malasia, pero también en los países que tienen que enfrentarse a los muros construidos por sus vecinos: México está lleno de barrios cerrados, igual que Pakistán.

No se sabe el número total de residentes que viven en todo el mundo en urbanizaciones cerradas. Pero si es correcto el cálculo que se ha hecho en Estados Unidos, donde se estima que hay entre 6 y 9 millones de residentes en urbanizaciones cerradas, todavía quedamos el 90% con derecho a juzgarles y criticarles. Si queremos ponernos melodramáticos, podemos definirlos –como hacen algunos académicos– como personas que *le tienen miedo al mundo que hay al otro lado de sus puertas* , a pesar de que no parecen tan atemorizados cuando los vemos comprar calcetines en Walmart.

Pasa una cosa muy rara cuando le dices a un conocido que estás escribiendo un libro sobre murallas. Esa persona se olvida inmediatamente de que las murallas son objetos físicos y tangibles y empiezan a preguntarte si te has parado a pensar en todas las clases posibles de barreras metafóricas. En los cortafuegos, por ejemplo, o en los antivirus. También te sugieren objetos de dimensiones físicas, como los ubicuos sistemas de seguridad y vigilancia para el hogar, un negocio que se espera alcance los 35.000 millones de dólares a finales de 2017. Otras posibilidades son puramente inmateriales, como los muros mentales que levantamos, o que al menos imaginamos que levantan ciertas personas cuando queremos considerarlas inferiores a nosotros. Pero en realidad siempre ha habido ladrillos, bloques de piedra, tierra apisonada, hierro forjado, acero acanalado y alambradas de púas a nuestro alrededor, solo que no hemos querido darnos cuenta de su existencia.

¿Vamos a seguir levantando por siempre jamás “monumentos al miedo”? Esta frase es una sorprendente y paradójica demostración de la permanente influencia de nuestro belicoso pasado primigenio en nuestra forma de ver las cosas, ya que la cobardía todavía se considera la más infamante injuria que puede lanzarse contra un ser humano. La frase sobre suena como una incitación a la lucha, o más bien sonaría así si no nos diera miedo luchar. Quizá deberíamos hacer un alto en el camino y reflexionar sobre lo que significan realmente esas palabras. ¿Es posible construir cosas por puro miedo?

La idea no parece del todo absurda. En muchos aspectos, el miedo es la más poderosa de las emociones humanas. Cuando se activa al máximo, el miedo supera a la felicidad, a la rabia, a la tristeza o incluso al amor. Su poder deriva de su estrecha vinculación con el instinto de supervivencia, una relación que hace del miedo el instrumento más útil y necesario de que disponemos en nuestro arsenal emocional como criaturas vivas. En su forma más extrema, el miedo se convierte en pánico, pero si se mantiene en su estado crónico –la inseguridad– nos permite cierto grado de reflexión y de planificación y puede ejercer en nosotros una poderosa influencia en la toma de decisiones.

Los biólogos nos dicen que los animales solo tienen dos opciones cuando se sienten amenazados: luchar o huir. Pero la historia nos demuestra que las sociedades humanas han desarrollado otras alternativas. Entre todas estas alternativas, la más antigua seguramente fue la de enseñar a los varones a no tener miedo. Por eso mismo se les obligaba a soportar a lo largo de su vida una larga serie de ejercicios destinados a insensibilizarse al dolor, por medio de palizas, ritos de paso, periodos de sometimiento a toda clase de privaciones, la circuncisión en la pubertad y otras pruebas más de resistencia al dolor, así como la obligación de pasar largos periodos de aislamiento en la oscuridad, con vistas a que los varones pudieran ser buenos guerreros sin sucumbir jamás al deseo de huir. La insensibilización tenía éxito, siempre que midamos el éxito solo por la capacidad de ganar una guerra.

Como alternativa a esos procesos de insensibilización al dolor, algunas sociedades empezaron a levantar murallas.

En los capítulos anteriores hemos visto que las luchas, a lo largo de los últimos cuatro mil años, entre los pueblos que construían murallas y los que las asaltaban han decidido qué Estados sobrevivían y qué otros

desaparecían. Esas mismas luchas han influido en la propagación de los idiomas y las religiones. También han causado el dominio económico de determinadas zonas y la desolación de otras. En última instancia, han condicionado nuestra forma de pensar en asuntos que no tenían nada que ver con la política, la guerra o las murallas.

A la larga, la forma en que las murallas nos han transformado ha tenido la misma importancia. Como hemos visto, levantar murallas proporcionaba ciertas ventajas que podríamos denominar evolutivas, aunque no en el sentido puramente biológico. El psicólogo Abraham Manso expuso, en su famosa "jerarquía de las necesidades" (que normalmente suele representarse mediante una pirámide), que una vez que las personas alcanzan la seguridad es cuando pueden concentrarse en metas más elevadas cuyo propósito final es la "autorrealización". En un principio, esta idea puede parecer un poco traída por los pelos, pero la historia ha demostrado que la seguridad proporcionada por las murallas consiguió liberar a una gran cantidad de varones de las exigencias de convertirse en guerreros. Las murallas les permitieron dedicarse a actividades propias de la vida civil –hacer cosas, construir cosas, pensar, crear–, con independencia de que al final llegaran a autorrealizarse. Al permitir que los varones se dedicaran a las tareas agrícolas, las murallas también liberaron a las mujeres de ser las únicas responsables de la producción de alimentos.

En cualquier caso, los constructores de murallas tuvieron que sacrificar algo de sí mismos para alcanzar todas estas libertades. En primer lugar, ya nunca volvieron a poseer la insensibilidad al miedo. A lo largo de la historia, los constructores de murallas sufrieron incontables derrotas a manos de los pueblos que vivían al otro lado de los muros. Los sentimientos de inseguridad que se derivaron de esas derrotas fueron creando otros sentimientos de inferioridad. Esta falta de confianza en sí mismos se cronificó y les impulsó a tener que reclutar soldados procedentes de los pueblos enemigos que vivían sin murallas. El valor de estos guerreros foráneos, aparentemente superior, avergonzaba a los constructores de murallas, lo que a su vez les inducía a soñar continuamente con el regreso a un estilo de vida más primitivo que pudiera resucitar las antiguas virtudes masculinas. Desde los tiempos de la antigua Esparta, o desde los tiempos de los profetas del Antiguo Testamento que exhortaban a los israelitas a regresar a la vida en los campamentos nómadas, los constructores de murallas creían que podrían ser mucho más poderosos si volvían a vivir en

un mundo sin murallas. A su debido tiempo, esta admiración por los pueblos que vivían sin murallas y la nostalgia por una existencia fundada en el valor y en la vida sin murallas han ido evolucionando hasta convertirse en una de las creencias más poderosas del mundo occidental, y ha cristalizado en lo que los filósofos denominan primitivismo.

El primitivismo es una de las más discretas piedras angulares del pensamiento occidental: está tan profundamente arraigado en nuestro pensamiento que a menudo no somos conscientes de su influencia. Podríamos definirlo como la filosofía que juzga las cosas salvajes y naturales –o incluso a los pueblos salvajes y naturales– como mucho más virtuosas que las cosas civilizadas y artificiales. El primitivismo es la razón por la cual elegimos instintivamente los productos que se nos presentan con la etiqueta de "natural" frente a la de "artificial"; la razón por la cual preferimos los objetos hechos a mano en vez de los fabricados por una máquina; la razón por la cual hacemos acampadas y senderismo cuando tenemos a manos unos hoteles perfectamente confortables; la razón por la cual cientos de libros han elaborado la teoría de que los pueblos cazadores-recolectores son más sabios, más saludables, más felices y superiores en todos los aspectos a los pueblos desdichadamente equivocados que pertenecen a las tribus civilizadas. Hace poco, por ejemplo, ha habido mucho interés por la "dieta paleolítica", y esto, también, expone a las claras la fascinación que el primitivismo ejerce en todos nosotros. Si se me permite introducir un comentario personal, diré que una vez estuve a punto de destrozarme los dos tendones de Aquiles cuando me dejé arrastrar por la moda primitiva de salir a correr descalzo. La tentación del primitivismo puede atraparnos en cualquier momento.

A fin de cuentas, si reprimimos la mayoría de nuestros impulsos primitivistas es porque hay que pagar un alto precio en materia de dolor y de esfuerzo para alcanzarlos –por mucho que al principio nos resulten divertidos–, y en el fondo no queremos volver a ocupar la base de la pirámide de Manslow. Es cierto que todos *podríamos* aprender a luchar por la supervivencia, pero nos resulta mucho más fácil cerrar bien la puerta, tumbarnos en el sofá y dedicarnos a ver la televisión en un espacio que todos sabemos que es físicamente seguro.

Y por eso construimos murallas –murallas metafóricas, como me hicieron ver mis conocidos, pero por lo general murallas bien reales–,

mientras esperamos que el resto de los habitantes de este mundo se conviertan en seres tan civilizados como nosotros mismos.

¿Quiénes son los constructores de murallas?

Nosotros somos los constructores de murallas.

Y lo hemos sido desde el principio.

AGRADECIMIENTOS

A nadie le dan un premio por haber terminado de escribir un libro. Sin embargo, se ha convertido en una costumbre que el autor, en cuanto termina su trabajo, se suba al podio y empiece a dar las gracias a sus agentes, a sus editores, a sus colegas, a su familia y a sus amigos, como el ganador de un Oscar que leyera nervioso el discurso de agradecimiento mientras la orquesta intenta expulsarlo del escenario porque ya ha agotado su tiempo. De modo que, mientras en el foso de la orquesta suena la inolvidable sintonía del tema "Canción de amor para *Murallas* ", me dispongo a expresar mi gratitud hacia las siguientes personas, si bien haciendo la importante advertencia de que todos los errores que aparecen en este libro son atribuibles a cualquier persona menos a mí. Yo solo acepto la responsabilidad de haber escrito las partes.

Mucho antes de que supiera hacia dónde se encaminaba este proyecto, recibí varias becas de la Connecticut State University que me permitieron participar en tres excavaciones arqueológicas. Aprendí muchas cosas trabajando con los arqueólogos de las excavaciones de Vindolanda (Andrew Birley, Robin Birley y Justin Blake) y con los de Sibot-3 (Andre Gonciar, Paul Damina, Adela Baltec, Corina Bors y Alexandra Ratiu).

Roland Clark, de la University of Liverpool, se prestó a revisar el primer borrador de este libro, lo mismo que hizo mi equipo de amables lectores: Ian Chency, mi esposa Noelle y mis padres, Otha y Virginia Frye. Wayne Lee, de la University of North Carolina, también leyó el primer borrador y me dio ánimos que me alentaron mucho. Cuatro asistentes de posgrado (Shawn Batchelder, Michael Zarcone, Samantha Dobbyn y Jessica Kokoszka) me han prestado su ayuda en diversas funciones.

Me ha ayudado mucho trabajar con mi agente, Peter Steinberg, y con todo el equipo de Foundry Literary + Media, al igual que con mi editor, Rick Horgan, junto con Emily Greenwald y el resto del equipo de la editorial Scribner. También me gustaría dar las gracias a Laura Hassan y al equipo de Faber & Faber por su trabajo en la preparación de la edición británica de este libro.

Por último, me han resultado muy útiles las charlas y discusiones sobre el tema de las murallas que he mantenido con varios colegas de la universidad, estudiantes y amigos. Mientras la orquesta se lanza al crescendo final, doy aquí la lista por orden alfabético: Kate Alexander, Benjamin Andreotta, Tom Balcerski, Alan Bennett, Dan Brewer, Caitlin Carenen, Kristine McQuarrie Charles, Mike Christina, Joe Corso, John Cox, Brad Davis, Pete DeOrio, Maggie Downie, Margaret Eliason, Craig Emmerthal, Scott Erick, Tim Ferraro, Packy Frye, Kelly Gillette, Al(an) Gore, Mike Greer, Tyler Hewes, Anne Higginbotham, Stefan Kamola, Anya Kirchman, Allen Lungren, Kevin MacVane, Zach Marotte, Scott McCulley, Joan Meznar, Scott Moore, Asa O'Brien, Jamel Ostwald, la Princesa Guerrera, la Princesa de la Mafia, Joe Petre, Bill Priest, John Regan, Norm Riley, Jeff Rose, Steve Ross, Sara Schneider, Kristen Sixby, Joe St. Amand, Ashley Stevens, Jason Taraskiewicz, Barbara Tucker, Nick Ugolick, Chris Vasillopulos, John Watt, Bowen Weyel y Mark White.

NOTAS

En la página web del autor, www.davidfrye.org , se puede encontrar una bibliografía completa, además de recursos pedagógicos para los profesores que quieran usar este libro en sus clases.

INTRODUCCIÓN

1 *Ars Amatoria* 1:34, en *Ovid: The Art Of Love* , tr. Rolfe Humphies, Bloomington, Indiana University Press, 1957, p. 106.

2 Julia Lovell, *The Great Wall: China Against the World, 1000 BC–AD 2000* , Londres, Grove Press, 2006, p. 152. [La *Gran Muralla: China contra el mundo (1000 a. C.-2000 d. C.)* , Barcelona, Debate, 2007].

I
EL NACIMIENTO DE LA CIVILIZACIÓN: LOS CONSTRUCTORES DE MURALLAS EN LOS INICIOS DE LA HISTORIA

1 El proyecto de digitalización de la biblioteca cuneiforme ha publicado una lista completa de los nombres de los años del reinado de Shulgi en: cdli.ox.ac.uk/wiki/doku.php?id=year_names_Shulgi .

2 Los constructores de murallas de Ur fueron Ur-Nammu, Ibbi-Sin, Warad-Sin y Samsu-Iluna. Los reyes que levantaron murallas en Babilonia fueron Sumuabum, Sumulael, Apil-Sin, Yawium y, mucho después, Nabucodonosor. Tres reyes consecutivos (Izbi-Irra, Szu-liliszu y Bur-Sin) construyeron murallas en Isin, a las que siguieron más murallas levantadas por Damiq-liszu y Samsu-iluna.

3 D. O. Edzard, “Deep-Rooted Skyscrapers and Bricks: Ancient Mesopotamian Architecture and Its Imaging”, en M. Minndlin, M. J. Geller y J. Wansbrough (eds.), *Figurative Language in the Ancient Near East* , Londres, University of London School of Oriental and African Studies, 1987, pp. 16-17. La fuente se refiere al reinado de Gudea.

4 A juzgar por el número de animales, los terrenos adyacentes a las ciudades debían de estar repletos de rebaños de ovejas. En Ebla, solamente el rey era dueño de unos rebaños que alcanzaban las ochenta mil cabezas. Una ciudad del tamaño de Ur –que producía 421 toneladas de lana en un solo año– probablemente disponía de medio millón de ovejas. El tejido de la lana se llevaba a cabo en telares que funcionaban a escala industrial. En Lagash había seis mil mujeres y niños trabajando en una sola factoría y se calcula que había unos quince mil operarios trabajando en todos los telares de la ciudad. Citado en Alfonso Archi,

"The Royal Archives of Elba", en H. Weiss (ed.), *Elba to Damascus: Art and Archeology of Ancient Syria: An Exhibition from the Directorate-General of Antiquities and Museums, Syrian Arab Republic* , Washington D. C., Smithsonian Institution Traveling Exhibition Service, 1985, p. 146; D. T. Potts, *Mesopotamian Civilization: The Material Foundations* , Ithaca, NY, Cornell University Press, 1997, pp. 43-44; Robert McC. Adams, "Sheperds at Umma in the third Dynasty of Ur: Interlocutors with a World Beyond the Scribal Field of Ordered Vision", *Journal of the Economic and Social History of the Orient* , 49/2, 2006, p. 163.

5 Adams, "Sheperds at Umma", pp. 151, 157.

6 Glenn Schwartz, "Pastoral Nomadism in Ancient Western Asia", en Jack Sasson (ed.), *Civilizations of the Ancient Near East* , Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1995, p. 251.

7 Los archivos de Puzrish-Dagan (Drehem) consignan las pérdidas de ovejas por ataques de leones, véase Adams, "Sheperds at Umma", p. 156. A finales del siglo XIX , los leones mesopotámicos seguían atacando a las ovejas. Los leones se extinguieron en la comarca de Zagros en el siglo XX . Véase John Ure, *In Search of Nomads: An Anglo-American Obsession from Hester Stanhope to Bruce Chatwin* , Nueva York, Carroll and Graf, 2003, pp. 44 y 100.

8 Adams, "Sheperds at Umma", pp. 149, 152 y 155, donde se cuenta que tan solo ocho de los diecisiete pastores que aparecían citados en uno de los registros seguían apareciendo cinco años más tarde.

9 El cortejo de Inanna y Dumuzi se relata, de forma resumida, en un único poema recogido por Diane Wolkstein y Samuel Noah Kramer en *Inanna, Queen of Heaven and Earth: Her Stories and Hymns from Sumer* , Nueva York, Harper and Row, 1983, pp. 29-49. [*Inanna. Reina del cielo y de la tierra* , Elsa Cross, tr., Conalculta, México, 2011].

10 Sobre el poema en alabanza de Shulgi, véase J. A. Black *et al* ., *The Electronic Text Corpus of Sumerian Literature* (a partir de ahora abreviado como *ETCLS*), Oxford, 1998-2006, recogido en: http://etcsl.orinst.ox.ac.uk /. En el antiguo Oriente Próximo era una fórmula habitual comparar a los reyes con los pastores. Los artistas representaban continuamente a los reyes-pastores cazando animales peligrosos, matándolos o peleando con ellos. Son muy raros los casos en que no se respete esta fórmula y habría que prestarles mucha más atención. Lipit-Eštar añadió brevemente a los agricultores a la fórmula ceremonial, de modo que sus inscripciones reales dicen: "Yo, Lipit-Eštar, humilde pastor de Nippur, labrador fiel de Ur, incesante [proveedor de Eridu], sacerdote idóneo para Uruk, rey de Isin, rey de las tierras de Sumer y Akkad". Sus sucesores abandonaron la referencia a los labradores y siguieron refiriéndose a sí mismos como pastores de Nippur y guardianes de los rebaños de Ur. Rim-Sin es uno de los pocos reyes posteriores que recupera la fórmula que alude a los agricultores. Las inscripciones se citan en Douglas Frayne, *The Royal Inscriptions of Mesopotamia Early Periods* , vol. 3/2: *Ur III Period (2112-2004 a. C.)* , Toronto, University of Toronto Press, 1997, pp. 64-105, 289.

11 En el mito sumerio de Gilgamesh y Aga, los ancianos de Uruk aconsejan a Gilgamesh que no vaya a la guerra porque es necesario excavar pozos. "Gilgamesh y Aga", ETCSL , 1.08.01.01.

12 Citado en *ETCSL* ., t.3.I.15.31-33.

13 El rey de Gubla, Rib-Hadda, se quejaba a menudo de tener que vivir detrás de las murallas "como un pájaro encerrado en una jaula". Véase, por ejemplo, EA 74, 13-19; EA 78,7-16; EA 79, 34-37 en William Moran, ed., *The Armana Letters* , Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1992.

14 Jeremy Black, "The Sumerians in Their Lanscape", en Tzvi Abusch (ed.), *Riches Hidden in Secret Places: Ancient Near Eastern Studies in Memory of Thorkild Jacobsen* , Winona Lake, Indiana, Eisenbrauns, 2002, pp. 54-55.

15 Es el autor anónimo del *Papiro Anastasi I* . Hay una traducción inglesa en Alan Gardiner, *Egyptian Hieratic Texts, Series I: Literary Texts of the New Kingdom. Part I: The Papyrus Anastasi I and the Papyrus Koller Together with the Parallel Texts* , Hildesheim, Alemania, Georg Olms Verlag, 1964.

16 La victoria de Utu-hegal, ETCSL , t.2 1.6.

17 O. R. Gurney, "The Sultantepe Tablets (continued). IV. The Cuthean Legend of Naram-Sin", en *Anatolian Studies* , 5, 1955, pp. 93-113; Michael Astour, "Ezekiel's Prophecy of Gog and the Cuthean Legend of Naram-Sin", *Journal of Biblical Literature* , 95/4, 1976, pp. 576-579.

18 En una fecha tan tardía como mediados del primer milenio a. C. se seguía llamando así a los cimerios, los medos o a cualquier otro "enemigo feroz que ignorara las normas morales". Florence Malbran-Labat, "Le nomadisme à l'époque néo-asyrienne", en Jorge Silva Castillo (ed.), *Nómadas y pueblos sedentarios, Actas del XXX Congreso Internacional de Ciencias Humanas de Asia y África* , Ciudad de México, El Colegio de México, 1982, p. 60.

19 A. Kirk Grayson y Donald Redford, *Papyrus and Tablet* , Englewood Cliff (Nueva Jersey), Prentice-Hall, 1973, p. 89.

20 Thorkild Jacobsen, *The Harps That Once…: Sumerian Poetry in Translation* , New Haven, Yale University Press, 1987, pp. 233-372; William Hamblin, *Warfare in the Ancient Near East to 1600 BC: Holy Warriors at the Dawn of History* , Nueva York, Routledge, 2006, pp. 122-125.

21 Jacobsen, *Harps That Once* , p. 252.

22 Lugalbanda y el pájaro Anzud, ETCSL , t.I.8.22.

23 Carta de Shulgi a Puzur-Shulgi acerca de la Fortaleza Igi-huraga (versión B), *ETCSL* , t.3.I.08.

24 Carta de Aagdu a Shulgi acerca de la Fortaleza Igi-huraga, *ETCSL* , t.3.10.6; carta de Puzur-Shulgi a Shulgi acerca del avance del enemigo, *ETCSL* , t.3.1. 07; carta de Shulgi a Puzur-Shulgi acerca de la Fortaleza Igi-huraga (versión B), *ETCSL* , t.3.1.08.

25 Carta de Sarrum-bani a Su-Suen sobre cómo detener el avance de los Martu, *ETCSL* , t.3.1.15.

26 El lamento por Sumer y Urim, *ETCSL* , 2.2.3.

27 Nadine Moeller, "Evidence for Urban Walling in the Third Millenium BC", en Barry Kemp *et al* ., "Egypt's Invisible Walls", *Cambridge Archaelogical Journal* 14/2, 2004, pp. 259-288. Las primeras ciudades egipcias tenían muros de adobe incluso en los tiempos supuestamente seguros del Reino Antiguo, una época (aproximadamente entre los años 2686 y 2181 a. C.) en la que Egipto estaba políticamente unificado y las únicas amenazas militares tenían que llegar del exterior. Hay pruebas de la existencia de ciudades amuralladas en Elefantina, Edfu, Dendara, Kom Ombo y Elkab. Véase Barry Kemp, "Unification and Urbanization of Ancient Egypt" en Sasson, *Civilizations* , p. 687.

28 En una época tan temprana como el Antiguo Reino, los faraones nombraban a unos altos funcionarios que tenían el nombre de "vigilantes de las barreras, los desiertos y las reales fortalezas de Heliópolis". James Hoffmeier, "'The Walls of the Ruler' in Egyptian Literature and the Archaelogical Record: Investigating Egypt's Eastern Frontier in the Bronze Age", *Bulletin of the American School of Oriental Research* 343, 2006, pp. 1-20, 2.

29 James Pritchard, tr. y ed., *The Ancient Near East: An Anthology of Texts and Pictures* (a partir de ahora abreviado como ANE), 2 vol., Princeton, Princeton University Press, 1958, 1:252. [*La sabiduría del Antiguo Oriente. Antología de textos e ilustraciones* , J. A. G. Larraya, tr. Garriga, Barcelona, 1966]; William Hallo y K. Younger, eds., *The Context of*

Scripture (a partir de ahora abreviado como cos), 3 vols., Nueva York, Brill, 1997-2002, 1:93-98, 1:106-110.

30 Hamblin, *Warfare* , p. 361.

31 James Breasted, *Ancient Records of Egypt: Historical Documents from the Earliest Times to the Persian Conquest, Collected, Edited and Translated with Commentary* , 5 vols., Chicago, University of Chicago Press, 1906-1907, reed. 1988, 1:493; ANE , 1:5.

32 Sobre estas murallas, véase Rocío Da Riva, "BM 67405 and the Cross Country Walls of Nebuchadnezzar II", en N. Wyatt, G. del Olmo y J. Vidal (eds.), *The Perfumes of Seven Tamarisks: Studies in Honour of Wilfred G. E. Watson* , Münster, Alemania, Ugarit Verlag, 2012; Rocío Da Riva, "Just Another Brick in the Median Wall", *Aramzid: Armenian Journal of Near Eastern Studies* 5/1, 2010, pp. 55-65; y R. G. Killick, "Northern Akkad Project: Excavations at Habl As-Sahr", *Iraq* 46/2, 1984, pp. 125-129.

33 Killick, "Northern Akkad Project", p. 125, calcula la distancia total de las murallas en 47 kilómetros. Da Riva, en "Just Another Brick", se inclina por los 54 kilómetros.

34 M 516231, citado en Da Riva, "Just Another Brick", p. 61.

35 *Libro de Jeremías* , 51:58.

36 No se ha podido datar con precisión el muro de Umm Rus, que los investigadores sitúan entre los años 401 a. C. y 363 d. C. Julian Reade, "El-Mutabbaq and Umm Rus", *Sumer* 20, 1964, pp. 83-89 y 87.

37 Reade, "El-Muttabaq and Umm Rus", pp. 83-87. Con respecto a los estudios que sitúan el muro de El-Muttabaq en una época más tardía y lo atribuyen al califa Ma'mun, véase R. D. Barnett, "Xenophon and the Wall of Media", *Journal of Hellenic Studies* 83, 1963, pp. 1-26 y 6.

38 Robert McC. Adams, "Contexts of Civilizational Collapse: A Mesopotamian View", en N. Yoffee y G. Cowgill (eds.), *The Collapse of Ancient States and Civilizations* , Tucson, 1988, pp. 37-38.

II

¿AMURALLAR O NO AMURALLAR ?

1 Oscar Broneer, "The Cyclopean Wall on the Isthmus of Corinth, Addendum", *Hesperia: The Journal of the American School of Classical Studies at Athens* 37/1, 1968, pp. 25-35.

2 Nancy Demand, *The Mediterranean Context of Early Greek History* , Malden, Massachusetts, Wiley-Blakcwell, 2012, pp. 198, 204.

3 Esta transformación material la han estudiado muchos investigadores, entre otros E. N. Tigerstedt, *The Legend of Sparta in Classical Antiquity* , 3 vols., Estocolmo, Almquist y Wiksell, 1965-1978, 1:40, 1:44; Paul MacKendrick, *The Greek Stones Speak: The Story of Archaelogy in Greek Lands* , 2ª ed, Nueva York, W. W. Norton, 1982, p. 166; Oswyn Murray, *Early Greece* , 2ª ed, Londres, Fontana Press, 1993, pp. 171-173: Paul Cartledge, *Spartan Reflections* , Berkeley, University of California Press, 2002, p. 182.

4 Tucídides, 1, 10.

5 Tucídides, 1, 6-7.

6 Las pruebas se hallan en W. Kendrick Pritchett, *The Greek State at War* , Berkeley, University of California Press, 1975, pp. 209 y ss. También se pueden consultar Everett L. Wheeler, "*Hoplomachia* and Greek Dances in Arms", *Greek, Roman and Byzantine Studies*

23/3, 1982, p. 229; y Jason Crowley, *The Psychology of the Athenian Hoplite: The Culture of Combat in Classical Athens* , Cambridge, Cambridge University Press, 2012, p. 81: "El hoplita ateniense no recibía instrucción militar, ni elemental ni de ninguna otra clase, así que llegaba al campo de batalla, para bien o para mal, tal como había salido de las filas de la sociedad".

7 Cuando Platón, en *La República* (5.466e-467e), recomendó que los niños se adiestrasen para la guerra, su única propuesta era que los niños presenciaran las batallas en calidad de observadores, siempre protegidos del peligro y montando a caballo para que pudieran huir en cualquier momento. En cuanto al breve periodo en que se introdujo la *ephebeia* , que era la instrucción militar para los varones que habían cumplido dieciocho años, uno de los pocos historiadores que sostienen que fuera antes del siglo IV es Crisis Pélékidis en *Histoire de l'ephébie attique des origines à 31 ans avant Jésus-Christ* , París, Éditions E. de Boccard, 1962, pp. 50-79. Oscar Reinmuth, en "The Genesis of the Athenian Ephebeia", *Transactions and Proceedings of the American Philological Association* 82, 1952, pp. 34-50, sostiene que esa institución existía de forma parcial en fechas anteriores. Pierre Vidal-Naquet, en "The Black Hunter and the Origin of the Athenian Ephebeia", en Robert Segal (ed.), *Structuralism in Myth: Levi-Strauss, Barthes, Dumezil, and Propp* , Londres, Routledge, 1996, pp. 277-298, compara la *ephebeia* con los primitivos rituales de iniciación, pero reconoce que es una nueva iniciativa introducida en el siglo IV . Peter Siewert, "The Ephebic Oath in Fifth-Century Athens", *Journal of Hellenic Studies* 97, 1977, pp. 102-111, afirma que el juramento *efébico* de los ciudadanos atenienses se introdujo al menos un siglo antes del periodo de instrucción militar.

8 Platón, por ejemplo, en el *Timeo* , 17c-18b; también en el *Critias* , 110c-d, en el que Platón atribuye ese sistema a un periodo mítico de la Atenas prehistórica. En la época de Platón estaba apareciendo una nueva tendencia partidaria de la instrucción militar. Véase Pierre Vidal-Naquet, "La tradition de l'hoplite athénien", en Jean-Pierre Vernant (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne* , París, Mouton, 1968, pp. 173 y ss.

9 Christian Laes y Johann Strubbe, *Youth in the Roman Empire: the Young and the Restless Years?* , Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 104 y ss.; Nigel Kennell, "The Ephebeian in the Hellenistic Period", en Martin Bloomer (ed.), *A Companion to Ancient Education* , Malden, Massachusetts, Wiley-Blackwell, 2015, pp. 172-183.

10 Tucídides, 1.143, 2.13.

11 Tucídides, 2, p. 40; Tucídides, *History of the Peloponnesian War* , Rex Warner, trad. Nueva York, Penguin Books, 1982, p. 147. [*Historia de la guerra del Peloponeso* , Antonio Guzmán Guerra tr., Madrid, Alianza Editorial, 1989].

12 Licurgo, *Against Leokrates* , p. 44, citado por John Camp, *The Archaelogy of Athens* , New Haven, Yale University Press, 2001, p. 143. [*Contra Leócrate* , en *Oradores menores; discursos y fragmentos* , José Miguel García Ruiz tr., Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 2000].

III

'GRITOS DE DOLOR Y DE PENA '

1 Wilt Idema, *Meng Jiangnu Brings Down the Great Wall: Ten Versions of a Chinese Legend* , Seattle, University of Washington Press, 2008, p. 5.

2 Ibíd., p. 10.
3 Lovell, *Grat Wall* , p. 175.
4 Ibíd., pp. 109-111.
5 Ibíd., p. 167.
6 Ralph Sawyer, *Ancient Chinese Warfare* , Nueva York, Basic Books, 2011, pp. 19-30; William Watson, "The City in Ancient China", en P. R. S. Moorey (ed.), *The Origins of Civilization: Wolfson College Lectures, 1978* , Oxford, Clarendon Press, 1979, pp. 54-56; Robin Yates, "Early China", en *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds: Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica* , Washington DC, Center for Hellenic Studies, 1999, p. 9.
7 Ruth Meserve, "The Inhospitable Land of the Barbarian", *Journal of Asian History* 16/1, 1982, pp. 52-53.
8 *The Shi King: The Old "Poetry Classic" of the Chinese, a Close Metrical Translation with Annotations* , tr. W. Jennings, Londres, Routledge, 1891, pp. 182-183. [*Poesía popular de la China antigua* , Gabriel García-Noblejas, tr., Madrid, Alianza Literaria, 2008]. Arthur Waley, en *The Book of Songs* , Londres, Routledge, 1937, reed. 2005, p. 122, sitúa a Nan-Chung alrededor del año 800 a. C. [*Libro de los cantos* , Gabriel García-Noblejas, tr., Madrid, Alianza Literaria, 2013].
9 René Grousset, *The Rise and Splendour of the Chinese Empire* , Berkeley, University of California Press, 1964, p. 44.
10 Sima Qian, *Records of the Grand Historian* , ed. revisada traducida por Bruton Watson, Nueva York, Columbia University Press, 1993, 2:194.
11 Citado por Incola Di Cosmo, *Ancient China and Its Elements: The Rise of Nomadic Power in East Asian History* , Cambridge, Cambridge University Press, 2002, p. 203.
12 Sima, *Records of the Grand Historian* , 2:195.
13 Un rey de los hunos que rindió vasallaje al emperador chino en el año 51 a. C. fue recompensado con 5 kilos de oro, 77 prendas de ropa, 8.000 fardos de tela de seda, 1.500 kilos de hilos de seda, 15 caballos, 680.000 medidas de grano y algo de dinero en efectivo. Medio siglo más tarde, los reyes "vasallos" recibían una recompensa de hasta 30.000 fardos de seda. Entretanto, en la corte imperial se discutía si los pagos a los reyezuelos bárbaros estaban arruinando el estado o si por el contrario eran el único medio para evitar saqueos y pillajes.
14 Poema de Po Chu-I, citado por Stuart Legg, *The Barbarians of Asia* , Nueva York, Dorset Press Reprints, 1990, pp. 128-129.

IV

CONSTRUCTORES Y GUERREROS. LA VIDA FUERA DE LAS MURALLAS

1 Lovell, *Great Walls* , p. 112.
2 Ure, *In Search of Nomads* , p. 70.
3 Louise Sweet, "Camel Raiding of North Arabian Bedouin: A Mechanism of Ecological Adaptation", *American Anthropologist* 67/5, 1965, p. 1.142.
4 Citado por Hugh Kennedy, *The Great Arab Conquests: How the Spread of Islam Changed the World We Live In* , Filadelfia, De Capo Press, 2007, p. 41.
5 Tácito, *Germania* , p. 31. [*La Germania* , Cayo Cornelio Tácito, Biblioteca Virtual Universal, http://www.biblioteca.org.ar/libros/155267.pdf].
6 Ibíd., p. 14.

7 “Hunos”: Prisco, fr. 10; “escitas”: Heródoto, 4.64; “jóvenes de la Lusitania”: Diodoro, 5.34.6 y ss.

8 Denis Sinor, “The Inner Asian Warriors”, *Journal of the American Oriental Society* , 101/2, 1981, p. 135.

9 Heródoto, 4. 66; sobre la decapitación de enemigos: Ibíd., 4.64 y ss, y Amiano Marcelino, 31.2.14; sobre los relatos de los chinos: “Cuando combaten –escribió un historiador chino–, los que han cortado cabezas de enemigos o han capturado prisioneros reciben una copa de vino, y también reciben todo el botín que han arrebatado; los enemigos capturados pasan a ser esclavos” (Di Cosmo, *Ancient China and Its Enemies* , p. 278, cita a Shi Chi, 110, 2.892). El autor de este relato, Suma Ch’ien (Sima Qian), no conocía las crónicas de Heródoto, escrigas a miles de kilómetros de distancia.

10 Es un proverbido muy corriente. Véase, por ejemplo, Nicola Di Cosmo, introducción a *Military Culture in Imperial China* , ed. Nicola Di Cosmo, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 2009, p. 18.

V

PRÒLOGO A LA GRAN ERA DE LAS MURALLAS: LAS PUERTAS DE ALEJANDRO

1 Ezequiel, 38:11-12.

2 Flavio Josefo, *Jewish War* 7.7.4. [*La Guerra de los Judíos* , Jesús María Nieto Ibáñez tr., Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1999].

VI

LAS MURALLAS CONECTAN EURASIA

1 Mark Aurel Stein, *On Ancient Central Asian Tracks* , Delhi, Book Faith India, 1998, p. 30.

2 Ibíd., xvii, p. 30.

3 Citado por Thomas Barfield, *The Perilous Frontier: Nomadic Empires and China* , Oxford, Oxford University Press, 1989, p. 96.

4 Ibíd.

5 Arezou Azad, *Sacred Landscapes in Medieval Afganistán: Revisiting the Fada il-i Balkh* , Nueva York, Oxford University Press, 2013, pp. 92-95.

6 El muro alcanzaba como mínimo los cinco metros y medio de altura y tenía adarves para los arqueros, pasadizos interiores para los desplazamientos de tropas y troneras para disparar contra el enemigo. S. A. Rakhmanov, “The Wall Between Bactria and Sogd: The Study on the Iron Gates, Uzbekistan”, en *New Archaelogical Discoveries in Asiatic Russia and Central Asia* , San Petersburgo, Academia Rusa de Ciencias, 1994, pp. 75-78.

7 La crónica completa de los relatos de Zhang aparece en Sima, *Records of the Grand Historian* , 2:231-46.

VII

LOS MUROS DE ADRIANO

1 Para un resumen histórico, véase N. Hodgson, “The Stanegate: A Frontier Rehabilitated”, *Britannia* 31, 2000, pp. 11-22.

2 Historia Augusta, *Hadrian* , 11.2. [*Escritores de la Historia Augusta* , Francisco Navarro y Calvo tr., recogido en: https://sirio.ua.es/libros/BEducacion/escritores_historia_augusta_I/index.htm].

3 Tácito, *Agrícola* , 3.7. [*Vida de Agrícola* , Juan Luis Conde tr., Madrid, Cátedra, Clásicos Liceo, 2013].

4 David Breeze, *The Frontiers of Imperial Rome* , Barnsley, Penn and Sword Military, 2011, pp. 4, 12, 78.

5 El conjunto formado por las tres barreras defensivas lleva el nombre de Parapeto de Trajano, el de Valu lui Traian, o en ocasiones el de Muro de Trajano, aunque no se haya podido demostrar ninguna relación con el emperador Trajano. En el sudeste de Europa, por desgracia, hay otras líneas defensivas que se conocen por el mismo nombre. W. S. Hanson e Iona Oltean, en “The ‘Valu lui Traian’: A Roman Frontier Rehabilitated”, *Journal of Roman Archaeology* 25, 2012, pp. 297-318, atribuyen estas murallas a los romanos. Otra hipótesis aún menos convincente sostiene que estas murallas las construyeron los búlgaros durante la Edad Media: véase Paolo Squatriti, “Moving Earth and Making Difference: Dikes and Frontiers in Early Medieval Bulgaria”, en Florin Curta (ed.), *Borders, Barriers, and Ethnogenesis: Frontiers in Late Antiquity and the Middle Ages* , Turnhout, Bélgica, Brepols, 2005; y Uwe Fiedler, “Bulgars in the Lower Danube Region: A Survey of the Archaelogical Evidence and of the State of Current Research”, en Florin Curta (ed.), *The Other Europe in the Middle Ages: Avars, Bulgars, Khazans and Cumans* , Leyden, E. J. Brill, 2008, pp. 162-166. En cuanto a la fecha de construcción romana, parece totalmente improbable que Adriano dejara sin proteger esta región, sobre todo si se tiene en cuenta que levantó extensas fortificaciones en regiones mucho más pacíficas y que esta región estaba sometida a una constante amenaza por parte de los bárbaros, hasta el punto de que Constantinopla se sentía tan en peligro que los emperadores posteriores tuvieron que dedicar, durante varios siglos, todos sus esfuerzos a fortificar esa zona.

6 S. T. Parker *et al., The Roman Frontier in Central Jordan: Final Report on the Limes Arabicus Project, 1980-1989* , 2 vols., Washington DC, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, 2006; Philip Mayerson, “The Saracens and the Limes”, *Bulletin of the American Schools of Oriental Research* , 262, 1986, pp. 35-47; Procopio de Cesarea, *Buildings* 5.8.5. [*Sobre los edificios* , Miguel Periago Lorente tr., recogido en: https://www.um.es/cepoat/estudiosorientales/wp-content/uploads/2018/01/Estudios_Orientales_n7_2.pdf].

VIII

PARAÍSO PERDIDO

1 P. Elio Aristides, *The Complete Works* , vol. 2, *Orations XVII-LII* , Charles Behr tr., Leiden, Holanda, E. J. Brill, 1981, 26, pp. 67 y ss. [*Discursos. Vol. 4* , J. M. Cortés tr., Madrid, Biblioteca Básica Gredos, 1997].

2 Ibíd., 26.104.

3 Ibíd., 26.81.

4 Abandonos similares tuvieron lugar en Angers, en Aix-en-Provence y en un sinfín de ciudades más. Ambert se abandonó por completo; Javols y Angers fueron arrasadas hasta los cimientos. Joseph Gagnaire, “Ambert”, en *Villes et agglomérations urbaines antiques du sud-*

ouest de la Gaule: Histoire et archéologie, Deuxième Colloque Aquitania, Bordeaux, 13-15 septembre 1991 , Burdeos, Éditions de la Féderation Aquitania, 1992, p. 19; Françoise Prévot, "Javols-Mende", en Nancy Gauthier y Jean-Charles Picard (eds.), *Topographie chrétienne des cités de la Gaule des origines au milieu du VIII e siècle* , vol. 5, París, De Boccard, 1986, p. 82; Michel Provost, *La carte archéologique de la Gaule 49: Maine et Loire* , París, Académie des Inscriptions et Belles-Lettres, 1988, pp. 87-88; A. Desbat, "Note sur l'abandon de la ville haute de Lyon", *Recéntes recherches en archéologie galloromaine et paléochrétiennes sur Lyon et sa région* , S. Walker ed., Oxford, bar, 1989; M. E. Bellet *et al* ., "Orange: Cours Pourtoules", *Gallia Informations* , 1987-1988/2, pp. 321-325; D. Busson, "Paris: Place André Honnorat et rue Michelet", Gallia Informations, 1993/1-2, pp. 29-30. Sobre Tours, véase Michel Provost, *La carte archéologique de la Gaule 37: Indre-et-Loire* , París, Académie des Inscriptions et Belles Lettres, 1988, pp. 78, 85, 90, 92. Sobre Aix, véase J.-P. Nibodeau, "Aix-en-Provence: Boulevard de la République", *Gallia Informations* , 1987-1988/2, p. 225.

5 Zonaras, 12.23. Esta fue una más de las muchas tentativas de aislar el Peloponeso por medio de un muro: la más famosa de todas es la conocida como Hexamilion. Véase Timothy Gregory, *The Hexamilion and the Fortress (Isthmia)* , Princeton, American School of Classical Studies at Athens, 1993. Con respecto a los historiadores que sostienen que fue construido un poco más tarde, en los tiempos de la amenaza de Atila, véase Robert Hohfeldeer, "Trans-Isthmian Walls in the Age of Justinian", *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 18, 1977, pp. 173-179.

6 *The Anonymous Continuator of Cassius Dio* fr. 9.2., citado en *The History of Zonaras: From Alexander Severus to the Death of Theodosius the Great* , Thomas Banchich y Eugene Lane trs., Nueva York, Routledge, 2009.

7 Zonaras 12.21, y Banchich y Lane, *History of Zonaras* , 101n5, donde se analizan otras fuentes y el dato de las quinientas ciudades saqueadas.

8 Los Campos Decumanos, o *Agri Decumates* , llegaron a estar vigilados por veinte mil soldados, la provincia de Recia por unos diez mil y la Dacia por cincuenta mil. Véase Lawrence Okamura, "Roman Withdrawals from Three Transfluvial Frontiers", en R. Mathisen y H. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity* , Brookfield, Vermont, Valiorum, 1996, p. 11. Todas esas provincias se abandonaron durante el reinado de Galieno.

9 Luce Pietro, "Angers", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , 5:1; C. Sintès, "L'évolution topographique de l'Arles du Haut-Empire à la lumière des fouilles récentes", *Journal of Roman Archelogy* 5, 1992, p. 141; G. M. Wolock, "A Descriptive Catalogue of Roman Cities", en Pierre Grimal, *Roman Cities* , G. M. Wolock ed. y tr., Madison, University of Wisconsin Press, 1983, p. 129; Charles Bonnet y C. Santschi, "Genève", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , vol. 3, París, De Boccard, 1986, p. 41; F. Prévot, "Limoges", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* vol. 6, París, De Boccar, 1989, p. 72; L. Pietro, "Rennes", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , 5:62; F. Prévot, "Rodez", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , 6:44; N. Gauthier, "Trèves", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , vol. 1, París, De Boccard, 1986, p. 20; L. Pietri, "Troyes", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , 5:71.

10 En los primeros tiempos del imperio había muy pocas ciudades romanas protegidas por murallas. Hay una lista de las ciudades amuralladas en la Galia del primer periodo imperial en C. Goudineau, "Les villes de la paix romaine", en George Duby (ed.), *Histoire de la France urbaine* , vol. 1: *La ville antique* , París, Seuil, 1980, p. 244.

11 Por ejemplo, J.-M. Fémolant, "Senlis: Ancien palais episcopal, Musée d'Art et d'Archéologie"; *Gallia Informations* , 1989/1, p. 240; Bonnet y Santschi, "Genève", p. 41; H.

Sivan, *Ausonius of Bordeaux: Genesis of a Gallic Aristocracy* , Nueva York, Routledge, 1993, p. 41.

12 En general, véase Grimal, *Roman Cities* , p. 79; Ramsay MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* , Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1963, p. 129; Louis Maurin, "Remparts et cités: Les provinces du Sud-Ouest de la Gaule au Bas-Empire (dernier quart du IIIe siècle-début du Ve siècle)", en *Villes et agglomérations* , p. 368; T. F. C. Blagg, "The Reuse of Monumental Masonry in Late Roman Defensive Walls", en J. Maloney y B. Hobley (eds.), *Roman Urban Defences* , Council for British Archeological Research Report 51, Londres, CBA , 1983.

13 En París, los muros de la ciudad se construyeron con materiales arrancados al viejo anfiteatro, al teatro y a los baños. Los muros de Rennes usaron bloques de mármol de un templo de Adriano erigido en honor a Marte. En Sens, los muros tenían fragmentos de columnas y de tabiques de los baños públicos, y en las murallas de Senlis había trozos de un templo de Júpiter. En Mainz se usaron fragmentos de una estela de la victoria, de un templo de Marte y de un arco de triunfo. Las murallas de Burdeos también se hicieron con piedras extraídas de numerosos monumentos públicos. En Metz se usaron materiales de construcción provenientes de los antiguos baños. En los cimientos de las murallas de Tours se usaron trozos de antiguos templos. Incluso en la pequeña ciudad de Alzey se usaron bloques de piedra provenientes de una columna de Júpiter y de un templo de Apolo. En las murallas de Aviñón se usaron bloques de mármol que contenían inscripciones, fragmentos escultóricos y los restos de un arco de triunfo. En relación a estos datos sobre París, Sens, Senlis, Mainz, Burdeos y Alzey, véase Blagg, "Reuse of Monumental Masonry", pp. 131-134. En cuanto a Rennes, véase Pietri, "Rennes" 61. Para Burdeos, Hagith Sivan, "Town and Country in Late Antique Gaul: The Example of Bordeaux", en J. Drinkwater y H. Elton (eds.), *Fifth-Century Gaul: A Crisis of Identity* , Cambridge, Cambridge University Press, 1992, p. 133; y Sivan, *Ausonius of Bordeaux* , p. 39. Sobre Metz, N. Gauthier, "Metz", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , 1:40. Sobre Tours, Provost, *Carte Archéologique de la Gaule* , 37, p. 81. Sobre Aviñón, J. Biarne, "Avignon", en Gauthier y Picard, *Topographie chrétienne* , 3:17.

14 M. Gauthier y P. Debord, *Bordeaux, Saint-Christoly: Sauvetage archéologique et histoire urbaine* , Burdeos, Direction des Antiquités Historiques d'Aquitaine, 1983, pp. 19-24.

15 Roblin, "Paris: 14, rue Pierre-et-Marie Curie", *Gallia Informations* , 1993/1-2, p. 23. En Arlès, los habitantes de la ciudad arrancaron el revestimiento de mármol de los edificios abandonados y lo usaron para tapar los agujeros del suelo. Véase Sintès, "L'évolution topographique de l'Arles", p. 144.

16 I. Béraud y C. Gébara, "Fréjus: Porte d'Orée", *Gallia Informations* (1987-1988/2), pp. 271-272.

17 Sintès, "L'évolution topographique de l'Arles", pp. 141-144; William Klingshirn, *Caesarius of Arles; The Making of a Christian Community in Late Antique Gaul* , Cambridge, Cambridge University Press, p. 1994, pp. 51, y 175-176; C. Sintès, "Arles: Institut de Recherches en la Provence Antique-Musée", *Gallia Informations* , 1990-1991/1-2, p. 146.

18 Las murallas rodeadas de grandes templos y de residencias campestres –aunque estuvieran abandonadas– no ofrecían ninguna garantía para la defensa; los atacantes podían usar esos edificios en el exterior de las murallas para guarecerse. Por eso mismo, los obreros de las provincias occidentales destruyeron todos los edificios situados fuera de los muros que pudieran proporcionar cobijo al ejército sitiador, dejando una tierra de nadie alrededor de las murallas. J. Hubert, "Évolution de la topographie et de l'aspect des villes de Gaule du Ve au Xe siècle", en *La città nell'alto medioevo, Settimane di studio* 6, Spoleto, Italia, Centro italiano di studi sull'alto medioevo, 1959, p. 535.

19 Las excavaciones se han descrito en J.-M. Sauget y J.-C. Claval, “Clermont-Ferrand: Ancienne confiturerie Humbert”, *Gallia Informations* , 1989/1, p. 39.

20 Se dan los datos sobre las excavaciones y sobre las fechas de abandono en Bérard, “Aix-en-Provence: Les Chartreux”, *Gallia Informations* , 1990-1/1-2, pp. 131-135.

21 Por ejemplo, Bazas y Ginebra: L. Maurin, “Bazas”, en *Villes et agglomérations* , p. 42; Bonnet y Santschi, “Genève”, p. 41.

22 La superficie compredida por los nuevos recintos demuestra que prácticamente se produjo un hundimiento de la vida urbana. La ciudad amurallada de Autun tan solo comprendía una vigésima parte de la superficie anterior, y eso que las murallas eran mucho más grandes que las de Auxerre, Troyes, Tours, Rennes, Anges, Loudon, Bayona y Périgueux. Pocas ciudades sobrepasaban un área de 0,120 km^2 . Bayeux, Dax, Limoges, Soissons, Mâcon, Agen, Albi, Beauvais, Evreux, Le Mans, Rennes, Auxerre, Grenoble, Embrun, Meaux y Ginebra ocupaban superficies todavía más pequeñas, de entre 0,060 y 0,120 km^2 : una extensión patética, pero al menos no llegaban al punto más bajo posible. Senlis, Anger, Vannes, Vermand. Périgueux, Auch, St. Bertrand, St. Lizier y Noyon tenían una extensión de entre 0,025 y 0,050 km^2 . Clermont-Ferrand, que llegó a tener un área urbana de 2 km^2 , quedó reducida a los 0,025 km^2 a finales del siglo III . Adrien Blanchet, *Les enceintes romaines de la Gaule: Étude sur l’origine d’un grand nombre de villes françaises* , París, E. Leroux, 1907, pp. 14-19 (referidas a Autun), pp. 58-60 (Auxerre), p. 71 (Troyes), pp. 39-44 (Tours), pp. 50-53 (Rennes), pp. 53-56 (Angers). En cuanto a Bayona, Dax, Loudon y Périgueux, véase Maurin, “Remparts et cités”, p. 367. En cuanto a las medidas de los recintos amurallados, véase Ferdinand Lot, *La Gaule: Les fondements ethniques, sociaux et politiques de la nation française* , París, Fayard, 1947, p. 397; O. Barraud *et al* ., “Origin et développement topographique des agglomérations: Agen, Angoulême, Bordeaux, Périgueux, Poitiers, Saintes”, en *Villes et agglomérations* , p. 208; S. T. Loseby, “Bishops and Cathedrals: Order and Diversity in the Fifth-Century Urban Landscape of Southern Gaul”, en Drinkwater y Elton, *Fifth-Century Gaul* , p. 150.

23 Amiano, 16.2.12.

24 Edward James, *Europe’s Barbarians, AD 200-600* , Nueva York, Pearson Longan, 2009, p. 40.

25 Se encuentra muy cerca de la moderna ciudad de Obzor; empezaba en el valle del río Eleshnitsa y terminaba en el Mar Negro. Andrew Poulter, “An Indefensible Frontier: The *claustra Alpium Iuliarum* ”, en *Jahreshefte des Österreischischen Archäologischen Institutes in Wien* 81, 2012, p. 120.

26 Zósimo, 3.1.

IX

INDEFENSOS TRAS LOS MUROS

1 Amiano, 31.4.6.

2 Sinesio, *On Imperial Rule* , críticas contra el lujo: 11.2-5; 12; 13. Críticas a las murallas: 11.6. Sobre las ventajas de reclutar a los civiles en vez de contratar mercenarios: 14.6-8. [Sinesio de Cirene, *Himnos. Tratados* , Francisco Antonio García Romero tr., Gredos, Madrid, 1993].

3 Procopio de Cesarea, *Wars* , 3.2.24. [*Historia de las guerras* , Francisco A. García Romero tr., Madrid, Gredos, 2007].

4 Brian Ward-Perkins, *The Fall of Rome and the End of Civilization* , Nueva York, Oxford University Press, 2005, p. 28. [*La caída de Roma y el fin de la civilización* , Manuel Cuesta y David Hernández de la Fuente, trs., Madrid, Espasa, 2007].

5 Olimpiodoro de Tebas, fr. 29.2.

6 Eugipio, *Life of Saint Severinus* , 20.1-2.

7 Procopio, *Wars* , 8.20.42-46.

8 Sinesio, 125.2; 132.2.

9 Ibíd., 61-2; 73.4; 107.1; 125.1-2; 130.4-6.

10 Ibíd., 107.1; 133.6.

11 Ibíd., 133.7.

12 Ibíd., 108.1-2.

13 Ibíd., 125; 132.

14 Ibíd., 108.3.

15 Prisco, fr. 40, describe al gobernador romano Bonifacio como un enérgico luchador contra los bárbaros que no solo levantó murallas para protegerse de las hordas sino que a veces se enfrentaba a ellas a pecho descubierto. Sin embargo, el gobernador mantenía muy malas relaciones con el poder central.

16 El mejor cronista de estas atrocidades es Víctor de Vita, *History of the Vandal Persecution* , John Moorhead tr., Liverpool, Liverpool University Press, 1992. Véase sobre todo 1.3-4, 1.6, 1.8, 1.10 y 1.12. [parcial en Víctor de Vita, *Testimonio de la invasión vandálica en África* , recogido en http://webs.advance.com.ar/pfernando/DocsIglMed/Persecusiones_Africa.html]. Véase también Posidio, *Life of Augustine* , 28. [*Vida de San Agustín* , Victorino Capánaga tr., recogido en: https://www.augustinus.it/spagnolo/vita/possidio.htm]. También Quodvultdeus, *In Barbarian Times* , citado en P. J. Heather, *The Fall of The Roman Empire: A New History* , Londres, Oxford University Press, 2005, p. 289. [*La caída del Imperio romano* , Tomás Fernández Aúz y Beatriz Eguibar, trs., Barcelona, Crítica, 1999].

17 Posidio, *Life of Augustine* , p. 30.

18 James Palmer, *The Apocalypse in the Early Middle Ages* , Cambridge, Cambridge University Press, 2014, p. 37.

19 Daniel van Slyke, “The Devil and his Pomps in Fifth-Century Carthage: Renouncing Spectacula with Spectacular Imagery”, *Dumbarton Oaks Papers* 59, 2005, p. 58. Richard Lim, “The *Tribunus Voluptatum* in the Later Roman Empire”, *Memoirs of the American Academy in Rome* 41, 1996, p. 168.

20 Las últimas generaciones de romanos intentaron resistir; fueron sus emperadores los que las abandonaron a su suerte. En las provincias occidentales, las ciudades resistieron el ataque de los invasores, confiando en que un ejército imperial acudiera en su rescate, pero la ayuda casi nunca llegó. Los francos, el pueblo que ha dado nombre a Francia, se apoderaron de la Galia tras poner sitio a las ciudades; se cuenta que el asedio de París, el más largo de todos, duró diez años. Más o menos por las mismas fechas, los godos se apoderaban de las ciudades romanas situadas más al sur, que a veces también intentaron resistir. En la ciudad de Clermont-Ferrand, los residentes sitiados se vieron obligados a comerse la hierba que crecía en las grietas de las murallas. Los ciudadanos más importantes de la ciudad formaron un destacamento militar que logró expulsar durante un tiempo a los godos, pero la ciudad cayó al poco tiempo, cuando el gobernador imperial la rindió sin lucha.

21 David Frye, “Aristocratic Responses to Late Roman Urban Change”, Classical World 96/2, 2003, pp. 185-196.

22 El Estado más poderoso de la Alta Edad Media, el de los francos, reaccionó ante la invasión de los jinetes magiares restaurando las primitivas Zanjas del Diablo, las antiguas murallas de Hungría, también conocidas como *limes Sarmatiae* o *Csörz àrok* . Eszter Istvánovits and

Valéria Kulcsár, "The History and Perspectives of the Research of the Csörz Ditch (*'Limes Sarmatiae'*)", en P. Freeman *et al* . (eds.), *Limes XVIII* . *Proceedings of the XVIII th International Congress of Roman Frontier Studies Held in Amman, Jordan (September 2000)* , vol. 2, Oxford, British Archaelogical Reports, 2002, p. 626; Charles Bowlus, *Franks, Moravians, and Magyars: The Struggle for the Middle Danube, 788-907* , Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1995, p. 13.

23 En los años 422, 442, 447, 481, 486, 493, 499 y 502. Brian Croke, "The Date of the Anastasian Long Wall", *Greek, Roman, and Byzantine Studies* 20, 1982, pp. 68-69.

24 He dividido entre los la diferencia entre los 56 kilómetros que proponen J. Crow y A. Ricci, "Investigating the Hinterland of Constantinople: Interim Report on the Anastasian Long Wall", *Journal of Roman Archaelogy* 10, 1997, p. 239, y el cálculo de 65 kilómetros que da Croke, "Date of the Anastasian Long Wall", p. 60. La muralla se construyó con bloques del mismo tamaño que llegaban a los cinco metros de altura. Se pueden consultar los informes actualizados sobre los trabajos de campo de las excavaciones en la página web de The Anastasian Wall Project, www.shca.ed.ac.uk/projects/longwalls/AnastasianWall.htm .

25 En los años 577, 583 y 587, y los eslavos en 581, 584 y 585. Véase Croke, "Date of the Anastasian Long Wall", pp. 69-70.

26 Florin Curta, *Southeastern Europe in the Middle Ages, 500-1250* , Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

27 Procopio de Cesarea, *Secret History* , 18.20-21. [*Historia secreta* , Juan Signes Codoñer tr., Madrid, Gredos, 2000].

28 Las fortificaciones de Justiniano en el sudeste de Europa constituyen el tema del libro de Procopio *Los edificios* , parte 4. Procopio subraya, especialmente en 4.1.4. y 4.1.6-7, que las nuevas murallas se habían hecho necesarias por los ataques inmotivados de los bárbaros [*Los edificios* , Miguel Periago Lorente tr., *Estudios Orientales* , n.º 7, Cuadernos Monográficos de Estudios de Historia del Próximo Oriente Antiguo, 2014]. La arqueología de estos restos se discute en Curta, *Southeastern Europe* , pp. 40-48.

29 Procopio, *Historia secreta* , 26.5 y ss.

30 Agatías, 5.13.5-6, citado por Crow y Ricci, "Investigating the Hinterland", pp. 239-240.

31 Sobre la evolución de la estrategia de Bizancio, véase Edward Luttwack, *The Grand Strategy of the Byzantine Empire* , Cambridge, Harvard University Press, 2009, *passim;* John Haldon, *Warfare, State, and Society in the Byzantine World, 565-1204* , Londres, Routledge, 1999, p. 36.

32 J. B. Bury, *History of the Later Roman Empire from the Death of Theodosius I to the Death of Justinian* , 2 vols., Nueva York, Dover Publications, 1958, 2:73.

X
CICLOS DE MURALLAS Y DÉSPOTAS

1 Helmut Langerbein, "Great Blunders?: The Great Wall of China, the Berlin Wall, and the Proposed United Status/Mexico Border Fence", *History Teacher* 43/1, 2009, p. 14.

2 Arthur Waldron, *The Great Wall of China: from History to Myth* , Cambridge, Cambridge University Press 1990, p. 45.

3 Ming Dong Gu, *Translating China for Western Readers: Reflective, Critical, and Practical Essays* , Albany, State University of New York Press, 2016, p. 160.

4 Arthur Wright, "Sui Yang-Ti: Personality and Stereotype", en A. Wright (ed.), *The Confucian Persuasion* , Stanford, Stanford University Press, 1960, p. 66.

5 Lovell, *The Great Wall* , p. 143.
6 Wright, "Sui Yang-Ti", pp. 66-71.
7 Lovell, *La Gran Muralla* , p. 143.
8 David Morgan, *The Mongols* , Cambridge, Basil Blackwell, 1986, p. 84. [*Los mongoles* , Carlos A. Caranci tr., Madrid, Alianza, 1990].
9 René Grousset, *The Empire of the Steppes: A History of Central Asia* , Naomi Walford tr., New Brunswick, Rutgers University Press, 1970, p. 249. [*El imperio de las estepas* , Rafael Lassaleta tr., Madrid, EDAF , 1991].
10 Anatoly Khazanov, *Nomads and the Outside World* , Julia Crookenden tr., Madison, University of Wisconsin Press, 1994, 2ª ed., p. 241.
11 La religión de los mongoles, suponiendo que la hubiera, consistía en una especie de tibio chamanismo. Véase Morgan, *Mongols* , p. 40-41.
12 *The Secret History of the Mongols: The Origin of Chingis Khan* , Paul Khan, adap. y tr., Boston, Cheng and Tsui, 1988, pp. 114, 116. [*Historia secreta de los mongoles* , Laureano Ramírez Bellerin ed., Madrid, Miraguano, 2011].
13 Ibíd., p. 161.
14 Morgan, *Los mongoles* , p. 74.
15 Herbert Franke y Denis Twitchett, eds, *The Cambridge History of China, Vol. 6: Alien Regimes and Border States, 907-1368* , Cambridge, Cambridge Univertisy Press, 1994, introducción.
16 Grousset, *El imperio de las estepas* , p. 249.
17 Edward Farmer, *Zhu Yuanzhang and Early Ming Legislation: The Reordering of Chinese Society Following the Era of Mongol Rule* , Leyden, Holanda, E. J. Brill, 1995, p. 83.
18 Yinong Xu, *The Chinese City in Space and Time: The Development of Urban Form in Suzhou* , Honolulu, Uiversity of Hawaii Press, 2000, p. 123.
19 Acerca de la historia marítima china, véase Edward Dreyer, *Zheng He: China and the Ocean in the Early Ming Dynasty, 1405-1433* , Nueva York, Pearson, 2006; Gang Deng, *Chinese Maritime Activities and Socieconomic Development, c. 2100 BC-1900 AD* , Westport, CT, Greenwood, 1997; John Wills Jr, ed., *China and Maritime Europe, 1500-1800: Trade, Settlement, Diplomacy, and Missions* , Nueva York, Cambridge University Press, 2011.
20 Alastair Johnson, *Cultural Realism: Strategic Culture and Grand Strategy in Chinese History* , Princeton, Princeton University Press, 1995, p. 184.
21 David Spindler, "A Twice-Scorned Mongol Woman, the Raid of 1576, and the Building of the Brick Great Wall", *Ming Studies* 60, 2009, pp. 66-94.
22 Acerca de esta muralla, véase Yonglin Jiang, "The 'Southern Great Wall of China' in Fenghuang County: Discovery and Restoration", *Ming Studies* 68, 2013, pp. 57-82; y Magnus Fiskesjö, "On the 'Raw' and 'Cooked' Barbarians of Imperial China", *Inner Asia* 1/2, 1999, pp. 139-168 y 148-149.
23 Lovell, *Great Wall* , p. 260.

XI
LAS MURALLAS Y EL APOCALIPSIS

1 N. del T. La traducción del soneto de Shelley es de Fernando G. Toledo.
2 Claudius Rich, *Memoir on the Ruins of Babylon* , Londres, Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown, 1818.

3 Heródoto, 1.136.

4 Roman Ghirshman, *Persian Art: The Parthian and Sassanian Dynasties, 219 BC-AD 651* , Stuart Gilbert y James Emmons trs., Nueva York, Golden Press, 1962, p. 261.

5 R. N. Frye, “The Sasanian System of Walls for Defense”, en Myriam Rosen-Ayalon, ed., *Studies in Memory of Gaston Wiet* , Jerusalén, Hebrew University of Jerusalem, 1977, p. 7; Hamid Mahamedi, “Wall as a System of Frontier Defense during the Sasanid Period”, en Touraj Daryaee y Mahmoud Omidsalar, eds., *The Spirit of Wisdom [Mênôg î Xrad]: Essays in Memory of Ahmad Taffazzoli* , Costa Mesa, Mazda Publishers, 2004. Hay una muralla en el norte de Afganistán que supuestamente pertenece a la era aqueménida y que lleva, como tantas otras, el nombre de *kam pirak* . Por desgracia se sabe muy poco de esta muralla, que tenía una longitud de 60 kilómetros y discurría desde Dilbarjin hacia Balj; teniendo en cuenta que las barreras defensivas de organización lineal parecen haber sido ajenas a los diseños arquitectónicos de los aqueménidas, soy muy escéptico con respecto a esta datación. Véase Warwick Ball, *Archaelogical Gazetteer of Afghanistan* , 2 vols., París, adpf, 1982, p. 145; Warwick Ball, *Rome in the East: The Transformation of an Empire* , Londres, Routledge, 2000, p. 315.

6 Mahamedi, “Wall as a System of Frontier Defense”, p. 157.

7 Frye, “Sasanian System of Walls”, pp. 8-9, basándose en el historiador persa Yâqût.

8 Jerome, 77.8.

9 Véase, por ejemplo, Prisco, fr. 41.1, 47.

10 Moses Dasxuranci, *The History of the Caucasian Albanians by Movses Dasxuranci* , C. J. F. Dowsett tr., Nueva York, Oxford University Press, 1961, p. 83. En cualquier caso, describió las murallas como una “construcción maravillosa”.

11 Andrej Bader, Vassif Gaibov y Gennadij Koselenko, “Walls in Margiana”, en Antonio Invernizzi, ed., *In the Land of the Gryphons: Papers on Central Asian Archaelogy in Antiquity* , Florencia, Le Lettere, 1995, pp. 39-50, apropiándose sin citarlo de Frye, “Sasanian System of Walls”, p. 14, quien con anterioridad ya había datado los 250 km de murallas del oasis como pertenecientes a los tiempos de Antíoco I. Acerca de Balj: Azad, *Sacred Landscape* , pp. 92-95. Las murallas de Balj no solo rodeaban la ciudad sino también los huertos adyacentes y todo el perímetro del oasis, en el que estaban comprendidos unos quince distritos y numerosos poblados. La longitud total se calcula en unos 250 kilómetros. Véase Ciro Lo Muzio, “An Archaelogical Outline of the Bukhara Oasis”, *Journal of Inner Asian Art and Achaelogicaly* 4, 2009, p. 46. A pesar de que Lo Muzio data la muralla en un periodo algo posterior, los trabajos de campo más recientes han demostrado que la muralla del oasis de Bujará se construyó en el siglo V . Véase Sören Stara *et al* ., “Preliminary Results of the Field Season, 2013”, en www.isaw.nyu.edu/research/bukhara-project/2013-field-season . Hay más descripciones en W. Barthold, *Turkestan down to the Mongol Invasion* , Londres, Oxford University Press, 1928, pp. 98, 113-116. Acerca de Bayhaq, véase Ira Lapidus, “Muslim Cities and Islamic Societies”, en Ira Lapidus, ed., *Middle Eastern Cities: A Symposium on Ancient, Islamic, and Contemporary Middle Eastern Urbanism* , Berkeley, University of California Press, 1969, p. 68. Acerca de Tashkent: La “ciudad de piedra” la rodeaban tres anillos de murallas; el más exterior rodeaba todo el oasis. Véase Guy Le Strange, *The Lands of the Eastern Caliphate: Mesopotamia, Persia, and Central Asia from the Moslem Conquest to the Time of Timur* , Cambridge, Cambridge University Press, 1905, pp. 480-481. Acerca de Nur: Aleksandr Naymark, “The Size of Samanid Bukhara: A Note on Settlement Patterns in Early Islamic Mawarannahr”, en Atilio Petruccioli (ed.), *Bukhara: The Myth and the Architecture* , Cambridge, Aga Khan Program for Islamic Architecture, 1999, p. 46. Acerca de Samarcanda: Naymark, “Size of Samanid Bukhara”, p. 46. Naymark cree que la muralla del oasis de Samarcanda estuvo en funcionamiento durante los primeros tiempos de la Alta Edad

Media, en tanto que Stark *et al* ., en "Preliminary Results", consideran que la muralla del oasis de Samarcanda, denominada Divar-i-Qiyamat, debería atribuirse a la época de Abu Muslim, a mediados del siglo VIII .

12 Murtazali Gadjiev, "On the Construction Date of the Derbend Fortification Complex", *Iran and the Caucausus* 12, 2008, 2, p. 12.

13 Muhammed-Yusuf Kiani, *Parthian Sites in Hyrcania: The Curgan Plain* , Berlín, Dietrich Reimer, 1982, pp. 11-38, atibuye la construcción a Mitrídates II (123-187 a. C.), aunque esta datación la han criticado mucho otros arqueólogos, que han podido datar las murallas, con pruebas fehacientes, en torno al año 500 d. C. Véase James Howard-Johnston, *East Rome, Sasanian Persia and the End of Antiquity* , Burlington VT , Variorum, 2006, pp. 194n79; y Jebrael Nokandeh *et al* ., "Linear Barriers of Northern Iran: The Great Wall of Gorgan and the Wall of Tammishe", *Iran* 44, 2006, pp. 121-173.

14 Hamid Rekavandi *et al* ., "Secrets of the Red Snake: The Great Wall of Iran Revealed", *Current Archaelogy* 27, 2008, pp. 12-22.

15 Tras una derrota aplastante a finales del siglo V d. C., los sasánidas reforzaron todas las fortificaciones de la región. Hacia el año 500 añadieron la muralla de Gilgilchay, al sur de Derbent, en la región de Siyazan, en Azerbaiyán, además de añadir a las fortificaciones principales en Derbent y Gilgilchay tres largos terraplenes de tierra apisonada: uno al norte de Derbent, el otro entre Derbent y Gilgilchay, y el último al sur de Gilgilchay. Véase Howard-Johnston, *East Rome* , p. 192. Es probable que Cosroes construyera la espectacular muralla de piedra que se levantó en lugar de la muralla original de adobe de Derbent. Los arqueólogos han confirmado los datos de los geógrafos medievales que atribuían la muralla de adobe y ladrillo, de 50 kilómetros de longitud, a Kavad I (r. 488-531). Con una altura de cinco metros y unas bases de hasta ocho metros de ancho, la muralla de Gilgilchay constituía una parte esencial en el conjunto del sistema defensivo del mar Caspio. Véase Asker Aliev *et al* ., "The Ghilghilchay Defensive Long Wall: New Investigations", en *Ancient West and East* 5/1-2, 2006, pp. 143-177; Howard-Johnston, en *East Rome* , p. 192, solo da una longitud de 30 kilómetros. La Muralla de Gilgilchay, así llamada por el río frente al que se levanta, también recibe los nombres de Muralla de Shirwan o Muralla de Gilginsky.

16 En las fuentes armenias, Derbent recibe el nombre de Cor, y en las fuentes bizantinas tiene los nombres de Tzour, Chorytzon o Tzon. También se escribe con la grafía "Darband". Se construyó durante el reinado de Istijerdes II, o Yazdegerd II (439-457). Aliev *et al* ., "Ghilghilchay Defensive Long Wall", pp. 144-148; Gadjiev, "On the Construction Date", pp. 1-15. *Derbent* significa "puerta cerrada" en persa; hay muchas ciudades que tienen el mismo nombre en las zonas montañosas del antiguo Imperio persa.

17 John Barker, *Justinian and the Later Roman Empire* , Madison, University of Wisconsin Press, 1966, p. 116; Gadjiev, "On the Construction Date", p. 13.

18 Las fortificaciones reforzadas de Derbent formaban dos muros paralelos que discurrían desde el mar hasta la cordillera del Cáucaso y luego seguían a lo largo de más de 40 kilómetros hasta las montañas. Como siempre ocurre, los historiadores no se ponen de acuerdo en cuanto a la longitu del muro. Gadjiev, "On the Construction Date", p. 2; Howard-Johnston, *East Rome* , p. 192; y véase también el estudio, mucho más antiguo, de V. Minorsky, *A History of Sharvan and Darband in the 10th-11th Centuries* , Cambridge, W. Heffer and Sons, 1958, 13, pp. 86-89. En cuanto al relato de un viajero del siglo XIX , véase William Ainsworth (ed.), *All Around the World: An Illustrated Record of Voyages, Travels, and Adventures in All Parts of the Globe* , 2 vols., Londres, W. Collins, 1866, pp. 294-298.

19 Se consideraba a Alejandro Magno el tercer miembro de una tríada de espíritus malignos creados por Arimán, según las tradiciones de la fe de Zoroastro, para vejar a la raza iraní".

The Shahnameh of the Persian Poet Firdoussi , James Atkinson tr., Londres, Oriental Translation Fund, 1832, p. 338.

20 Alejandro aparece como Iskander, y Gog y Magog como Yajuj y Majuj. Acerca de la recepción del mito de Alejandro en la *Shahnameh* , véase Haila Manteghi, "Alexander the Great in the *Shahnameh* of Ferdowsi", en R. Stoneman, K. Ericsson e I. Netton, eds., *The Alexander Romance in Persia and the East* , Groninga, Holanda, Barkhuis, 2012.

21 Stark *et al* ., "Preliminary Results". Muchos historiadores han identificado Kempirak con el muro del oasis de Bujará. Sin embargo, las excavaciones más recientes indican que es mucho más probable que se tratara del Muro Largo. Los lugareños llaman a ese muro el Kempir-Duval. Véase Barthold, *Turkestan down to the Mongol Invasion* , p. 113.

22 Barthold, *Turkestan down to the Mongol Invasion* , pp. 172-173. Este muro nacía en las montañas y seguía el curso del río Chirchiq hasta llegar a Syr-Darya, trazando un límite entre las tierras cultivadas y la estepa. Como otros muros largos de Asia Central, se construyó en el siglo VIII . Por extraño que parezca, los lugareños le dan el mismo nombre (Kempir-Duval) que al muro largo de Bujará. La tradición local sostiene que el muro tenía un trazado mucho más largo que las ruinas actuales.

23 El relato procede de Abu Bakr Muhammed ibn Jafar Narshakhi, *The History of Bukhara* , Richard Frye tr., Cambridge Medieval Academy of America, 1954, pp. 33-34.

24 Acerca del destino de Bujará, véase 'Ala-ad-Din 'Ata-Malik Juvaini, *The History of the World-Conqueror* , J. A. Boyle tr., Cambridge Harvard University Press, 1958, 1:75-85.

25 Ibíd., 1:119-32.

26 Morgan, *Los mongoles* , pp. 74-78.

27 Hend Gilli-Elewy, "Al-Hawadit al-gami 'a: A Contemporary account of the Mongol Conquest of Bagdad, 656/1258", *Arabica* 58, 2011, p. 368.

28 Ibíd.

29 Jacob Gruber, "Irrigation and Land Use in Ancient Mesopotamia", *Agricultural History* 22/2, 1948, p. 73.

30 S. Frederick Starr, *Lost Enlightenment: Central Asia's Golden Age from the Arab Conquest to Tamerlane* , Princeton, Princeton University Press, 2015, p. 465.

31 D. T. Potts, *Nomadism in Iran: From Antiquity to the Modern Era* , Nueva York, Oxford University Press, 2014, p. 258.

32 Norman Lewis, *Nomads and Settlers in Syria and Jordan, 1800-1980* , Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 8-9.

33 Ibíd., pp. 11-23. A mediados del siglo XIX , un número cada vez mayor de tribus nómadas ocuparon también Irak. Este movimiento migratorio se convirtió en una "inundación transitoria" después de la Primera Guerra Mundial.

34 Potts, *Nomadism in Iran* , pp. 316-317.

XII
LA BOMBARDA HORRIBLE

1 Steven Runciman, *The Fall of Constantinople, 1453* . Cambridge, Cambridge University Press, 1965, p. 74. [*La caída de Constantinopla 1453* , Victorio Peral Rodríguez tr., Panteleimón Zarín revis., Madrid, Reino de Redonda, 2006].

XIII
AL OTRO LADO DE LA EMPALIZADA

1 Samuel Johnson, *A Journey to the Western Islands of Scotland* , Londres, T. Cadell and W. Davies, 1816, pp. 113-114. [*Viaje a las Islas Occidentales de Escocia* , Agustín Coletes Blanco tr., Oviedo, krk, 2006].

2 Geraldo de Gales, *Topography of Ireland* , 3:10, en Thomas Wright (ed.), *The Historical Works of Giraldius Cambrensis* , Thomas Rochester y sir Richard Colt Hoare trs., Londres, George Bell, 1905.

3 Terry Barry, "The Last Frontier: Defence and Settlement in Late Medieval Ireland", en T. Barry, R. Frame y K. Simms (eds.), *Colony and Frontier in Medieval Ireland: Essays Presented to J. F. Lydon* , Londres, Hambledon Press, 1995, pp. 217-228.

4 John LeDonne, *The Grand Strategy of the Russian Empire, 1650-1831* , Oxford, Oxford University Press, 2004, pp. 48-49. Esta línea defensiva seguía el curso del río Berestova antes de desviarse por tierra hasta el río Bereka, cuyo curso seguía después hasta llegar al río Donets en Izium.

5 La Línea Defensiva Siberiana, formada por las líneas Orenburg, Usinskaya, Presnogor'kovskya e Irtish se describe en J. H. Bater y R. A. French, eds., I. Stebelsky, "The Frontier in Central Asia", en *Studies in Historical Geography* , vol. 1, Nueva York, Academic Press, 1983.

6 El trazado se describe en LeDonne, "Grand Strategy", pp. 286-287.

7 Emeri Van Donzel y Andrea Schmidt, *Gog and Magog in Early Eastern Christian and islamic Sources: Sallam's Quest for Alexander's Wall* , Leyden, Holanda, E. J. Brill, 2009, p. 44.

XIV
FORT CRÉVECOEUR

1 Thomas Forsyth, "An Account of the Manners and Customs of the Sauk and Fox Nation of Indians Tradition", en Emma Blair, ed., *The Indian Tribes of the Upper Mississippi Valley and Region of the Great Lakes* , vol. 2, Cleveland, Arthur H. Clark Co, 1912, p. 194.

2 Henry Schoolcraft, *The Indian Tribes of the United States: Their History, Antiquities, Customs, Religion, Arts, Language, Traditions, Oral Legends, and Myths* , Francis Drake ed., 2 vols., Filadelfia, J. B. Lippincott, 1884, p. 184.

3 "Incluso un rápido repaso a la literatura disponible revela que las más codiciadas distinciones sociales que podía alcanzar un nativo americano varón eran las relacionadas con la tradición guerrera. El mayor honor posible era que lo consideraran un guerrero valeroso que siempre estaba dispuesto a luchar en defensa de su pueblo". Richard Chacon y Rubén Mendoza, "Ethical Considerations and Conclusions Regarding Indigenous Warfare and Violence in North America", en Richard Chacon y Rubén Mendoza, eds., *North American Indigenous Warfare and Ritual Violence* , Tucson, University of Arizona Press, 2007, p. 227.

4 Charles Bishop y Victor Lytwyn, "'Barbarism and Ardour of War from the Tenderest Years': Cree-Inuit Warfare in the Hudson Bay Region", en Chacon y Mendoza (eds.), *North American Indigenous Warfare* , p. 37.

5 R. F. Heizer y M. A. Whipple, *The California Indians: A Source Book* , 2ª ed, Berkeley, University of California Press, 1971, pp. 433-434.

6 Antoine Simone Le Page Du Pratz, *The History of Louisiana, or of the Western Parts of Virginia and Carolina* , 1774, reed. Nueva Orleans, Pelican Press, 1947, p. 308.

7 Helen Rountree, *The Powhatan Indians of Virginia; Their Traditional Culture* , Norman, University of Oklahoma Press, 1989, p. 79.

8 Para George Catlin, ese incansable defensor de la causa de los indios que registró con gran sensibilidad sus costumbres, esa ceremonia era casi insoportable de ver. Recordaba los horribles sonidos de desgarro que hacían los cuchillos en la carne y cómo los jóvenes torturados le sonreían, orgullosos de su capacidad para soportar el dolor. George Catlin, *O-Kee-Pa: A Religious Ceremony; and Other Customs of the Mandans* , Filadelfia, J. B. Lippincott, 1867; y también George Catlin, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Conditions of the North American Indians* , 3ª ed., Nueva York, Wiley and Putnam, 1844, pp. 158 y ss. [ed. esp. *Los indios de Norteamérica* , Ángela Pérez tr., Palma de Mallorca, J. J. de Olañeta, 1994].

9 Acerca de las danzas guerreras, tanto las preparatorias como las celebratorias, véase Marian Smith, "The War Complex of the Plain Indians", *Proceedings of the American Philosophical Society* 78/3, 1938, pp. 449-452. Al guerrero dakota que pudiera atribuirsele una muerte se le recompemsaba con una pluma marcada con un punto rojo. Si había cortado la garganta de su víctima, podía lucir un ornamento aún más prestigioso, una pluma roja con una muesca. Los guerreros Chippewa lucían dos plumas por haber ensangrentado sus armas, tres por haber matado al enemigo y haberle arrancado la cabellera, y cinco por haber capturado a un enemigo herido. Schoolcraft, *Indian Tribes of the United States* , 1:184-85.

10 Uno de los primeros observadores de los nativos americanos, Arthur Barlowe, escribió acerca de los indios de Virginia: "Cuando van a la guerra, se llevan consigo a su ídolo, al que piden consejos, del mismo modo que los romanos solían consultar al Oráculo de Apolo". Arthur Barlowe, "The First Voyage to Roanoke, 1584", recogido en https://archive.org/details/firstvoyagetoroa00barl/page/n2/mode/2up . La costumbre de que los guerreros llevaran a la batalla un paquetito con amuletos y talismanes se observó más tarde entre los algonquinos, los pawnee, los iowa, los osage, los omahas, los kansas, los pies negros, los gros ventre, los sioux y los crows, entre otros muchos. Smith, "War Complex", pp. 446-447.

11 James Axtell y William Sturtevant, "The Unkindest Cut; or, Who Invented Scalping?", *William and Mary Quarterly* , 3ª serie, 37/3, 1980, pp. 451-472.

12 Robert Lowie, "Military Societies of the Crow Indians", en Clark Wissler, ed., *Societies of the Plains Indians* , Nueva York, Trustees of the American Museum of Natural History, 1916, pp. 143-218; también se tratan en William Meadows, *Kiowa, Apache, and Comanche Military Societies* , Austin, University of Texas Press, 1999.

13 John Stands en Timber y Margot Liberty, *Cheyenne Memories* , 2ª ed., New Haven, Yale University Press, 1998, p. 63.

14 Véanse, por ejemplo, las observaciones de Schoolcraft en *Indian Tribes of the United States* , 1:22: "El mayor obstáculo para que la agricultura tenga éxito entre ellos se debe hasta ahora al arrogante espíritu de orgullo y a la incalificable holgazanería de los varones y de los muchachos, que se niegan a trabajar. Los hombres cazan un poco en verano, van a la guerra, matan a un enemigo, danzan, holgazanean, duermen y fuman. Las mujeres lo hacen todo: crían a los niños, cortan leña y la llevan cargada a la espalda caminando medio kilómetro o un kilómetro entero, aran la tierra para cultivarla, siembran, escardan el maíz, recogen bayas comestibles, se ocupan del hogar, y en invierno cortan y transportan los postes con que levantan la tienda, limpian la nieve, etcétera. Y mientras tanto, los hombres están sentados, mirando".

15 Acerca de la historia de estas mujeres, al igual que para la historia de los varones que emprendieron estas mismas expediciones, véase Ure, *In Search of Nomads* .
16 Merian C. Cooper, *Grass* , Nueva York, G. P. Putnam's Sons, 1925, p. 53.

XV
LAS ÚLTIMAS BATALLAS

1 Upton Close, "Hot Water along the Great Wall", *The Saturday Evening Post* , 8 de abril de 1933, pp. 6-7, 31-36.
2 Lovell, *La Gran Muralla* , p. 312.
3 "On Bended Knee", *Time* , 21/4, 23 de enero de 1933, p. 25.
4 "War of Jehol", *Time* 21/10, 6 de marzo de 1933, p. 25.
5 "Glorious 16", *Time* 21/11, 13 de marzo de 1933, p. 24.
6 Lovell, *La Gran Muralla* , p. 279.
7 Ibíd., p. 15.
8 Owen Lattimore, *Studies in Frontier History: Collected Papers, 1928-1958* , Nueva York, Oxford University Press, 1962, p. 98.
9 Jeffrey Meyer, citado por Dee Mack Williams, *Beyond Great Walls: Environment, Development, and Identity on the Chinese Grasslands of Inner Mongolia* , Stanford, Stanford University Press, 2002, pp. 63-64.
10 Ibíd., p. 64.
11 Brent Sterling, *Do Good Fences Make Good Neighbors? What History Teaches Us about Strategic Barriers and International Security* , Washington DC, Georgetown University Press, 2009, p. 212.
12 Ibíd., p. 232.
13 Harold Rosen, "Maginot Line", en *Changing English* 11/2, 2004, p. 243.

XVI
'MIL VECES MEJOR QUE UNA GUERRA '

1 Peter Wyden, *Wall: The Inside Story of Divided Berlin* , Nueva York, Simon and Schuster, 1989, p. 682.
2 Frederick Taylor, *The Berlin Wall: A World Divided, 1961-1989* , Nueva York, HarperCollins, 2006, p. 220.

EPÍLOGO
'AMA A TU VECINO, PERO NO CORTES EL SETO '

1 "Israel: Walled In", *Financial Times* , 29 de junio de 2016, https://www.ft.com/content/ccf4b532-3935-11e6-9a05-82a9b15a8ee7?mhq5j=e3 .

2 Chris Helman, “What Trump Can Learn from the Man Who Built Israel’s Border Walls”, *Forbes* , 1 de febrero de 2017, recogido en https://www.forbes.com/sites/christopherhelman/2017/02/01/what-trump-can-learn-from-the-man-who-built-israels-border-walls /.

3 Langerbein, “Great Blunders?”, p. 10.

4 Daniel Halper, “Hillary: I Voted for Border Fence to Keep Out Illegal Immigrants”, *Weekly Standard* , 10 de noviembre de 2015, https://www.weeklystandard.com/hillary-i-voted-for-border-fence-to-keep-out-illegal-immigrants/article/1061753 .

5 Peter Beinart, “How the Democrats Lost Their Way on Immigration”, *Atlantic* , julio-agosto de 2017, https://www.theatlantic.com/magazine/archive/2017/07/the-democrats-immigrations-mistake/528678 /.



La España vacía

Molino, Sergio del

9788416714667

400 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un viaje histórico, biográfico y sentimental por un país deshabitado dentro de España. En solo veinte años, entre 1950 y 1970, el campo español se vació. Las consecuencias de este éxodo marcan el carácter de la España de hoy. Un ensayo emocionante y necesario sobre las raíces de un desequilibrio que hace tanto daño a la ciudad como al campo. Un viaje a los pueblos de la España vacía y un análisis de la literatura, el cine y la historia que los relata. "Hay que viajar muy al norte, hasta Escandinavia, para encontrar en Europa unas densidades de población tan bajas como las de la España vacía".



Lingo

Dorren, Gaston

9788416714650

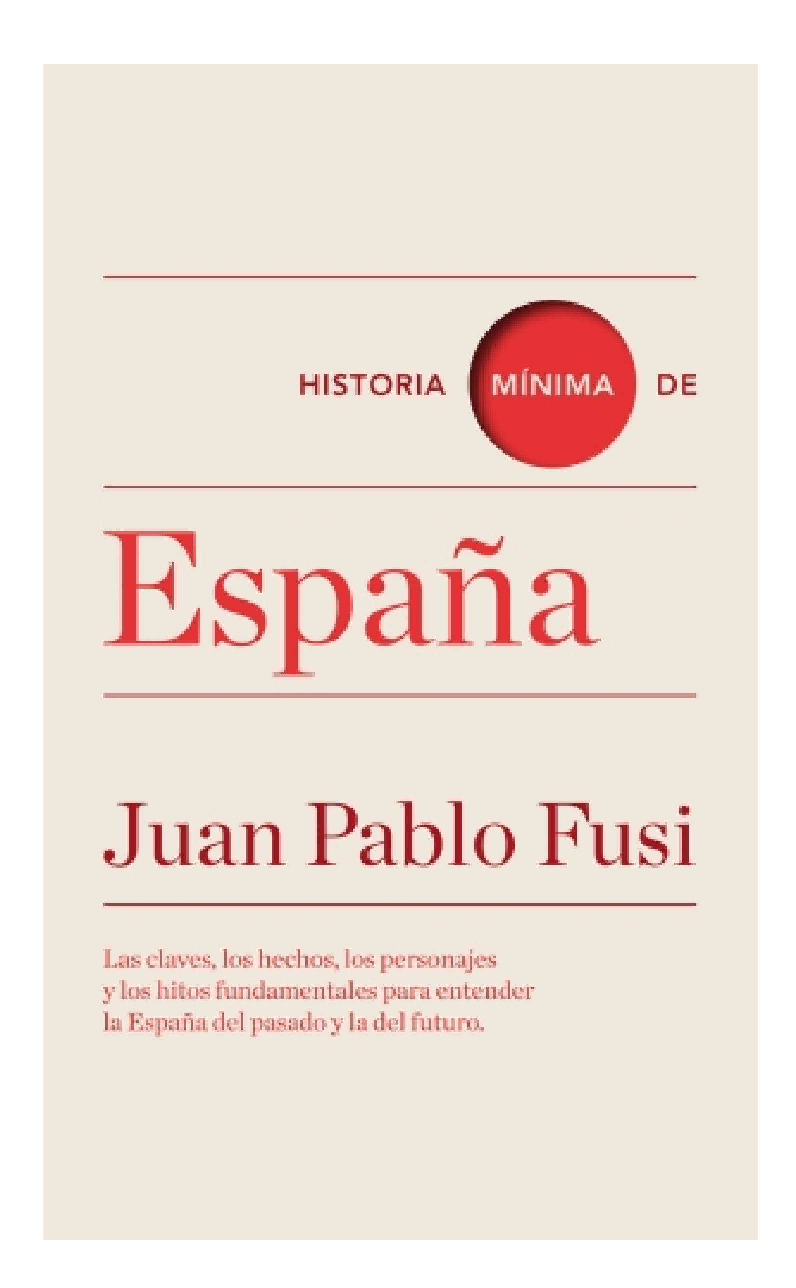
374 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Bienvenido a Europa como nunca la has visto: a través de las peculiaridades de sus idiomas y dialectos.
Gaston Dorren mezcla la lingüística y la historia cultural y nos conduce a un fascinante tour por el continente, desde el protoindoeuropeo (el antepasado común de las lenguas europeas) hasta el triunfo del inglés, pasando por las complejidades de los plurales del galés y la pronunciación checa. Por el camino aprenderemos por qué el esperanto no prospera, qué les sorprende más a los extranjeros que intentan aprender español y por qué el finés es el idioma europeo más fácil de aprender.
¿Preparados? Sorprendente, ingeniosa y lleno de datos extraordinarios, " *Lingo* " cambiará nuestra forma de entender el lenguaje.

"A través de estas sesenta historias sobre la lingüística europea aprendemos muchísimo sobre Europa […] Una guía entretenida y accesible". — *The Financial Times*

"El recorrido de Dorren por el continente se convierte en una práctica enormemente divertida. Tiene algo interesante que decir sobre casi todo […] brillante". — *The Guardian*



Historia mínima de España

Fusi, Juan Pablo
9788415427650
304 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

¿En qué siglo aparece el nombre "España"? ¿Es cierto que la reconquista duró ocho siglos? ¿Pudo haberse mantenido el califato de Córdoba? ¿Quién creó la Inquisición y para qué? ¿Cuál fue el gran error de Felipe II en Flandes? ¿Cómo afectó a España la independencia de los países americanos? ¿Quién fue el primer militar que presidió el gobierno español? ¿Fue alguna vez la agricultura española un sector próspero? ¿Cuándo empezó el bando republicano a perder la Guerra Civil? ¿Para qué sirvieron los pactos de la Moncloa? ¿Se puede hablar hoy de España como una plena democracia europea? Incluye 20 mapas originales, y un completo aparato crítico con cronología exhaustiva, recomendaciones bibliográficas del autor e índice onomástico



Las personas de la historia

MacMillan, Margaret
9788416714889
296 Páginas

La gran historiadora canadiense Margaret MacMillan, autora del bestseller internacional 1914. De la paz a la guerra, nos presenta aquí su propia selección personal de las figuras del pasado, hombres y mujeres, algunos famosos y otros menos conocidos, que en su opinión destacan como "personas que hicieron historia". MacMillan examina el concepto de liderazgo a través de Bismarck y su papel en la unificación de Alemania, Willam Lyon Mackenzie King en la defensa de la unidad canadiense, y Franklin D. Roosevelt en la política estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial, y señala los grandes errores o decisiones destructivas de dirigentes totalitarios Hitler, o democráticos como Nixon o Thatcher. También hay espacio para soñadores y aventureros y personalidades únicas menos conocidas pero cruciales en su época. Este libro trata de la relación importante y compleja que establecen la biografía y la historia, los individuos y su tiempo.

Mitos y mitologías: una puerta de entrada a la cultura clásica
¿Cuántos significados poseen los términos mito y mitología? ¿Puede existir una sociedad sin mitos? ¿Creían los griegos en sus dioses? ¿Por qué se tragó Zeus a su primera esposa? ¿Qué doce dioses forman la gran familia olímpica? ¿A qué se debe la buena relación de Dioniso con los humanos? ¿Qué relación existe entre la Eva bíblica y la Pandora mitológica? ¿Cómo pervivió la mitología pagana bajo la censura del cristianismo? ¿Qué motivó que el mito volviera a "tomarse en serio" en el siglo XX? ¿Cómo aparece el mito en el psicoanálisis? ¿Son mitos Superman, Carmen o Don Juan? ¿Qué autora escribió una reinterpretación feminista de un mito sin dioses?